



**Noa Pascual**

**LOS IRWIN**  
Dance therapy

**LOS IRWIN**  
**Dance therapy**

Título: Los Irwin: Dance therapy

Autora: Noa Pascual

Ilustradora: Verónica GM

Copyright ©2015 Noa Pascual

Todos los derechos reservados

Editorial: Createspace

ISBN-13: 978-1515250951

ISBN-10: 1515250954

Página oficial de la autora creada por las lectoras:

Novelas románticas de Noa Pascual

<https://www.facebook.com/groups/4004792534534>

## Agradecimientos

Quiero agradecer a Leonardo Nery, su apoyo, su paciencia, su colaboración y, sobre todo, sus críticas constructivas. Mil gracias por ser tan sincero y ayudarme a mejorar cada día. Eternamente agradecida por brindarme tu amistad. Por favor, no cambies nunca.

A M<sup>a</sup> Carmen Ayús, Eva Marín Rueda, Sonia López Ortiz, Isa Arraez Córdoba, Rocío Arenas, Luisa Martínez Moragues por haberme quitado las dudas y convencerme para continuar esta saga.

A mis escritoras Dacar Santana, Encarni Arcoya, Alma Gulop, Mimi Romanz, Nora Alzavar y Lorena López Miguez, por el cariño que derrocháis y por aconsejarme siempre.

A mi familia y amigos, porque siempre están a mí lado en cualquier circunstancia.

Y a mis hermanos, porque han sido el mejor regalo que me ha dado la vida.

# **DEDICATORIA**

**A MIS PANTERAS  
INCOMPRENDIDAS, PORQUE  
PARA MÍ YA SOIS MI FAMILIA.  
SIN VOSOTRAS, NADA TENDRÍA  
SENTIDO.**

**MIL GRACIAS POR  
RECORDARME SIEMPRE EL  
LEMA DE LAS PANTERAS:  
NADIE NOS PUEDE PARAR.**

# Índice

Agradecimientos

DEDICATORIA

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

**Capítulo 35**

**Capítulo 36**

**Epílogo**

**Avance de la segunda parte de la saga**

**BIBLIOGRAFÍA**



# CAPÍTULO 1

## La decepción

En casa de la familia Irwin, sus ocupantes masculinos estaban en el salón jugando a la consola. La única fémina se encontraba en su dormitorio, junto a su amiga Tamara, nerviosa porque la cita de esa noche podría llegar a convertirse en el mejor día de su vida.

—Beca, ¿vas a dejar de temblar? —preguntó Tamara aun sabiendo la respuesta.

—No puedo. Estoy atacada. ¿Y si me hace hoy la gran pregunta? —respondió con voz alterada y risueña.

—¡Es que te la va a hacer! ¡Por Dios, Beca! ¿Para qué te invitaría a cenar en el mismo restaurante donde te pidió salir? —Empezaron a dar palmas, contentas.

Dos años hacía que Felipe había invitado a

Rebeca a cenar en aquel prestigioso lugar, con la intención de convencerla y comenzar un noviazgo que no era bien visto por parte de sus siete hermanos.

La familia Irwin, de padre escocés y madre española, era una piña. Siete hijos varones y una única hija. Los padres habían decidido jubilarse y dejar al mando del negocio a su hijo mayor, Javier. Este, de cuarenta años de edad, casado desde hacía cinco, fue el único en abandonar *el gran nido*, como llamaban a la casa familiar. El hermano respetado que tomaba las decisiones y que ejercía de cabeza de familia desde que sus padres se habían retirado y decidido marcharse a vivir a Escocia. Él mismo había escrito unas normas que, bajo ningún motivo, se podían saltar.

Unas reglas que, ante todo, se establecieron para tener una familia unida, y que todos los hermanos cumplían sin protestar. Entre otras muchas, tres de ellas estaban muy claras. La primera: comerían a la misma hora, y Neill, el segundo hermano, de treinta y ocho años, cocinero

galardonado con una estrella *Michelin*, se encargaría de dejar comida para todos. La segunda: nadie, por muy cansado que estuviese un domingo después de haber salido de fiesta, se negaría a levantarse para comer en familia. Y la tercera: no podían mantener relaciones sexuales bajo el techo familiar; las conquistas se mantendrían alejadas del gran nido.

Teniendo en cuenta que ninguno de los seis hermanos solteros tenía pareja estable, era una forma de asegurar que no transitarían mujeres constantemente. Aunque Rebeca no estaba conforme con esta regla. Sin embargo, una vez más, su opinión no se tenía en cuenta.

El timbre de la entrada sonó.

—¡Felipe!... ¿Estoy bien? —gritó Rebeca con los nervios a flor de piel.

Tamara sonrió y le dio un beso en la mejilla mientras le colocaba un tirabuzón de pelo en su sitio.

—¡Estás preciosa! Además, soy una gran profesional.

Ambas rieron. Tamara era peluquera y le había dejado el cabello suelto con unos bucles.

Jaime, un *okupa* según Rebeca, amigo de la familia, que desde hacía ocho años vivía con ellos, fue a abrir la puerta. Al ver a Felipe en la entrada, le hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo y, a voz en grito, llamó a Rebeca mientras regresaba a continuar con la partida.

—¡Beca, te buscan!

Rebeca y Tamara bajaron corriendo, ambas nerviosas y excitadas. Los hermanos, que se encontraban inmersos en una partida de fútbol, ni se percataron de lo elegante, femenina y *sexy* que iba Rebeca para tratarse de una cena un jueves por la noche.

Al llegar Rebeca a la entrada, Felipe sonrió y la besó con ganas. Beso que, de haber estado sus hermanos mirando, no hubiese entregado. Ella era la menor junto a su mellizo Malcolm, de veintiocho años; la niña de la casa para todos los demás, por muchos años que cumpliera.

—Estás preciosa.

Rebeca sonrió agradecida y se despidió de su amiga con dos besos y un «hasta luego» dirigido al resto de su familia, que apenas escucharon por el volumen tan alto que tenían puesto en el televisor.

Tamara suspiró y dirigió su mirada a los hombres que estaban allí, jugando como niños; se acercó y no pudo evitar decir la siguiente frase:

—Espero que mañana podamos celebrar la gran noticia. No todos los días le piden matrimonio a Rebeca.

El silencio fue sepulcral. David, el hermano que más afinidad tenía con Rebeca, a pesar de que su mellizo y ella eran casi inseparables, apretó el botón de pausa, y, de forma unísona, los cinco hombres que allí se encontraban clavaron sus miradas en Tamara.

—¿Qué has dicho? —preguntó Víctor, el tercer hermano, de treinta y seis años de edad, castaño claro y con ojos color ámbar como la mayoría de ellos, cuya profesión, al principio, no gustó a sus progenitores: monitor de deportes de alto riesgo. Exceptuando a Javier, el hermano mayor, que era

idéntico a su padre, moreno de ojos negros; y David, que era la pura calcomanía de su madre, rubio de ojos azules; todos los demás hermanos eran castaños tirando a rubios con los ojos marrones claros.

Tamara miró a todos ellos y, con una gran sonrisa en los labios, respondió con una alegría inmensa:

—¡Que igual, esta noche, Felipe le pide matrimonio a Beca!

David se levantó de golpe. Eso era una estupidez, y ese tal Felipe, un descerebrado.

—Pero ¡¿qué tontería más grande?! —tronó la voz de David mientras caminaba de un lado a otro.

—Deberías alegrarte...

—¡¿Alegrarme?! Pero si ese idiota no sabe hacer la o con un canuto —dijo David con ese tono con el que todos supieron que estaba más que cabreado.

—Chicos, llevan dos años juntos, antes o después tendría que pasar...

—Si ese idiota piensa que va a casarse con mi

hermana, es que no me conoce todavía. —Se alzó la voz de Dallas, el cuarto hermano, de treinta y cuatro años de edad, abogado.

Tamara buscó un aliado que pudiera ayudarle, claro que en esa habitación no había muchos dónde elegir. Así que Jaime era su único recurso.

—Jaime, podrías convencer a estos hombres de que...

El sujeto en cuestión levantó las manos haciendo aspavientos, parecía que no iba a cooperar.

—Ey, ey, a mí no me metas.

—Tamy, ¿estás segura? Quiero decir... ¿Es una posibilidad o Felipe te ha dicho que va a declararse hoy? —preguntó Dallas como si estuviesen en un juicio.

—No me ha dicho nada, pero es obvio. —La miraron incrédulos—. Hoy vuelven al restaurante donde le pidió salir.

Estaba claro que los hombres estaban hechos de otra pasta porque, para ellos, no significaba nada repetir en un restaurante.

Tamara suspiró con resignación, eran amigos de toda la vida. Rebeca y ella eran inseparables, al igual que David y Jaime. Y, además, ellos eran sus mejores amigos. ¿Cómo no podían nunca llegar a la misma conclusión?

Por suerte, el quinto hermano, que había permanecido en silencio, habló. Rubén era profesor, de treinta y dos años, y, casi siempre, el más sensato de todos ellos. Tenía la calma que Rebeca admiraba, una cualidad que estaba claro que a ella le faltaba por todas partes.

—Vale, esta es la situación: Rebeca se ha ido a cenar con su novio, y es posible que le pida casarse con él. —David negaba con la cabeza, y Dallas fue a replicar cuando Rubén alzó la mano—. Nos guste o no, eso es algo que solo Rebeca puede decidir.

—¡De eso nada! Felipe es un vago que va a querer vivir a costa de Beca, y te puedo asegurar que no lo voy a permitir —respondió Dallas.

—Estoy contigo —interrumpió David, que seguía con el ceño fruncido.



—¿Y qué piensas hacer al respecto? —preguntó Rubén con su voz calmada.

—Para empezar, redactaré un acuerdo prematrimonial. —Su gesto y su entonación confirmaron que ya tenía uno preparado, por si llegaba el día.

—A mí, con eso, no me basta. —Y esa fue la última frase que dijo David, porque salió de la casa dando un portazo.

Felipe era un hombre de treinta y ocho años, diez más mayor que Rebeca. Esto ya no gustó a sus hermanos, pero cedieron —lo que no significaba que no lo tuviesen controlado—. Habían averiguado su vida. Y la sorpresa fue que llevaba más de ocho años viviendo del cuento, del dinero que sus padres le daban por ser hijo único y que, estaba claro, no sabía administrar porque a fin de mes nunca le quedaba nada.

Después de media hora intentando convencer a Dallas, Tamara, o Tamy, como la llamaban sus amigos, decidió marcharse a su casa. Al cerrar la puerta, vio a David sentado en los escalones de la

entrada y se situó junto a él.

—¿Por qué estás tan enojado? —Escuchó un gruñido y esperó con paciencia la respuesta. Era bueno conocer el carácter de su amigo, sabía que, cuando estaba enfadado, era mejor darle su espacio y su tiempo.

—Ya sé que llevan dos años juntos —Tamara prestó mucha atención—, pero no la he visto sonreír de esa manera tan suya y especial. No le brillan los ojos al verle, apenas siente emoción cuando Felipe llega o recibe una de sus llamadas.

David respiró con frustración, no era lo que deseaba para su hermana. No podía permitir que ella cometiera el mayor error de su vida.

—Te entiendo, pero es ella la que debe decidir...

—¡Joder, no lo ama! ¡Maldita sea, no tiene por qué casarse con él! Sé que ella piensa que de no hacerlo... —Estaba desesperado—. Beca debe volver a creer en el amor y superar el pasado.

—¿Y si lo está haciendo a su manera con Felipe? —La voz dulce de Tamara consiguió

calmar a David, que esbozó una sonrisa triste y resignada.

—¿Y por qué no lo hace con la persona adecuada? —preguntó al tiempo que ladeaba la cabeza para mirar a Tamara. Esta desvió la mirada y pensó la respuesta sin sentirse observada.

—Porque la persona adecuada y Beca se han hecho demasiado daño el uno al otro y, ahora, ninguno de los dos volverá a atreverse.

Ambos tuvieron el mismo gesto, apretaron los labios y cerraron los ojos. El pasado no se borraba y nada se podía hacer.

—Te acompaño a tu casa, necesito tomar el aire y despejarme. —Tamara se levantó y le tendió la mano, para ayudarle a ponerse en pie, con una sonrisa en los labios.

Vivían en una urbanización que se encontraba a las afueras de la ciudad, rodeados de naturaleza, y a tan solo veinte minutos del centro. Un lugar privilegiado. Una casa de tres plantas que mostraba el nivel alto de la familia Irwin. La planta baja, la más utilizada por todos ellos,

estaba distribuida de la siguiente manera: el corazón neurálgico de la casa era la cocina, lugar donde todos los hermanos se reunían a diario alrededor de la magnífica isla curvada. Moderna y perfectamente equipada, algo que no era de extrañar puesto que Neill había supervisado hasta el mínimo detalle, situada a la derecha de un espacioso salón comedor donde a través de una amplia terraza se accedía a un perfecto y cuidado jardín con piscina, que en los meses de calor utilizaban casi a diario. Si la cocina constituía el punto de encuentro más importante, para Rebeca existía otro mucho más significativo y especial... la buhardilla, lugar que desde hacía diez años nadie pisaba, excepto la mujer de la limpieza que lo mantenía impoluto.

\*\*\*

Rebeca estaba inquieta delante de Felipe, quien no dejaba de mirarla y sonreírle. Se notaba que el hombre estaba nervioso y eso, a Beca, le aceleraba el corazón. ¡Se iba a declarar! Una angustia se instaló en su interior. ¿Era realmente lo

que ella quería?

—Beki, me lo estás poniendo muy difícil esta noche. —Rebeca sonrió sin ganas, odiaba que la llamase así. Ahora bien, por una noche, y viendo que él estaba tan nervioso, podía pasarlo por alto.

—¿Por qué? —preguntó coqueta.

—Porque estás demasiado preciosa, y eso lo hace mucho más difícil. —Rebeca, con una risa nerviosa, consiguió que Felipe, por fin, tomara la decisión antes de que fuese más tarde—. Lamento mucho esto que tengo que hacer. —Agarró su mano, sin embargo, pensó que esas palabras no sonaban muy bien cuando se refería a una declaración—. No sé cómo decir esto, pero tengo que hacerlo...

—Me estás poniendo nerviosa.

—He conocido a otra mujer.

Rebeca agrandó los ojos. Lo dijo así, de sopetón, sin irse por las ramas, sin pensar en que la mujer que tenía delante esperaba otra clase de confesión.

—¿Cómo dices? —preguntó por si no había

entendido bien.

—Beki, no sé cómo ocurrió, pero fue vernos y sentir un flechazo.

Rebeca alzó la mano, no quería seguir escuchando.

—¡Basta, no sigas! —Se zafó del agarre y se irguió muy digna.

Felipe la observaba e intentaba que, al estar en un lugar público, ella no montara en cólera. Empezó a mirar de un lado a otro. El local estaba repleto, de hecho, no había una sola mesa vacía, pero la vena de su cuello auguraba que su templanza se estaba alejando.

—Beki...

—¡Cállate! ¡No me vuelvas a llamar así en tu vida! —dijo con la voz elevada, consiguiendo que los comensales de alrededor les mirasen. Felipe sonrió a la gente con un gesto de disculpa.

—Por favor, no grites, esto es un lugar público...

—¿Que no grite? —Tomó aire con fuerza y, acercándose cuanto pudo a Felipe, se apoyó en la

mesa y espetó—: ¡Que te jodan! ¿Me has traído a este restaurante para decirme que estás con otra?

Felipe intentó controlar la situación porque la voz de Rebeca cada vez era más elevada, y empezaba a sentirse abrumado por la situación.

—Bek... Rebeca, por favor, seamos adultos...

—¿Adultos? —repitió Rebeca con desdén.

—Sí, adultos. Deja que te dé una explicación, y no dramáticas.

—¿Qué yo dramatizo? —preguntó, ya fuera de sí.

—Las cosas pasan, y no podemos culpar a nadie. Además, Rebeca, esto tendrías que haberlo visto venir. —Ya era el colmo de los colmos.

Rebeca, intentando encontrar la fuerza necesaria para controlarse, porque notaba que iba a explotar de un momento a otro, bajó la cabeza e inspiró con fuerza para llenarse los pulmones, necesitaba aire.

—Lo tenía que haber visto venir... —Volvió a repetir para entender a dónde quería llegar Felipe.

—¡Joder, Rebeca, llevamos dos años y se

puede contar con los dedos de una mano las veces que hemos follado! —A Rebeca se le abrió la boca, se quitó la servilleta que tenía entre las rodillas y, haciéndola un ovillo, la lanzó a la mesa.

—¿Y te has parado a pensar el por qué? ¡Pues te lo diré clarito! —Medio restaurante estaba expectante por la pelea de enamorados—. ¡Porque no tienes ni idea de lo que es hacer gozar a una mujer! ¿Pero qué te crees?, ¿que todo es meter y sacar?

—Rebeca, baja la voz...

—¿Por qué?! ¿No te da vergüenza citarme en un restaurante que era especial para nosotros y decirme que me dejas por otra?! Y va a resultar que te incomoda que la gente se entere que, además de un desgraciado... —Se puso en pie y continuó gritando—. ¡Eres un mal follador!

Felipe, muy avergonzado por las miradas de la gente y alguna que otra risita, se puso también en pie y sentenció:

—¡Porque eres una mujer de hielo, contigo no se puede uno calentar bien!



La gotita que colmó el vaso. Rebeca cogió la copa de vino y se la derramó en la cara, se dio media vuelta y salió de allí antes de lanzarle la copa o, mucho peor, estamparle directamente la botella en la cabeza.

\*\*\*

Cuando un taxi paró delante de la casa, los hermanos respiraron tranquilos. Una mujer que iba a casarse llegaría sonriente y de la mano del futuro esposo. Cada uno de ellos disimuló a su manera, y Jaime, desde la ventana de la habitación que compartía con David, observó que Rebeca no era, lo que se decía, un derroche de felicidad.

## Capítulo 2

### Necesita intimidad

El gran nido, como todas las mañanas, se despertaba con un gran ajetreo. Pero ese día había una diferencia, la hermana pequeña no había sido la primera en levantarse para usar uno de los baños.

David dio un golpe y, sin esperar respuesta, entró en la habitación de Rebeca, un gesto habitual que a ella la sacaba de quicio. Necesitaba intimidad, estaban acostumbrados a entrar y salir de los dormitorios sin pedir permiso.

—Beca, necesito el CD que te dejé la semana pasada. —Rebeca, con cara de pocos amigos y un sueño abrumador, fusiló a su hermano con la mirada. Aun así, señaló la cómoda, y David lo cogió, se acercó, le dio un beso en la cabeza y salió corriendo. Como era de esperar, no tuvo el

detalle de cerrar la puerta. Se sentía tan cansada que apenas levantó la voz para ordenarle que lo hiciera, se dio la vuelta e intentó seguir durmiendo.

No había pasado ni un minuto cuando Dallas entró en el cuarto, se dirigió a la mesa de estudio que tenía y cogió las llaves del vehículo de su hermana.

—Me dejé el maletín en tu coche ayer, voy por él. —Beca ni siquiera se molestó en abrir los ojos, tanto le daba.

Dos minutos tardó Dallas en recogerlo y subir. Cuando dejaba las llaves de nuevo en su lugar y salía por la puerta, cayó en la cuenta que no le había dado ni los buenos días. Así que hizo un giro rápido y se acercó hasta la cama para besarla en la mejilla.

—Buenos días, pequeñaja.

Bajó a desayunar, y allí estaban ya sus otros cuatro hermanos. Neill, que estaba dejando la comida preparada antes de irse a su restaurante; Víctor, con el tazón de cereales en la mano,

preparado para un día lleno de adrenalina; Rubén, con un café y una tostada, leyendo el periódico digital en su tablet antes marcharse al instituto, y David, bebiendo zumo de naranja y esperando a Jaime, su amigo y socio del taller que habían montado a medias. El único hermano que faltaba era Malcolm, quien tenía guardia de veinticuatro horas y no llegaría hasta las diez de la noche. Era el mellizo de Rebeca, cardiólogo, y el único hermano que no compartía dormitorio ya que sus horarios de descanso eran vitales.

Jaime salió del baño y vio la puerta de Rebeca abierta, la observó en la cama y se apoyó en el marco con los brazos cruzados.

—¿Qué haces?

Rebeca, que seguía tumbada y de espaldas a Jaime, respondió con un hilo de voz:

—Intentar dormir.

Respuesta que no convenció a Jaime.

—Vas a llegar tarde.

—No voy a ir a currar.

Esa contestación sí preocupó a Jaime, ya que

Rebeca no era una persona de faltar al trabajo.

—¿Y eso por qué? —Rebeca, cansada de dar explicaciones a todos, gruñó y permaneció en silencio, cosa que no agradó a Jaime porque volvió a preguntar—. ¿Has avisado a Javier?

¿Pero qué le pasaba a esta gente? ¿Por qué tenían que inmiscuirse en su vida a todas horas? Volvió a suspirar por cuarta vez antes de responder lo que tenía en mente y por fin hizo:

—Ahora lo llamo, no te preocupes.

Jaime negó con la cabeza, estaba claro que algo no había salido bien la noche anterior. Se conocían desde niños y, además, vivir con ellos era pertenecer a la familia, y eso significaba que conocía a Rebeca a la perfección.

Años atrás, al cumplir los veinte, se había trasladado a vivir con sus padres a Chicago, una decisión que le costó mucho tomar. Pero teniendo en cuenta que todavía era estudiante, y que no tenía más familia que sus progenitores, no le quedó otra opción. Por desgracia, ellos murieron y, aunque el dinero que le dejaron era más que suficiente junto

con los seguros de vida, podía haberse permitido seguir viviendo en Chicago y viajar por todo el mundo gracias a que le habían propuesto trabajar en Ferrari. Se había convertido en un mecánico excepcional y era un sueño para todo profesional el alcanzar esa meta; nada menos que pertenecer a la escudería de la Formula 1.

Cuando Javier le brindó la oportunidad de vivir con los que habían sido sus amigos e incluso hermanos para él, sin mirar atrás ni arrepentirse de rechazar un puesto tan importante en la élite del motor, regresó y se instaló en la habitación de David, ya que ellos eran inseparables. Por ello, no dudó en montar un taller mecánico junto a él y vivir la vida tal y como venía. Si algo había aprendido de la muerte de sus padres, era que no había dinero suficiente en el mundo para reemplazar el cariño de una familia, y por ello daba gracias que los Irwin le hubiesen acogido. Eso sí, con unas normas estrictas y una promesa al hermano mayor.

Dio media vuelta y bajó las escaleras, llegó a

la cocina y desayunó. Cuando todos estaban preparados para marcharse, no pudo guardar por más tiempo lo que le carcomía:

—Rebeca hoy no va a ir a trabajar. Sigue en la cama.

Todos se miraron, y David, dispuesto a averiguar el motivo, les hizo una seña para que se marchasen tranquilos.

Mientras subía las escaleras, pudo escuchar la conversación de Rebeca con su cuñada, Alicia. Prefirió no interrumpir y prestar mucha atención ya que, por culpa de otra discusión que ambas habían mantenido, él tomó partido, y eso hizo que una fuerte disputa con su hermano mayor acabase por no dirigirse la palabra desde entonces. Un hecho que a ambos les dolía, pero por el que ninguno pensaba dar su brazo a torcer.

Rebeca era diseñadora, estaba despuntando en el mundillo cuando una crisis nerviosa la bloqueó. Javier decidió que su hermana pequeña sería una buena ayuda para el negocio familiar que había pertenecido a sus abuelos, luego a sus padres, y,

ahora, estaba al cargo de Javier, ya que era licenciado en historia y arte: una galería de arte junto a una tienda de antigüedades. Hoy, además, incluían un servicio de decoración gracias a Javier, que quiso ampliar el negocio pensando en clientes más jóvenes y menos acaudalados, y eso que no se podían quejar, pues, a pesar de la crisis, gracias a su clientela selecta, ellos no habían notado tal estrago.

—Alicia, no te lo voy a repetir, no me encuentro bien y, por lo tanto, no voy a ir trabajar hoy.

Una pena no poder escuchar la otra parte, aunque no hacía falta. Por las respuestas de su hermana, tenía muy claras las insinuaciones de la cuñada.

—Te estás pasando, no eres mi jefa y mejor ve callándote la boca, que yo podría decir unas cuantas cosas sobre ti y tu profesionalidad.

Con bendita paciencia, siguió escuchando a la espera de que terminasen de hablar.

—Hay seis empleados más, mi ausencia no se



va a notar y, ahora, si me disculpas, me vuelvo a la cama... No se te ocurra levantarme la voz porque te repito que no eres mi jefa.

David intuyó que Beca colgaba, dejando a su cuñada con la palabra en la boca, y porque, seguramente, se había cansado de oír las sandeces de Alicia. Y Prefirió dar por concluida la conversación.

David entró y se miraron a los ojos.

—¿Por qué no vas a trabajar?

—David, no me encuentro bien, así que por favor...

—¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó incluso imaginando la respuesta.

—Cosas de mujeres...

—No me vengas con esas, Beca, que no tengo tiempo para tonterías. —Rebeca, que con David tenía una relación especial, se incorporó en la cama, y su hermano se sentó en el borde para mirarla bien.

—No te miento, tengo uno de esos días que vosotros no queréis que comparta. —Su hermano

sonrió porque era cierto—. Además, ayer rompí con Felipe.

David levantó las cejas y sonrió sin poderlo evitar, gesto que no pasó desapercibido para su hermana.

—No hace falta que te alegres tanto.

—Beca, ya lo creo que hace falta, ese hombre no era para ti.

Aun así, un temor interno lo alertó, no podría ver a su hermana de nuevo tan destrozada como hacía años. Rebeca, como si le leyese la mente, habló rápida:

—No tienes por qué preocuparte, no pienso volverme loca otra vez.

David le acarició las manos, era un tema zanjado del que nadie quería hablar y que prometieron olvidar por el bien de todos.

—Entonces, ¿estás bien? —preguntó con preocupación.

—Sí, puedes irte tranquilo, de verdad. Sólo necesito descansar, no te miento, me duelen los ovarios.

¡Se acabó! David dio un salto. Ese tema les incomodaba; cuando Rebeca necesitaba que la dejaran en paz, no había mejor asunto que la menstruación para ver desaparecer a sus hermanos en un pis pas.

—¡Vale, vale! Pues nos vemos a la hora de comer. —Volvió a darle un beso en la frente y se marchó a trabajar.

Rebeca no pudo evitar sonreír al ver a su hermano salir escopetado de la habitación al pensar lo ilógicos que eran los hombres cuando se trataba de temas hormonales de las mujeres.

Una vez sola, se levantó, fue a la cocina, cogió una caracola de chocolate y se la comió. Y, como todas las mañanas, comenzó su ritual particular. Preparó su café con leche, se puso los auriculares de su *mp3* y regresó a su habitación. Se sentó encarada a la ventana y apretó el play.

Todas las mañanas lo mismo, desde hacía exactamente diez años: Mirar la casa de enfrente —la casa de sus sueños— mientras escuchaba la canción del grupo Sin Bandera, *Como voy a*

*odiarte, mujer*, beber su café y recordar cuando el gran amor de su vida le prometía un futuro juntos e intentaba regalarle todos sus sueños.

Una lágrima por su mejilla delataba que seguía dolida. Cuando ese amor la abandonó, cuando todas esas promesas se evaporaron, y cuando ella, con el corazón roto, con la rabia instalada en su ser, le hizo creer que le había sido infiel. Pensaba que así, él sentiría el mismo dolor que ella. Pero esa mentira no había conseguido quitarle el mal de amores; al contrario, sirvió para sufrir mil veces más, cuando recibió la primera y última carta del que, pensaba, era el hombre de su vida. Un papel que, de tanto leerlo, lo tenía memorizado en su mente, y con el que recibió, además, aquella canción donde su gran amor le respondía que el daño ya estaba hecho, que no podría volver a confiar en ella. Pero que, a pesar de todo, no podía odiarla: porque ella le había enseñado a amar.

Y con brillo en los ojos, y escuchando por tercera vez la canción, supo que Felipe no era el causante de aquellas lágrimas y que, por mucho

que lo intentara, no podría amar a ningún otro. Entonces, prefirió meterse en la cama y dejar de pensar.

## Capítulo 3

### Eres la niña de mamá

A las dos en punto, todos los hermanos que comían en el gran nido, estaban sentados en la mesa con la comida delante. El teléfono sonó, y Rubén descolgó con voz amigable y cariñosa.

—Hola, mamá. ¿Cómo estás?... —Su madre fue directa al asunto, pasando por alto que podía hablar con uno de sus hijos, quería respuestas y no iba a perder el tiempo.

—Dile a tu hermana que se ponga inmediatamente. —Rubén se sorprendió, aun así, y sin hacer preguntas, le pasó el teléfono a Beca.

—Hola —dijo Rebeca mientras sus hermanos empezaban a comer.

—¿Me puedes explicar por qué no has ido a trabajar? —Rebeca cerró los ojos. «¿Cómo no había caído en la cuenta que su cuñadita llamaría a

su madre?».

—No me encontraba bien, eso es todo.

—¡Eso es todo, no! No puedes faltar a tu trabajo con excusas...

—¿Excusas? ¡Mamá, te he dicho que me encontraba mal, no son excusas!

—¡Atiende bien, jovencita! Vas a llamar a tu cuñada y disculpate por el desastre que has organizado y por tu falta de educación. —Rebeca entrecerró los ojos—. ¡Creo que no te he enseñado esos modales!

Los hermanos permanecieron en silencio, la voz de su madre se escuchaba a la perfección, no necesitaban acercarse lo más mínimo. Rebeca, que su fuerte no era la paciencia, y tampoco era de las que se quedaba callada, respondió con el mismo tono de voz que utilizaba su madre.

—¡Mamá, ya puedes esperar sentada que yo haga tal cosa!

—¡A mí no me repliques, jovencita, que no soy uno de tus hermanos! ¡¿Te ha quedado claro?!

Como un resorte se levantó de su asiento con tal

ímpetu que por poco tumba la silla. Todos seguían en silencio, era mejor no entrometerse.

—¿Que si me has entendido?! —volvió a preguntar la madre con una entonación que dejaba claro que era una orden más que una pregunta.

—¡La que no me has entendido eres tú, mamá! Si esperas que me disculpe ante Alicia, ya te aviso de que eso ocurrirá cuando lluevan ranas.

—Jovencita, no hagas que me enfade, porque si tengo que coger un avión e ir por ti y llevarte de las orejas, lo haré. —No le cabía duda a Rebeca que su madre sería capaz de hacer tal cosa.

—¿Y por qué se supone que debo pedirle disculpas a tu nuera? —preguntó con cierta ironía.

—Porque hoy era un día de mucho trabajo, teníais cinco clientes citados y, además, la has insultado; Rebeca, que nos conocemos muy bien —comentó la madre sin poner en duda la palabra de Alicia.

—¿De verdad nos conocemos, mamá? Porque si las mentiras de Alicia las vas a creer antes que a mí, me parece que nos conocemos bien poco.



—¡Rebeca, no me tires de la lengua! —dijo la madre con demasiada efusividad, incluso sus hermanos pensaron que era el momento de poner fin a aquella conversación. Pero cuando Dallas se acercó a Rebeca para arrebatarse el teléfono, esta se zafó con un empujón.

—¿Acaso tienes algo que decirme? ¡Venga, suéltalo! —Estaba claro que aquello se les había ido de las manos, y la madre, sin pensar en las consecuencias y el dolor que podría causarle a su hija, respondió:

—Maldita sea, Rebeca, ¿es que siempre vas a ser la causante de las disputas familiares? —Beca se quedó sin aliento, pero su madre ya estaba muy lanzada—, ¿no tuviste suficiente con conseguir que Javier y David no se hablen? ¿Cuándo piensas madurar y ser la mujer que se supone he criado? Puedes dar gracias que Alicia tiene buen corazón y no es rencorosa, así que, llámala y discúlpate, porque vas a conseguir que te despida.

Al igual que su madre fue magnánima en dejar las cosas claras, Rebeca, con un dolor interior que

jamás podría imaginarse su madre, que había sido sus palabras las causantes, fue rotunda también.

—Espera, espera, espera... ¿me estás diciendo que Alicia puede despedirme? ¿Ahora resulta que mi cuñada tiene más poder que yo en la empresa?

Dallas hizo otro amago de arrebatarle el dichoso teléfono, pero la mano de Rebeca en su pecho lo detuvo; eso y lo que acababan de escuchar.

La empresa familiar lo indicaba, era de la familia. Puede que el hermano mayor se hubiese hecho cargo de ella, pero había sido bajo votación del resto de hermanos: Todos poseían porcentajes iguales, incluso realizando otros trabajos recibían ganancias de la empresa. Ese fue el acuerdo al que llegaron cuando su padre dijo que quería jubilarse. Ninguno quería perder ese negocio que tanto esfuerzo había costado a sus antepasados de sacar adelante; si nadie se hacía cargo de él, hubiesen contratado gente especializada para continuar, sin vender ni cerrar. Así que estaba claro que Rebeca tenía el mismo derecho que Javier o cualquier otro

hermano a inmiscuirse y tomar decisiones en la empresa.

—¡Normal si no cumples! ¿Qué pensabas, Rebeca, que puedes hacer lo que te venga en gana, y no parar de dar problemas a tu cuñada, que es la que tiene que sacar las cosas adelante? —Un corto silencio, porque Rebeca no daba crédito a lo que había escuchado—. Pues teniendo en cuenta que ya te han quedado las cosas claras, llama a tu cuñada y discúlpate.

Ahora sí que ya no había vuelta atrás, la rabia contenida de Rebeca salió a la luz y fue muy franca.

—No, mamá, a la que le van a quedar las cosas claras es a ti: Tu queridísima nuera no ha trabajado más de diez días al año, no ha tenido la decencia de contarte que está cobrando un sueldo igual que el mío, cuando soy yo la que se está dejando los cuernos en ese lugar. Claro que también se le ha olvidado mencionarte que, además de su sueldo, de vez en cuando tengo que llamarla para recordarle que de los beneficios de

la empresa ella no puede sacar dinero cuando le viene en gana, cosa que hace cada mes, y si me apuras, incluso dos veces. Pero claro, santa Alicia esas cosas no las comenta y, por si eso no fuese suficiente, tiene la desfachatez de llamar a mi madre para acusarme de insultos que no han salido de mi boca: Y te aseguro que no ha sido por falta de ganas. Aun así, tú le has creído, y no sólo eso, sino que además has tenido el valor de echarme en cara que soy el gran estorbo de la empresa y de la familia. Pues bien, mamá, ahora voy a ser yo quien va a decir la última palabra: no he faltado a mi puesto de trabajo ni un solo día durante seis años, no ha salido de mi boca una mala contestación a Alicia y no hubiese imaginado en mi vida que mi propia madre me conociese tan poco. Pero ya que me han quedado las cosas muy claras, estate tranquila, mamá, que tú y Alicia podéis sentiros vencedoras, no va a tener que despedirme porque desde este mismo instante la que dimite, soy yo; eso sí, no voy a disculparme con alguien a quien no le he dicho nada. Que tengas un buen día y ya

puedes llamar a tu querida aliada y darle la gran noticia.

Le entregó el teléfono a su hermano Dallas, subió a su habitación de dos en dos los escalones, pegó un portazo y se metió en la cama.

Dallas iba a comentar con su progenitora ciertas cositas, pero la madre había colgado. Se dio la vuelta y, antes de que ninguno pudiese reaccionar, el hermano mayor estaba en la puerta apoyado desde casi el principio de la conversación, pero estaba claro que ninguno se había percatado de ello.

David se levantó, y Jaime, con gran maestría, lo llevó hasta la cocina para que los dos hermanos no volvieran a discutir. Rubén se acercó a Javier y fue muy tajante.

—Controla a esa mujer que tienes, o esta familia dejará de trataros.

Sus hermanos tenían claras las cosas, Rebeca era impulsiva, con un carácter de mil demonios cuando se enfadaba, pero jamás había sido mentirosa. Si ella decía que no había insultado, no

se ponía en duda, sin embargo su madre parecía no haberse dado cuenta, y eso que la había criado ella.

Javier pasó por delante de Rubén sin responder, aunque con una cosa en la mente: hablar con su hermana sin rodeos. Subió, dio dos golpes a la puerta y, sin esperar respuesta alguna, entró y cerró tras de sí.

La valentía de su hermana era admirable, desde luego, una cualidad que siempre le había fascinado. Allí estaba, mirándole a los ojos sin demostrar venirse abajo. Cualquier otra mujer estaría llorando a moco tendido o nerviosa de verle allí por todo cuanto había dicho de su esposa, pero ella seguía allí, esperando.

Se acercó, y Rebeca, que se había incorporado para plantar cara a su hermano mayor, levantó la cabeza para intentar estar a la misma altura. No era una mujer bajita, pero a sus hermanos les llegaba por la barbilla. Una vez uno frente al otro, Javier fue directo al asunto que le preocupaba desde que se había enterado que su hermana no

había acudido a su puesto.

—¿Debo preocuparme, Rebeca? No es habitual en ti faltar al trabajo.

—Un detalle por tu parte que te hayas dado cuenta, gracias. —respondió con sarcasmo, ya que su cuñada le había hecho creer a su madre todo lo contrario.

—No he venido hasta aquí para discutir contigo, más bien todo lo contrario, si estoy aquí es porque me tienes preocupado —dijo con mucha tranquilidad, algo típico en él—. Así que, por favor, guárdate las lanzas y empecemos de nuevo.

Rebeca asintió, su hermano no era como su cuñada, nunca le había fallado. El respeto hacia su hermano mayor era enorme, lo admiraba y adoraba. Era doloroso para ella ver a las dos personas que más quería en el mundo enemistadas, y si encima su madre había dado por hecho que era por su culpa... nunca podría perdonárselo.

Javier y David, de todos los hermanos, por mucho que quisiese a los demás, eran para ella intocables. Una unión entre ellos tan fuerte que

todos sabían que las palabras de su madre habían destrozado a Rebeca.

—Está bien, ¿qué quieres? —preguntó mirando a los ojos negros de su hermano mayor.

—La verdad, a mí no me mientas con tus dolores de menstruación, que no me lo trago.

—Pues para tu información no he mentado sobre ello. —Respondió sin apartar la mirada.

—Bien, me congratula saber que tu ciclo es estable y no voy a tener un sobrino de ese vago que tienes por novio.

Rebeca lo miró con desafío, ¿pero quién era él para insinuar que su ex era un vago cuando él estaba casado con la mujer más zángana del universo?

—Es bonito ver la paja en ojo ajeno. —Javier levantó las cejas.

—¿Qué insinúas? —Ya estaba cansada de Alicia, ya había discutido con su madre, qué importaba hacerlo también con su hermano. Al fin y al cabo, según su madre, era ella la que destrozaba la familia, pues iba siendo hora de



hacer las cosas sin falsas acusaciones.

—No insinúo, afirmo, que vas a hablar tú de otros cuando no eres capaz de ver que en tu casa tienes a la más gandula de todas.

—No he venido hablar de Alicia... Y te recuerdo que eres tú la que ha faltado al trabajo, no ella.

De nuevo las lanzas en todo lo alto por parte de ambos. Rebeca torció el cuello ligeramente hacia la derecha; signo que su hermano reconoció, estaba a la defensiva, siempre lo había hecho desde pequeña.

—¿Sabes? No tengo un buen día, es mejor que te marches antes de que lamentemos lo que puedas llegar a escuchar; de lo que puede salir por mi boca.

—Por eso estoy aquí, para escuchar de tu boca el motivo exacto... aparte de tu dolor menstrual.

—¿Por qué voy a tener que dar explicaciones de nada? He dicho que estoy enferma y, como antigua propietaria, me parece que puedo faltar a mi puesto sin tener que dar parte a nadie.

Javier, que sabía desde las nueve de la mañana que su hermana había roto con Felipe, ya que David había pasado parte a sus hermanos por *Whatsapp*. Y Neill tuvo el detalle de hacerle partícipe, puesto que David no tenía intención de contárselo; estaba más que preocupado que su falta al trabajo se debiese a otro bajón emocional.

—Porque no he venido aquí como jefe, pero sí estoy aquí como hermano mayor y estoy esperando que me digas de una vez que no debo preocuparme porque tu relación con Felipe se haya acabado.

Rebeca no se sorprendió, en su familia, los secretos no existían, y mucho menos cuando tenían que ver con ella, parecía que todos sus hermanos vivían para entrometerse en su vida.

—Pues no debes preocuparte.

—¿Segura? —Rebeca estaba al límite, de verdad que ya no podía con su alma.

—No sé por qué me preguntáis si cada vez que respondo no creéis una sola palabra. —Su hermano la miró y se apiadó de ella, era consciente que Rebeca necesitaba un respiro

después de lo de su madre.

—Será porque nos preocupamos por la niña de mamá.

—¡Se acabó, fuera de aquí! —dijo con la voz elevada y muy cabreada.

—Rebeca, que hayas discutido con mamá no quiere decir nada. Las dos tenéis el mismo carácter; eres digna hija de tu madre, tal para cual. —Necesitaba que Rebeca olvidara aquella pelea —. ¿Acaso no ves que tuvieron siete hijos varones hasta que por fin llegaste tú?

Rebeca lo miró, negó con la cabeza y respondió algo más calmada.

—Tuvieron ocho hijos porque no les gustaba ver la televisión. —Javier sonrió, desde luego su hermana tenía cada salida, incluso cuando estaba enfadada.

—Bien sabes que eso no es verdad. Mamá te adora, y eres la niña de sus ojos. Siempre lo has sido, Rebeca.

—Pues está claro que ya no. Ya no soy esa niña que ella adoraba —respondió con brillo en los

ojos.

Javier se dio cuenta que nunca habían pensado que Rebeca pudiese necesitar más comprensión. Ellos eran hombres, no lloraban, no se quejaban por el dolor, eran brutos por naturaleza y habían esperado de su hermana lo mismo. Pero estaba claro que su hermana era una mujer y, aunque intentara esconder sus muestras de debilidad para que no se preocupasen, seguía siendo una muchacha femenina y delicada.

Levantó la mano y acarició la mejilla de su hermana, necesitaba que ella recibiese el cariño que era muy posible no le había dado nunca como merecía.

—Lo sigues siendo. De hecho, eras la niña de todos nosotros, ¿acaso no ves que sin nuestra pequeña no podemos estar?

Rebeca sonrió y agradeció esas palabras tiernas con un beso en la mejilla.

—Gracias, Javier, si no tienes nada más que decir, te agradecería que me dejases sola.

—Ya que no debo preocuparme según tú... nos

vemos el lunes. —Rebeca trabajaba de lunes a viernes, era bueno ser propietaria, así podía dejarse de día libre los sábados.

—El lunes no nos veremos, por si no te ha avisado todavía tu mujercita, he dimitido.

—No digas tonterías, tómate las pastillas para el dolor que me parece que te ayudarán a pensar mejor.

Pero si algo tenía muy claro Rebeca era que no volvería a poner un pie en la galería. A obstinada no le ganaba nadie.

—Javier, he dimitido y te puedo asegurar que no voy a volver. De hecho, no quiero ni la parte que me corresponde de los beneficios, ya puedes repartirlo entre los demás.

Su hermano se mordió los labios, siempre se había caracterizado por su bendita paciencia, pero hoy parecía que no lo iba a conseguir.

—Rebeca, no hagas que me enfade...

—No hagas que me enfade yo, he tomado una decisión y te aseguro que no voy a cambiarla ni por ti ni por nadie. Además, soy mayor de edad y

puedo decidir por mí misma.

Javier, conociendo a su hermana, prefirió dar por terminada la conversación en ese momento. Ya hablaría con ella el domingo si hiciese falta. Si pensaba que iba a dejar de trabajar cerca de él, donde la podía tener controlada, era que no lo conocía para nada.

La comida había sido un desastre, todos perdieron el apetito, esperaban impacientes a Javier y parecía que la conversación entre hermanos se demoraba. En cuanto bajó las escaleras y vio a todos allí sentados, incluido a David, no le sorprendió, al fin y al cabo había sido él quien se había empeñado que hubiese unión entre ellos desde bien pequeños.

—Si Rebeca no entra en razón, el domingo volveré para hablar con ella. —No hizo falta decir más para que todos supiesen que su hermana no quería volver a su puesto.

David llevaba meses sin dirigir la palabra a su hermano, pero hoy tenía algo que decir y no se iba

a marchar de aquella casa sin escucharlo.

—Voy a darte dos opciones —los hermanos se sorprendieron—: La primera es que a tu mujer la saques de la empresa, está claro que, además de ladrona, es una vaga.

Víctor se incorporó del sofá, se acercó a Javier y se mantuvo a su lado. Acusar de ladrona y, además, afirmar con tanto ímpetu aquellas palabras, podrían conseguir que Javier le partiese la cara a su hermano; así que, por si acaso tenía que agarrarlo, mejor cerca.

—La segunda: Si no lo haces tú, hablaré con los demás, y nosotros mismos, si estamos conforme todos, lo haremos por ti.

Jaime, al igual que había hecho Víctor, se mantuvo al lado de David, las opciones eran muy directas y desde luego la situación entre los hermanos no era de envidiar. Dallas permaneció en su sitio, no muy lejos, con los nervios en el estómago.

Javier dio dos pasos al frente, pero David no se amilanó, permaneció en su posición sin moverse

un ápice.

—La empresa es familiar, y tengo un libro de familia en mi casa que demuestra que Alicia es mi mujer. Así que ve olvidando las opciones porque Alicia seguirá en la empresa.

—Que sea tu familia no quiere decir que sea de la mía. Y la empresa es de los Irwin, no de los allegados.

Javier adelantó un paso más, y Víctor lo agarró del codo. Rubén y Dallas se acercaron también, no parecía que fuesen a acabar bien las cosas.

—David, no he venido a pelearme contigo, así que dejemos las cosas como están...

—No voy a dejar nada, piensa bien las opciones porque el lunes, tu mujer, bien por tu parte o por la nuestra, no volverá a la empresa. Te advertí hace meses, Javier, ella consiguió que nosotros estemos como estamos, pero te aseguré que si algún día salpicaba a Rebeca, sería lo último que le consentiría a tu mujer.

Viendo que ninguno iba a ceder, Dallas decidió tomar partido. No era agradable puesto que Javier



era la figura más respetada de la casa, pero fue honesto a sus sentimientos y habló:

—En realidad... —Los hermanos se giraron—. Esto no debía haber llegado a estos límites. Alicia no debió entrar en la empresa. Por hacerte un favor estamos ahora en esta situación. Existe una cláusula en la que se deja muy claro que ningún cónyuge tendría poder en la empresa. Esa cláusula se escribió para que el día de mañana, en caso de que alguno de nosotros contrajese matrimonio, si por motivos personales nuestras parejas no se llevasen bien con las demás, que no afectase la situación personal con la laboral.

David volvió a clavar la mirada en los ojos de su hermano, ahora no tenía que inmiscuir a nadie más: esa cláusula era todo cuanto necesitaba.

—Pues no hay más que hablar. El lunes, tu mujer se queda en tu casa.

Javier no dijo nada, se soltó del agarre de su hermano Víctor y se dirigió a la puerta. Estaba a punto de salir cuando miró con desprecio a su hermano David y dijo:

—Nunca pensé que llegaría a decir esto, pero me avergüenza ser tu hermano.

Salió y dejó allí a todos con los ojos como platos, a todos menos a David, que sin que Javier lo supiese, lo había dejado roto. Puede que no se hablasen, pero seguía siendo su hermano mayor, él lo había admirado desde que tenía uso de razón. Incluso enfadados, seguía sintiendo respeto, admiración y amor.

Se dirigió a un mueble que había en la entrada de la casa, cogió las llaves de su moto que había dejado allí y salió sin despedirse de nadie.

Víctor se llevó las manos a la cara y empezó a frotarse. Rubén negaba con la cabeza, las cosas habían llegado demasiado lejos. Dallas se sentó en el sofá y suspiró con fuerza.

# Capítulo 4

## Una familia unida

El sábado por la noche, recién cenados, ninguno tenía planes. Rebeca se sentía mal, las palabras de su madre seguían clavadas en su corazón. Malcolm y Neill fueron informados por Rubén de lo que había sucedido la tarde anterior.

Estaban preparándose para ver una película, todos juntos, cuando la puerta de la casa se abrió y cuatro personas hicieron acto de presencia. La sorpresa fue innegable, nadie esperaba a sus padres, y mucho menos acompañados por su hermano mayor y su esposa.

El padre observó con detenimiento que sus hijos no los recibían con la alegría habitual. Su mujer le había puesto en antecedentes, pero no imaginó que la cosa hubiese llegado tan lejos.

Después de saludarse con un par de besos y

poco más, Alicia quedó frente a Rebeca y sonrió con malicia. Gesto que a Jaime, tan observador, no le pasó desapercibido. Reaccionó rápido, rodeó a Rebeca por los hombros y la alejó hasta el otro extremo.

Amparo, una mujer con carácter fuerte, se dirigió a sus hijos sin perder el tiempo. No había cogido un avión para nada; las cosas claras. Avisó a su hijo mayor para que fuese a recogerlos al aeropuerto y fue muy tajante en que su mujer acudiese con él. Y allí estaban todos.

—Sentaos, que tenemos mucho que hablar. — Esas fueron las primeras palabras.

Jaime, por el contrario, hizo amago de alejarse para dejar a la familia, pero la madre volvió a dar una orden.

—Jaime, tú también, esto es una familia unida y como tal te toca quedarte.

Amparo no podría imaginarse jamás la felicidad que esas palabras le habían hecho sentir a Jaime: Formaba parte de la familia.

Todos tomaron asiento entre los dos sofás y un

par de sillones. Los padres permanecieron en pie y se miraron entre ellos.

Corey, el padre, físicamente idéntico a su hijo mayor, aunque con algunas canas de diferencia, le hizo un gesto a su mujer para darle su aprobación y que continuase con lo que habían ido a solucionar.

—Esta familia siempre ha sido una piña. Los unos hemos cuidado de los otros, y no estoy dispuesta a que esto cambie. No he criado a ocho hijos para verlos separados. ¡Me niego! Vuestro padre y yo hemos venido a solucionar las cosas. No pensamos marcharnos de aquí hasta que esta familia siga siendo lo que ha sido siempre: UNA FAMILIA UNIDA.

Todos permanecieron en silencio. Rebeca con el corazón desbocado, pensando que su madre había sido capaz de llegar hasta allí para echarle en cara que ella era la causante de los problemas familiares.

—Bien, una vez avisados de lo que hemos venido a hacer, va siendo hora que cada uno de vosotros diga lo que tiene que decir del resto.

Nunca hemos ocultado nada y os hemos enseñado que los problemas se afrontan de cara.

Nadie dijo nada, jamás habían sido chivatos, su madre tenía razón; cuando tenían problemas y discusiones, lo arreglaban dando la cara y siendo honestos.

—Ya que ninguno quiere empezar, seré yo quien comience —dijo la madre acercándose a Rebeca—. No me gustó tu comportamiento de ayer, y hoy vas a disculparte.

Rebeca se puso en pie, su mellizo Malcolm, que seguía sentado a su lado, le sujetó la mano para darle ánimo y que no se agobiara.

—De lo único que voy a disculparme es de haberte gritado. Estaba enfada y te alcé la voz, pero no pienso disculparme ante nadie más. —La madre la miró y respondió:

—Alicia, ahora vas a decirle a mi hija todo cuanto me contaste a mí, y así mi hija tendrá que disculparse en caso que sea necesario.

Alicia, que tenía todavía esa sonrisa en los labios, se quedó petrificada. No esperaba ni de

lejos que su suegra le hiciese una encerrona. Miró a Javier esperando que él tomase parte y le sacara del apuro, pero no recibió tal apoyo.

—Amparo... yo... creo que no es necesario...

—La madre fue tan tajante como siempre.

—¡Lo es! Vas a decirle a mi hija todas la quejas que tienes y así aclarar las cosas cuanto antes.

Ya que Alicia no encontraba el vocabulario apropiado, y con ganas de terminar aquello, Amparo volvió a ser la voz cantante.

—En vista que Alicia se siente algo cohibida, te diré yo algunas de las quejas de tu cuñada para que puedas aclararnos. —Rebeca permaneció callada—. Para empezar, estás desatendiendo la galería, además de que te excedes en tu puesto e incluso abusas de poder ante los empleados. Desapareces durante horas sin dar parte, y perdemos clientes por tu falta de puntualidad...

A Rebeca se le contrajo el estómago, ladeó la cabeza hacia la derecha, y Malcolm notó que por poco le rompe los dedos. Furiosa era poco. Dallas y David se miraron, allí iba a arder Troya. Rebeca

interrumpió a su madre con una entonación que no dejó duda alguna que se había acabado la poca paciencia que tenía.

—¿Que qué?!

Alicia, que no esperaba esa reacción, se sobresaltó.

—Lo que tu cuñada nos ha informado —respondió la madre seria. La mirada de Rebeca se clavó en Alicia.

—¡Pues voy a informar! —Se situó tan cerca de Alicia que se quedaron a menos de un palmo—. Nunca he llegado tarde, siempre he sido una persona muy puntual en mi puesto de trabajo. Los empleados me tienen en estima, y soy yo quien mejor los trato. ¡Jamás, pero jamás, he faltado a mi puesto de trabajo hasta ayer!

El padre observó perfectamente a todos sus hijos allí callados, su hija pequeña estaba enojada y por fin allí se iba a descubrir la verdad.

—¡Y ahora que he informado, voy a enumerar mis quejas!

—Lo ves, no te das cuenta Rebeca, siempre



estás gritando para amenazarnos —dijo la cuñada para ver si así su suegra le echaba un cable.

—Puede que yo grite, Alicia, pero desde luego no soy una maldita mentirosa. —Alicia iba a protestar cuando Rebeca levantó la mano muy tajante—. No quería llegar a esto, y no por ti, pero a diferencia de ti, Alicia, yo sí me preocupo por mi hermano. A mí sí me duele tener que contar la clase de mujer que eres...

—No tengo por qué soportar esto. —Alicia hizo el amago de marcharse, pero Rebeca la sujetó de la muñeca con fuerza.

—¡Ya lo creo que sí! —Ambas se miraron con desprecio—. En un año has acudido al trabajo diez veces, vienes todas la mañanas con mi hermano y en cuanto él se retira para encerrarse en el despacho, tú desapareces. Tu nómina la has ido aumentando desde hace un año y, de hecho a día de hoy, cobras casi tres cientos euros más de lo que yo gano: Y eso que yo tengo la prima de beneficios por ser propietaria de la galería. Y ahora que has tenido la poca vergüenza de acusarme con

mentiras, ¡mejor será que aclares a toda la familia dónde va a parar el dinero que robas!

Javier se puso en pie sin pensarlo, una cosa era que se dijese cosas y se echasen en cara lo que les molestaba la una de la otra, pero que acusasen a su mujer de ladrona, eso no podía consentirlo.

—¡Rebeca, mide tus palabras! —Su hermana lo miró y respondió:

—¡No voy a medir nada! Tu mujer ha estado sacando dinero a diario, pequeñas cantidades que he podido encontrar y no estoy dispuesta a seguir pasándolo por alto.

—¡Mentira! —gritó la cuñada.

—¡No se te ocurra llamarme mentirosa! — Javier se acercó a su hermana y la empujó hacia atrás porque se había acercado demasiado a su mujer, acusándola con el dedo de la mano. Por desgracia, utilizó más fuerza de la que pretendía, y Rebeca dio un tras pie y fue a parar al suelo.

Como un resorte, David fue a por Javier; por suerte, Rubén y Víctor lo agarraron. Malcolm, también raudo, consiguió rozar el brazo de Javier,

pero Neill y Dallas se lo impidieron.

Los padres temblaron, jamás sus hijos habían llegado a las manos. Cuando eran pequeños, y sin maldad, las típicas peleas de niños jugando. Pero esto era una locura.

Javier se quedó helado, no era su intención hacer daño a su hermana, palideció y le tendió la mano para alzarla. Con los ojos brillantes de la misma rabia que llevaba, y con un hilo de voz, le habló:

—Perdóname, Beca. Por favor, créeme, no era mi intención.

Rebeca se levantó sin agarrar su mano. Volvió a erguir el dedo acusador y los señaló a ambos, primero a su hermano y luego a su cuñada.

—De ella lo esperaba, Javier, ya intenté tirarme una vez por las escaleras cuando le advertí que la descubriría ante todos por llevar tiempo metiendo mano en la caja. —Javier se quedó totalmente paralizado—. Suerte que David estuvo allí y me ayudó a solucionarlo.

¿Entonces no mintió David, cuando le contó que

Alicia y Rebeca discutieron y su mujer había llegado a las manos?. La desazón se apoderó de Javier. Cuando su hermano había ido a verle y mantuvieron una discusión, no esperaba que fueran ciertas sus palabras. Ahora, allí, delante de ambos hermanos, no sabía ni qué hacer ni qué decir.

—¡Se acabó, sentaros! —la voz rotunda de su padre consiguió que todos los hermanos se calmasen—. ¡Venga, no voy a repetir las cosas!

Cada uno regresó a su asiento y permanecieron callados, con una atmósfera casi irrespirable.

—Si tengo que cerrar la galería para que esta familia siga unida, os aseguro que mañana mismo cuelgo el cartel de cerrado.

Amparo se apretaba las manos, nunca había visto a su esposo tan perturbado. Sus hijos eran para ellos lo más importante en la vida. Su marido tenía razón, si había que cerrar, se cerraría; sus hijos ya eran mayores y podían solventarse la vida sin necesidad de la empresa familiar.

—Javier, tu comportamiento...

—Papá, lamento lo que ha sucedido, no ha sido

mi intención que Rebeca cayera al suelo...

—Eso espero... —El padre no se andaba por las ramas, pero Javier tampoco.

—Pero no se puede acusar a mi mujer de ladrona, eso no voy a tolerárselo ni a Rebeca ni a nadie.

—En eso también estoy de acuerdo. Rebeca, tus acusaciones son muy graves... —Rebeca volvió a ponerse en pie, estaba tan nerviosa que no sabía qué hacer.

—¿Me estás diciendo que tú tampoco me crees? —preguntó Rebeca con la voz rota.

—Estoy diciendo que tus acusaciones hieren —respondió el padre, respuesta que a Rebeca no conformó.

—Me crees, ¿sí o no? —Difícil respuesta para un padre que tenía a la familia ahora mismo en pie de guerra.

—Rebeca, tu padre... —la voz de Amparo intentando que padre e hija no se enojasen.

—¿Sí o no, papá? —Rebeca quería una respuesta, ya iba siendo hora de saber si su

palabra valía más que la de su cuñada a vista de sus padres.

Corey tenía clara la respuesta, su hija nunca había sido una mentirosa, pero su hijo mayor estaba en la situación más incómoda y no se merecía que por su mujer se enemistase con el resto de hermanos.

—No. Creo que Alicia, si cogió dinero de la caja, sería por un buen motivo y porque Javier lo permitió.

Rebeca tragó saliva, ni siquiera su padre creía en ella; por primera vez en su vida, las lágrimas se le agolparon en los ojos delante de toda su familia.

—Muy bien, ya sé que no tengo el apoyo de mis padres, es bueno saber que creéis antes a Alicia que a mí. —Respiró con dificultad para evitar llorar—. Jamás imaginé que mi familia me diera la espalda; y luego tenéis el valor de decir que esto es una familia unida.

—Rebeca...

—No, mamá, para mí esta familia ya me ha dejado claro que mi palabra no tiene valía. —

Miró a su padre, y con una lágrima que no pudo retener, dijo—: Lástima que lo tuvieses tan claro, porque ahora no me van a valer las disculpas.

Salió corriendo a su dormitorio, todos se quedaron sentados sin entender cómo era posible que su progenitor hubiese dudado de la palabra de su propia hija. Un minuto tardó Rebeca en bajar de nuevo con papeles en la mano. Se acercó a su padre y se los tendió.

—Toma, aquí tienes... —Desvió la mirada a su madre—. No voy a quedarme a escuchar unas disculpas y aclaraciones que ya no necesito; ni de vuestra parte ni de la suya.

Y con la cabeza erguida, pasó por delante de todos en dirección a la puerta de entrada, la abrió y, girándose para volver a mirar a sus padres, dijo antes de cerrar:

—Ya tenéis una nuera, no necesitáis una hija.

Los padres, con el corazón roto, aguantaron el tipo. Obligaron a sus hijos a permanecer allí sentados hasta que ellos decidieran lo contrario. Corey, con la calma que pudo reunir a base de

mucha fuerza de voluntad, estudió los papeles que su hija le había entregado.

—Puede que mi hija no quiera escuchar las aclaraciones, pero al resto de la familia vas a tener que aclararnos todas estas cuentas sucias.

Javier se levantó y leyó todas aquellas hojas. Cierto era que se habían desviado cantidades a una cuenta distinta, al igual que la nómina de Alicia era superior a la de su hermana como ella había afirmado.

David se levantó de su asiento, y cuando su madre quiso impedirselo, este, por primera vez en su vida, desobedeció a su progenitora.

—Al igual que mi hermana, yo no necesito ni quiero sus aclaraciones o disculpas.

Y desapareció por la misma puerta que, minutos antes, su hermana pequeña había utilizado.

Alicia dio mil explicaciones que a nadie le importaba. Su hermana había demostrado, guardando todos esos papeles, que ante todo pensaba en su hermano Javier. Podía haber mostrado esos papeles hacía casi un año y no lo



hizo para salvaguardar a su hermano mayor del resto de la familia. De haberlo hecho es posible que nadie se hablase con su hermano. Al igual que quedó demostrado que el dinero fue devuelto por la exigencia de Rebeca. Por mucho que Alicia estuviese ahora dando a entender que ella todos los meses devolvía las cantidades, los papeles no decían lo mismo. La cantidad devuelta era inferior a la prestada.

Javier estaba desesperado, ya no eran las cuentas lo que le fallaba, eso ya le daba lo mismo, lo peor era haber perdido a su hermano. Todo empezaba a darle vueltas, se sentía tan angustiado que tuvo que sentarse porque estaba realmente mareado. Malcolm se acercó a él, le tomó el brazo y comprobó que tenía el pulso acelerado.

—Jaime, por favor, sube a mi dormitorio y baja mi maletín, —Dicho y hecho, en menos de un minuto ya lo tenía en sus manos.

—Estoy bien, no es nada. —Malcolm miró a su hermano y respondió:

—Eso lo diré yo.

—Mi amor, es mejor que nos marchemos a casa, por hoy ya hemos tenido bastante. — Malcolm fusiló con la mirada a su cuñada.

—Tienes la tensión muy alta.

—¿Y a ti no te parece normal con la que nos habéis liado? —respondió Alicia muy soberbia.

—¡Cállate, Alicia! —Tronó la voz de Javier.

Los padres volvieron a tomar cartas en el asunto, le pidieron a Javier que se marchase a casa a descansar, y cuando estuviese calmado y con fuerzas, ya hablarían de todo con tranquilidad. Javier no quería irse, su mujer había originado todo aquello, y él debía dar la cara ante los hermanos. Sus padres al final lo convencieron y se marcharon.

Una cosa había quedado clara esa noche, su nuera no volvería a entrar en la galería ni como invitada.

\*\*\*

Las doce de la noche y nadie sabía dónde localizar a Rebeca. David había ido hasta casa de Tamara, pero allí no estaba. El móvil no lo llevaba

encima, y su vehículo seguía aparcado en su plaza. Llamaron al guardia de la entrada de la urbanización pero este dijo que no la había visto salir: Claro que su turno empezaba a las once de la noche y era posible que hubiese salido antes.

Jaime tuvo un pálpito y fue en su busca. De pequeña, Rebeca, decía que les compraría la casa a los vecinos de enfrente, era la única que daba a un pequeño lago. Saltó la valla y se dirigió a un cenador que había en la parte trasera, desde donde se veía el lago.

—¿Qué haces aquí, Beca?

Ella se sobresaltó.

—Hasta ahora que has llegado tú, esconderme.

Lo había hecho alguna que otra vez, le encantaba aquel lugar, decía que era su lugar favorito, allí se sentía apartada de todo, y la paz que respiraba le hacía sentirse bien. Jaime se acercó y se sentó a su lado.

—No deberías esconderte, están todos buscándote muy preocupados. —Beca hizo un gesto amargo.

—Están mejor sin mí.

—Bien sabes que eso no es verdad. —Jaime la conocía mejor que nadie.

—¿Verdad?, la verdad solo depende de la persona que hable, ya nadie cree en la verdad auténtica. Yo podría decir mil verdades y, ¿crees que alguien me creería? —Jaime le sostuvo la barbilla para que lo mirase.

—Todos, Rebeca, todos te creerían.

—Has estado en la misma habitación que yo, ese comentario te queda muy lejos de la realidad. ¿No te parece?

—Me parece que tu padre ha tomado una de las decisiones más duras de su vida. Tenía que decidir entre ser sincero y demostrar que te creía, o mentir y conseguir, de ese modo, que Javier siguiese siendo el hermano mayor que todos habéis respetado desde pequeños.

Rebeca se tomó su tiempo para asimilar aquella información mientras Jaime seguía sosteniendo su barbilla.

—No tenía necesidad de hacerlo, no se trataba

de Javier...

—Claro que sí, Alicia es su mujer, la estabas acusando de haber estafado, y, por lo tanto, Javier se sentía responsable de no haberlo visto venir, y por ello tus hermanos podían echárselo en cara. Sabes que Javier siempre se siente responsable, al igual que eres consciente que todos creen en ti.

Rebeca iba a bajar la cabeza de nuevo, pero la mano de Jaime lo impidió, quería mirarle a los ojos, ella siempre lo hacía, no estaba dispuesto a dejar que eso cambiase, porque no debía sentirse avergonzada.

—¿Y qué se supone que debo hacer? — preguntó temerosa.

—Lo que has hecho siempre, dar la cara. No te escondas de nada ni de nadie, tú no eres la causante de lo que ha pasado en casa.

—No es a mí a quien debes convencer, Jaime, deberías decirle esas cosas a mi madre. Ella sí tiene claro que yo fui la responsable de que David y Javier se peleasen.

—Rebeca, no tengas en cuenta las palabras de

tu madre, estaba muy enfadada y dijo cosas de las que ambos sabemos que está muy arrepentida. — Beca apretó los labios—. ¿No ves que ha sido capaz de coger un avión y venir a buscarte?

—¿A mí?

—Sí, Rebeca, sí, a ti, a su niña. Ha obligado a Alicia a venir para que te tuviese delante, tú debías plantarle cara y demostrar que tu madre no estaba equivocada, que por mucho que tu cuñada le diga, tú eres la única sincera, la única que puede unir a vuestra familia.

A Rebeca volvieron a brillarle los ojos, un gesto que emocionó a Jaime, y, para mayor sorpresa, Rebeca lo abrazó con fuerza.

## Capítulo 5

### Los hermanos no pueden odiarse

Rebeca y Jaime entraron en la casa, y sus hermanos se acercaron “rápidos” a abrazarla. Sus padres los miraron desde la distancia, después de sus últimas palabras era mejor dejarla a su aire, ya hablarían con ella con mucha calma.

—Familia, nosotros vamos a acostarnos, estamos agotados —dijo el padre con voz fatigada y destrozada, más por la pena que sentía que por el cansancio físico. Sus hijos les dieron las buenas noches, y la voz de Rebeca les dio esperanzas.

—Me gustaría pedirlos disculpas antes de que os acostéis, no debí marcharme y dejaros.

—No tienes por qué disculparte, hija —respondió el padre.

—Yo creo que sí, papá. No me he comportado como una adulta.

Los hermanos se retiraron a la cocina para dejarlos solos, debían aclarar muchas cosas, y ellos no debían inmiscuirse en esa conversación de padres e hija. Rebeca hizo un gesto con la mano, invitando a sentarse a sus padres en el sofá para tenerlos delante.

Sabía que debía buscar las palabras apropiadas, Jaime le había hecho entender que la decisión de sus padres había sido injusta por un único motivo, y estaba claro que ella había escondido durante un año todos aquellos secretos y papeles por lo mismo: Javier era lo único que importaba.

—A ti, mamá, te debo disculpas por la forma irracional de mi comportamiento de ayer, no tenía ningún derecho a alzarte la voz, —La madre negaba con la cabeza—. Sí, mamá, ese respeto te lo debo porque eres mi madre.

La mujer por primera vez en su vida no sabía qué decir, su pequeña no le debía nada, ya que ella había empezado aquella disputa.

—A ti, papá, te debo también unas disculpas...



no debí entregarte esos papeles, debí guardarlos y evitarte el mal trago. Lo lamento, de verdad que lo lamento con toda mi alma.

—Pues no deberías, hija. Tú no eres la responsable de nada, los malos actos de Alicia son únicamente de ella. Ni tú ni Javier sois responsables de lo que ella ha hecho a escondidas.

—Ambos sabemos que Javier se culpa —dijo Rebeca con pesar y honesta.

—Cierto, y no debería. Claro que siempre se ha responsabilizado de todos y no iba a ser menos cuando se trata de Alicia.

—No debí decir nada, era mejor seguir callando, al final no ha servido de nada ocultarlo durante un año, porque Javier ha terminado escaldado por mi culpa.

—Por tu culpa no, la única culpable es Alicia.

La madre, que conocía a su hija a la perfección, supo que debía decir unas palabras.

—Tu padre tiene razón, no es culpa tuya... escucha, Rebeca, ayer dije cosas de las que me arrepiento, tú no tuviste la culpa de la pelea entre

tus hermanos.

—Mamá, no importa, digas lo que digas no me va a hacer sentir mejor. Debí convencer a David de que lo dejase estar, sabía que iría hablar con Javier y no hice nada para evitarlo.

—Escúchame, hija, tus hermanos ya son adultos, y David hizo lo que debía hacer. Javier se vio entre la espada y la pared, Alicia y tú nunca os habéis llevado bien; es normal que Javi creyese que tu hermano estaba exagerando, no podía imaginar que su mujer te hubiese intentado tirar por las escaleras. —Rebeca cerró los ojos para olvidar aquel momento tan desagradable.

—Ahora se odian —dijo con tanto pesar que por poco llora.

—Los hermanos nunca pueden odiarse. Pueden estar peleados, pueden dejar de hablarse, pero odiarse, ¡nunca!

Rebeca miró a su madre y sonrió, esa mujer tenía tanta positividad cuando se trataba de sus hijos que parecía mentira que ahora dos de ellos estuviesen enemistados.

—Cariño, ahora soy yo quien te pide perdón...  
—La voz de su padre la sacó de sus pensamientos  
—. No quiero que pienses que no te he creído, sé de sobra que nunca has sido una mujer mentirosa, de pequeña no sabías mentir y desde luego creciste convirtiéndote en una mujer sincera.

Rebeca no pudo más, abrazó a su padre y se puso a llorar. Se había criado entre hombres, ellos no lloraban, y ella, cuando tenía que hacerlo, siempre lo hacía a escondidas, pero esta vez no pudo guardarse dentro sus emociones y explotó junto a las dos personas que le dieron la vida.

Una vez aclaradas las cosas entre padres e hija, decidieron que era hora de retirarse. Todos se acostaron, aunque eran conscientes que algunos de ellos no dormirían.

\*\*\*

A las tres de la madrugada, Javier entró en el dormitorio que compartían David y Jaime. Nada más abrir la puerta, David giró la cabeza y se encontró a la persona que menos esperaba aunque para ser franco, sintió alegría. Javier le hizo una

seña con la cabeza para que lo siguiese, no quería despertar a Jaime. No se opuso, se levantó y le siguió los pasos. Cuando salieron al exterior de la casa, se sentaron en el balancín de madera que había en el porche de la entrada.

—David, te juro que daría la vida ahora mismo si con eso consiguiera borrar el pasado. —Unas palabras cargadas de honestidad.

—Me has hecho mucho daño, Javier —respondió David con sinceridad—. Siempre te he admirado, has sido para mí mucho más que un hermano, y pusiste en duda mi palabra ante la de Alicia.

—Lo sé, David... ¿Comprendes que era muy difícil para mí creer que mi mujer quisiese hacer daño a mi hermana pequeña?

—Lo entiendo, pero no puedo comprender que no creyeses en mí. ¡Joder, Javier! ¿Cuándo te había fallado yo? Beca y tú siempre habéis sido lo más grande para mí. —No mentía, la adoración por ambos hermanos era inmensa—. Hubiese dado la vida por ti.

Los dos se quedaron callados, Javier seguía sintiendo esa opresión en el pecho. Necesitaba el perdón de su hermano.

—Sé que os he fallado... Rebeca ahora mismo debe odiarme tanto como tú en estos momentos. En realidad os he fallado a todos.

Era la primera vez que David veía llorar a Javier, se le partió el corazón, era su hermano mayor. ¡Por todos los santos!, seguía siendo el hombre al que adoraba y respetaba más que a nadie en el mundo.

—No has fallado a nadie, Javier —dijo llevando una mano a su hombro—. Sí, me has hecho daño, pero sigues siendo mi hermano.

—Un hermano debe cuidar y proteger a los otros, y yo en eso te he fallado —dijo secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—En eso nunca me has fallado, me fallaste al desconfiar de mi palabra, pero siempre me has protegido y querido como nadie. —Apretó el hombro de Javier con cariño—. Esta familia, como dice mamá, *es una familia unida*. Y esa

unión te la debemos a ti.

—¿Y de qué ha servido, David? —preguntó con un deje de culpabilidad.

—De que hoy estemos aquí sentados haciendo las paces.

Javier miró a su hermano pequeño con cariño, y, aunque decían que los hombres nunca lloraban, esa noche, dos hermanos demostraron todo lo contrario. Fue abrazarse y llorar ambos.

Diez minutos más tarde se separaron, la unión de aquellos dos hombres volvía a ser la de antaño. Sin mediar palabra, supieron lo que debían hacer en ese instante. Entraron juntos a la casa y subieron las escaleras para buscar a la persona que, a ciencia cierta, se habría acostado unas horas antes para llorar a escondidas por sentirse responsable de una pelea entre hermanos de la que ella no había sido la causante.

Al entrar, sonrieron, su hermana estaba hecha un ovillo en la cama; ciertas cosas no cambian nunca. La observaron durante un momento, tenía hipitos, y eso significaba que hacía muy poco que

había dejado de llorar. Javier decidió despertarla con cuidado. Rebeca al abrir los ojos y ver a sus dos hermanos, se incorporó, quedándose sentada con la espalda pegada al cabecero de la cama.

—¿Qué pasa? —preguntó algo adormilada.

—Nada, simplemente queríamos darle un beso de buenas noches a nuestra hermana. —Al acercarse más, ella observó fugazmente que Javier tenía los ojos rojos de haber llorado. Eso no lo esperaba y al mirar a su otro hermano, tanto de lo mismo.

—¿Os habéis peleado de nuevo? —preguntó preocupada.

—No, eso ya pertenece al pasado. —La respuesta de David se convirtió en alivio y esperanza.

—Entonces, os habéis perdonado, ¿no? —Ambos asintieron con sonrisas en la cara.

Rebeca se llevó las manos a la boca para no gritar, sintió cómo si le quitaban cien kilos de encima. En un arrebato, se puso de rodillas y alargó los brazos para abrazar a ambos hermanos.

—Beca, perdóname...

—No digas nada, Javier, el pasado, pasado está. —No quería más disculpas ni perdones ni nada que volviese hacerles recordar la angustia vivida.

A las diez de la mañana, el mellizo de Rebeca dio un golpe en la puerta y, como era habitual, sin esperar respuesta, abrió. Malcolm no pudo evitar sonreír, en la cama estaban sus tres hermanos durmiendo a pierna suelta. Sus padres, que pasaban justo por detrás, vieron a Malcolm hacerles una seña para que se acercasen a mirar aquella estampa. Rieron, porque ver a su hija hecha un ovillo entre sus dos hermanos, era como mirar las viejas fotografías de cuando eran niños. Neill y Jaime se acercaron también, con curiosidad de verlos allí parados. Entre todos se cruzaron miradas de satisfacción, alivio y felicidad. Por fin volvían a ser la familia unida que tanto les gustaba. Cuando decidieron alejarse, Dallas y Víctor llegaban, y ambos pensaron lo



mismo, se miraron entre sí y decidieron entrar como cuando eran críos.

Se lanzaron a la cama, con menos brío que cuando eran pequeños, no fuera cosa que la rompiesen, además de llevarse una colleja bien dada por los que estaban allí durmiendo. Los tres hermanos se despertaron sobresaltados, pero al segundo estaban muertos de risa. Neill, que seguía en la habitación mirando con adoración la escena, dijo:

—¡Venga, bellas durmientes, a desayunar!

Querían comenzar la mañana juntos, porque Neill debía ir al restaurante a trabajar. Restaurante al que pensaban ir todos a comer porque Neill se lo había pedido a sus padres.

Rebeca se levantó con una gran sonrisa en la cara, hacía mucho tiempo que sus hermanos no la despertaban de esa manera tan cariñosa y, además, había recibido besos por parte de todos. Uno a uno fueron bajando al comedor para desayunar.

Nadie quería estropear el momento, aunque todos tenían curiosidad, ¿qué había pasado entre

Alicia y Javier? El hermano mayor, que los conocía como si los hubiese parido a todos, con voz tranquila comentó:

—Alicia no volverá a la galería y, por supuesto, no recibirá nómina.

Nadie sabía qué debían preguntar sin alterar la paz de la que disfrutaban esa mañana. Al final, David tomó la decisión de hacer las preguntas y demostrar a todos que entre Javier y él las cosas volvían a ser como siempre.

—¿Y tú y ella habéis aclarado las cosas?

—Sí... no fue agradable, eso no lo voy a negar, pero hemos conseguido llegar a un entendimiento.

—Si tú estás bien y te has quedado tranquilo con sus explicaciones, nosotros no necesitamos más. —Cierto, pensaron todos los hermanos.

—Gracias, podéis estar tranquilos.

\*\*\*

A las tres en punto de la tarde, toda la familia Irwin se encontraba alrededor de una mesa en el restaurante de Neill. Un restaurante cuyo nombre no dudó a la hora de montar un negocio: El Gran

Nido, ubicado en un lugar emblemático de la ciudad de Valencia, junto a la Albufera.

—Prefiero comer en casa, detesto la nueva cocina, apenas ponen comida en los platos —susurró Rebeca a Jaime, para que no la escuchasen sus padres.

—Que no te oiga Neill, no se lo tomaría muy bien —respondió sonriente.

—A Neill se lo he dicho mil veces, me parecen abusivos los precios en estos restaurantes por dos bocados.

Rebeca era una mujer de buen apetito, al igual que sus hermanos. Preferían la comida que Neill preparaba en casa que acudir al restaurante. Cierto que era un chef de renombre, galardonado nada menos que con una estrella *Michelin*, pero a sus hermanos les apetecía comer en buenas cantidades.

—Por algo es el *millonetis* de la familia —dijo Jaime con humor, y Rebeca sonrió—. Además, con esta comida no será necesario salir a correr, no hay grasas que quemar.

Rebeca rió a mandíbula abierta, tenía razón, ese

domingo no necesitaba salir a correr para mantenerse en forma. Una costumbre que tenía desde que cumplió los catorce años. Todos los días salía a correr por la urbanización durante una hora. No era una mujer de constitución grande, lo que favorecía mucho a sus piernas para tenerlas largas, delgadas y bien tonificadas por el ejercicio. Le hubiera encantado tener una talla más de pecho, pero una noventa y cinco tampoco era para quejarse, y aunque sacaba de quicio a sus hermanos, le fascinaba la moda y, sobre todo, ir provocativa y *sexy*.

La risa de Rebeca desapareció tan rápido que Jaime se extrañó. Ladeó la cabeza para ver con exactitud dónde tenía ella clavada la mirada. Eso sí que no lo esperaba nadie, encontrar a Felipe con una mujer del brazo en el restaurante del hermano de su ex. Malcolm también se percató del detalle y pensó al instante que era de muy mal gusto tener ese detalle. Se levantó excusándose de que debía ir al baño. Jaime cogió la mano de Rebeca por debajo de la mesa y empezó acariciarla con el

dedo pulgar para tranquilizarla. El resto de la familia era ajena a aquella situación incómoda que estaba viviendo Rebeca. Su hermano Rubén los distrajo con una anécdota.

Malcolm llegó hasta Felipe y se plantó justo delante. Siempre se había considerado un hombre educado, aunque hoy no lo tenía tan claro.

—Me parece de muy mal gusto que te presentes precisamente aquí acompañado.

Felipe lo miró a los ojos, y la mujer bajita y morena que lo acompañaba levantó la cabeza para mirar bien al hombre alto, guapo y con voz varonil que les había hablado.

—Este restaurante es un lugar público, creo que tengo todo el derecho del mundo a comer dónde me venga en gana.

—En eso estás muy equivocado, es un lugar público para todos excepto para ti, desde hoy tienes prohibida la entrada a este restaurante. —La mujer empezó a inquietarse. ¿A qué venía aquello?

Todos los hermanos estaban al corriente de la ruptura y cómo había sido la despedida de ambos.

Tamara había contado con todo tipo de detalles la escena que vivieron Felipe y su hermana dos noches antes.

—¿Hay algún problema? —preguntó la mujer morena.

—Sí, lo hay.

Cuando Felipe estaba a punto de responder, Víctor se acercó hasta ellos. La acompañante de Felipe disfrutó todavía más, si el hombre de antes era guapo, el que se había puesto delante de ella era un pecado. La camiseta ajustada demostraba unas abdominales muy marcadas, sus brazos fuertes la incitaban a fantasear en cómo podía levantarla sin apenas esfuerzo en un momento de sexo salvaje, el hoyuelo en la barbilla, mmm... se estaba excitando sólo con mirarle.

—Felipe, tienes veinte segundos para desaparecer, no me obligues a demostrarlo.

Felipe, que no quería dar su brazo a torcer, iba a responder, pero Neill llegó antes, era su restaurante y como tal tenía el poder.

—No hay mesa para ti y tu acompañante. Y a

partir de hoy no entrarás en mi restaurante.

—¿Podría explicarme alguien el motivo? — preguntó la morena algo mosqueada.

Víctor bajó la cabeza y muy cerca de su cara espetó:

—Te estás tirando al novio... ex novio de mi hermana y, ¿pretendéis que encima os den mesa para comer?

La chica se quedó helada. ¿Qué quería decir que se estaba tirando al novio de nadie?

—¡Eso no es verdad! —Se zafó del brazo de Felipe y lo miró con rabia—. ¿Estás saliendo con alguien?

—No, no salgo con nadie.

—Desde el viernes querrás decir. —Con mucho sarcasmo dijo esta frase Víctor.

Felipe ya no tenía tantas ganas de comer en aquel restaurante, sinceramente, cuando pensó en llevarla allí fue con un pensamiento: castigar a Rebeca por haberle hecho pasar tanta vergüenza el viernes. Sabía que Neill se lo contaría a su hermana, pero no esperaba encontrar a sus

hermanos allí.

—¡Nos vamos! —sentenció sujetando la mano de la morena, ésta se soltó rápida.

—¿Estabas saliendo con alguien hasta este viernes? —preguntó muy molesta y cabreada.

Su primera opción era mentir, pero teniendo en cuenta que había allí tres hombres que afirmarían lo contrario, decidió elegir una segunda opción.

—Yo... bueno, la dejé por ti.

—¡¿Por mí?! —La chica estaba alucinada, y Víctor sonrió, esa muchacha debía tener el mismo mal carácter que su hermana cuando estaba cabreada.

—¡Eres un maldito gilipollas! ¡¿Cómo se te ocurre invitarme aquí?!

Y dicho esto, agarró al vuelo una copa de vino que llevaba un camarero en la bandeja y se la estampó en la cara a Felipe. La morena se dio la vuelta y salió a pasos agigantados mientras los tres hermanos rieron. Neill le hizo una seña a un empleado, y este sacó a Felipe de su restaurante sin ningún miramiento.



—¡Cómo odio a ese tío! ¡Joder, siempre acaba liándose con las más guapas! —dijo Víctor porque reconocía que su hermana era una mujer guapa, y la morena que acaba de marcharse, en su opinión, era una belleza.

Neill sonrió y le dio una palmadita a su hermano en el hombro. Malcolm también se había percatado que Víctor se había quedado prendado de la bajita morena de ojos verdes.

—Sí, hay cabrones con suerte. —Frase de Malcolm mientras le daba un empujón con el codo para hacerlo regresar a la mesa.

Pasaron una velada agradable, las risas constantes muy típicas en esas reuniones familiares. Los Irwin juntos podían con todo y todos, separados no eran nadie, por eso Javier desde pequeños les enseñó a permanecer unidos y así enfrentarse a todo lo que el destino les pusiese por delante.

Habían sido buenos estudiantes todos ellos. La madre siempre inculcó a sus hijos que para ser hombres de provecho debían labrarse un futuro, y

para ella el buen futuro empezaba por una educación. Al tener dos nacionalidades, la española y la escocesa, estudiaron en un colegio bilingüe. Y en la casa, por norma general, se hablaba en gaélico, ya que el padre quería que sus hijos se sintiesen escoceses auténticos.

Hoy en día, escuchar nombres ingleses era habitual, pero cuando sus padres fueron alternando los nombres de sus hijos, a la gente le pareció extraño. Siempre habían sido mirados por los vecinos como gente extravagante: ocho hijos que cuya diferencia de edad eran dos años, nombres raros les parecía a la mayoría de ellos por no saber que el cabeza de familia era escocés.

La madre, callada, no paraba de observar a todos ellos, se sentía orgullosa y dichosa de toda su familia. Se fijó en su marido, seguía siendo el hombre serio, respetuoso y atractivo que conoció cuando tenía quince años. Habían pasado cuarenta y cinco años y seguía tan enamorada de aquel hombre como la primera vez que le dijo te amo.

## Capítulo 6

### La casa de sus sueños

Había pasado un mes desde la última comida todos juntos. Era principios de junio, una noche calurosa, y estaban todos los hermanos sentados en la terraza trasera, frente a la piscina, jugando al póquer. Sonó el timbre de la casa, y David fue a abrir la puerta.

—Hola, Tamy. —Le dio dos besos—. Dallas esta noche va a perder hasta la camisa.

—No sé cómo no aprende, lo suyo son la leyes, no el juego —respondió Tamara riéndose.

Era habitual quedar en verano en casa de los Irwin para jugar al póquer. Llevaban muchos años haciéndolo. Tamara adoraba a toda la familia, se sentía muy dichosa estando con ellos. Entró y saludó a todos, cuando estaba a punto de sentarse para incorporarse al juego, la voz de Jaime le

alegró la noche.

—¡Estás preciosa! —sonrió y se ruborizó.

—Gracias, no sabía si mi nuevo *look* gustaría.

—Se había cortado el pelo.

Todos la piropearon, y eso le subió el ánimo. Era una chica tímida, delicada y muy bonita. En el amor había tenido mala suerte, siempre acababa con hombres en cuyo vocabulario no entraba la palabra fidelidad. A los veinticinco se hizo una promesa, no más hombres en su vida a no ser que el único por el que de verdad suspiraba se decidiera a estar con ella. Habían pasado tres años desde esa promesa y todavía seguía esperando.

Rubén se quedó mirándola fijamente, el pelo rubio natural y sus ojos azules claros se parecían a los de su hermano David, siempre había envidiado no haber heredado los ojos de su madre. También se fijó en otro detalle, con ese corte de pelo parecía más joven y esbelta, y eso que, al igual que su hermana, no era una chica bajita. Llevaba un vestido corto veraniego con el que lucir esas piernas largas, y si eso no fuese suficiente, el

escote demostraba que poseía unos buenos pechos.

—Rubén, estate a lo que tienes que estar — pronunció David muy serio—. ¿Juegas o qué?

Rubén sonrió, su hermano lo había pillado mirando las tetas de Tamara, algo que debió molestar a David, aunque no tenía claro el motivo, ¿sería por qué Tamy era como una hermana o había algo más que a él se le había pasado por alto?

—Ya voy, hombre, ya voy. —Sonrió de medio lado—. La culpa de mi desconcentración la tiene Tamara. —Miró a la implicada—. Jovencita, es que estás demasiado guapa.

Tamara y Rebeca se rieron, Rubén había sido muy gracioso incluyendo el movimiento de cejas que le dedicó y todo. En respuesta a tal halago, Tamara se inclinó y le dio un beso en la mejilla, un gesto de cariño que sorprendió a más de uno de los que estaba en esa reunión.

—Gracias, Rubén, por algo te quiero tanto — dijo Tamy muy contenta.

Jaime se levantó y se dirigió a la cocina, David fue tras él, sacó un par de cervezas y extendió el

brazo para ofrecerle a David.

—¿Qué cojones hace Rubén? —preguntó Jaime alterado.

—Tocar los cojones un rato, no te agobies, lo conozco, y Tamara no es lo que está buscando.

—¿Seguro? —preguntó rápido.

—Que sí, hombre... Venga, vamos a desplumar a Dallas.

Regresaron con las cervezas en la mano y continuaron la partida. Rubén se pasó la noche piropeando a Tamara, y ella parecía encantada por recibir tales atenciones.

—Tamy, mañana acabo las clases, quiero pedirte cita por la tarde.

—Vale, pásate cuando quieras, sabes que para ti siempre estoy disponible.

Dallas, que ya se había retirado del juego, los escuchaba, estos dos hoy parecían tontos, entre piropos, guiños de ojos y besos en las mejillas daban la impresión de que estaban *pelando la pava*, como solía decir su madre.

—¿La cita se la has pedido para cortarte el

pelo o para invitarla a cenar? —preguntó Dallas con ganas de poner en un apuro a su hermano y reírse un rato de ellos.

—¿Pero qué tonterías estás preguntando?! — Exclamó Jaime.

Todos se sorprendieron de aquel arranque efusivo, Rebeca fue la más sorprendida, y Tamara abrió los ojos como platos.

—Por mí encantado de tener una cita con Tamara, pocas chicas tan guapas, inteligentes y *sexys* podría encontrar como ella.

—Rubén, mira la hora que es, anda, vete a dormir que mañana todavía te toca madrugar — habló David con deje mosqueado. Rubén miró el reloj y tenía razón, le costaba conciliar el sueño y siempre se acostaba antes que los demás.

—Sí, es mejor que me retire ya. —Miró a Tamara y concluyó—. Preciosa, mañana a las seis nos veremos.

Le dio un beso en la mejilla, otro a su hermana y se retiró a dormir. Una hora más tarde, Tamara estaba hablando con Rebeca, pero sus ojos estaban

clavados en otra persona.

—Aisss, míralo qué guapo —Rebeca se dio la vuelta y miró al susodicho—. Qué suerte tienes de poder vivir con él.

—Mucha, mucha suerte —respondió irónica.

—Si no lo conociera, diría que se había puesto celoso con Rubén.

—Tú lo has dicho, si no lo conocieras, pero como lo conoces sabes que esa palabra no entra en su vocabulario.

—Digas lo que digas, para mí sigue siendo el hombre más maravilloso del mundo. Además de guapo es... Aisss, Beca, no puedo siquiera describirlo, porque soy incapaz de encontrar el vocabulario apropiado.

—Tamy, es alérgico al compromiso, ve dejando de soñar y despierta —aconsejó a su amiga.

—No puedo, Beca, siempre ha sido él. A veces pienso que he merecido que mis tres novios me fuesen infieles, porque yo incluso con ellos siempre pensaba en...

—No digas tonterías.



—¿Crees que se puede dejar de querer a alguien a quien llevas clavado en el corazón?

Rebeca prefirió callar, ya que ella no había dejado de amar a la persona que la abandonó.

Se despidieron, y, como muchas otras noches, Jaime acompañó a Tamara hasta su casa.

\*\*\*

Acababa de llegar de correr y, como todos los días, comenzaba su rutina habitual. Se preparó su tazón de café con leche, subió a su habitación, se colocó los auriculares para escuchar la canción de siempre, y se acercó a la ventana. Sus ojos se agrandaron, había dos personas frente a la casa de sus sueños. Una alarma interior se disparó, «posibles compradores», tenía que hacer algo y rápido. Llevaba años ahorrando para comprar esa casa, no podían arrebatársela cuando le quedaba tan poco para conseguir la entrada. Todavía con la ropa de hacer deporte, bajó y salió corriendo.

Al salir, vio a Jaime junto a esa pareja, parecían buena gente, pero eso no importaba cuando se trataba de mantener su futuro hogar a

salvo. Corrió y llegó junto a ellos. Jaime la miró y respondió a la pregunta de la pareja.

—Las ocho y media.

—Hola, buenos días —dijo sofocada.

—Buenos días —respondieron todos. Rebeca se dirigió a Jaime.

—¿Qué tal, vecino?

Jaime levantó las cejas.

—Bien.

Rebeca ni lo miró, se centró en la pareja.

—Perdón por mis modales, me llamo Silvia...

—Jaime no daba crédito—. Y éste es Damián.

La pareja tendió la mano y saludaron mientras Jaime intentaba saber por qué Rebeca estaba montando aquella farsa.

—Esta urbanización es muy familiar, nos conocemos todos, ¿verdad, Damián? —Jaime desvió la mirada de uno a otro, ¿qué demonios pretendía?

—Sí, muy familiar, sí. —Rebeca ignoró su deje de voz.

—Imagino que venís a ver la casa.

—Sí, la vimos por internet y nos citamos aquí con el personal de la inmobiliaria a las nueve menos cuarto, como no llevamos reloj, creo que nos hemos precipitado.

—Ahh, ¡eso es fantástico! —Jaime seguía allí sin comprender nada—. Por fin una pareja normal, perdonar que me entrometa... —bajó la voz y se acercó a ellos como si se tratase de un cotilleo—. Pero es que en esta casa ha vivido gente muy rara. Y deberíais pedir un buen descuento, teniendo en cuenta las malas vibraciones.

La pareja se miró, y la curiosidad pudo con ellos. Jaime por fin entendió lo que pretendía su amiga.

—¿De qué vibraciones hablas?

—No, no, es mejor que no os cuente nada, los de la inmobiliaria se enfadarían, y la verdad me gustaría teneros como vecinos. —Rebeca era una actriz fantástica pensó Jaime, incluso a él le había despertado la curiosidad—. La verdad, os necesitamos en la urbanización para que dejen de decir que estamos en una zona maldita.

—Por favor, nos gustaría que nos contaras antes de que lleguen de la inmobiliaria. —La voz de la mujer era realmente suplicante.

—Silvia, deberías contarles la verdad, es mejor que lo sepan todo antes de comprar. — Jaime necesitaba escuchar qué se le había ocurrido a Beca, se lo estaba pasando bomba viendo a su amiga, ¡joder, es que era muy convincente!

—Está bien, si insistís. —Los tres asintieron—. La primera dueña era una mujer octogenaria, y un día la encontraron muerta en la casa. Se había caído por las escaleras.

—¡Ay, pobre mujer! —dijo la futura propietaria.

—Sí, una pena. —Jaime aguantó la risa, daba la sensación de que Rebeca había sufrido mucho por aquella mujer—. Los nietos vendieron la casa, y un día...

La verdad, creando expectación era única, estaban los tres muy interesados, y eso que él sabía que ni la anciana ni todo lo que viniese ahora eran reales.

—¿Qué? No nos dejes así. —La mujer estaba mordiéndose hasta las uñas.

—Pues, un día, los nuevos propietarios, un matrimonio inglés, que era adorable, —se llevó las manos al corazón y suspiró fuerte— la mujer dijo que escuchaba voces. No sé qué pasó aquí dentro, pero ella no dejaba de afirmar que las oía, y un buen día, al despertarse, se encontró a su esposo con el cuello degollado... —La pareja se miró—. Y lo peor de todo es que lo encontraron en la misma posición que la anciana muerta.

Jaime se quedó inmóvil, no sabía si reír, aplaudir o gritar, porque lo dijo con tanto talento que hasta él fue capaz de visualizar la escena. Y la cara de horror e ingenuidad de Rebeca no tenía precio.

—Lo sé, fue un golpe muy duro para toda la urbanización, ya os he dicho que somos muy familiares. Y cuando todos pensábamos que por fin encontraríamos al vecino perfecto, un chico joven que se instaló aquí mismo hace cuatro años... —Cerró los ojos con pesar—. En fin... la vida,

que cuando el destino dice se acabó, no importa la edad.

—¿También lo encontraron muerto? —preguntó el hombre.

—No, esta vez fue él quien se suicidó... —observó con detenimiento y continuó—: Bueno, pero ahora vosotros vais a demostrar que no es la casa. Los vecinos estamos convencidos que esas cosas de las malas vibraciones son tonterías, pero deberíais aprovechar eso para que la inmobiliaria rebajase el precio, que nunca está de más. Claro que la inmobiliaria jamás reconocerá estas historias, al igual que dirá que no hay ningún Damián ni ninguna Silvia en la urbanización.

Jaime sonrió, es que aquello parecía surrealista. Por acercarse a tirar la basura, en menuda se había metido.

—Bueno, tengo que dejaros, y ojalá nos veamos pronto. —Miró a Jaime—. Damián, un gusto verte, la semana que viene haremos una barbacoa, pásate.

Emprendió la marcha de nuevo como si

siguiere su camino en dirección contraria a su casa, tuvo que rodear dos casas antes que la suya para entrar por la parte trasera y no ser vista. Cuando llegó a su dormitorio para mirar por la ventana, Jaime la estaba esperando.

—Silvia, vecina... se te olvidó decirme qué día y hora será esa barbacoa. —Al ver la cara de Beca no pudo evitar echarse a reír.

Rebeca pasó por su lado, se acercó a la ventana y, escondida entre las cortinas, miró a la pareja. Jaime se puso tras ella y, cuando vieron que la pareja después de pensarlo bien se subía al coche y desaparecía, Beca habló:

—Bien, creo que ya no hay compradores —dijo con satisfacción.

—Estás muy loca, hazte a la idea, Beca, un día u otro ocurrirá.

—¡Ni hablar! Esa casa será mía, ¿me oyes? —pronunció muy convencida y alterada mientras se daba la vuelta y se encaraba con Jaime.

—¿Cuánto te falta? —preguntó Jaime curioso.

—Ya me falta poco —respondió mirándole a

los ojos y muy cerca uno del otro.

—Puedo ayudarte, dime cuánto necesitas.

Rebeca negó con la cabeza.

—No quiero que me ayude nadie, esa casa será mía.

—¿Y qué harás si otra persona la compra? —  
Rebeca inspiró fuerte, el olor de Jaime era fresco y sensual.

—Ya te he dicho que eso no ocurrirá —  
sentenció apoyando sus manos en el pecho de él—.  
Llevo mucho tiempo esperando y no me la van a arrebatar.

Su voz susurrante y soñadora preocupó a Jaime, apoyó la barbilla en la cabeza de Rebeca y con sus brazos la rodeó por completo, cubriéndola en un abrazo.

—Está bien, esa casa será tuya. —Rebeca sonrió.

Incluso Jaime al final le daba la razón.

\*\*\*

David tenía un humor de perros, parecía que las fuerzas del universo se habían puesto en su contra.



Toda la mañana reparando un BMW, y la pieza principal de la reparación se la habían traído equivocada.

—¡Joder! —blasfemó mientras lanzaba un trapo.

—David, no te agobies, tiene margen de tiempo, el lunes traerán la pieza buena.

—Prometí que estaría listo el lunes.

—Y lo tendrás, no es la primera vez que nos pasa.

David negó con la cabeza, no le gustaba ir con el tiempo justo cuando había prometido algo.

—Envidia tu templanza, amigo, tienes un Jaguar que entregar el lunes y estás tan campante.

La clienta en concreto del Jaguar era una mujer adinerada, caprichosa y muy obstinada. Clienta fija que aportaba al taller buenos beneficios desde hacía un par de años, pero cuando ella acudía con sus coches de alta gama era con una condición, lo quería aquí y ahora. Lo había dejado en el taller esa misma mañana, sabía que los sábados el taller permanecía cerrado, y el lunes, como muy tarde a

las cuatro, debería estar arreglado.

—Estará, yo también tengo que esperar una pieza que traerán el lunes a primera hora —dijo con una calma aplastante.

—Lo dicho, envidio tu control.

Jaime miró el reloj colgado en la pared y suspiró, se acercó a la entrada, bajó la persiana y sorprendió a su amigo.

—Hasta el lunes no podemos hacer nada, son casi las seis, ¿qué te parece si vamos a cortarnos el pelo? —David, sorprendido por cerrar tan pronto, lo miró, sonrió y respondió:

—Sí, a ver si Tamara nos deja tan guapos como a ella. —Se echaron a reír, porque imitó a su hermano Rubén la noche anterior.

Llegaron a la peluquería, y Tamara se sorprendió, normalmente le avisaban antes de acudir. Los saludó y les pidió que tomaran asiento hasta que terminara con Rubén.

Un par de clientas sonrieron, no todos los días tres hombres guapos acudían a la peluquería cuando estaban ellas. La más atrevida no quitaba

ojo de encima a Jaime, lo estudió con detenimiento: joven de treinta años, altura más o menos un metro ochenta, color de pelo castaño oscuro, ojos grisáceos muy brillantes y un cuerpo duro sin ser muy trabajado. No era un hombre de machacarse en el gimnasio, pero sí bastante tonificado y marcado.

—Perdona mi atrevimiento... —Jaime la miró—. ¿Crees que este color de pelo me favorece?

David, lo primero que hizo fue sonreír; lo segundo, mirar a Tamara y observarla, quería ver la reacción de esta al ver a una cliente intentando ligar en su local y, además, con Jaime.

—No soy un experto en estas cosas y tampoco sé de qué color lo llevabas antes... —respondió despreocupado—. Aun así, me parece que te queda bien.

—¿Sólo te lo parece? —preguntó muy coqueta.

David y Rubén se miraron a través del espejo, ambos contenían la risa, conocían a la perfección a Jaime, y no era un hombre dado a los halagos.

—Cintia, estás preciosa, enseguida estoy

contigo —intervino Tamara muy cortante.

Cintia no tenía prisa por salir, aquel hombre le gustaba y mucho, así que decidió ser más lanzada y no perder una oportunidad tan buena.

—Por cierto, me llamo Cintia —sin esperar respuesta se adelantó para darle dos besos.

—Jaime.

—¿Y vives por la zona? —preguntó al tiempo que se sentaba muy cerca de él.

Tamara le pidió a una de sus empleadas que se encargase de terminar de arreglar a Cintia. No le gustaba nada aquel tonto dentro de su peluquería.

—Ya estás —le dijo a Rubén dándole un toquecito amistoso en el hombro.

Le hizo una seña a Jaime para que se colocase en el limpia cabezas. Se tomó su tiempo a conciencia, incluso le puso una ampolla y la dejó actuar durante los cinco minutos que ponía antes de continuar con el masaje del cuero cabelludo. Así hacía tiempo con la esperanza de que Cintia se marchase. David se acercó hasta ellos y preguntó risueño:

—¿A mí también me vas a hacer ese masaje? —  
Tamara le sonrió y asintió con la cabeza.

Cintia se acercó para despedirse tanto de Tamara como del guapo Jaime, y ni corta ni perezosa se inclinó para darle dos besos, acercó su boca a la oreja de Jaime y susurró:

—Te dejo mi teléfono y así seguimos conociéndonos. —No era una sugerencia, fue una total afirmación de que así sería. Y le metió en el bolsillo del pantalón una nota con su número.

Jaime dio un brinco al notar la mano de la mujer dentro de su bolsillo, y ella, al ver su reacción, sonrió con malicia y le guiñó un ojo. Se marchó junto a su amiga y la empleada de Tamara, y se quedaron allí los cuatro solos.

—¡Joder, me ha metido mano! —Tamara puso los ojos como platos, David se rió, y Rubén, muy en su estilo, comentó:

—Te ha metido la mano en el bolsillo para dejarte su número...

—¡Me ha tocado los huevos! —Y entonces todos rieron a lo grande.

## Capítulo 7

### Las hermanas deben parecer monjas

Había pasado una semana, era sábado y Rebeca estaba preparada para salir de fiesta. Su amiga Tamara la esperaba en su casa. Se maquilló con tranquilidad, se dejó la melena suelta y se miró en el espejo por última vez. No estaba mal, su pantalón vaquero favorito y un top rojo precioso.

Al bajar las escaleras, escuchó las voces de Dallas y David, estaban discutiendo por un juego estúpido de la *Play*. «¡Hombres!», pensó.

—Me voy, hasta luego. —Se despidió alcanzando casi la puerta.

—¡Beca, quieta ahí! —ordenó su hermano Dallas.

—¿Qué pasa?

A una velocidad relámpago, Dallas estaba frente a ella.

—¿Se puede saber dónde crees que vas? — preguntó bastante alterado.

—A casa de Tamara a cenar y luego de fiesta.

—Antes tendrás que ir a vestirme, ¿no?

David, Jaime y Víctor se acercaron.

—¿¡Tú estás tonto!?! ¿No ves que ya voy vestida?

—No, no lo veo, por eso digo que vayas a vestirme.

«¡Bueno, bueno, bueno! Ya empezamos con la misma cantinela de siempre», se dijo así misma mentalmente.

—Te repito que ya voy vestida.

—Rebeca... —Su hermano Dallas se irguió delante de ella—. No voy a dejar que salgas de casa con un pantalón y un sujetador.

—¡Pero qué sabrás tú de ropa femenina! Esto... —señaló sus pechos— es un top. Y te voy a recordar que hace dos semanas te vi enrollándote con una chica que llevaba uno igual, pero de color negro.

—¡Por eso mismo! Y te aseguro que esa chica

lo llevaba porque era hija única —respondió con su deje de... *pero tú tienes siete hermanos.*

—¡No me lo puedo creer, tengo veintiocho años!

—Como si tienes cincuenta, sube a ponerte ropa, Beca, no hagas que pierda mi bendita paciencia.

Rebeca buscó con la mirada a sus otros dos hermanos, pero cuando se trataba de salir vestida moderna y *sexy*, no tenía ningún hermano aliado.

—Estoy de acuerdo con Dallas, he visto sujetadores con más tela que ese top que llevas —sentenció Víctor.

—Increíble, esto es increíble —despotricó mientras subía las escaleras.

Llegó a su dormitorio, pegó un portazo y se desprendió del top de mala gana, lo lanzó a la cama y abrió el armario con rabia. Estaba enfadada, ¿qué se pensaban sus hermanos? Gruñó y maldijo unas diez veces antes de tomar una decisión. Sonrió con malicia. «¿Así que un sujetador eh?», se preguntaba sonriente mientras



sacaba la ropa elegida. «Ellos se lo han buscado».

Volvió a mirarse en el espejo y no pudo evitar reírse al pensar en las caras de sus hermanos; ¿querían guerra?, pues la iban a tener. Con un pantalón vaquero diminuto y una blusa plateada, cuya parte trasera era inexistente, se recogió el pelo para no dejar duda alguna que no llevaba sujetador, y por donde se entreveían los pechos con el movimiento al andar.

—¡Hea, ya voy vestida! —dijo delante de su imagen en el espejo aguantando la risa.

A lista no le ganaba nadie, antes de que viesen al completo el conjunto, bajó y se puso frente a ellos, así la sorpresa sería cuando desapareciese por la puerta.

—Y bien, ¿me dais ahora la aprobación? — Vista por delante no imaginaban los hermanos lo que realmente llevaba puesto.

—El pantalón algo corto, ¿no te parece? — preguntó Víctor.

—Oye, hace calor, y al fin y al cabo sigue siendo un pantalón no un tanga. —«Espera

hermanito que me dé la vuelta y verás lo realmente cortito que es».

—Vale, pero ve con cuidado que hay mucho salido suelto. —Confirmó Dallas, dando su brazo a torcer por haberse quitado aquel top.

—Yo también os quiero —respondió lanzando un beso al aire y retrocediendo de espaldas hasta llegar a la puerta—. Que paséis buena noche.

Se dio la vuelta y abrió la puerta rápida y, como era de esperar, antes de cerrar sus hermanos ya estaban gritando de nuevo.

—¡Rebeca! —ella se rió y se montó en su coche.

—¿Pero qué ropa lleva puesta? —preguntó Víctor con los ojos clavados en la puerta donde había desaparecido su hermana.

—Más bien, no lleva nada. ¡Por todos los santos! ¡Lleva toda la espalda al aire, y ese puto pantalón es más pequeño que una braga! —Dallas quería matarla, su hermana era testaruda.

—Jaime y yo estaremos en la misma discoteca, pero cuando la vea, me va a oír...

—¡No! Jaime y tú no, los cuatro iremos donde vaya Rebeca esta noche.

Jaime y David siempre iban de fiesta con Rebeca y Tamara. Donde iban ellas, siempre estaban ellos, siempre había sido así desde pequeños. Por eso la relación entre ellos era especial, además de hermana, era su mejor amiga. Una vez, Malcolm le dijo a Tamara: «Sois los inseparables». Y desde luego no había mentido.

A las dos de la madrugada, Rebeca estaba cansada de que sus hermanos cada vez que un chico se acercaba lo espantaran. Fue a la barra a pedir una Coca-Cola y beberla con calma. Mientras esperaba, un tío algo borracho se acercó a ella, su estabilidad no era muy buena y fue a estamparse encima de Rebeca. No supo qué fue más rápido, si el hombre que cayó sobre ella o las fuertes manos que lo agarraron y lo lanzaron a un metro de distancia.

—¿Estás bien? —preguntó Jaime.

—Sí, no te preocupes, no es nada —respondió mientras se recomponía bien la ropa, ya que se le

había levantado y casi dejaba sus pechos al descubierto.

Jaime, con la mirada clavada en el borracho por si regresaba, al ver que se quedaba sentado, volvió a dirigirse a su amiga.

—¿Sabes eso que dicen? —Utilizó un tono de voz risueño para calmarla.

—¿Qué dicen?

—Que hoy vas vestida para matar... —Rebeca sonrió—. Y al final casi acabas siendo tú la muerta.

Ambos rieron y bebieron un par de Coca-Colas, hablaron durante un rato, y cuando Jaime le tendió la mano, ella se aferró a ella para que la guiara. Se despidió de sus hermanos, no le apetecía seguir de fiesta, estaba cansada, y les pidió que acompañasen a Tamara a casa.

\*\*\*

¡No se lo podía creer!, se había quedado sin gasolina. Tenía dos opciones, llamar y pedir ayuda o caminar quinientos metros hasta la gasolinera más cercana. La primera opción era la lógica si

ella no tuviese unos hermanos que habían estado toda la tarde dándole la charla de que las mujeres con los coches eran unas irresponsables, que no sabían ni dónde estaba el avisador de la gasolina. Cómo para pedirles ayuda y aguantarles toda la vida echándole en cara la anécdota.

Se bajó del coche y empezó a caminar todo lo rápido que podía, ir con tacones de diez centímetros no ayudaba mucho, pero no eran horas de ir por la carretera tan tarde y sola. El motor de una moto de gran cilindrada a su lado le confirmó su peor pesadilla.

—¿Se puede saber qué haces?! —gritó Jaime mientras se quitaba el casco de la cabeza.

—Caminar.

Un vehículo se acercó y empezó a pitar, los chicos gritando a través de las ventanillas toda clase de improperios que Rebeca tuvo que aguantar. Normal a esas horas en la carretera y así vestida, lo humillante era que la confundieran con una prostituta delante de Jaime, que la escrutaba con la mirada muy cabreado. Jaime se quitó la

chaqueta que llevaba y se la tendió a Rebeca.

—Monta. —Rebeca se quedó quieta—. ¡Monta de una puta vez!

Estaba claro que el cabreo de Jaime era monumental, por otra parte comprensible, pero aun así Rebeca no quería dar su brazo a torcer.

—¡No hace falta que me grites!

—¡No hace falta que seas una descerebrada y está claro que lo eres!

—¿Encima de gritarme, me insultas? —Jaime, con muy poca paciencia porque cada vez que pasaba un vehículo se escuchaban ciertas palabras, atravesó con la mirada a Rebeca y siseó.

—Monta... de... una... puta... vez.

Rebeca se puso la chaqueta que le había dado Jaime, agarró el casco que le tendió y se montó en la moto. No quería ni tocarlo, pero no tuvo más remedio, primero porque Jaime iba a salir de allí chirriando ruedas, otra porque ella tenía pánico a las motos y prefería ir sujeta a él, cerrar los ojos y no ver nada a su alrededor. Jaime se dirigió al taller para coger gasolina y notó que Rebeca

temblaba, a pesar de estar muy cabreado con ella, disminuyó la velocidad. En cuanto llegaron al taller, ambos bajaron de la moto.

No hizo falta decirle que se había quedado sin gasolina, las mejillas sonrojadas cuando la encontró en la carretera fueron más que suficiente. No se dirigieron la palabra, cuando Jaime llenó una garrafa, se la tendió a Rebeca y volvieron a montar en la moto. Llegaron al vehículo y cuando ya estaba llenando el depósito, por fin se rompió el silencio.

—No sé qué te pasa por la cabeza a veces —le brindó una mirada gélida—. ¿Tanto te costaba llamarnos?

—Esta tarde habéis dejado muy claro que las mujeres...

—¿¿Qué?! ¿Y por una estúpida conversación te has puesto en peligro? —No se lo podía creer.

—No he corrido ningún peligro.

—¿Qué no... qué...? —Estaba fuera de sí, tenía tanto que decirle que se le agolpaban todas las palabras a la vez—. ¡Sola! ¡En la carretera! ¡De

noche! ¡Sola, en la carretera y de noche! ¿Y me dices que no has corrido peligro?

Cerró el depósito y miró al cielo en busca de ayuda divina para no matarla. Volvió a respirar y se enfrentó a ella.

—No es necesario que te pongas así, Jaime.

—¿No lo es?! ¿Y si no llego a pasar, Rebeca?

—Hubiese llegado a la gasolinera y nadie se habría enterado. —Jaime estalló, aquella respuesta tan tranquila lo hizo estallar. Se puso a un palmo de su cara y espetó:

—¡O te hubiesen tomado por una puta! ¿Cuántas mujeres a las tres de la madrugada crees que andan solas por la carretera? ¡¿Y entonces qué hubieses hecho, dime, qué?!

—Te estás pasando...

—¿Me estoy pasando? —repitió encrespado.

—Sí, te estás pasando. ¡Vale, lo hice mal! ¿Es eso lo que querías escuchar?

—¡No! Lo que quiero escuchar es que vas a dejar de ser una maldita niña y vas a madurar de una puta vez. —Rebeca ladeó el cuello a la



derecha.

—¿Pero tú quién te crees que eres?

—De momento, el más sensato de los dos. —  
Rebeca podía sacarlo de sus casillas—. Tu  
obligación era llamar.

—Yo no estoy obligada a nada —respondió  
alterada, estaba cansada que todos le diesen  
órdenes.

—Si se enteran tus hermanos...

Eso ya fue el colmo para Rebeca.

—¡¿Qué, ahora vas de chivato?! Lo que me  
faltaba por escuchar, no tienes por qué decir nada.

—Claro que tengo, sabes que nunca  
escondemos nada...

—¡Ya basta, se acabó! Te estás pasando de la  
raya, y te voy a recordar una cosa...

—¿Qué yo me paso? —preguntó, incrédulo. Esa  
mujer podía con él.

—Mira, Jaime, ya tengo siete hermanos, no  
necesito otro dándome la vara, así que no tomes  
ese rol, porque no lo eres. —Y fuera de sí, a voz  
en grito, terminó—: ¡Entérate de una maldita vez,

no te metas en mi vida porque no lo necesito!

Nada más terminar la frase ya estaba arrepentida de haberla dicho. Jaime siempre había sido su amigo fiel, alguien en quien confiar y de quien recibía apoyo constante.

—Muy bien, ya me queda claro... —se alejó de ella y montó en su moto—. Y nunca he pretendido ser tu hermano, no te creas que es un rol agradable.

Arrancó y la dejó allí parada, con un pesar interno por haber dicho cosas que ni sentía ni merecía Jaime.

\*\*\*

El domingo en la comida, Jaime y Beca se evitaron a toda costa. David los observaba, siempre había buen rollo entre ellos, y ese comportamiento era ilógico. Habían discutido infinidad de veces, discusiones que todos tienen cuando conviven juntos, pero llegar a ignorarse eso sí que no había pasado nunca, ni entre ellos ni entre los hermanos.

A las siete de la tarde, Rebeca decidió ir a correr, así se despejaría. Jaime no se encontraba

en la casa, nada más comer se había marchado sin decir adónde. David entró en la habitación de Rebeca mientras ella se abrochaba las zapatillas deportivas.

—¿Vas a contarme qué os pasa a ti y a Jaime?

Rebeca no levantó la cabeza, continuó anudando.

—Ya me estoy cansando que entréis en mi dormitorio e invadáis mi intimidad.

Respuesta que a David le hizo saber que su hermana no quería ahondar en lo que él había preguntado.

—Algo que sabes sucederá siempre, porque en esta casa no hay intimidad que valga.

Rebeca levantó la cabeza y fusiló a su hermano con la mirada. Se puso en pie, se recogió la melena en una coleta alta.

—¿Vas a responder?

—¿Acaso tu buen amigo no te ha pasado el parte? —dijo mordaz.

—Si me lo hubiese pasado, no estaría aquí. Y ahora, responde.

Rebeca levantó la ceja, eso sí que no lo esperaba, a esas alturas pensaba que todos sus hermanos ya estarían al corriente de lo que había pasado anoche.

—No voy a responder nada, voy a salir a correr y vas a dejarme tranquila.

Hizo a su hermano a un lado con el brazo y salió del dormitorio.

—Beca, no sé qué ha pasado, pero te aseguro que me voy a enterar.

Después de cenar, Rebeca decidió acostarse temprano, no le apetecía estar con nadie. A veces, vivir en una casa llena de gente la superaba, necesitaba su espacio y desconectar. Tampoco era agradable tener a Jaime cerca y sentir su enfado con ella. Sabía que él tenía razón, había sido una inconsciente por caminar sola a esas horas, pero después de lo que le había dicho, no sabía cómo pedir disculpas.

\*\*\*

Era su media hora de descanso y aprovechó para hacer unas compras, estaba en una perfumería

cercana a la galería. Sonó su móvil y respondió.

—¡Beca, me ha pedido una cita!

Rebeca se apartó de la oreja el móvil, casi la deja sorda.

—¿En serio?

—¡Sí, muy en serio! Pero no una cita normal, una cita... cita.

Rebeca no escuchaba bien, la cobertura dejaba de ser buena.

—Tamy, no cuelgues, que no te escucho bien, voy a salir a la calle, no cuelgues.

Con los nervios, e intentando buscar cobertura, no se dio cuenta que había dejado el frasco de perfume que tenía en las manos en el bolso cuando sacó el móvil. Al salir, la alarma de la tienda empezó a sonar, y el de seguridad la sujetó del brazo.

—Tamy, oye, un segundo. —Miró al hombre—. Perdón, ¿sucede algo?

—Sí, abra el bolso.

—¿Cómo dice? —La voz de Tamara se escuchaba al otro lado preguntando qué pasaba.

—Acompáñeme, señorita. —El tono fue amable, pero el gesto arrastrándola no lo fue tanto —. Entre por aquí.

—Tamy, oye, te llamo en un momento.

Al llegar a un cuartito de seguridad junto al guardia y una empleada, Rebeca cayó en la cuenta de lo que había pasado.

—¡Ay, Dios, qué vergüenza! —Intentó dar explicaciones, pero, acostumbrados a todo tipo de mentiras por parte de la gente que sustraía material de la tienda, no le creyeron.

—Les juro que ha sido un descuido, pensaba entrar a comprar. Soy clienta fiel de esta perfumería... —Miró a la dependienta—. Tú me conoces, vengo muy a menudo.

Después de darle el beneplácito de la duda, Rebeca abrió el bolso para sacar la cartera y pagar, pero su mala suerte la acompañaba, no estaba allí. Se la había dejado en la galería cuando sacó unos tickets que guardaba en ella y eran de la empresa. Se llevó las manos a la cabeza y respiró hondo pensando «a ver cómo salgo de esta».

No había más solución, así que, con mucho aplomo, llamó al taller, era mejor pedirle ayuda a David que contárselo a Javier y que le echara en cara lo irresponsable que era en ocasiones.

—Talleres JADA. —respondió, Jaime, la llamada.

—Jaime, soy Beca, dile a David que se ponga.

Al escuchar su voz, Jaime supo que algo iba mal. Así que mintió. Cerró la puerta para que David no escuchase.

—No está, ha salido.

Rebeca sintió que se le caía el mundo encima.

—¿Lleva el móvil encima? Tengo que localizarle urgentemente.

Ya lo imaginaba Jaime, Rebeca no sabía disimular nada, ni con la voz.

—No... ¿qué ocurre?

Rebeca no quería, pero ya no había otra opción.

—Me he dejado la cartera en la galería...

—«¿aquello era algo tan urgente?», pensó Jaime

—. Necesito que me la recoja.

—Rebeca, la gente trabaja, ¿sabes?, no

podemos perder el tiempo por una cartera olvidada.

A Rebeca le sentó fatal la ironía de sus palabras.

—¡Oye, estoy en una perfumería retenida porque piensan que soy una ladrona, así que déjate de sarcasmos y ve por mi cartera!

—¿Qué?! —En qué lío se había metido ahora —. Vale, ¿dónde estás?

Jaime pagó el frasco de perfume y todo quedó resuelto. Salieron al exterior y se miraron a los ojos.

—Meter un perfume en tu bolso no es muy inteligente por tu parte.

—No me digas...

—¿Sabes, Rebeca? Tienes suerte que no soy tu hermano, porque... —¿Rebeca? no necesitaba seguir escuchando, ya que se notaba que los dos seguían enfadados.

—Tú lo has dicho, tengo suerte. —Esa respuesta le tocó la moral a Jaime.

—Eres una egoísta, Rebeca, solo piensas en ti,



no te importa lo que los demás piensen o sientan, tú como siempre a tu aire.

—¿Y eso a qué viene ahora?

—A que no te he escuchado todavía decir «gracias», por ejemplo... La señorita se deja la cartera, mete un perfume en su bolso, y el resto del mundo se tiene que paralizar porque hay que salvarle el culo.

—¿Es eso, Jaime? ¿Quieres que te dé las gracias? —Quería hacerlo de corazón, pero ahora lo único que le apetecía era patearle el culo—. ¡Pues muchas gracias! Hale, ya estás contento, ¿no?

Jaime estuvo tentado en cogerla en brazos, llevarla a un lugar apartado y darle una buena azotaina. Prefirió callar y marcharse de allí antes de realizar aquel pensamiento porque lo estaba pidiendo a gritos.

\*\*\*

Llegaron todos los hermanos, y mientras preparaban la mesa, Víctor preguntó por Jaime, no había regresado y eso era raro en él.

—Tiene que entregar un coche a primera hora de la tarde y esta mañana le ha surgido un imprevisto, ha tenido que salir y eso le ha retrasado.

Rebeca cerró los ojos, estaba de espaldas a sus hermanos; por su culpa, Jaime no comería a hora y encima hoy Neill había dejado lasaña, la comida favorita de Jaime.

Abrió una de las puertas de la alacena, sacó una fiambarrera grande y guardó lasaña. Se acercó a sus hermanos, les dijo que tenía que salir y que comería fuera, y se marchó directa al taller.

Al llegar, vio la verja medio bajada, se agachó y entró como otras muchas veces había hecho. Jaime estaba tumbado debajo de un Jaguar, solo sobresalían sus piernas. Se dirigió hasta allí y bordeó el vehículo hasta el otro lado, así Jaime la vería con tan solo asomar la cabeza.

Jaime vio aparecer unas piernas largas, llevaba un vestido corto y sonrió; siempre era agradable ver unas piernas tan bonitas.

—¿Te queda mucho? —preguntó Rebeca con

voz suave.

Jaime hizo presión con los pies y las ruedas del soporte donde estaba tendido lo arrastraron hasta sacar la cabeza.

—Unos quince minutos —respondió serio.

—Estupendo, así no se enfriará del todo la comida —dijo mientras levantaba una bolsa para mostrarle qué había llevado de comer.

Jaime volvió a meterse debajo del Jaguar, y Rebeca se dirigió al despacho. Apartó cuanto pudo los papeles que habían y, aunque la mesa era pequeña, para dos era suficiente; algo apretados, pero no importaba. Lo dejó todo preparado para cuando Jaime terminase. Se acercó al tablón de corcho que tenían colgado. La cantidad de fotografías que había de todos ellos le hizo sonreír. Aunque para ser justos, la mayoría eran de Tamara y ella.

Escuchó un sonido como si alguien hubiese levantado la persiana y se acercó a mirar, cuál su sorpresa, al ver a una mujer de cuarenta y tantos años andar con pasos de gata en celo hasta situarse

donde minutos antes había estado ella. Permaneció allí, callada y semi escondida, desde donde pudo comprobar que aquella mujer, con un vestido ceñido y de buena calidad, buscó una posición perfecta para tensar y dejar la piernas bien abiertas, una invitación directa al mecánico que estaba a punto de sacar la cabeza.

—Estaba convencida que te encontraría como a mí me gusta, debajo de mí... —dejó la frase en suspenso para dar a entender lo que quería—, coche.

Jaime, que por mucho que intentó evitar mirar le fue imposible, cerró los ojos y volvió a meterse bajo el vehículo empujándose con los brazos y salir por el otro extremo. Aquella mujer se había puesto justo encima de su cabeza, con las piernas separadas y mostrando que no llevaba ropa interior puesta. Rebeca por su parte seguía espionando, el descarado de la clienta era brutal. «¿Habrán tenido alguna aventura?», se preguntó. Porque no era normal aquel trato tan descarado.

Jaime se puso frente a la clienta y le sonrió

encantado; eso pensaba Rebeca desde su puesto, pena que no podía ver la cara de la mujer pues le daba la espalda.

—Llega pronto, pero ya está terminado. —La mujer le quitó una pelusa imaginaria del mono de trabajo.

—Vi la puerta entreabierta y no pude resistirme, sabes que soy una mujer impaciente... y, por favor, tutéame, no soy tan vieja, ¿o acaso te lo parece?

—No suelo tutear a mis clientas, pero si es lo que quiere —respondió muy ufano.

—Cariño, si te dijera lo que quiero, necesitarías un año para saciarme.

A Rebeca se le abrió la boca al escucharla y ver cómo la mujer acercó su mano a la cabeza de Jaime para acariciarle el cabello.

«Una oferta tentadora», pensó Jaime, la mujer no tenía mal cuerpo, como tampoco era fea, pero él no mezclaba trabajo y placer, mucho menos con su mejor clienta. Así que dio un paso atrás y apretó un botón para bajar el vehículo que seguía

en alto a un palmo del suelo.

Rebeca, que conocía perfectamente a Jaime, supo que necesitaba una válvula de escape y se la ofreció. Se acercó con el teléfono en la mano.

—Jaime, ya he reservado mesa en... —Se hizo la sorprendida—. Uy, perdón, no sabía que había entrado nadie.

La mujer se dio la vuelta e hizo un escaneo concienzudo, la conocía de vista de las muchas veces que había estado en la oficina con David y Jaime.

—No te preocupes, *mona*, yo ya me iba. —Lo de mona no lo dijo con mucho cariño, sino con desdén por haberle fastidiado lo que podía haber sido una cana al aire—. Esta tarde a las cinco pasará Matías a por él.

Dicho esto, la mujer se marchó y, de la rabia, bajó la persiana tan fuerte que esta se cerró por completo. Jaime miró a Rebeca y no se dijeron nada, pero, cuando estaba lavándose las manos, escuchó la risa de su amiga, giró la cabeza y la miró.

—¿De qué te ríes?

—Al final sí va a ser cierto el mito de las mujeres que fantasean con los mecánicos cachas.

Jaime sonrió y respondió:

—Yo no soy cachas. —Se secó las manos y se acercó a Rebeca.

—Ya lo creo que lo eres, no se necesita reventar una camiseta cuando mueves un brazo como hacen todos los que van a machacarse al gimnasio, pero tienes los brazos duros, tus músculos trabajados por el trabajo diario te delatan. —Volvió a reírse—: ¡Eres la fantasía sexual de tus clientas!

—¿Sólo de mis clientas? —preguntó muy seductor. Rebeca pensó en Tamara y con una gran sonrisa respondió:

—De tus clientas y de alguna que otra más por lo que me he enterado.

Se sentaron, y Jaime, cuando vio la lasaña, sonrió, se le hizo la boca agua. Rebeca lo observó, al estar muy cerca de él sentada le dijo en el oído:

—A veces no soy tan egoísta, para que veas que

de vez en cuando no solo pienso en mí.

Jaime ladeó la cabeza, y como Beca no se había apartado, sus frentes quedaron pegadas; al hablar casi se rozaban sus labios.

—Beca... —pronunció en un hilo de voz, y Rebeca no lo dejó continuar.

—Perdóname, sé que la otra noche lo hice mal, no debí bajar del coche. Por favor, Jaime, créeme cuando te digo que lamento cada palabra que salió por mi boca, ya sabes que actúo y hablo sin pensar.

Jaime negó con la cabeza lentamente y sus narices se rozaron, algo que estremeció a ambos.

—Si te hubiese pasado algo... —hablaban en susurros y con pesar.

—Pero no me pasó, tú estuviste allí. ¿Podrás perdonarme y olvidar aquella discusión? —preguntó con temor a la respuesta, a la vez que volvió a dejar la frente apoyada en la de él y cerró los ojos.

Jaime levantó una mano para sostenerle la cabeza, por alguna extraña razón no quería que se



separase de él, quería tenerla cerca, muy cerca.

—Antes de arrancar, ya te había perdonado.

Rebeca sonrió y lentamente movió la cabeza para poder ronronear de nuevo con la nariz de él.

La iba a besar, eso pensaba Rebeca, y el pulso se le disparó. Seguía con los ojos cerrados, temía abrirlos y ver algo en él que no fuese habitual. El sonido de la persiana los hizo apartarse, y cuando Jaime iba a levantarse para ver quién había entrado en el taller, escuchó la voz de David.

—Jaime, soy yo. —Se miraron y cogieron los tenedores.

Al llegar al despacho, David se sorprendió al ver a su hermana allí.

—¿Le has traído la comida? —preguntó mientras tomaba asiento frente a su mesa y así poder seguir hablando encarado a ellos.

—Sí —una respuesta escueta. David torció el labio.

—Bien, así me gusta, que ya no os evitéis el uno al otro.

Ninguno respondió.

—Has venido muy pronto —comentó Jaime.

—Por si necesitabas ayuda.

Y tanto que la necesitaba, pensó Jaime. De no haber aparecido David hubiese cometido un gran error: «¡Por Dios Santo, casi la beso!».

Rebeca comía de forma autómata porque se le había quitado el apetito, por desgracia la sensación de mil mariposas revoloteando por su estómago no se le había pasado.

# Capítulo 8

## Sueños rotos

Preparada para salir a correr, se asomó a la ventana, eran las nueve de la noche. En verano prefería correr cuando empezaba a anochecer y evitar el calor de la mañana. Seguía con el teléfono en la mano y sonreía.

—¡Beca, estoy muy nerviosa!

—Tamy, tómatelo con calma, te va a dar algo.

—Imaginaba a su amiga arreglada y nerviosísima.

—No puedo, ¿sabes cuántos años llevo esperando este momento?

Beca recordó esa tarde en el taller y apretó los labios.

—Tamara, escúchame, solo es una cita, ¿vale?

—Una cita, Beca, una cita que he esperado mucho, mucho tiempo y que no voy a

desaprovechar, no hay segundas oportunidades en la vida y hoy es mi momento.

Vio salir a Jaime montado en su Yamaha YZF-R1 negra, le dio un acelerón, y el sonido llegó hasta los oídos de Tamara.

—¡Ay, madre, Beca deséame suerte! —No le dio tiempo a desearle nada... colgó al momento.

Rebeca buscó su mp3, lo sujetó a su brazo y lo enchufó, se hizo una coleta y bajó preparada para correr una hora y despejar su mente. Sus hermanos estaban jugando a la consola, y Beca, que llevaba el volumen alto, les gritó.

—Hasta luego.

Salió, y los hombres volvieron a desviar la atención a la pantalla de plasma cuando un portazo los sobresaltó. Rebeca entraba de nuevo y con cara de pocos amigos. Se quitó los auriculares, pero su voz sonó todavía más alta que segundos antes.

—¡Cómo te atreves, levanta el culo ahora mismo! —Sus hermanos no entendían nada—. ¡Por Dios, David, te están esperando!

Al ver que su hermano se hacía el loco, se enojó hasta la saciedad, su amiga Tamara estaba esperándole con la mayor ilusión de su vida, y este, jugando a la *Play Station*.

—No me lo puedo creer... ¡mi hermano, mi propio hermano! —Es que se la llevaban los demonios—. Podría creerlo de cualquier idiota, pero que mi propio hermano esté ahí sentado cuando hay una maravillosa mujer esperando... —Lo miró con decepción—. ¡Qué pena David, no sabes cuánto me has decepcionado!

Se dio media vuelta y salió de la casa dando un portazo mayor al anterior; sus hermanos se miraron sin entender nada, y David fijó la vista en el televisor.

—Dale al *play*.

Rubén, Dallas y Víctor se miraron.

—¿Qué pasa, David? —preguntó Dallas.

—Nada, dale al puto *play* y juguemos —sentenció ofuscado.

Rebeca, una hora más tarde, regresaba, y su

semblante lo decía todo. Faltaban cien metros para llegar a su casa, Jaime paró la moto a su lado, miró a Rebeca y levantó las cejas, una invitación a que Rebeca hablase y le contara qué le sucedía.

—David ha dejado plantada a Tamy.

Jaime se apeó de la moto y decidió hacer los últimos metros arrastrándola mientras caminaba con Rebeca.

—Tendrá sus motivos.

Rebeca se detuvo en el acto.

—¿Qué motivos, jugar a la *Play*?

—Beca, no todo el mundo tiene las cosas claras. Puede que se arrepintiese en el último momento.

—En el último momento... en el último momento —repitió para intentar comprender—. Se lo podía haber pensado antes, ¿no te parece?

—No voy a responder a algo que no me compete.

Llegaron a la casa, y Rebeca fue directa a su dormitorio, se acercó a su contestador y escuchó la voz de su mejor amiga.

«Me he dado cuenta que acabo de perder mi sueño. ¿Sabes lo más triste de todo? Que nunca he soñado con nada más.»

A Rebeca se le cayó el mundo encima, su amiga había dejado aquel mensaje con la voz rota y llorando. Al abrir el armario para sacar su pijama, sus ojos fueron directos a una caja que tenía en lo alto, la cogió y la abrazó. Una caja donde guardaba recuerdos de su primer y gran amor. Se sentó en su cama, abrió la tapa y sacó un par de fotografías, acarició con el dedo el rostro de aquel muchacho alegre que sonreía al objetivo mientras ella reía montada a su espalda. Sonrió con nostalgia y volvió a dejarlas en su sitio. Pensó en su amiga y con valor revolvió en aquella caja los objetos que contenía, hasta que sacó una carta amarillenta, la desdobló y la leyó con lágrimas en los ojos.

*1 de Septiembre de 2005*

*Querida Rebeca:*

*Me duele tanto haber recibido tu carta, pensé que nuestro amor sería más fuerte que la distancia, que los miedos y que cualquier obstáculo que el destino interpusiera entre tú y yo.*

*Te prometí cuidarte, quererte, respetarte y regalarte todos tus sueños. Y no hubiese faltado a mi promesa, porque, para mí, tú eras toda mi vida y todos mis sueños.*

*Hoy, después de leer que no he sido el único en tu vida, has roto en mil pedazos todo cuanto tenía. No podré perdonarte, porque ya no sé la mujer que eres; desde luego no eres la mujer que yo me merezco.*

*Ahora no sé qué será de mí, porque tú y sólo tú eras mi único sueño. Ojalá no hubiese sido así, porque ya no tengo nada por lo que soñar, y sin sueños, no hay nada por lo que luchar.*

*A tu pregunta de si algún día dejaré de odiarte, te respondo: no te puedo odiar, porque, a pesar de todo, tú me has enseñado a amar.*

*PD: Escucha esta canción y sabrás por qué no*



*te puedo odiar.*

Cogió el CD y cerró los ojos anegados en lágrimas. Esa canción la escuchaba cada mañana; la necesidad de saber que no la odiaba era vital, aunque con el remordimiento de saber que por una mentira había destrozado un gran amor. Diez años habían pasado desde que le llegó aquella carta, y diez años que seguía pagando a diario haber sido tan mezquina.

Guardó la caja de nuevo y volvió a depositarla en su lugar. Juntó la puerta del armario y fue directa al baño, necesitaba una ducha. Mientras el agua corría por todo su cuerpo, sus lágrimas seguían saliendo sin parar. Deseaba tanto poder cambiar el pasado. Haber sido más fuerte, más madura, más inteligente y menos pasional. Se cegó por el dolor y la rabia, se volvió loca y perdió al hombre de su vida, como había perdido su gran pasión; desde aquello no volvió a diseñar. Su entusiasmo por la moda se había muerto, ya que aquel hombre fue quien la animó y la apoyó a

llegar lejos: Sin él, no había nada por lo que llegar a ningún lugar.

Esa noche no cenó, se metió en la cama, y cuando todo estaba en silencio, la puerta se abrió, y su hermano David entró, se tumbó junto a ella, y Rebeca, mirando al techo, esperó hasta que David habló.

—No quería decepcionarte.

—No es a mí a quien le debes una disculpa.

Los dos estaban boca arriba.

—No sé cómo hacerlo.

Rebeca ladeó el cuerpo, apoyó su codo en la almohada y miró a su hermano.

—Podía esperar de cualquier hombre algo así, pero de mis hermanos, nunca... Y de ti mucho menos. —David la miró a los ojos—. ¿Por qué, David? Dime por qué.

—Tengo miedo, lo reconozco. He tenido muchas citas, pero con mujeres que sabía que no podrían llegarme a dañar. Solo te puede hacer daño la persona a quien amas y ninguna podía llegar a hacerlo... Ninguna excepto Tamara.

Rebeca se alegró de la sinceridad que su hermano demostraba. Podía ser que no estuviese todo perdido.

—Entonces, reconoces que la quieres...

—Si solo fuera amor... es mucho más que eso, no hay un solo día que no me despierte pensando en ella, que no vaya al taller y entre en la oficina para mirar sus fotografías... —Sonrió abrumado—. Cada día añado una fotografía nueva.

—Pensé que las ponía Jaime.

—Sí, bueno, yo añado las de Tamara, y él, las tuyas.

—¿Qué te da tanto miedo?

Su hermano no estaba seguro de poder ser sincero, pero, observando a su hermana, respondió con el corazón en la mano.

—Rebeca, no sé si podría pasar por lo que tú has pasado.

Rebeca asintió lentamente.

—Escúchame, sé que me volví loca...

—No...

Rebeca le tapó la boca con la mano.

—Sí, David, fue así. Un año en un sanatorio mental es volverse loca.

Era un tema tabú, todos sufrieron la reclusión de su hermana en aquel hospital de Escocia. No fue solo haber perdido a su gran amor, se había convertido en la joven promesa de la moda y estuvo sometida a un ritmo frenético. Su estado de ánimo no era el propicio para soportar tanta presión, y sufrió una crisis nerviosa que la llevó al borde de la locura.

—Pero voy a decirte algo, no importa haber estado recluida, no importa sufrir una y cien veces, porque es mil veces mejor el sentimiento puro de haber amado libremente que cualquier locura que luego puedas tener. Valió la pena, David, te juro que preferiría volver a pasar por todo ello que saber que voy a seguir vacía el resto de mi vida.

David abrazó a su hermana, él sabía que ella seguía sufriendo todavía por aquello, al igual que sabía que tenía razón, ella se sentía vacía, cuando la veía con Felipe, ese vacío lo notaba en su mirada.

—Creo que es hora de que seas valiente.

Su hermano se tensó.

—¿Ahora? Es muy tarde Beca...

Se levantó, fue al contestador y, antes de dejar que su hermano lo oyera, sonrió.

—Escucha esto y dímelo de nuevo.

David dio un brinco de la cama, con el corazón acelerado y odiándose a sí mismo por haberla hecho llorar, aunque feliz por saber que era mutuo el sentimiento entre Tamara y él. Dio un beso a su hermana y la abrazó con fuerza.

—Tienes razón, después de esto... ayer fue tarde.

En dos minutos, Rebeca escuchó la moto de su hermano salir con celeridad. Sonrió al imaginar que su amiga, cuando abriese la puerta, tendría todos sus sueños al alcance.

\*\*\*

David, con los nervios a flor de piel, llamó al timbre de la puerta de Tamara. Vivía en la primera casa de la urbanización, su padre trabajaba desde hacía seis años en Hong Kong, y Tamara vivía sola

desde entonces.

Se le partió el alma cuando vio a Tamara tras abrir esta la puerta. Tenía los ojos hinchados y la nariz roja por haber estado llorando. Se miraron, y por fin reaccionó, alargó su brazo, cogió la mano de Tamara y se la llevó directa a su corazón, necesitaba que ella sintiera sus latidos.

—Esto lo provocas tú. —Tamara tragó saliva—. Me asusté, Tamy, porque eres la única mujer capaz de hacerme latir el corazón a esta velocidad. Llevo años enamorado de ti, te deseo y necesito tanto, que no soy capaz de imaginar la vida sin ti a mi lado.

—¿Y por qué me dejaste plantada? —preguntó con un hilo de voz, estaba aguantando el llanto.

—Porque, si acudía a la cita, sé que estaría perdido. Vi sufrir a Rebeca, no puedo pasar por eso... —tragó saliva, tomó aire y se lanzó—. Tamara, si entro en tu casa, si nuestros labios se besan, tienes que ser consciente que estaré dejando mi corazón en tus manos. Piénsalo bien y toma tú la decisión, porque de ti dependerá mi cordura.

Tamara casi muere de felicidad al escuchar aquella declaración. ¿Pensar? No había nada que pensar, ella también era consciente que, al aceptar aquella proposición, dejaba en las manos de David toda su vida. Ya que él lo era todo para ella. No lo pensó ni un segundo, llevó la mano que tenía libre al cuello de David y lo besó con desesperación mientras la otra sentía cómo su corazón se revolucionaba con más fuerza.

David la atrajo hacia sí cuanto pudo, la asió por la cintura y la levantó un palmo; Tamara enroscó sus piernas alrededor de la cintura de él y así permanecieron un buen rato.

—No lo has pensado mucho —susurró David con una gran sonrisa.

—No había nada que pensar, siempre has sido tú, David. Nunca ha habido otro hombre en mi mente ni en mi corazón.

—Bien, ahora tampoco habrá otro en tu cama. —Y dicho esto, entró con ella todavía en la misma posición y subió hasta su dormitorio.

Mientras ascendían las escaleras, cientos de

besos se entregaban el uno al otro. Ya se pertenecían, no había vuelta atrás, el miedo se había evaporado. Tamara no podía dejar de repetir en su mente las palabras tan bonitas que David le había dedicado, se sentía eufórica, todo estaba en manos del destino.

Al llegar a su dormitorio, David tumbó a Tamara con sumo cuidado en la cama, él se quedó inclinado a su lado, no podía dejar de besarla, quería recordar aquel momento en su memoria siempre. Las prisas no podían ser buenas, con una fuerza interior por no llegar hasta el final como ansiaba, quiso ser el hombre que Tamara merecía. Estuvo a punto de perderla por ser cobarde, y ahora las lágrimas de Tamara tenían que ser recompensadas.

Mientras, Tamara besaba sus labios con delicadeza, entregándose a él con puro sentimiento. David, con mucha calma, comenzó a acariciar todo su cuerpo. Con una mano empezó a recorrer su mejilla, pasando por su cuello hasta llegar a su hombro. Bajó lentamente por todo su



brazo; cuando llegó a su mano, entrelazó los dedos y apretó con fuerza para que sintiese que estaba allí, que ya no la dejaría marchar.

—Dime que no es un sueño —dijo Tamara emocionada.

—No puedo decirlo, porque eres mi sueño. — Volvió a besarla, esta vez con más furor—. Pero te prometo que al despertar seguirás siendo mi sueño diario.

Soltó la mano de Tamara y le quitó la camiseta de tirantes de pijama que llevaba puesta. No pudo evitar recrearse con la imagen que ella le ofrecía, estaba preciosa, su piel suave y sus pechos duros. Volvió a acariciar la piel de la mujer que le había robado el corazón. Con la mano derecha descendió a través del cuello, pasando por la separación de sus pechos. El dedo índice recorrió el camino; al llegar a su ombligo y recrearse en este, Tamara empezó a respirar con dificultad, su tórax elevándose la delató. David aprovechó ese momento, lo volvió loco saber que Tamara se ofrecía sin barreras. Besó su mejilla... besó su

clavícula... besó su hombro... besó su pecho. Se recreó en uno y pasó al otro dónde un pezón duro lo esperaba. No pudo resistirse y subió la otra mano para encargarse de masajear aquel que había saboreado con anterioridad, mientras seguía lamiendo con ganas el otro.

Tamara, excitada como nunca antes lo había estado en su vida, sin poder evitarlo, soltó un gemido placentero.

David, al escucharlo, necesitó más, mucho más. Continuó besando aquel cuerpo que a partir de ese momento sería suyo, completamente suyo. Fue succionando con sus labios cada centímetro de piel de Tamara. Al llegar a su ombligo, su lengua se tornó ansiosa, y ella volvió a gemir. Un sonido celestial para David, que continuó despojándola de los pantalones cortos junto a las braguitas que tantas noches había soñado con poder quitar. Ambos estaban pletóricos. Cuando David vio a Tamara totalmente desnuda ante él, supo que necesitaba saborearla, impregnarse de ella. Metió la cabeza entre sus piernas, y esta se tensó, estaba

al borde del infarto.

—David... David...

Este levantó la cabeza y le ofreció una pícaro sonrisa.

—Tamy, así me llamo y voy a hacer que no lo olvides nunca.

Dicho esto, volvió a su cometido, lamer y saborear lo que tanto anhelaba, no podía parar, era suya y todo su cuerpo le pertenecía. Encontró el lugar más sensible y lo devoró con ganas y pasión. Notó que Tamara se arqueaba, al igual que las manos de ella se aferraban a su cabello, lo iba a dejar calvo, pero merecía la pena si así ella gozaba y conseguía hacerla llegar hasta el clímax. Y lo consiguió, un grito por parte de Tamara y unas pequeñas convulsiones le dijeron que la había llevado hasta el éxtasis. Mientras ella se recomponía, siguió lamiendo y besando cada centímetro de piel del cuerpo de Tamara, estaba empeñado en poder reconocer cada parte de ella, y nada se lo iba a impedir. No pudo soportar seguir vestido y se desnudó con mucha celeridad mientras

su boca seguía pegada a la piel de ella.

Cuando llegó a la boca de Tamara, esta lo devoró con un beso ardiente, de agradecimiento, de pasión. Un beso que los dejó a ambos casi sin aliento.

Tamara, sin dar tiempo a que David se recompusiese, con un movimiento rápido se sentó a horcajadas sobre él. Sin previo aviso, y con la erección latente de David, se encajó a la perfección. David, sorprendido y enamorado, sonrió.

—Te necesitaba dentro de mí ¡ya! —Se inclinó para besarlo de nuevo—. Y ahora que ya estás dentro, hazme tuya.

David no lo dudó, llevó sus manos a la cadera de Tamara para ayudarla a llevar el ritmo de sus embistes. Durante unos minutos, el compás era erótico y delicado, pero poco a poco ambos necesitaban más, así que David subió el ritmo, y Tamara se encajó en él con fuerza. Estaban a punto de correrse, y David hizo todo lo posible por aguantar, porque quería que su primera vez ambos

lo hiciesen juntos.

—Mi amor, mírame, quiero verme en tus ojos cuando lleguemos.

Tamara no pudo hablar, le faltaba un pequeño toque para llegar. David fue consciente, y llevó sus manos a los pezones duros de ella, los apretó con la fuerza justa para que ella se dejara llevar por el orgasmo mientras él hacía un esfuerzo por no cerrar los ojos. Quería guardar esa imagen en su memoria el resto de su vida.

Tamara se desplomó encima de él. Permanecieron en la misma posición hasta que sus respiraciones se fueron normalizando, mientras David, que no podía dejar de tocarla, le acariciaba la espalda.

Tamara salió de él con pereza, se quedó enroscada junto a David y sonrió, lo miró y, enamorada perdida, le entregó un beso de amor auténtico.

—Tamy... —la voz que él empleó puso en alerta a Tamara—. Uff... ¡Joder!

No le gustó aquella reacción. Se le aceleró el

corazón, parecía que David estuviese arrepentido.

—¿Qué ocurre? —preguntó temerosa.

—No hemos usado condón. —Tamara abrió los ojos, y David la abrazó—. Te prometo que no volverá a suceder.

Tamara suspiró con fuerza y rió; David la miró curioso, no sabía a qué se debía su risa, podría ser por los nervios.

—David, qué susto me has dado. Por un momento pensé... Dios, David, temí que te hubieses arrepentido.

Él la miró serio, ¿qué estaba diciendo? ¿Arrepentirse? Pero si era lo mejor que le había pasado en sus treinta años.

—Tamara, cuando dije que lo pensaras bien, no mentí, acabo de entregarte mi corazón...

Tamy lo besó con deleite.

—No te preocupes por nada, tomo anovulatorios.

David sonrió, volvió a besarla en los labios, la nariz, la mejilla y justo cuando llegó a su oreja, susurró:

—Entonces no habrá ningún obstáculo entre tu cuerpo y el mío. Y si eres tan amable —la tumbó y se posicionó encima de ella—, vamos a repetir, porque no sé si ha sido un sueño.

## Capítulo 9

### Las penas bailando se quitan

A las cinco de la madrugada, David entraba en su dormitorio. Jaime escuchó un ruido y se dio la vuelta. No necesitó encender la luz, la que entraba a través de la ventana le fue suficiente.

—Por lo que veo, esta noche, al final, sí hubo cita.

David asintió y suspiró.

—La primera del resto de mi vida.

Jaime se carcajeó.

—Me alegro, así ya no me preocuparé cuando Rubén intente levantarte a la chica.

—Si en algo estima su vida, más vale que no se atreva a hacerlo. —Ambos rieron.

Jaime era el único que sabía que su amigo llevaba años enamorado. Lo miraba y se alegraba por él, Tamara era una buena chica, además de ser



la única que era capaz de robarle el sueño a su amigo.

—Por lo que veo, tú también has levantado a la chica.

David le lanzó un cojín y se dejó caer en la cama mientras se hacía el ofendido.

—¡Que te jodan!

—Ojalá, pero está claro que el único que puede hacer eso ahora mismo, eres tú. —Le devolvió el cojín—. Anda, duerme, que mañana quiero que levantes cosas en el trabajo.

Volvieron a reírse, y David, nada más cerrar los ojos, se quedó dormido. El cansancio pudo con él. Jaime, con la vista perdida en el techo, sonrió con amargura al recordar cuando él también tuvo su momento de felicidad. Una felicidad que duró poco, ya que la mujer a la que amó le rompió el corazón en mil pedazos.

\*\*\*

Los hermanos se miraban, la cara de alelado de David lo delataba. Con una sonrisa bobalicona, los ojos brillantes y sin prestar atención a nadie,

permaneció más callado de lo habitual. Y a eso le sumaban que él siempre desayunaba zumo, porque detestaba la leche, y esa mañana se encontraba con una taza de café con leche en una mano y una tostada en la otra sin llegar a llevársela a la boca. Estaba claro que tenía la mente en otra parte, y sus hermanos “tan observadores como siempre” se hacían señas los unos a los otros.

Rebeca entró y, cuando le señalaron a David, sonrió y se sentó en el taburete, justo al su lado.

—Hoy no vengo a comer —anunció sonriente.

—¿Qué te traes entre manos, Beca? Ayer no viniste, hoy tampoco —preguntó Dallas, siempre tan en su estilo de abogado.

—Voy a comer con Tamy, no sé... —David reaccionó al escuchar aquel nombre—. Por lo visto, quiere alardear de novio. —Rebeca aguantaba la risa.

—Eso es porque es una chica lista. —Esta frase fue el detonante para los hermanos.

—¡Qué cabrón! Así que Tamara, ¿ehh...? —gritó Neill mientras Dallas y Víctor le daban

palmaditas en los hombros.

—No sé qué te ha visto pudiendo tener al más listo e intelectual de la familia. —Rubén tenía ganas de tomarle el pelo a su hermano.

—Te lo tengo dicho, el guapo de la familia soy yo, soy el rubiales guaperas que se las lleva de calle. —Esa frase le costó una buena colleja por parte de Malcolm, que estaba justo detrás de él. Y por supuesto, que todos los hermanos le recriminaran por decir que eran feos.

—¡Sois como niños! —protestó Rebeca muerta de risa.

\*\*\*

A la hora de la cena, Rebeca estaba callada, no había sido un día fácil; mucho trabajo y muy malas noticias. Sus hermanos, observándola, esperaban el momento para hacerle el interrogatorio de turno.

—Beca, ¿qué tienes? —preguntó Dallas.

—Estoy cansada, eso es todo. —Respuesta que sus hermanos no iban a dar por válida.

—Y aparte de ese cansancio, ¿qué te tiene tan triste?

Rebeca se encogió de hombros, pero, en vista que no la dejarían en paz, fue sincera.

—He hablado con la inmobiliaria, tiré la toalla. Tienen un comprador.

Sus hermanos se miraron, sabían que Rebeca llevaba años soñando con esa casa. Rubén se acercó a ella, la rodeó con un brazo.

—Podemos prestarte el dinero, lo sabes.

—Lo sé, pero he pensado mucho esta tarde, ya no tiene sentido aferrarme a esa casa. Fui muy estúpida por obsesionarme. Ya no la quiero, es parte de algo que necesito olvidar. Tan solo espero que el futuro propietario sepa valorar que es la mejor de toda la urbanización.

—¿Ya no la quieres? —preguntó Dallas.

—No, de verdad —respondió tajante—. Además, alguien tendrá que cuidar del gran nido cuando os vayáis poco a poco, uno a uno.

Sus hermanos se miraron, hablaba tan convencida y madura que les pareció extraño todo aquello. ¿De verdad lo sentía así o se estaba haciendo la fuerte por no poder comprarla?

—¿Y quién ha dicho que nos vamos a ir? — preguntó Víctor.

—Lo dice la vida, cuando salga vuestra media naranja, al igual que hizo Javier, vosotros lo iréis haciendo también.

Jaime clavó la mirada en Rebeca, ¿desde cuándo su amiga hablaba tan serena, tan madura y tan realista? ¿Qué estaba pasando por esa cabecita loca? Los hermanos, tan sorprendidos como Jaime, se miraron los unos a los otros mientras Rebeca se levantaba y se despedía para irse a la cama.

Estaba a punto de meterse en acostarse, cuando alguien llamó con cuidado a la puerta y esperó a que le invitase a entrar.

—Pasa.

Jaime entró y se miraron a los ojos.

—¿Estás convencida de que ya no quieres esa casa...?

Lo interrumpió, porque había tomado una decisión.

—Sí, no es por el dinero, si vienes a prestarme tu ayuda, te lo agradezco de corazón. Pero ya no

quiero seguir pensando en ella, tengo otras metas en la vida ahora mismo.

—¿Cuáles? —Jaime estaba intrigado.

—Son muy personales y preferiría no compartirlas con nadie.

La miró fijamente, ella era incapaz de guardarse nada dentro. ¿Qué le había pasado a su amiga para que tuviera ese cambio tan radical? Prefirió no insistir, ya se lo contaría cuando estuviese preparada.

—Está bien, cuando quieras compartirlas, ya sabes dónde estoy. —Le dio un beso en la mejilla y se marchó.

Rebeca se acostó, se tapó con la sábana y respiró con fuerza. Aquella casa había sido uno de sus sueños. La noche anterior, mientras guardaba la caja de sus recuerdos, decidió enterrar junto a ella todo lo que estos implicaban. Se había aferrado a aquel lugar, porque el hombre que amaba le había prometido que algún día se la conseguiría. No era la casa, era lo que significaba, vivir allí, cerca de los suyos, junto con aquel al

que amaba. Ahora él no estaba con ella, aunque pudiese comprarla, no tendría ningún sentido.

Sonó su teléfono, lo único que no compartía con sus hermanos, desde los catorce años tenía una línea independiente al resto de la casa.

—¿Sí?

—Beca, escucha, noticia —gritó Tamara—. Ha venido una clienta, y sabes lo que me ha dicho, que las penas bailando se quitan.

—¿Y eso qué quiere decir? —Rebeca no entendía nada.

—Mira, sé que estás de bajón, entre lo de Felipe —Rebeca puso los ojos en blanco—, lo de tu cuñada, lo de la casa...

—¿Adónde quieres llegar? —Habían hablado por la tarde y Tamara estaba tan preocupada como sus hermanos. No era normal ver a Rebeca tan desilusionada y tan baja de moral desde hacía muchos años.

—¡Que vamos a apuntarnos a clases de baile! —gritó enérgica.

—¿Te has vuelto loca? No tenemos tiempo para

ir a clases de baile —intentó razonar.

—Tonterías, las clases son de nueve a diez. Así que no hay excusas. Beca, lo único que me han dicho, es que hay que ir con pareja.

—¿Con pareja? Pues tú y yo.

Tamara se echó a reír.

—Que no, que no, tienes que conseguir que te acompañe un chico. Lo tienes fácil, con siete hermanos y Jaime todo arreglado.

Rebeca se rió con ganas.

—¿Mis hermanos? —No podía parar de reír—. Tamy, parece mentira que no los conozcas.

—Claro que los conozco, mañana hablamos, tienes hasta el lunes para convencer a alguno, yo tengo que convencer a David.

Rebeca seguía muerta de risa, qué ilusa era su amiga.

—Eso, eso, inténtalo.

\*\*\*

Habían pasado dos días, y Tamara seguía con la idea. Rebeca se había contagiado de la alegría y entusiasmo de su amiga, y eso que Tamy todavía no



había convencido a David. Optó por engatusar a su primera víctima, estaba claro que dos de sus hermanos ya estaban descartados; Neill y Malcolm, sus horarios de trabajo los dejaba fuera.

—Dally, ¿puedo hablar contigo un momento?

Dallas levantó la ceja, su hermana sólo lo llamaba por aquel diminutivo cuando quería conseguir algo de él.

—Pasa, tú dirás. —Le hizo un gesto para que se sentara, estaba en el despacho que usaba en casa. Rebeca tomó asiento.

—Verás, he pensado que estaría bien pasar más tiempo con mis hermanos... —Dallas juntó los brazos y se recostó en el asiento—. Y bueno... tú siempre has dicho que contara contigo para las cosas.

—Sí, siempre lo he dicho.

Rebeca puso su cara de niña inocente, tenía que llegarle al corazón a su hermano.

—Por eso he pensado en ti para ir a clases de baile juntos —pestañeó como una muñequita. Dallas alzó las dos cejas.

—¿Cómo dices? —Igual no lo había entendido bien, pensó él.

—Ya sabes, hacer algo juntos. Nos apuntamos a clases de baile y así pasamos más tiempo juntos, al fin y al cabo, eres uno de mis hermanos favoritos.

—Beca, las zalamerías conmigo no te sirven. Por si no te has dado cuenta, soy un abogado con mucho trabajo.

—Algo que admiro, pero esto es pasar un rato agradable, los abogados también tienen derecho a divertirse, ¿no? —Dallas soltó aire por las fosas nasales, y Rebeca sonrió como una niña pequeña.

—Créeme cuando te digo que la diversión, para mí, no es ir a bailar. Ni hablar, por ahí sí que no.

—Venga, Dally, nos lo vamos a pasar genial.

—Rebeca, he dicho que no, no insistas, no es no.

Lo intentó casi diez minutos, los mismos que su hermano se negó en rotundo. Se levantó y fue por su siguiente víctima. No tardó en encontrarlo, estaba en una tumbona del jardín leyendo un libro.

—Rubén, a ti te estaba buscando.

A su hermano le saltaron todas las alarmas cuando Rebeca le dio un beso fuerte en la mejilla.

—¿Qué estás tramando? —fue directo al grano.

—¡Ay, Rubén, te va a encantar la idea que he tenido! —dio palmaditas y todo.

—¿Una idea? —preguntó dubitativo, Rebeca continuó con la misma táctica, hacerle ver lo eufórica que estaba.

—Sí, sí, sí... ¡Vamos a bailar juntos! ¿A qué es fantástico?

Rubén cerró el libro.

—¿Bailar? —repitió algo alucinado.

—Sí, venga, hombre, ánimo, clases de baile con tu hermana favorita. —Volvió a pestañear, algo que de pequeña encandilaba a sus hermanos.

—Te recuerdo que no tengo otra hermana, por eso eres mi favorita.

—Por lo que sea...Tú, yo y diversión garantizada.

—No, no, no... tu hermano favorito es David, pídeselo a él.

—David tiene novia, así que será su pareja.

Rubén se carcajeó, David, al igual que el resto de hermanos, había nacido con dos pies izquierdos.

—No te creo.

—¡Oye, la duda ofende! Además, ha sido idea de Tamy.

Rubén volvió a reírse con ganas.

—Mira, creía que David y Tamy llegarían lejos, pero me da que vamos a vivir una ruptura temprana.

—No me lo puedo creer —respondió Rebeca muy molesta—. David irá a esas clases de baile encantando con su novia. No sé qué os pasa a los tíos... Además, a ti te vendría bien, que sepas que las mujeres nos fijamos mucho en los hombres que bailan, porque así sabemos que en la cama serán buenos.

—¡Rebeca! No sigas por ahí, soy tu hermano y escuchar que te fijas en un hombre para saber si es bueno en la cama, es algo que no deberías ni mencionar.

—Así no vas a encontrar novia.

—No he dicho que esté buscando, ¿verdad? —  
Cierto, Dallas, Neill y Rubén parecían tener  
alergia al compromiso.

—Mamá quiere nietos, y tú nunca le has fallado  
a mamá —dijo con guasa.

—Tiene siete hijos más, incluida una hija que  
intenta hacer chantaje a uno de sus hermanos. —  
Los dos rieron.

—Venga, Rubén, por favor, necesito una pareja  
para apuntarme.

—Pídeselo a Víctor.

Se metió en la cama sin haber conseguido que  
sus hermanos cedieran. Incluso se lo había pedido  
a Javier. No paraba de pensar en posibilidades,  
tenía varios amigos, pero estaba claro que a sus  
chicas no les haría gracia. A pesar de dar mil  
vueltas, por fin consiguió dormirse.

Una hora después de que Rebeca se durmiese,  
su hermano David llegaba a casa después de haber  
estado con Tamara.

—Es viernes, mañana no abrimos, pensé que dormirías en casa de Tamara.

—Yo también, pero hemos discutido y preferí venir a dormir a casa.

Jaime se incorporó, apoyó el codo en la almohada y miró a su amigo.

—¿Discutido? —preguntó conciso.

—Se ha empeñado en acudir a clases de baile, que me parece estupendo. Lo que ya no me hace gracia es que yo tenga que hacerlo.

Jaime abrió los ojos, ya se temía algo, porque los Irwin le habían puesto al corriente que Rebeca buscaba pareja para ir a esas clases. Suerte que a él no se lo había pedido, porque se habría negado en rotundo.

—Entiendo, te has negado y se ha enfadado.

—No —respondió tajante y se puso en pie, caminó de un lado a otro—. ¡Qué va! La niña ni se ha inmutado con mi negativa.

—Pues no lo entiendo, entonces ¿a qué ha venido la discusión...?

David, fuera de sí, respondió:

—¡Joder! Me dice que no pasa nada y que se lo pedirá a otro. ¡A otro! ¿Te lo puedes creer? ¡A otro! Está loca si piensa que otro tío va a tocarla. ¡Ni hablar! ¡Por ahí sí que no paso! —No paraba de dar vueltas—. ¿Tienes idea de lo que es ver a tu chica en brazos de otro bailando? Es que se me enciende la sangre. Como vea a alguien ponerle la mano en la cintura o rozarse con ella, es que... ¡Joder con el puto baile!

Se sentó de golpe en la cama, mordiéndose el labio y muy enojado. La sola idea de que Tamara bailara con otro hombre lo estaba matando por dentro. Nunca imaginó ser un hombre celoso y posesivo, pero ahí estaba él, rabioso de imaginar a su chica bailando con otro.

—Vaya... —sonrió, y David lo miró con el ceño fruncido—. Jamás pensé que acabaría viéndote en clases de baile.

David, negando con la cabeza, poco a poco fue disminuyendo su enfado. Jaime tenía razón, él tampoco lo imaginó, pero ambos sabían que, el lunes, Tamara, contenta y feliz, los matricularía.

—¡Hay que joderse, baile! —dijo resignado—, ya verás cuando se enteren mis hermanos.

Jaime no pudo aguantar más la risa, empezó a reír sin parar, las mofas que le esperaba a David iban a ser infinitas.

\*\*\*

Parecía mentira, pero en el gran nido había mucha tranquilidad. Tocaron el timbre de la puerta para hacer una entrega, y Rubén llamó a voz en grito a Rebeca, que tenía un paquete en la entrada. Estaba a punto de marcharse cuando otro repartidor traía una caja que llegaba a nombre de Jaime. Rubén volvió hacer lo mismo.

Jaime y Rebeca bajaron rápido, Rubén les comentó que se quedaban solos, que la comida la había dejado preparada Neill y que había hecho tortellini con boletus a la pimienta negra. Rebeca sonrió porque era su comida favorita; sin ser consciente, se lamió los labios y suspiró. Rubén y Jaime sonrieron. El móvil de Rebeca sonó y lo sacó del bolsillo, se trataba de Tamara.

—Beca, he convencido a David... Por cierto,



que no se me olvide, te va a llegar un regalito.

—Entonces has sido tú quien me ha mandado un paquete.

—¿Ya lo tienes?! ¡Ay, nena, con ese regalo tu sonrisa estará garantizada una temporada!

Mientras las dos hablaban, Rubén cogió los paquetes y siguió hablando con Jaime, le preguntaba si sabía el motivo por el que David había salido de buena mañana tan rápido. Jaime se hizo el loco, y Rubén les hizo entrega de los paquetes.

—Toma, que tengo que irme —Rebeca lo cogió y se dirigió a su dormitorio.

—¿Y qué me has comprado? —preguntó mientras miraba la caja con curiosidad.

—Ábrelo, anda, qué pena que no puedo verte la cara, sé que te va a encantar. —Escuchó la risa de su amiga.

—Vale, ya lo abro. —Rompió el cartón con celeridad, no tenía paciencia.

—¿Un coche en miniatura? —preguntó sin más.

—¡Qué dices! Esos idiotas se han equivocado,

¡joder, guarda el recibo de entrega que hay que cambiarlo!

—¿Entonces no es este mi regalo? —No escuchó la respuesta, Jaime entró y carraspeó para que le prestase atención.

—Ejem... ejem —Rebeca se dio la vuelta y vio a Jaime con los brazos atrás, escondiendo algo—. Podrías explicarme qué es esto.

Sacó el objeto escondido, y en sus manos sostenía un vibrador con forma de pene. Sus ojos se agrandaron mientras escuchaba a Tamara decir:

—Nena, voy a llamar a la compañía de reparto.

Jaime seguía con aquel objeto en sus manos, moviéndolo como si le espantara tenerlo entre los dedos.

—No llames a nadie, lo tiene Jaime.

—¿Qué?! —Rebeca, con las mejillas ardiendo, inspiró y afrontó aquel desastre.

—A la noche te cuento. —Y colgó la llamada.

—¿Y bien? —Jaime estaba disfrutando del momento.

—Es obvio, ¿no?, acaso no has visto nunca

un...

—¿Un consolador?, no suelo usarlos, así que no suelo verlos.

Rebeca se acercó y, de un manotazo, se lo quitó de las manos.

—Para tu información, no es un consolador.

Jaime aguantaba la risa.

—¿Entonces qué es?

Rebeca achinó los ojos, su amigo estaba pasándolo a lo grande con su vergüenza.

—Un vibrador.

—¡Ahh! Eso lo cambia todo, claro —respondió muy cínico—. Y este consola... perdón, vibrador, imagino que es tuyo.

Rebeca se mordió la lengua por no decirle todo lo que le venía a la cabeza. Lo estrechó con sus dos manos en su pecho y respondió muy ufana.

—Sí, es mío, ¿algún problema? Algunos todavía juegan con cochecitos mientras otros maduramos y jugamos con juguetes para adultos.

Jaime no pudo aguantar la risa. Agarró su coche en miniatura que pertenecía a una colección que

estaba haciendo.

—Rebeca, no imaginaba que te fuesen estos rollos, ¡y, además, negro!

Rebeca quiso estamparle el vibrador en la cabeza, pero al final, torciendo la cabeza hacia la derecha, respondió:

—Jaime, si no quieres ser el primero en probar a mi nuevo amiguito sexual, es mejor que salgas por dónde has venido, o te juro que te lo voy a meter por el culo.

Jaime levantó las manos en señal de rendición; muerto de risa, abandonaba la habitación, pero antes de cerrar la puerta se dio la vuelta y dijo:

—¿De verdad lo pediste negro?

Rebeca cogió una zapatilla del suelo y la lanzó, pero Jaime fue más rápido y cerró la puerta a tiempo. Aun así se escuchaba su risa por el pasillo.

Maldita la gracia tener que bajar a comer, no le apetecía lo más mínimo. Hoy no iba a disfrutar de sus tortellini, de eso estaba segura. Ahora debía encontrar la manera de avergonzar a Jaime y que

sufriera en sus propias carnes lo que ella había sentido.

Por suerte, en la comida, Jaime no hizo ningún comentario. Estaban solos en la casa y decidieron ver una peli juntos. Por costumbre, y como era habitual, Rebeca siempre usaba a uno de sus hermanos o al propio Jaime como almohada en el sofá.

Se habían quedado dormidos, y Jaime, al despertarse, apagó la televisión. Rebeca estaba reclinada de lado en su pecho, con una pierna enroscada a la suya, y él la rodeaba con un brazo. Intentó hacer el mínimo movimiento para no despertarla, no quería que viese cómo se había despertado.

«¡Joder, estoy empalmado!». Cogió un cojín y se cubrió con él.

—No hace falta que lo tapes —indicó Rebeca, encantada de que por fin se tornasen las tornas, ahora le tocaba a él avergonzarse.

—Yo no tapo nada.

—¿Ah, no? ¿Y ese bulto incipiente de tu entrepierna qué es?, ¿un calcetín metido que se ha soltado? ¿No? —No se movieron ninguno de los dos, pero la risa de Rebeca consiguió que Jaime se tensara y se incorporara un poco.

Rebeca, que quería disfrutar de su momento de venganza, también levantó la cabeza, la posó en su hombro para mirarlo a gusto, pero sus piernas seguían enlazadas.

—¿Te da vergüenza? —preguntó con sorna. Jaime giró la cabeza y volvieron a quedarse sus frentes juntas como hacía unos días en el taller.

—¿Por qué tendría que darme vergüenza? No soy yo el que va comprando juguetes sexuales.

Rebeca no se amilanó.

—Ya, bueno, no todas tenemos tu suerte. Tienes clientas dispuestas a cumplir sus fantasías sexuales. Otras tenemos que contentarnos con comprar vibradores para que nos sacien.

Jaime sonrió, eso consiguió que Rebeca también lo hiciera. Levantó una mano y le llevó un mechón de pelo tras la oreja y, con voz susurrante,

preguntó:

—¿Y cuáles son tus fantasías? —Rebeca aguantó la respiración, Jaime dejó la mano apoyada en su mejilla y empezó a acariciarla.

—Si te las contara, luego tendría que matarte. —Ambos sonrieron de nuevo. Se quedaron en silencio, hasta que Jaime, algo serio, lo rompió.

—Beca, por favor, no lo hagas.

—¿Hacer qué? —Jaime seguía acariciando su cara.

—Usar ese juguete. Por favor... —Rebeca tenía las pulsaciones a mil e, inconsciente, llevó su mano hasta el pelo de Jaime y empezó a masajear su cuero cabelludo.

—¿Por qué? —preguntó con un hilo de voz.

—Porque es algo muy frío. Tú siempre has dicho: «el día que llegue a usar esos juguetitos, cerraré para siempre la puerta a los hombres».

Jaime volvió a ronronear con la nariz pegada a la de Beca y, sin darse cuenta, llevó su mano hasta la nuca de ella y empezó acariciar su piel.

—Yo no lo he comprado —dijo sincera—,

aunque, si te soy sincera, es probable que dentro de poco empiece a usarlo, ya me han bautizado como la mujer de hielo.

—Eso es una estupidez —respondió mientras seguía acariciando el cuello de Rebeca, y con la otra mano alcanzaba sus labios; con el dedo pulgar trazó todo su contorno.

—Eso dijo Felipe cuando rompió conmigo porque había encontrado otra mujer.

—Felipe es un gilipollas, y no sé qué cojones hiciste saliendo con él —dijo con deje enfadado y absorto mirando los labios de Rebeca.

—Intentar olvidarte.

Jaime cerró los ojos, se mordió los labios y se separó de ella un instante antes de hablar.

—Rebeca.

—¿Sí? —Jaime se incorporó, dejó el cojín en su sitio y, antes de desaparecer, respondió:

—Ya tienes pareja de baile. —Y la dejó allí, confundida y con lágrimas en los ojos. Jaime no la perdonaría nunca. Ya no confiaba en ella.

Jaime fue directo a darse una ducha, estar cerca



de Rebeca lo carcomía. Cada día era más insoportable no tocarla, no besarla. Habían pasado diez años y seguía siendo la única mujer de su vida. Tenía que mantener la cabeza fría, Rebeca ya le había roto el corazón, no podía volver a caer de nuevo.

Cuando Javier le propuso vivir con ellos, le prometió no intentar volver a mantener una relación con su hermana. Ambos habían sufrido mucho y no tenían intención de volver a pasar por ello. Pero no pudo negarse, aquel ofrecimiento era estar cerca de ella. Por mucho que le doliese y lo negara, Beca seguía siendo todo su mundo.

# Capítulo 10

## Terapia de baile

David y Jaime llegaban tarde. Rebeca y Tamara los esperaban en la puerta, la profesora pidió que entrasen, las clases iban a comenzar y le gustaba la puntualidad.

—No me puedo creer que lleguen tarde. Cuando lo pille por banda, me va a escuchar — dijo Tamara alterada.

—¿Y si Jaime me tomó el pelo?

Rebeca ya no estaba segura de si había sido una broma por su parte. Tamara la miró y respondió rápida.

—No habría pagado la matrícula.

Cierto, además una matrícula bastante cara, a Rebeca le pareció excesiva, pero Tamara había dicho que eran las mejores clases, y lo bueno se pagaba.

David y Jaime aparecieron en el mismo instante en que la profesora iba a cerrar la puerta. Tamara empujó a David. Jaime y Rebeca se miraron, en los ojos de ella vieron el cabreo.

—Ha llegado un cliente a última hora... — David, en voz baja, se disculpaba—. Pero estamos aquí ¿no?

La profesora estaba contenta, doce parejas, tenía un gran reto por delante. Empezaron las presentaciones.

—Buenas noches, bienvenidos a *Dance Therapy*, la mejor terapia de pareja.

David miró a Tamara y al verla desconcertada, empezó a reírse. Esta, por su parte, le daba golpecitos para que se callase. Rebeca abrió los ojos como platos. «¿Qué había dicho aquella mujer?».

Jaime, mirando fijamente a Rebeca, ni se inmutó, permaneció inmóvil, la reacción de Rebeca lo decía todo. Beca miró a Tamara, su amiga negaba con la cabeza, ella no sabía que aquellas clases de baile eran en realidad una

terapia de pareja basada en el baile.

David no podía parar de reír, era lo más gracioso que le había pasado nunca. Empezar una relación con alguien y acudir a unas clases de baile para superar una supuesta ruptura con su pareja. Rebeca se llevó las manos a la cara, le ardían las mejillas.

—*Dance therapy*... terapia de baile... *dance therapy* —repetía totalmente incrédula, no podía creer que eso le estuviese pasando a ella.

La profesora los hizo presentarse los unos a los otros. Si tenía dudas, se disiparon, las otras diez parejas eran matrimonios que intentaban buscar una solución y mantener a flote su relación. Tres de ellas ya estaban separadas.

Les llegó el turno a ellos, y Tamara caviló rápidamente una historia creíble, no podían parecer unos lerdos delante de todos los demás.

—Hola, somos David y Tamara. Llevamos cinco años juntos, y algo se ha congelado entre nosotros, porque no avanzamos. Hemos decidido venir a *dance therapy* para encontrar la solución.

Los demás asintieron y sonrieron, estaba claro que todos estaban allí por lo mismo. Rebeca, bloqueada total. No podía hablar, empezó a temblar, y Jaime tomó la iniciativa.

—Hola, somos Rebeca y Jaime. —Un «hola» colectivo se escuchó—. Llevamos diez años y hemos perdido la confianza. Así que, aquí estamos, buscando ayuda profesional.

Rebeca lo miró a los ojos, él no había dejado de mirarla mientras hacía las presentaciones, estaba muy serio y, seguramente, con ganas de asesinarla.

La profesora se puso en el medio, obligó a todos a que hiciesen un círculo, que se sujetasen las manos y que escucharan con atención.

—Señores, el baile es una forma de arte en donde se utiliza el movimiento del cuerpo, normalmente, con música. Con cierto compás o ritmo como expresión de sentimientos. En *Dance Therapy*, intentaremos que esas expresiones nos ayuden a establecer un contacto íntimo y pasional con la pareja. Debemos aprender a confiar el uno

en el otro, dejar que nuestra pareja nos guíe y nos transmita todos sus sentimientos a través del movimiento, y así aprenderemos a bailar, juntos, en pareja, e ir abriendo el corazón y la mente, buscando dentro de cada uno todo lo que debemos entregar al otro para volver a ser la pareja que siempre fuisteis en un comienzo.

Rebeca tragó saliva con dificultad. Tenía muy clara una cosa: primera y última clase. No pensaba volver a esa terapia. Bastante difícil era su día a día intentando olvidar a Jaime como para tener que abrirse a él. Contarle sus miedos, sus inquietudes y lo peor de todo: confesarle la verdad.

David miraba a su hermana y a Jaime de soslayo, aquello, para ellos, no debía ser agradable. Se acercó a Tamara al oído y le susurró.

—Por tu bien, que salgamos vivos de esta.

Tamara, antes de mirar a David, echó un vistazo a sus amigos.

—Saldremos todos perfectamente. —Igual, aquel error era una señal de que Rebeca y Jaime

podían empezar de nuevo.

La profesora explicó que cada pareja debía ponerse uno frente al otro, apoyar sus frentes y balancearse suavemente, sin separarse y sin mover los pies. Llevar, los hombres, las manos a las cinturas de ellas, y las mujeres, a los hombros de ellos. Sentirse y crear un punto de contacto era la primera regla.

Cuando sus frentes estaban juntas, el suave balanceo comenzó. Rebeca seguía muy nerviosa y necesitaba decirle a Jaime algo urgente. Al no querer ser escuchada, apenas usó la voz.

—Jaime, te juro que yo no sabía nada. —Él no hizo ni dijo nada—. Te devolveré el dinero de la matrícula.

—¡Ni lo sueñes!

Rebeca paró, y la profesora se situó junto a ellos.

—Movimiento, vamos, balancéense.

Jaime apretó con sus manos la cintura de Rebeca y la obligó a moverse. La profesora, al verlo, continuó buscando otra pareja en apuros.

—¿Por qué no?

—Tú buscabas una pareja de baile y ya la tienes. No soy de los que abandonan y daremos las clases hasta que seamos expertos bailarines.

—Por si no te has dado cuenta, esto, más que aprender a bailar, es una terapia de pareja.

Jaime abrió los ojos y la miró intensamente.

—Hablas inglés y gaélico, son tu lengua paterna y, ¿no se te ocurrió antes al ver las palabras *Dance Therapy*? —preguntó indignado.

—No me fijé, ¿cómo iba a pensar que alguien hacía terapias de pareja bailando? —respondió bastante ofendida.

—Ahora ya estamos aquí, aprenderemos a bailar y haremos la maldita terapia. —No pensaba dar su brazo a torcer, y Rebeca no volvió a abrir la boca.

Por suerte, la clase esa noche fue corta, se dedicaron a dar unos cuantos pasos de baile para poder empezar el jueves con los movimientos aprendidos. Aquello les hizo pasar un rato agradable, lo malo iba a ser ir avanzando en la



terapia.

Los martes y jueves se convertirían en una condena; lo que parecía una gran aventura y diversión se había esfumado como por arte de magia.

\*\*\*

Entraron en la casa Jaime y Rebeca. Sus hermanos los miraron y quisieron averiguar al segundo. Les podía la curiosidad, más, cuando se habían mofado con gusto de David y Jaime por la mañana.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó Dallas con la sonrisa implantada en la cara.

—Haberte apuntado conmigo, ahora no querrás qué te contemos lo que hemos aprendido —respondió Rebeca agobiada.

—Jaime, ¿cuántas veces le has pisado para que venga tan sufrida?

Jaime y Rebeca se miraron y por fin se rieron, porque Rebeca le había pisado varias veces a él.

—Eso tendrá que decirlo ella, aunque una cosa os digo para que os quede bien claro —torció el

labio en señal de burla—, soy un experto bailarín, en dos días seremos Fred Astaire y Ginger Rogers.

Todos rieron y se sentaron a cenar, los habían esperado para que no cenasen solos. Algo que agradeció interiormente Rebeca.

\*\*\*

El miércoles entró Rebeca cantando muy alegre, sus hermanos estaban poniendo la mesa para comer. Los saludó con una sonrisa plena y notó que sus hermanos no eran precisamente la alegría de la huerta. De hecho, la estaban esperando.

—¿Qué pasa? —preguntó rápida. Dallas iba a responder cuando David entró por la puerta de la cocina y se dirigió a ella.

—Beca, te necesitamos. Jaime ha sufrido un accidente. —El rostro de Rebeca se descompuso—. No te alarmes, no ha sido muy grave. Pero ya sabes lo cabezota que es, no quiere acudir al hospital y tiene que hacerse unas primeras curas hasta que regrese Malcolm.

Jaime, tras la muerte de sus padres, había

pasado muchas horas en el hospital, sentía pavor y fobia. A no ser que se tratase de vida o muerte, no pondría un pie en otro. Los hermanos Irwin no podían hacer nada para convencerlo, y por eso necesitaban a Rebeca, era la más tozuda y la única capaz de convencer a aquel cabezón.

—¿Qué ha pasado, dónde está?

—Le cayó encima un tubo de escape, le ha quemado y cortado por la espalda. No es grave, pero hay que hacer algo antes de que se infecte.

—¿Dónde está? —preguntó ya alterada.

—En la ducha.

Sin esperar un segundo más, fue al salón, llamó a Malcolm y, tras anotar mentalmente qué debía hacer, subió hasta la habitación de su mellizo, cogió su maletín y se dirigió a paso firme hasta el cuarto de baño.

Entró sin llamar y sin pedir permiso, se encontró a Jaime desnudo y se le reseco la boca, hacía muchos años que no lo veía así. Desde luego su cuerpo había mejorado muchísimo.

Jaime se dio la vuelta y, blasfemando, se puso

un bóxer rápido.

—¿Pero qué coño haces?

Rebeca se fijó en las heridas, al darle la espalda para vestirse, las pudo observar.

—Siéntate. —Utilizó un tono de voz que dejaba clara su postura.

Jaime se fijó en el maletín que portaba en la mano y la miró fijamente. Rebeca no se inmutó, siguió allí esperando a que él se sentara en un taburete que había allí.

—No es nada, así que no hay necesidad.

—Jaime, no voy a permitir que salgas de este baño sin curarte la herida, así que no perdamos el tiempo.

Jaime, conociéndola, supo que no habría forma de salir de allí. Se sentó con resignación y negó con la cabeza. Ya era mala suerte que Rebeca ese día tuviese que ir a comer a casa. Ella se acercó, abrió el maletín y cerró los ojos. Tenía pánico a la agujas, pero, por Jaime, lo que hiciese falta.

Cuando sacó una jeringa y la desprecintó, se quedó blanca como la cal. Jaime le sostuvo la

mano.

—¿Qué haces? Tienes fobia a las agujas.

Rebeca tragó saliva y, mirándole a los ojos directamente, respondió:

—Tengo que inyectarte esto, es la vacuna del tétanos, me dijo Malcolm que es primordial.

—Ni hablar, deja eso donde estaba... —  
Rebeca le tapó la boca con una mano.

—Jaime, por favor, por una vez confía en mí.  
—Fue tan suplicante que Jaime asintió lentamente  
—. Gracias.

Le inyectó el contenido de la jeringa en el brazo. Se situó detrás de él y comenzó las curas. Jaime la miraba a través del espejo. La veía tan concentrada y seria que se preocupó.

—¿Tan grave es?

—No, tienes suerte, los cortes parecen poco profundos, la quemadura, con la crema y bien tapada, dudo que llegue a infectarse... eso sí, por la noche, cuando estés en casa, te quitaremos las gasas, es mejor que se seque al aire. —Jaime no le quitaba ojo, ella no lo había mirado.

—Entonces, ¿por qué estás tan seria?

Rebeca por fin lo miró a los ojos a través del espejo.

—Porque estás herido.

—Acabas de decir que no es grave...

Beca asintió.

—Eso no significa que no me duela.

Jaime relajó la tez, dejó de tenerla tensa.

—¿A ti? Pero si el herido soy yo.

Rebeca resopló y se puso a la defensiva.

—Oye, ya sé que no me crees, pero te aseguro que me duele que te pase algo —Jaime sonrió, y Rebeca se mosqueó, pensaba que le estaba tomando el pelo.

—Ya.

—¡Vale, se acabó! Soy idiota, no sé por qué me preocupo por alguien a quién está claro le importa bien poco lo que yo pueda pensar o sentir.

Se dirigió a la puerta, pero, antes de alcanzar el pomo, Jaime la retuvo agarrando su mano y dando un tirón de ella. La acercó a su pecho y la sujetó fuerte, rodeándola por completo con un solo brazo

por la cadera.

—No es verdad. Sabes que eso no es cierto.

A Rebeca se le disparó el corazón, esa cercanía y la manera en que la miraba la estaban matando por dentro. Deseaba tanto poder cambiar el pasado.

—¿Seguro? —preguntó con un nudo en la garganta.

En la misma posición que la tenía, con el mínimo esfuerzo, la levantó un palmo del suelo, Rebeca rodeó con sus manos el cuello de él, y con el brazo libre que tenía Jaime, lo subió y acarició su mejilla.

—¿Qué si estoy seguro? Dime una sola vez en la que no me haya preocupado por ti.

Rebeca se rindió, puede que Jaime la apartara, pero necesitaba besarlo. No hubo suerte, unos golpes en la puerta rompieron la magia y el encanto de aquel momento.

—Pasa.

Rubén entró y los miró, aunque se habían separado, sus ojos no lo habían hecho, mirándose

el uno al otro, cada uno con una duda en la cabeza y, por desgracia, con unos sentimientos que no podían expresar por muchas razones que ninguno de los dos podía olvidar.

—Ha llamado Malcolm, en veinte minutos estará en casa.

—Bien, entonces no hace falta que le cubra la herida, así Malcolm podrá ver si lo he hecho bien antes de taparlo.

—La mesa está puesta, y la comida, servida, cuando queráis... —dijo Rubén y dio media vuelta para salir del baño.

Rebeca recogió las cosas del maletín mientras Jaime terminaba de vestirse.

Jaime se acercó a Rebeca por detrás, de nuevo la rodeó con sus brazos, le dio un beso justo en el cuello y otro detrás de la oreja. Rebeca se estremeció, él sabía que aquellos dos puntos eran los más sensibles para ella.

—Gracias... aunque no lo creas, me importas más de lo que tú te piensas.

Y dicho esto, salió de allí. Rebeca se llevó la



mano al cuello, al punto exacto donde los labios de Jaime se habían posado.

Malcolm felicitó a Rebeca, había hecho unas primeras curas perfectas. Sus hermanos contentos de ver a Rebeca entusiasmada, también la felicitaron.

Al cabo de un rato, Rebeca sin darse cuenta tarareó la misma canción que estaba cantando cuando entró en la casa.

—¿Y esa alegría, hermanita? —preguntó Dallas.

—A partir de mañana tengo las tardes libres, aiss... —Todos los años, en verano, el horario de la galería Irwin era de nueve a tres—. Pensé que este mes no me dejaría Javier, porque vamos a hacer una exposición el día treinta.

—De eso se encargan Luisa y Manuel, ¿no? —preguntó Dallas.

—Sí, yo ahora llevo lo de la decoración y parte de las antigüedades. Pero esta concretamente tiene muy nervioso a Javier, ya sabéis que él lo quiere

todo perfecto.

—¿Y esta exposición por qué lo pone tan nervioso, qué tiene de especial? —Víctor estaba intrigado.

—Porque el artista viene recomendado por Amanda... —Sus hermanos se quedaron boquiabiertos—. Nos lo pidió como favor personal. Por lo visto, es un buen amigo de ella.

Amanda fue la novia de Javier durante doce años. Una mujer que toda la familia Irwin adoraba. La ruptura entre ellos afectó a toda la familia, ya que Amanda era considerada parte de ellos.

—No sabía que Javier y Amanda volvían a tener trato. —Víctor no daba crédito. Desde la ruptura no volvieron a verse.

—Y no lo tienen. Hace un mes, Amanda nos mandó una carta y nos pidió como favor personal poder echar una mano a este artista.

—¿Y qué pasó cuando Javier recibió la carta?, ¿cómo reaccionó?

—Bien, ya veremos el día treinta cuando se encuentren...

—¿Ella va a acudir? —preguntó, alarmado, Rubén.

—Rubén, piensa un poco hombre, Amanda ha pedido como favor personal esto, es imposible que ese día no acuda. —Rebeca a veces no entendía a sus hermanos, tan listos y tan cortos para ciertas cosas.

—Eso es fantástico —sentenció Dallas.

—Lo sería si Javier no estuviese casado, querido hermano. —Rebeca tuvo que recordarles que Javier, les gustase o no, seguía casado con Alicia.

\*\*\*

Por la noche, Rebeca fue a interesarse por Jaime, aunque realmente lo que pretendía era atrasar aquella cita que tendrían al día siguiente en la clase de baile.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó amable.

—Bien, Malcolm me ha puesto una nueva gasa, la verdad, apenas duele.

—Me alegro... esto... verás...

Jaime, que la conocía a la perfección, se le

adelantó.

—Beca, ya te he dicho que no me duele. Mañana daremos clase de baile.

Rebeca apretó inconscientemente los labios.

—De verdad, podemos dejarlo para el próximo martes.

—No, de eso nada. Nos hemos apuntado y aprenderemos a bailar. —Si ella era tozuda, él no se quedaba corto.

Rebeca, que no quería perder la paciencia, se acercó a la cama y se sentó con las piernas cruzadas frente a él, que estaba en la misma posición, leyendo una revista de automóviles.

—Vale, dejemos las cosas claras.

Jaime, atento, cerró la revista y la dejó en la mesita de noche.

—Tú dirás.

—Está claro que a ninguno de los dos nos gusta ir a terapia de pareja. —Jaime asintió con la cabeza, enérgico—. Entonces, es mejor dejarlo. Puedo buscar otras clases, por supuesto que serán de baile, ya me encargaré personalmente de ello.

—Aquí ya damos baile...

—Pero es una terapia de... —Ambos tenían cosas que decir y no se dejaban terminar las frases.

—Sí, son clases de baile que, además, incluye el extra de ser una terapia de pare...

—Es que no tiene sentido, Jaime... —No sabía ya qué decir para convencerlo—. ¿Qué pintamos nosotros ahí?

—Lo mismo que David y Tamara. —Rebeca iba a protestar y Jaime levantó la mano, tajante—. Rebeca, lo admito, no es agradable ir a una maldita terapia de pareja. Por asombroso que te parezca, me divertí aprendiendo los pasos de baile.

Beca sonrió.

—Yo también me divertí —admitió con vergüenza—, aunque lamento mucho tu dolor de pies cuando acabamos la clase.

Bajó la cabeza, era vergonzoso recordar la cantidad de veces que lo pisó. Estaba tan nerviosa por lo de la terapia que no se concentró en los

pasos. Jaime le levantó la cabeza con su mano en la barbilla.

—¿Acaso me he quejado? —preguntó con voz cariñosa.

—No.

—En ese caso, hagamos un trato. —Rebeca escuchó atenta, y él retiró su mano de la barbilla de ella—. Acudiremos a las clases, aprenderemos juntos a bailar y nos divertiremos...

—Pero... —La silenció poniendo su dedo índice en los labios.

—Sin peros, Beca. Nos divertiremos y haremos esa terapia juntos... Después de todo, fuimos pareja durante cuatro años.

Era cierto, a los catorce años, Rebeca dio su primer beso. Jaime tenía dieciséis y estaban locamente enamorados. Todos decían que eran demasiado jóvenes, pero, en vista que no podían estar el uno sin el otro, al final lo aceptaron.

Cuando Jaime tuvo que tomar la decisión de marcharse a Chicago con sus padres o quedarse en Valencia, fue muy duro para él. Rebeca era la

persona que amaba con toda su alma, y ella se había enfadado por abandonarla. Una decisión que rompió todo cuanto había entre ellos. Por más que él le prometió que regresaría por ella en un futuro, Rebeca no pudo soportarlo.

Jaime no estaba siendo del todo sincero con Rebeca en estos momentos. Él necesitaba esa terapia, era un milagro que aquella confusión los hubiese llevado hasta allí. Nunca entendió el rencor que Rebeca le había demostrado cuando recibió una carta de ella explicándole que había estado con otro hombre para olvidarlo. Esa terapia era, ahora mismo, vital para él, por fin podría llegar a entender qué había sucedido para que ella le destrozase el corazón sin reparos.

Rebeca se sonrojó, y Jaime sintió curiosidad, además le pareció tan hermosa en ese momento, con la mirada brillante y las mejillas encarnadas.

—¿Por qué te has sonrojado?

Rebeca se llevó las manos a las mejillas para taparse.

—De algo que me he acordado... —Se mordió

el labio inferior y suspiró.

—Podrías compartirlo conmigo, así me divertiría yo también.

La complicidad entre ellos siempre había sido innegable.

—Es que... no sé si es apropiado.

Jaime imaginó que debía ser algo que ocurrió entre ellos.

—Aun así, sería un detalle por tu parte.

Rebeca sonrió con una dulzura que a Jaime le costó mucho no agarrarla por el cuello y comérsela a besos.

—Cuando me has puesto el dedo en la boca para que guardase silencio. —Jaime asintió—. Me ha venido a la mente el día que te colaste en mi habitación... ya sabes, la noche que rompimos una de las reglas sagradas.

Ella levantó las cejas, y Jaime sonrió cómplice. Aquel recuerdo nunca lo podría olvidar ninguno de los dos. La familia Irwin estaba dormida, Rebeca había discutido con Jaime esa tarde y lo llamó por teléfono. Se reconciliaron a través de la línea



telefónica, pero ella, antes de colgar, suspiró y dijo: «Ojalá pudiera besarte ahora mismo».

Veinte minutos después, Rebeca, medio dormida, sintió las manos de Jaime, una en su mejilla y la otra con un dedo pidiéndole silencio. Se besaron con auténtica pasión, Rebeca sintió que necesitaba a Jaime más que nunca, y entre caricias y besos, consumaron por primera vez su amor. Allí, en el gran nido, donde había una norma estricta al respecto y todos estaban durmiendo. No les importó, se amaban demasiado y nada podía con ellos.

—Cuando uno quiere borrar el pasado, hay ciertas cosas de las que estás seguro no quieres olvidar. Y ese momento, te aseguro que no quiero perderlo —dijo Jaime con nostalgia y cariño.

—Yo tampoco quiero ni puedo. —Se inclinó y lo besó en la mejilla mientras desdoblaba las piernas para levantarse—. Nunca me arrepentiré que fueses el primero.

Cuando cerró la puerta, Jaime se tumbó y, en un suspiro, dijo una frase en voz alta.

—Hubiese dado la vida por ser el único.

# Capítulo 11

## Empujones para unirlos

Las clases de baile seguían su curso. Llevaban dos semanas y la terapia, de momento, era llevadera. Rebeca sabía que no tardaría en convertirse en algo angustioso, aunque, por ahora, no profundizaban mucho en los aspectos más dolorosos.

Era viernes, y Rebeca había quedado con su mellizo Malcolm para ir a comer juntos. Su hermano la esperaba en la cafetería del hospital. La doctora Miranda lo observaba, desde hacía más de un año, Malcolm se había convertido en el hombre de sus sueños. La relación entre ellos era amigable, pero ella necesitaba más que eso. Al verlo allí sentado suspiró, pensó que iba siendo hora de dar un paso y, aconsejada por sus amigas, estaba dispuesta a dejar su vergüenza y pedirle una

cita.

Se quitó las gafas, se atusó el pelo y con una radiante sonrisa se preparó para ir a su encuentro. Se quedó con los pies clavados en el suelo cuando vio a Malcolm abrazando a una mujer que había ido a recogerlo. Se sintió estúpida, por poco queda como una mujer desesperada delante de alguien que, estaba claro, ya tenía con quién pasar el tiempo.

Rebeca sonreía, le encantaba quedar con su mellizo. Los horarios de él le impedían pasar juntos todo el tiempo que deseaban. Se dio cuenta que una mujer los observaba con malos ojos (bueno, a ella la taladraba con mirada asesina).

—Hermanito —dijo cómica—, creo que tienes una admiradora.

Malcolm giró la cabeza, y la doctora apartó la vista. Dos doctores se acercaron a ella para saludarla.

—Lo dudo —respondió conciso. Rebeca levantó las cejas, algo le decía que aquella mujer pelirroja, de largas piernas y mirada asesina, era

la mujer que traía de cabeza a su mellizo.

—¿Es ella? —preguntó sin quitarle ojo a la mujer.

—Sí, es ella.

Rebeca hizo una mueca y por encima de la mesa cogió las manos de su hermano.

—A ver, hermanito... a ver cómo te lo explico...

La doctora, al ver aquel gesto, sintió una punzada.

—No sé a qué esperas para abordarla, esa mujer está tan coladita por ti como tú por ella.

—¿Pero qué dices? —preguntó riéndose—. Beca, no tienes ni idea...

—El que no tiene ni idea eres tú, —Su hermano le prestó atención, su hermana se había puesto seria—. Está celosa.

—¿Celos, de qué? —No entendía nada.

—De mí, no sabe que soy tu hermana, y te juro que me está clavando mil puñales ahora mismo mentalmente.

Malcolm sonrió, su hermana tenía mucha

imaginación.

—Estás muy loca.

—Vale, haremos una cosa.

Malcom levantó una ceja, su hermana y sus cosas, lío asegurado.

—Uff... —Suspiró derrotado, porque al final haría lo que ella dijera—. ¿Qué cosa?

Con una sonrisa maquiavélica, se acercó a su hermano sin quitar ojo a la pelirroja que cada vez estaba más enojada de verlos.

—Ve a la barra, pide algo, hazte el encontradizo con ella y si ves que está molesta contigo, sabrás que tengo razón.

—¿Y si no lo está? —preguntó mosqueado.

—Si no es así, estará fingiendo para que no te des cuenta.

—Rebeca, eso son tonterías, esa mujer puede tener a cualquier hombre que se proponga, ¿por qué iba a fijarse en mí?

—Porque es una mujer inteligente y ha visto que tú eres perfecto para ella.

Malcolm se carcajeó, su hermana lo decía muy

convencida.

—Claro, claro...

—Grrr... a veces te mataría, ¿sabes?, hazme caso, Malcolm. Además, no pierdes nada en ir y saludarla.

—Está bien, tú ganas.

Mientras Malcolm iba a pedir unas bebidas, Rebeca mandó un mensaje a su amiga Tamara, en quince minutos tendría que llamarla.

Malcolm, tal y como su melliza le había pedido, mientras esperaba que el camarero le sirviese, se hizo el encontradizo.

—Vaya, hacía días que no te veía. —Utilizó su mejor sonrisa.

—Sí, he estado muy liada y con unas cuantas guardias —respondió algo más seca de lo habitual en ella.

Malcolm sin poder evitarlo echó un vistazo rápido a su hermana. ¿Y sí tenía razón? Parecía molesta.

—Ahh, por eso no te he visto en varias semanas.

La doctora también miró a Rebeca y, sin poder evitarlo, preguntó de mala gana.

—Te veo muy bien acompañado, ¿no tienes guardia?

Malcolm sonrió, pero ella no lo vio, seguía fusilando con la mirada a Rebeca.

—No, no tengo guardia... y sí, voy muy bien acompañado.

La respuesta le llegó al alma a la doctora, la rabia se apoderó de ella.

—¡Muy bien, me alegro por ti!

Malcolm no sabía qué hacer a continuación, si seguir dejándola con la duda o contarle que esa mujer era su hermana. Algo en su interior se removió, podía ser que no estuviese todo perdido con ella, parecía celosa. Decidió, por una vez en su vida, ser un pelín canalla y asegurarse si de verdad Miranda estaba escocida.

—La verdad es que, para mí, siempre es la mejor compañía —dijo mirando a su hermana y sonriendo—. De hecho, me encantaría poder pasar mucho más tiempo a su lado.



La doctora sintió la necesidad de darle un guantazo, ¿cómo tenía el valor de contarle aquello?

—No dijiste que tenías novia —dijo muy seria.

Rebeca vio que había llegado el momento de actuar. Se levantó y se acercó a ellos.

—Malcolm, llevo una eternidad esperando la bebida —dijo mientras cogía su Coca-Cola.

—Perdona. —Rodeó a su hermana por la cintura—. Me encontré con una amiga...

—Colega —matizó Miranda, le molestaba que utilizase la palabra amiga cuando él le había mentado. Eso es lo que pensaba ella—. Somos colegas de profesión.

Malcolm apretó la cintura de Rebeca para avisarle de esa manera que tenía razón, Miranda estaba celosa. Rebeca se apiadó de la chica y se alegró por su hermano, ya iba siendo hora de que estos dos alelados dejasen de marear la perdiz.

—¡Pero por favor! —Su ímpetu desconcertó tanto a Malcolm como a Miranda—. ¡No me digas más! Tú eres Miranda, ¿me equivoco?

Miranda se quedó bloqueada; Malcolm, extrañado de la reacción de su hermana. Rebeca, en cambio, iba a dar el gran empujón que su tímido hermano necesitaba para unirlos.

—Eres Miranda, ¿verdad? —Le dio a su hermano una palmadita en el pecho—. Tenías razón, Malcolm, la doctora Miranda es preciosa, —La pelirroja abrió los ojos tanto o más que Malcolm—. Perdona mis modales, soy Rebeca.

Sin dar opción a nada, se acercó y le dio dos besos a la doctora, que seguía sin dar crédito a lo que estaba sucediendo. Algo se le había pasado por alto, porque no entendía nada.

—Malcolm me ha hablado tanto de ti que es como si ya te conociese, —Miranda miró a Malcolm y éste, algo avergonzado, sonrió—. Te lo juro, en cuanto me he fijado en ti, ya no he dudado... que sepas que tienes a mi hermano embrujado.

Malcolm quiso morirse, ¿pero qué estaba diciendo? Miranda, por el contrario, relajó las mandíbulas.

«Su hermana, es su hermana. Y ha dicho que lo tengo embrujado». Sonrió contenta.

—Ahh, así que tú eres Rebeca...

—Sí, no sé si mi hermano te ha hablado de mí —se acercó a ella con complicidad y bajó la voz—, pero, a mí, de ti te aseguro que no ha dejado de hacerlo. Lo dicho, lo tienes hipnotizado. —Le guiñó un ojo, y su hermano, que la había escuchado, le dio una palmadita en el trasero.

—Vaya —fue lo único que acertó a decir.

—¿Y si nos sentamos? —preguntó Rebeca sin esperar respuesta, porque ya se dirigía a una mesa vacía. Malcolm, que seguía avergonzado, le hizo un gesto con la cabeza a Miranda para que se uniese a ellos.

—Qué alegría conocerte, ya pensé que eras una invención de Malcolm.

—¡Beca! —protestó el aludido, y su hermana hizo un gesto con la mano para quitarle importancia.

—¿Has terminado tu turno? —preguntó Rebeca sin mirar a su mellizo, o se echaría a reír.

—Sí, por hoy ya he terminado.

—Estupendo, pues entonces vienes a comer con nosotros. Así podré conocerte y ver de primera mano todo cuanto ha dicho Malcolm de ti.

Se escuchó un suspiro de queja procedente de Malcolm.

—No sé... yo... —Mientras Miranda buscaba el vocabulario, Rebeca recibió la llamada de Tamara.

—Perdonad un momento. —Se levantó y los dejó solos, atendió la llamada—. Tamy, a la noche te cuento, estoy con Malcolm.

Su voz y el mensaje que le había dejado, conociéndose ambas, estaba claro que algo tramaba.

—Lianta, no te olvides de contármelo todo. — Las dos se rieron, y Rebeca regresó de nuevo.

—Miranda, tengo que pedirte un gran favor.

Malcolm seguía alucinado, cuando se quedaron a solas, la iba a matar.

—Claro, ¿qué necesitas? —preguntó la doctora, que todavía seguía encantada por lo que había

escuchado.

—Tengo que marcharme, un asuntillo que me ha salido a última hora, y necesito por favor que acompañes a Malcolm de compras.

Malcolm volvió a protestar, pero las dos mujeres no le hicieron caso.

—¡Beca! ¿Qué dices?

—Tienes que hacerme ese gran favor, ya sabes que los hombres, comprando ropa solos, son un desastre... —Miranda asintió y sonrió—. Ya sé que se lo había prometido, pero me tengo que ir.

—Claro, no te preocupes, yo me encargo.

Rebeca sonrió satisfecha.

—Gracias... gracias... gracias... es que si no lo acompañas, es capaz de llegar a casa con una camisa estampada de flores.

—¡Rebeca!

Las dos mujeres rieron, Rebeca le dio dos besos de despedida, uno fuerte en la mejilla a su hermano y le susurró al oído.

—Campeón, la tienes coladita perdida.

En cuanto Rebeca los dejó solos, Malcolm no

sabía a dónde meterse, le encantaría desaparecer por arte de magia. Su hermana era una lianta de marca mayor. La doctora, en cambio, estaba en una nube. La hermana de Malcolm le había dado las fuerzas necesarias para dar el paso.

—¿Qué tienes previsto comprarte, pantalones, camisas...?

Malcolm abrió la boca y la cerró. La miró y respondió:

—No tienes que molestarte...

—No es molestia, además, se lo he prometido a tu hermana. —Malcolm vio la sonrisa de Miranda y pensó en lo que Rebeca le había dicho. Se acercó a ella y, en voz baja, dijo:

—Para ser sinceros, me gustaría comprar ropa con la que poder enamorar a una mujer como tú.

Miranda agrandó los ojos, ¿era una declaración aquello? Por una vez se iba a dejar llevar por su instinto y ser algo descarada.

—En ese caso, para enamorarme, un hombre como tú, más que comprar ropa, debería quitársela y desear quitármela a mí también. —Nada más

terminar la frase, se sonrojó de tal manera, que Malcolm sintió incluso el calor que emanaba. Sonriente y con las cosas claras en su interior, se acercó a su oído y susurró:

—Cada segundo del día y la noche, te deseo desnuda en mi cama. —Miranda pestañeó varias veces, para comprobar que no estaba soñando, y Malcolm entrelazó los dedos de su mano con la de ella.

—Tengo que decirte una cosa... —dijo ella mientras se levantaban y caminaban de la mano—. Adoro a tu hermana.

Malcolm, al escucharla, se carcajeó, hacía un rato la hubiese matado y, ahora, de no ser por ella, no estaría agarrado a la mujer que, como decía Rebeca, lo tenía hechizado.

\*\*\*

Rebeca entró en el taller, fue directa a la oficina y, antes de entrar, vio a Jaime parado delante del tablón donde colgaban las fotografías. Se quedó paralizada al ver cómo Jaime llevaba una mano a una fotografía suya y, con su dedo

índice, parecía querer acariciarla. Tragó con dificultad, ¿podría él seguir enamorado de ella?, eso pensaba sin poder apartar la mirada.

David hizo acto de presencia, y Jaime se sentó frente a su escritorio. Rebeca respiró con profundidad y, con su mejor sonrisa, entró en la oficina.

—Hola, guapos.

Se extrañaron al verla.

—¿No ibas a comer con Malcolm? —preguntó David rápido.

—Sí, pero estaba su musa pelirroja y he decidido dejarles a solas.

Jaime sonrió, conociendo a Rebeca, seguro que había hecho de casamentera.

—¿Entonces vienes a casa a comer?

Beca se encogió de hombros y respondió a su hermano:

—A no ser que quieras invitarme a comer fuera.

David y Jaime se miraron, la voz que utilizaba dejaba muy claro que no era una sugerencia, más bien una afirmación de que quería comer en un



restaurante especial.

—Ya veo, quieres ir a *Foster's Hollywood*. —  
Rebeca sonrió—. Beca, llama a Rubén y dile que  
nos guarde la comida para cenar.

Rebeca dio dos palmaditas, contenta y  
satisfecha. Jaime le pasó el teléfono y dejó a los  
hermanos para ir a cambiarse de ropa. David  
aprovechó para llamar a su chica y avisarle de que  
la invitaba a comer.

Cuando David colgó la llamada, Rebeca estaba  
frente a las fotografías, su hermano la miraba, y,  
sin apartar la mirada del tablón, comentó  
extrañada:

—Hay muchas fotografías mías.

—Sí, las hay —respondió David.

Rebeca sonrió interiormente, su hermano le  
había confesado unas noches atrás que Jaime  
colgaba las de ella. No quería hacerse ilusiones,  
pero algo en su interior se removió. Al entrar  
Jaime de nuevo en la oficina, Rebeca se dio la  
vuelta y le sonrió.

—Venga, chicos, no os olvidéis las carteras que

os toca pagar a vosotros.

—¡Cómo siempre, Beca! —dijeron al unísono, porque siempre lo hacían ellos.

Rebeca se encogió de hombros.

—Algo bueno tendía que tener ser la pequeña.

—Y les sacó la lengua con burla.

## Capítulo 12

### No hay quién entienda a las mujeres

Dallas estaba parado en un semáforo, el juicio de hoy había sido, cuánto menos, surrealista. Tantos años estudiando derecho para un juicio de divorcio por la custodia de un gato. Un golpe lo sacó de sus pensamientos. Acababan de darle por detrás. Bajó del vehículo y cuál su sorpresa al ver ante él a la testigo de la parte contraria.

—¿Estás bien? —preguntó la mujer de treinta años, color de pelo rubio platino y ojos marrones claros.

—Sí, no puedo decir lo mismo de mi coche —respondió alterado porque su Audi A4 estaba destrozado por la parte trasera.

—Sólo es un coche, no tiene importancia. —El comentario de la chica molestó a Dallas.

—¡Un coche que es mío! ¿Se puede saber qué

ha pasado? —El tono de voz utilizado molestó a la mujer y así se lo hizo saber.

—Oye, no seas tan remilgado, ¡abogaducho! Y a mí no me grites.

Dallas la miró con furia.

—¿Qué no te grite? Me destrozas el vehículo y... —se quedó callado al caer en la cuenta de lo que había dicho—. ¿Abogaducho? ¿Me llamas, a mí, abogaducho y, encima, remilgado? —No se lo podía creer.

—Sí, por lo que veo, no eres sordo.

Aquella rubia con ropa estrafalaria tenía el valor de insultarlo. De no ser un hombre educado, iba a decirle tres frescas.

—¡Vale, se acabó! Saca los papeles para rellenar el parte de accidente.

De nuevo su tono molestó a la muchacha.

—Podrías ser un poquito menos borde, ¿sabes?, por si no te das cuenta acabo de tener un accidente y estoy algo susceptible.

—¡¿Qué sí me doy cuenta?! ¡La madre que... has destrozado mí coche!

La joven se puso erguida y lo miró.

—Vale, ahora ya sé que, además de no ser sordo, tampoco eres ciego, pero está claro que sigues siendo un maldito remilgado, y un pijo sin sentimientos.

Dallas no daba crédito, ¿lo insultaba a pesar de ser la causante del accidente? ¿Y qué coño lo había llamado, pijo?

—No estás bien de la cabeza...

—¿Me estás llamando loca? No me lo puedo creer. Eres un hombre totalmente insensible.

Dallas cada vez más alucinado, porque la mujer se puso a llorar. La gente, curiosa, se acercó a mirarlos.

La algarabía fue en aumento, los coches pitando por estar reteniendo el tráfico, dos mujeres mayores recriminando a Dallas por hacer llorar a la muchacha. Un hombre insultando porque decía que era testigo de cómo Dallas estaba amedrentando a la mujer.

—¡Esto es de locos! —dijo exasperado Dallas—. Retiremos los vehículos para rellenar los

partes del seguro.

La joven montó en su coche y lo estacionó en una plaza vacía. Dallas, tanto de lo mismo, suerte tuvieron de poder encontrar hueco.

Parecía que se calmaban las cosas, pero las dos señoras mayores se quedaron acompañando a la joven por si necesitaba ayuda. Dallas, con los papeles en la mano, se acercó hasta ellas. La muchacha parecía que por fin había dejado de llorar.

—Dame tu DNI —fue lo único que supo decir Dallas—. Así iremos rellenando rápido.

—¿Siempre eres tan insensible? No sé para qué pregunto, está claro que sí, al fin y al cabo, eres abogado.

¿Qué le pasaba a esa mujer?

—¿Tú siempre eres tan irracional?

La chica achinó los ojos.

—¿Y vuelves a insultarme? —protestó y de nuevo rompió a llorar. Una de las mujeres la abrazó para consolarla mientras la otra dirigió unas palabras a Dallas.

—Muchacho, por culpa de hombres como tú, las mujeres ya no quieren casarse. ¡Habrás visto!  
—Dallas no daba crédito—. En mis tiempos ya te hubiesen dado tu merecido. Ahora la gente ya no es tan sociable. Mírate, vergüenza te tenía que dar hacer llorar a la muchacha como lo has hecho.

—Señora, yo no...

—¡Qué sin vergüenza! Despiadado, eso es lo que eres. ¡Un despiadado! —Dallas se aflojó el nudo de la corbata, aquello lo superaba—. Ay... Pero qué pocos hombres decentes quedan en el mundo.

—Señora, por favor... —La mujer no lo dejaba hablar, para colmo, cada vez se la veía más alterada.

—¡Qué vergüenza! —Abrazó a la muchacha que seguía llorando—. ¡Ay, mi niña!, no llores, hombres como este no merecen la pena. Si yo fuera su madre, le daría una buena tunda de palos para que aprendiera a tratar a una mujer.

—Necesito... —La anciana lo volvió a cortar.

—¡Lo que necesitas es ser más hombre! Dejar

llorar a una mujer así, no tienes alma.

Dallas se desabrochó el botón del cuello, es que le empezaba a faltar incluso el aire.

—Necesito los datos para rellenar el parte — concluyó tajante.

—¡El parte... el parte! Lo que tú necesitas es un buen guantazo en la cara, a ver si así espabilabas un poco. —Aquella mujer mayor de unos ochenta años estaba muy alterada.

Dallas se llevó las manos a la cara, respiró unas cuarenta veces para no perder los estribos y, cuando vio que la rubia dejaba de llorar, se cruzó de brazos a ver que decía ella antes de volver a escuchar los gritos de la vieja.

—Ya estoy bien, gracias —informó la muchacha a las dos ancianas.

Un señor mayor se asomó a una ventana del edificio que tenían delante, y las llamó para que subiesen a la casa.

—Chiquilla, ¿seguro que estás bien? — preguntó la otra anciana.

—Sí, de verdad, muchas gracias.



Las señoras, dispuestas alejarse, se giraron, y la misma que le había gritado le espetó a Dallas:

—Voy a estar observándote, si vuelve a llorar la muchacha, bajo con la escoba y te parto la espalda. —Y sin más, se marcharon y entraron en un portal no muy lejos de donde se encontraban.

Dallas, que no había cambiado de posición, con los brazos cruzados y una paciencia infinita, miró a la muchacha.

—¿Qué estás mirando? —preguntó ella, chulesca.

—Más que mirar, estoy esperando.

—¿El qué?

Dallas, antes de contestar una bordería, cerró los ojos y pidió paciencia divina.

—Que rellenes el parte, no tengo todo el día.

—A ver si te piensas que yo tengo ganas de perder el tiempo aquí contigo.

¿¡Esa mujer estaba mal o qué!?

—Saca el parte, cuánto antes empecemos, antes nos podremos marchar. —Se apoyó en el capó del coche de la rubia y empezó a rellenar; al ver que

ella no lo hacía, preguntó:

—¿Por qué no empiezas?

—Porque no sé dónde están los partes.

—¿Cómo dices? —preguntó irritado.

—Sé que no eres sordo, no sé a qué viene la pregunta.

—Increíble, esto es increíble... —Suerte que él tenía de sobra—. Toma.

—El coche no es mío. Debería hablarlo antes, porque me da que no tiene seguro.

A Dallas se le descompuso el rostro, todo aquel paripé lo había montado para no admitir que circulaba sin seguro.

—Debes estar de coña, ¿no?

—Acaso me ves bromear.

No, sí encima daba a entender que él era el malo de la película.

—En ese caso, no me queda más remedio que llamar a la policía. Por si no lo sabes, es un delito circular sin seguro.

La rubia se puso a gritar.

—¡¿A la policía?! ¡Maldito abogaducho! Eres

capaz de denunciar a alguien por no llevar seguro. Así están los juzgados siempre, por culpa de gente como tú que sólo busca denunciar a inocentes.

La paciencia de Dallas se agotó. Golpeó el capó del coche con frustración.

—¿Gente inocente?! ¿Pero tú en qué mundo vives? No sé de qué galaxia del universo te han sacado a ti. —Su indumentaria ya le daba pistas de que esa mujer no era normal—. Pero en España, que es donde nos encontramos, para circular por la vía pública con un vehículo a motor es obligatorio tener un seguro. No me vengas con historias ni sigas montando el circo que estás montando porque no vas a librarte de esto. Te he soportado los gritos y llantos, he aguantado la bronca y amenaza de dos viejas chifladas, pero puedo asegurarte que de esta no te libra nadie... Bueno, sí, en algo sí voy a estar contento, vas a tener que buscarte un ¡abogaducho! para sacarte de este lío por cometer un delito.

Soltó una bocanada de aire, porque con todo lo que había soportado, por fin pudo explotar. La

chica, con los ojos brillantes, aguantando las lágrimas, se acercó a él y dijo con tono muy suplicante.

—Por favor, no llames a la policía. Puede que tengas razón...

—Puede, no, ¡la tengo!

Al ver la rubia el cabreo de Dallas, asintió.

—Lo sé, pero mi amiga ahora no puede costárselo.

—Eso no es asunto mío, si no puede, no debería dejar su vehículo.

La rubia cerró los ojos, respondió con una furia que a Dallas lo dejó helado.

—¡Sí tu puto cliente no le hubiese robado todo lo que tenía ahorrado, te aseguro que ella tendría el maldito seguro!

—Lo que faltaba, ahora va a ser culpa de mi cliente.

Dallas en el fondo se sintió apenado. Después de haber estudiado el caso a fondo, sabía que su cliente no era un santo. Había dejado a la que hasta hoy había sido su pareja de hecho sin un

céntimo. Y encima él había tenido la osadía de reclamarle el gato. Por primera vez en su vida, haber ganado un juicio no le había dado la satisfacción que siempre sentía.

El móvil de la muchacha sonó, sin pensarlo al ver quien llamaba contestó, y Dallas estuvo atento a la conversación.

—Ariadna, he tenido un accidente con tu coche... por favor, nena, no llores. Tranquila... tranquila... no pasará nada, te prometo que no... —Pena que no podía escuchar el otro lado—. Cielo no llores, no se acaba el mundo. Es un coche...

Dallas cruzó los brazos, aquella mujer no era realmente consciente del gran problema que tenía su amiga en ese momento. Le estaba haciendo creer que todo era de color de rosas.

—No te agobies, te prometo que no pasará nada. El hombre del otro vehículo está bien... —«no estaría yo tan segura»—. Que sí, que sí, que es un buen tipo, ya le he dicho que ahora no tienes seguro y vamos a llegar a un acuerdo.

Dallas levantó las cejas, la chica le hizo una mueca para que se quedase callado. Aquella conversación acabó, y el abogado, sin cambiar de posición con los brazos cruzados, habló:

—¿Un acuerdo? El único acuerdo aquí, ahora mismo, es llamar a la policía.

—No hay necesidad, podemos solucionarlo.

Dallas iba a hablar, y la chica le puso la mano en la boca. Un gesto que trajo consecuencias para ambos, porque fue *notar* su contacto y los dos sintieron un chispazo.

—Yo pagaré los daños. Mi amiga lleva dos meses sin usar el coche porque no tenía el seguro. Le pedí el favor, lo necesitaba con urgencia y no es justo que ella pague por un delito que yo he cometido. —Dallas seguía inmóvil—. Por favor, creo que la vida ya le ha dado un buen palo a Ari, ni puedo ni quiero que ella siga sufriendo.

Quitó la mano de la boca de Dallas y esperó a ver la reacción del abogado. Este descruzó los brazos, alargó uno y le quitó el móvil de la mano a la rubia. Marcó su propio número y cuando

escuchó la llamada colgó.

—¿Cuál es tú nombre? —preguntó para agregarlo en su agenda.

—Estrella.

Dallas torció el labio al escuchar el nombre, y la chica se relajó.

—Menuda estrella... estás tú hecha. —Le devolvió el móvil—. Yo soy...

—Dallas Irwin. —La muchacha se encogió de hombros—. Para ser abogado, tienes poca memoria, he sido testigo y ni siquiera recuerdas mi nombre.

Con todo lo que había pasado, Dallas se olvidó de aquel detalle. Tampoco le había prestado mucha atención, porque no era una mujer que llamase su atención. Ahora, por alguna extraña razón, incluso le parecía interesante.

—¿Ya no soy un abogaducho? —preguntó risueño.

—Lo sigues siendo, pero prefiero no repetirlo hasta que llegemos al acuerdo.

Desde luego esa mujer era totalmente distinta a

cualquier otra que hubiese conocido.

—El acuerdo es el siguiente: llámame y te diré a cuánto ascienden los daños.

—De acuerdo, pero tengo que serte sincera —Dallas levantó las cejas—. No podré pagarlo todo en un solo pago. Podré ir dándote cantidades mensuales.

—Está bien, ya lo hablaremos en su momento. —No podía quitar ojo al vestido que llevaba, la chica lo notó.

—Que tú lleves traje, chaqueta y corbata, no quiere decir que los demás tengamos que hacerlo. No todos somos *yupis*.

Eso molestó a Dallas.

—¿Y, entonces, tú que eres?

—Soy una *trendy*, —Dallas sonrió—. No tienes ni idea, ¿verdad?

—Es verdad, no tengo ni idea... pero, vamos, que te voy a definir rápida según lo que veo. Te gusta adaptarte a la moda del momento, normalmente usas modelos vintage, sobre todo ropa y estilo de otro siglo. Sin olvidarme que te



inclinadas más por el estilo *underground*, muy de mercadillos y puestos callejeros. —La chica abrió la boca, era increíble—. Sólo es mi opinión de *yupi*.

Se dio la vuelta y se dirigió a su vehículo. Dejó allí a Estrella anonadada mientras él se marchaba con una sonrisa en los labios. Lo que la rubia no sabía era que tenía una hermana diseñadora de ropa, cualquier tendencia u estilo, toda la familia los conocía. Ya se había encargado Rebeca de ponerlos al día para que ellos nunca metieran la pata a la hora de catalogar a una mujer por su vestuario.

La rubia, en cuanto vio desaparecer a Dallas, llamó a su amiga.

—¡Ay, Ari!, me he enamorado.

\*\*\*

En el taller de su hermano, contando la historia, David y Jaime no podían parar de reír. Dallas seguía sin entender a aquella mujer.

—¡No hay quién entienda a la mujeres! —dijo Dallas incrédulo. Rebeca torció los labios.

—La chica tenía razón. Ni siquiera le has preguntado si ella se encontraba bien.

—¿Qué?! —Dallas no podía creer lo que decía su hermana.

—¡Ay, hombres! Esa chica estaba asustada, nerviosa y preocupada por el lío en que iba a meter a su amiga. Encima tú —lo señaló con dedo acusador—, en vez de preocuparte por su estado de ánimo, le recriminas por destrozarte el coche.

—¡Es que lo ha destrozado, Beca! —Cómo si no lo hubiese visto su hermana.

—Sí, lo ha destrozado, pero tenía razón, es un maldito coche, tú y ella estáis bien. Eso es lo único importante e irremplazable.

Dicho esto, se marchó dejando allí a los tres hombres.

—Lo dicho, a las mujeres no hay quién las entienda.

## Capítulo 13

### Las críticas no son constructivas

Rebeca y Tamara estaban en la cocina con una vieja amiga de Escocia. Había pasado a saludar a Beca, hacía más de tres años que no se veían.

Estaba sentada probando una tarta casera, que Neill había dejado para sus hermanos, y dio su opinión. Neill lo escuchó y sonrió. No se conocían personalmente, sólo de oídas. Aunque hoy la sorpresa llegaría rápido.

—Tara, te presento a mi hermano Neill.

La chica le tendió la mano y se saludaron de forma cordial.

—Así que tú eres el gran chef Irwin. —Su voz sonó alegre.

—Eso dicen.

—Vaya, fijate que nunca hubiese imaginado que tú eras el hermano de Rebeca. —Utilizó un tono de

voz que, incluso a Beca, le pareció extraño.

—Pues mientras mis padres no digan lo contrario, lo soy —sentenció bromista y se dirigió al frigorífico para sacar una jarra con zumo.

—Por fin cara a cara con Neill Irwin, ya tenía ganas.

Neill la miró de soslayo. Rebeca y Tamara se miraron, algo no cuadraba.

—¿Por fin? —preguntó curioso.

—Sí, así podrás decirme a la cara todo lo que pusiste sobre mí en tu muro de *Facebook*.

Neill miró a la amiga de su hermana. Rebeca y Tamara clavaron la mirada en Neill, esperando una explicación.

—¿Yo? No sé de qué hablas.

—Ah, perdón, no me presenté correctamente. Soy Tara, Tara Campbell.

Al decir el apellido, a Neill, el rostro se le desfiguró por completo. ¿Qué demonios hacía aquella mujer en su casa? Rebeca iba a tener que dar unas cuantas explicaciones.

—Vaya, vaya, vaya... ¿desde cuándo te dedicas

a espiar a la gente? Porque no recuerdo haber agregado a ninguna Tara Campbell como amiga de *Facebook*.

Tara lo miró con desafío.

—No hace falta espiar, puede que algún amigo en común me lo pasara. No necesito entrar en tu muro para enterarme de las cosas.

—Tienes suerte que soy una persona educada, porque, de no serlo, te habría pedido que salieses de mi casa.

Rebeca cogió la mano de Tamara. Conociendo a Neill, la bronca que le iba a caer iba a ser gorda.

—¿Ahora eres educado?, no me pareció mucha educación por tu parte cuando pusiste todas aquellas cosas sobre mí.

—Demasiado educado fui, porque, de haber sido más sincero, te aseguro que hubiese utilizado otro tipo de vocabulario.

Rubén se acercó junto a Víctor. Estaban escuchando desde el salón y no querían perderse aquello. Ellos sabían lo que su hermano había escrito en su muro.

—Eres un maldito cobarde —espetó. Rebeca abrió los ojos como platos—. Te crees con derecho a criticarme detrás de la pantalla de un ordenador, pero no eres capaz de decirme las cosas a la cara.

—¡Fuera! —gritó tajante.

—¿Me estás echando? —preguntó soberbia.

—Sí, ¡largo de mi casa!

—Neill, por favor... —Su hermana quiso intervenir, pero levantó la mano tajante. Ya hablaría con Beca luego.

—Rebeca, ha sido un placer verte, no puedo decir lo mismo de otros. —Tara se levantó y cuando estaba a punto de salir, Neill quiso dejar claro el tema antes de que desapareciera.

—No mentí en nada, cada palabra que escribí te la mereces.

Tara lo fulminó con la mirada y salió muy erguida, ocultando el dolor que aquellas palabras le habían causado.

Al cerrarse la puerta, el gran carácter de Neill hizo presencia. Señaló con el dedo a Rebeca y su

voz sonó por toda la casa.

—¡Cómo se te ocurre! Te juro, Rebeca, que ahora mismo me encantaría matarte. ¡¿En qué pensabas al traerla a esta casa?! No me puedo creer que mi propia hermana...

—Neill, yo no...

—¡Tú no piensas! Ese es tu problema, tienes la maldita cabeza hueca.

—Neill, tranquilízate, te estás pasando —  
intervino Víctor.

—No la defiendas, porque lo que ha hecho no es defendible. —Se giró y volvió a dirigirse a su hermana—. Esto no te lo voy a perdonar, Rebeca.

—No sabía que era ella...

Neill estaba hecho una furia, no atendía a razones.

—¡No lo sabía, no lo sabía! Es tu amiga y vas a hacerme creer qué no lo sabías. ¿¡Tú me tomas por idiota!?

Víctor, cansado de ver a su hermano gritar a su hermana pequeña de esa manera, se situó delante de Rebeca.

—Te ha dicho que no lo sabía, así que ve relajándote, porque no es culpa de ella.

—¡Claro que es culpa de ella! ¿Quién ha metido a esa... en casa? Llevan años hablando casi a diario, ¿y me vais a hacer creer que no lo sabía?

—Sí, eso te estoy diciendo, que Rebeca no lo sabía.

—No me toques los cojones, Víctor. Y tú, Rebeca —se inclinó para mirarla porque la tapaba su hermano—. Procura no volver hablar con ella, o te juro que pierdes un hermano.

Salió de la cocina y, antes de llegar a la escalera dio media vuelta, regresó, cogió la tarta de manzana y el tenedor que Tara había usado y los tiró a la basura.

—Todo lo que esa mujer haya tocado, más vale que os deshagáis de ello antes de que nos contagie de su cólera. —Subió a su dormitorio para cambiarse de ropa y marcharse al restaurante.

Rebeca miró a Víctor cuando este se dio la vuelta y, con los ojos brillantes, porque nunca



lloraba delante de sus hermanos, con un hilo de voz dijo:

—No lo sabía, te juro que nunca mencionó que era crítica gastronómica. Siempre me ha dicho que se dedicaba al mundo de la restauración, pero nada más.

—Lo sé, Beca, lo sé.

Se escuchó un portazo, y Tamara abrazó a Rebeca. Sus dos hermanos le dieron ánimo, conocían a Neill, era una bomba de relojería, pero cuando recapacitara, entraría en razón. Si algo tenía Neill, era que sabía tanto perdonar como pedir perdón. El rencor no formaba parte de su anatomía. El más rencoroso de la familia era Víctor, un defecto que incluso él reconocía.

David y Jaime entraron, al ver la estampa de los cuatro, se preocuparon. Rebeca no quería hablar, prefería estar sola. Subió a su dormitorio, se cambió de ropa y salió a correr. Necesitaba despejarse o le daría un infarto de la rabia que sentía.

Cuando Rebeca salió de la casa, pusieron al

corriente a David y Jaime. Estos se quedaron pasmados.

—Rebeca tiene que estar bien jodida — comentó Jaime.

—Normal, además debe estar pensando si Tara le ocultó a propósito, y eso debe carcomerle por dentro. Siempre ha sentido mucha estima por esa chica —pronunció Tamara con lástima.

Tara Campbell era una crítica gastronómica que escribió un reportaje en el cual destruía al mejor amigo de Neill. Fue tal el impacto de aquella crítica que el joven chef perdió prestigio, clientela y el negocio. Cayó en una depresión que por poco le cuesta la vida. Habían pasado cuatro años y todavía no había levantado cabeza. Lo perdió todo. Neill intentó ayudarlo, incluso le ofreció trabajo junto a él, como habían hecho antes de emprender sus carreras por separado. Pero Fernando no se atrevía a volver a la cocina. Era la pescadilla que se mordía la cola; no entraba en la cocina, no avanzaba en su profesión, así no podía volver a ser el que era, y por ello no había forma

de salir de aquel agujero emocional.

Neill colgó en su muro lo que esta mujer hacía con su trabajo. Fue directo y conciso. Lo tituló *Las críticas no son constructivas*, porque una cosa era dar una opinión; otra muy distinta, machacar y destrozar el prestigio de un profesional. Lo que Neill no sabía, era que aquel reportaje nada tenía que ver con lo que ella realmente había escrito. Sí, hacía una crítica sobre la comida. Pero todo lo demás fue la nueva dirección de la revista donde trabajaba, la que se hizo cargo de reescribirlo. Querían empezar a destacar siendo fieros, agresivos y despiadados, que los chefs les temiesen, así hacerse los más conocidos. Lo consiguieron, seguían siendo la revista más vendida.

\*\*\*

Rebeca llevaba dos horas fuera de casa. Eso alarmó a sus hermanos, ya que siempre corría una hora. Jaime los tranquilizó, él sabía dónde encontrarla e iba a por ella. Y así fue, saltó la valla de la casa de enfrente y fue al cenador. Allí

estaba ella con la cabeza enterrada en sus rodillas. Se acercó y se sentó a su lado.

—Sabemos que tú no lo sabías —afirmó con voz cariñosa.

Rebeca no se movió ni un ápice.

—Eso no importa, Neill no me lo va a perdonar... incluso yo voy a ser incapaz de hacerlo.

—Beca, tú no tienes la culpa.

—Sí, sí que la tengo. Yo la invité a casa, ella se ha aprovechado de mí, sabía que Neill es mi hermano. Debí ser más lista.

Jaime acarició la cabeza de Rebeca, porque ella seguía sin moverse.

—En todo caso, tú serías una víctima. Neill estaba cabreado, pero mañana seguro que se le ha pasado...

Rebeca por fin reaccionó, levantó la cabeza y miró fijamente a Jaime.

—Nunca hago las cosas bien, mis hermanos siempre están protegiéndome, ¿Y qué hago yo? Estropearlo, eso es lo que hago. Javier siempre ha

dicho: «Los hermanos están para protegerse...». Pues ya ves lo bien que he protegido a mi hermano, metiendo en casa a Tara.

—Esta vez no deberías ser tan dura contigo misma. Tú no lo sabías, nadie lo imaginaba.

—A veces pienso... debería ser hija única, sería la solución de no defraudar a nadie.

Jaime sintió lástima, se notaba que Rebeca estaba hundida, y lo peor de todo era que realmente pensaba lo que decía.

—Tus hermanos nunca han pensado eso de ti. Nunca te he mentado, no tengo por qué hacerlo ahora.

Rebeca suspiró derrotada, apoyó la cabeza en las tablas de madera del cenador, miró el lago y aguantó las lágrimas.

Ambos permanecieron en silencio un buen rato, a veces era mejor no decir nada. Rebeca, con la mirada perdida, habló.

—Llevo tiempo pensando... —Jaime la miró—. Creo que debería marcharme lejos. Puede que regrese a Escocia. Va siendo hora de volar del

gran nido.

Aquello pilló por sorpresa a Jaime, nunca hubiese imaginado escuchar a Beca decir algo así. ¿Marcharse?, prefería pensar que se trataba de un pensamiento basado en el dolor que estaba sintiendo en ese momento. Y, por otra parte, ¿cuándo había estado ella en Escocia? Aparte de algún viaje para visitar a sus padres, no había estado mucho más.

—¿Regresar, cuándo has vivido tú en Escocia?

Rebeca se golpeó mentalmente por haber sido tan bocazas.

—Quería decir, mudarme. —La respuesta no contentó a Jaime.

—Mírame, Beca. —Ella lo hizo—. No puedes marcharte, tus hermanos te necesitan cerca... Yo te necesito cerca.

—Nadie me necesita. Ya sois todos mayorcitos, no me necesitáis para nada.

Jaime sintió un escalofrío, ¿de verdad quería marcharse?

—¿Esto es una de tus nuevas metas? —preguntó

muy curioso, necesitaba averiguar si realmente tenía las tenía. Se apoderó de él un sentimiento de pánico ¿Iba realmente a perderla?, llevaba mucho tiempo mentalizándose, entre ellos nunca volvería a haber una relación sentimental. Eso, por mucho que le doliera, sería así. No podría volver a pasar por lo que pasó. La única mujer capaz de destrozarle la vida la tenía delante. Lo había hecho años atrás y no pensaba volver a permitirlo. Aun así, sabiendo que entre ellos no surgiría el amor, lo que también tenía seguro en la cabeza, era que no podía vivir lejos de ella.

Rebeca se encogió de hombros y se puso en pie. Jaime hizo lo mismo y se dirigieron a la casa en silencio. Antes de llegar a la valla, Jaime le sujetó la mano y la hizo parar.

—Marcharse lejos no soluciona nada. Lo único que conseguirás es sentirte sola y vacía. Tú no puedes vivir sin ellos, y está claro que nosotros, sin ti, tampoco.

A Rebeca le dolió que él pensara que no lo necesitaba.

—¿Por qué piensas que no me importas? — preguntó directa y concisa.

—Porque tú así me lo dijiste una vez, que no me necesitabas en tu vida.

Rebeca cerró los ojos con pesar.

—Jaime... aquello lo dije estando muy dolida —Levantó la mano para acariciarle la mejilla—. Esas palabras no las sentía, después de tantos años, pensé que... —Se quedó callada.

—¿Qué, qué pensaste?

—Pensé que ya te habías dado cuenta de que fuiste, eres y serás el único hombre importante en mi vida.

Rebeca sintió que el corazón se le aceleraba, llevaba tiempo esperando tener fuerzas suficientes para confesar lo que acababa de decir. Jaime, por su parte, sintió una punzada en el estómago. Aquellas palabras las necesitaba, llegaban diez años tarde. Si de verdad ella hubiese sentido esas palabras, la hubiese esperado, tal y como él estaba dispuesto a esperarla a ella. No las dijo en su momento, fueron todo lo contrario. Ahora no sabía



qué hacer, así que hizo lo que realmente no le perjudicaría. Se apartó de ella.

—Ojalá esto lo hubieses dicho y sentido cuando todavía te creía.

\*\*\*

A la una de la madrugada, Rebeca estaba en la piscina haciendo largos sin parar. Su hermano Neill, al ver las luces de la piscina encendida, se acercó. La observó un buen rato y esperó a que ella terminara. Cuando Rebeca, exhausta por el ejercicio, levantó la cabeza, se fijó que su hermano la estaba esperando de pie al borde de la piscina.

Al salir del agua, Neill le tendió una toalla; mientras ella se secaba, él dijo unas palabras.

—Rebeca, lamento mucho haberte gritado.

—No pasa nada, me hago cargo de...

—Sí pasa, me he comportado como un auténtico idiota.

Rebeca se relajó.

—Yo también lamento mucho no haber sabido quién era ella. —Se miraron, ambos estaban

siendo sinceros y se estaban perdonando mutuamente.

—¿Entonces, me perdonas? —preguntó Neill con una amplia sonrisa.

—Sí y no. —Una respuesta que dejó a su hermano descolocado—. Me debes una tarta de manzana, sabes que, de todas las que haces, es mi favorita.

Neill se carcajeó, su hermana era terriblemente golosa, y bien sabía él que la tarta de manzana casera que hacía, era la perdición de Rebeca.

—Beca, mañana te haré dos si hace falta.

Rebeca abrazó a su hermano y se dieron un beso de reconciliación.

Dallas entraba en casa, los vio y se acercó a ellos. Venía de fiesta, pero no se le notaba muy animado.

—Regresas muy temprano —mencionó Neill al ver la hora, más que nada porque era sábado.

—No había nada interesante hoy —la respuesta llamó la atención tanto a Rebeca como a Neill.

—¿No había chicas guapas con las que ligar?

—preguntó Neill con guasa.

—No —respondió escueto.

Neill y Rebeca se miraron, eso era muy raro, teniendo en cuenta que a Dallas se le daba de maravilla ligar gracias a su gran labia de letrado.

Rebeca, con su instinto femenino, sonrió; desde el accidente del día anterior, su hermano estaba pendiente del teléfono. Ya era hora que una mujer calara hasta el fondo a su hermano. Ese temor al compromiso y el salir con mujeres de una sola noche, igual iba tocando su fin.

—Creo que esta tarde tenías que haber llamado a esa chica...

—¿Qué chica? —preguntó sin saber a quién se refería su hermana.

—A Estrella. —Neill miró a Dallas, este a Rebeca, y respondió rápido:

—¿¡Qué dices!?! Beca, deja de decir tonterías. ¿Qué pinto yo llamando a esa mujer?

—Dallas, podías haberla llamado, aunque sólo fuera para saber cómo se encontraba.

Neill se carcajeó, su hermana era toda una

casamentera. Ya se había enterado de la encerrona que le hizo a su hermano Malcolm. Ahora estaba intentando hacer lo mismo con Dallas; claro que Dallas, Rubén y él mismo no eran tan fáciles de caer en su trampa.

—Beca, tu cabecita no para nunca, ¿verdad? — Rebeca sonrió como una niña—. Pequeñaja, voy a prohibirte ver películas románticas, te piensas que todo el mundo está buscando su princesa.

—No pienso que la busques, algo me dice que ella, sin buscarlo, te ha encontrado. —Se acercó, le dio un beso en la mejilla a Dallas y dejó a sus hermanos muertos de risa por la tontería que acababa de decir.

—Lo dicho, voy a prohibirle ver tantas chorradas románticas.

# Capítulo 14

## Juego peligroso

El lunes, Dallas estaba a punto de marcharse a casa a comer cuando su secretaria entró para avisarle que tenía una visita.

—¿Ahora? —Miró su reloj—. Está bien, hazla pasar.

Estrella entró y se quedó mirando a Dallas, este estaba poniéndose la chaqueta de espaldas a ella.

—No necesitas tanta formalidad, abogaducho.

Dallas se dio la vuelta inmediatamente.

—Vaya, seguimos con esas...

—Sí, mientras no me demuestres lo contrario, seguirás siendo un abogaducho para mí.

—Dallas levantó la ceja, esa mujer era exasperante.

—¿Qué haces aquí? —preguntó directo.

—Vengo a saber cuánto te debo por lo del

accidente —respondió la chica sin apartar la mirada de Dallas. Este no pudo dejar de fijarse nuevamente en su indumentaria. Una falda de tubo, unos zapatos con un tacón tres veces más ancho de lo que debería estar permitido, una blusa estampada multicolor muy llamativa, y el pelo de nuevo muy cardado.

—No había necesidad de venir a mi despacho. Con una llamada bastaba. —Esta respuesta molestó a la joven.

—Puede que tú seas un antisocial y un insensible, pero yo prefiero tratar a la gente con...

—¡Vuelves a insultarme! —protestó molesto—. Lo tuyo es increíble, ¿insensible?, te recuerdo que accedí a un trato por no denunciar a tu amiga.

—Además de insensible, también un petulante —comentó Estrella muy enfadada—, haces una buena acción para restregarlo luego por la cara.

Dallas se tensó, aquella rubia sabía cómo conseguir sacarlo de sus casillas. Fue directo al grano, cuanto antes mejor.

—Me debes trescientos euros.

Estrella sabía que aquello debía ser un error, porque los daños causados en el accidente debían ascender a una cantidad mucho más elevada.

—Para que veas que no soy como tú, te diré que debes mirar mejor el presupuesto del arreglo, dudo mucho que trescientos euros sean suficientes.

—Tengo muy claro que no te pareces en nada a mí —comentó irritado—. Esa es la cantidad que me tienes que abonar.

—Me parece poco —dijo Estrella honesta.

—Pues es la cantidad que me debes.

—¿Estás seguro?

—Sí, muy seguro.

Estrella lo miró y comentó enfadada.

—Que tú seas un abogado importante y puedas costearte las cosas sin pensar, no quiere decir que los demás no podamos hacerlo. Si piensas que no puedo pagarte, más vale que te olvides, no necesito tu caridad.

Dallas de nuevo se aflojó la corbata como el día del accidente, aquella mujer podía con su temple.

—¿Mi caridad?! Escúchame bien; tengo un seguro a todo riesgo con franquicia de trescientos euros. El seguro se hará cargo, así que tú pagaras la franquicia. No es caridad, es lo justo. No voy a cobrarte algo que no voy a pagar, ¿lo entiendes?

Estrella asintió con la cabeza, ese hombre tenía algo que le atraía al cien por cien: su paciencia, su educación, su mirada y, por desgracia, incluso su honestidad y justicia en ese momento.

—Vale, no es necesario que te alteres...

—No estoy alterado.

—¿No? —Sonrió la joven—. Mientes, en el juicio del otro día no te vi alterarte ni alzar la voz en ningún momento.

—Porque allí nadie me sacaba de mis casillas.

—¿Insinúas que yo te altero? —preguntó ella muy coqueta.

—Digamos que tienes el don... de sacarme de quicio con mucha facilidad —respondió Dallas mientras se cruzaba de brazos.

—Eso rompe todos mis esquemas... —Al ver confusión en el rostro del abogado, aclaró—.



Pensaba que los hombres como tú no teníais sentimientos. Así que, alterarte es mejor que saber que todo te parece indiferente.

—¿Cómo dices? —preguntó anonadado porque ella tuviese tan mal concepto de él.

—Ya sabes —comentó encogiéndose de hombros.

—No, no sé, intenta ser más explícita.

Estrella se cogió las manos y empezó a frotárselas, nerviosa.

—Eres abogado, los abogados no tenéis corazón.

Dallas resopló, ese comentario le dolió.

—Muy bien. —Sacó una tarjeta y anotó su número de cuenta—. Aquí debes ingresar los trescientos euros.

Estrella guardó la tarjeta en su bolso. Lo miró y se sorprendió de que él se hubiese sentado sin protestar ni rebatir lo que ella había comentado. No quería marcharse de allí, necesitaba más tiempo. Llevaba todo el fin de semana pensando en él, llamó a su amiga para pedirle la dirección del

despacho, ya que ella había acudido varias veces allí con su abogado antes de ir a juicio.

—¿Te ha molestado mi comentario...?

—Si eres tan amable, me gustaría que te marcharas —le hizo una seña con la mano invitándola a salir de su despacho.

—No era mi intención ofenderte, de verdad, lamento mi comentario —dijo Estrella con pesar.

—No ofende quien quiere, sino quien puede, y tú, desde luego, no tienes ese poder.

—Vale, me lo merezco, de verdad que lo lamento...

—Ya me ha quedado claro, ahora, por favor, márchate.

Estrella suspiró resignada, ella no era así, Dallas sacaba ese temperamento absurdo, al principio, por tratarse del abogado que había apoyado al hombre que había arruinado la vida de su mejor amiga. Luego, porque se sentía tan atraída por él que no sabía cómo comportarse para llamar su atención.

—Me apena marcharme sabiendo que vas a

tener una mala impresión de mí.

—Es increíble lo que estás diciendo —negó con la cabeza—, me insultas, me has juzgado sin hacer un juicio de valores y, encima, dices que soy yo quien tiene mala opinión de ti.

—Tienes razón, te he juzgado sin conocerte. A mi favor diré que lo he hecho porque eres el abogado del hombre que ha destrozado la vida de la mujer que más quiero. Sé que no es justo, por ello te pido una y mil veces disculpas.

Dallas la escuchó atento. Esa mujer seguía siendo todo un desafío para él, igual le sacaba de sus casillas que le encantaría conocerla y protegerla cuando se la notaba tan vulnerable. Y estaba claro que, al hablar tan sincera, su vulnerabilidad dejaba al descubierto una mujer sensible y de gran corazón.

—Acepto tus disculpas.

Estrella, al escucharlo, sonrió.

—Gracias... ¿sabes? Si llegases a conocerme, estoy segura que acabaría gustándote.

Dallas levantó las cejas, a él no le cabía duda

que podría llegar a suceder. Pero teniendo en cuenta que esa mujer no era para nada su tipo, que tampoco buscaba una relación y que, dudaba él mucho, fuera un ligue de una noche, respondió:

—Suerte que eso no va a suceder.

La respuesta dolió a Estrella.

Una mujer elegante entró sin llamar. Se acercó a Dallas y, con una sonrisa perfecta, se dirigió a él sin prestar atención a Estrella. La ignoró como si se tratase de un mueble viejo que estaba de decoración en el despacho.

—¡Menos mal que no te has ido! Te invito a comer... —Hizo un puchero para convencerlo—. Por favor, tesoro, no me digas que no. No puedes hacerme ese feo.

Dallas sonrió y asintió con la cabeza. La mujer, al darse la vuelta, hizo un repaso a Estrella, se giró para mirar a Dallas y le hizo una mueca de desaprobación. Soltó una risita burlona y se marchó. Estrella podía ser muchas cosas, pero tonta y ciega no. Supo que aquella mujer se había burlado de ella y eso sacó su carácter.

—Tienes razón, es una suerte que no me vayas a conocer. Yo no soy como vosotros —Dallas no entendía aquello, pero la joven lo aclaró—. Puede que mi forma de vestir no guste a mucha gente, tampoco lo pretendo. Pero jamás he intentado humillar o degradar a nadie por su aspecto. Así que, espero que disfrutes de la comida con la compañía de alguien que sí sabe avasallar a los demás. Espero que podáis reiros a gusto de mí, estoy segura que, en cuanto salgas de aquí, no tardarás en hacerlo. —Se dio la vuelta rápida y salió dejando a Dallas confuso.

Él lo pensó, ella tenía razón, su colega había sido demasiado descarada. Se volvió a ajustar la corbata y salió del despacho.

Carmen, la colega que lo había invitado a comer, lo esperaba junto al ascensor. Cuando llegó hasta ella, escuchó:

—¿De dónde ha salido esa mujer tan estrambótica? —soltó una carcajada, y Dallas respondió:

—Carmen, mejor cállate, no eres quién para

criticar a nadie.

Carmen dejó de reír. A Dallas no le agradó aquel comentario. Estrella no merecía sus burlas, y mucho menos de una mujer que tenía mucho que callar por su comportamiento. «El hábito no hace al monje», pensó Dallas. Y se quedó pensativo. ¿Por qué le molestaba tanto que Carmen hiciese un comentario así? Y lo peor de todo, ¿por qué estaba tan cabreado al saber que Estrella ya no quería conocerlo?

\*\*\*

David estaba riendo, su chica conseguía siempre ese efecto en él. Era viernes, la había llamado agobiado porque el día estaba siendo de lo más complicado, y ella había conseguido calmarlo y hacerlo reír. No muy lejos, se encontraba Jaime delante del ordenador pasando unas facturas. Sonrió contento de ver a su amigo tan feliz. Él echaba de menos esa felicidad plena. Le encantaría poder compartir su vida con una mujer que lo llenase. Su vista se dirigió a una fotografía de Rebeca, negó con la cabeza y

continuó su trabajo.

Rebeca pasó a saludar, estaba cerca del taller y sus ganas de ver a Jaime le hicieron dirigirse hasta allí. Saludó y se sentó delante de la mesa de su amigo.

—¿Os queda mucho? —preguntó a Jaime.

—No, casi hemos terminado —respondió sin mirarla.

Estaba demasiado guapa, últimamente a Jaime se le antojaba que Rebeca había hecho un pacto con el diablo para parecer mucho más hermosa de lo habitual.

—¡Tengo que irme! —anunció, eufórico, David. Tenía prisa, su chica le había propuesto algo muy tentador, y él quería comprobar de primera mano aquellas insinuaciones. Rebeca y Jaime se rieron porque habían escuchado cierta parte de la conversación.

David cerró la persiana del taller y se quedaron Jaime y Rebeca en el interior. Mientras Jaime terminaba de pasar las facturas, Rebeca miraba las fotografías.

De pronto, la risa de Rebeca rompió el silencio, y Jaime, curioso, la observó. «¡Está tan bonita!», pensó embelesado.

—¿De qué te ríes?

—Acabo de acordarme de cuándo nos hicisteis esta foto. —Señaló la fotografía y continuó—: Tamy y yo queríamos hacer toples para que pusieseis la foto aquí, como las típicas de chicas desnudas que suelen poner los talleres, ¿te acuerdas?

Jaime sonrió y asintió.

—Sí, lo recuerdo. Te hubiese matado por sugerirlo siquiera —contestó Jaime al tiempo que se acercaba hasta ella.

—¿En serio? —preguntó muy seductora.

—Sí, muy en serio.

Rebeca llevaba toda la mañana pensando en él. De unas semanas aquí, entre ellos parecía que de nuevo volvían a tener la química y atracción que mantuvieron durante cuatro años. Necesitaba su contacto y, para ser sincera consigo misma, lo necesitaba a él dentro de ella. Así que tenía que



intentarlo.

—¿Piensas que no tengo cuerpo para ser chica de calendario? —su voz sensual desarmaba a Jaime.

—Si tú lo dices.

Rebeca notó la mirada penetrante de Jaime. La deseaba tanto como ella a él, estaba convencida.

—Ya que no te veo convencido, puedo demostrarlo. —Se llevó las manos al vestido y empezó a desabrocharse los botones.

—Rebeca, no juegues conmigo —le advirtió excitado.

—Siempre te han gustado los juegos —continuó desabrochando el tercer botón, e hizo acto de presencia su sujetador.

—Este juego es muy peligroso —dijo con la voz ronca, porque estaba agitado.

Rebeca prosiguió y cuando todos los botones estaban desabrochados, miró a Jaime con deseo. Al ver que la mirada de él recorría su cuerpo, se desprendió del vestido y se quedó en ropa interior frente a él.

Jaime tragó con dificultad, su templanza se estaba desquebrajando. Su cabeza decía no lo hagas; su cuerpo, sin embargo, decía todo lo contrario.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó Rebeca mientras la respiración de ella empezaba acelerarse. Algo que no pasó desapercibido a Jaime, pues a él le pasaba lo mismo, ya que cada inspiración de ella elevaba los pechos que tanto tiempo llevaba deseando tocar y lamer.

—¿Qué estás haciendo, Beca? —preguntó mientras daba un paso adelante.

Rebeca se llevó las manos a la espalda para desabrochar el sujetador.

—Jugar un rato contigo.

Ella deseaba mucho más que un juego, pero sabía que Jaime no quería nada más que sexo. Y estaba dispuesta a todo con tal de volver a sentirlo. Lo necesitaba tanto como respirar.

Al caer el sujetador y quedar sus senos expuestos, Jaime notó la hinchazón de su entrepierna. Su miembro tomó vida propia, ya no

tenía ningún poder de contención. Rebeca le estaba ofreciendo lo que tanto tiempo deseaba. No podía caer de nuevo en el influjo del amor, porque la misma mujer que deseaba poseer, era la misma que le había roto el corazón.

—No quiero ataduras...

—No te las estoy pidiendo —respondió Rebeca.

Jaime intentó que su cordura no lo abandonara por completo.

—Beca... yo sólo busco sexo.

Rebeca lo sabía, ella también buscaba eso en ese momento.

—Y sexo es lo que te estoy ofreciendo. — Jaime se acercó más, estaban a un palmo de distancia. Cerró los ojos para intentar mantenerse fuerte. Era una locura, y los dos lo sabían. A pesar de lo que su cuerpo bramaba interiormente, dio dos pasos atrás.

—Es mejor que te vistas, este juego es demasiado peligroso.

Jaime se dio la vuelta para no seguir mirándola.

Rebeca se sintió morir, ahora sí estaba convencida que jamás volvería a tener ningún contacto físico con Jaime. Un dolor en el pecho la invadió, retuvo las lágrimas, tanto de vergüenza como de frustración.

\*\*\*

Esa misma noche, Jaime todavía seguía excitado, no podía apartar de su mente la imagen de Rebeca casi desnuda. Sus pechos redondos los tenía memorizados. Estaban en una discoteca, Rebeca había intentado excusarse para no ir, pero Tamara insistió hasta convencerla.

Cuatro hombres estaban hablando con Beca y Tamy, David se estaba poniendo nervioso. Miró a su amigo y le dio un codazo para que le prestase atención.

—Deberíamos bailar.

Algo que no hacían nunca.

—¿Bailar? —preguntó Jaime, descolocado.

—Sí, bailar. —Señaló a las chicas con un movimiento de cabeza—. Para eso vamos a clases de baile.

Jaime se carcajeó, hasta que vio a uno de aquellos hombres pasar su brazo por detrás de Rebeca y sujetarla por la cintura. Su risa se evaporó. No le hizo gracia aquella cercanía, mucho menos al saber que Rebeca debía estar tan deseosa de sexo como él. Lo había dejado claro aquella tarde cuando, al vestirse, sus palabras fueron: «Perdóname, debería jugar con otros, no volveré a hacerlo». Una frase que lo estaba matando. ¿Jugar con otros?, había soportado durante dos años la relación de Rebeca y Felipe. No estaba preparado para verla con otro de nuevo. ¡Ilógico! Ya que él no pensaba volver a tener nada con Rebeca.

—Tienes razón, para eso vamos a clases de baile.

Dejaron sus bebidas y fueron por las chicas.

Rebeca se sorprendió cuando la mano de Jaime la atrajo hacia él de un tirón y la pegó a su pecho.

—David piensa que debemos poner en práctica lo que hemos aprendido.

Rebeca sonrió y asintió.

Los cuatro bailaron durante un buen rato; cuando pararon para descansar, David y Tamara se sentaron en el mismo asiento, sus labios se unieron y desapareció el mundo para ellos.

Una avalancha de gente, debido a una pelea, hizo que Rebeca quedase atrapada entre la pared y Jaime. Este, al entrar en contacto con Rebeca, volvió a excitarse, la cara de ella estaba enterrada en su cuello; aspiró el perfume de Beca e inclinó la cabeza un poco para susurrarle al oído:

—Maldita sea, Beca, me estás volviendo loco.

Rebeca se sorprendió.

—¿Yo? —preguntó ingenua.

—Sí, tú; tú y tu maldito juego.

Rebeca sonrió plena, notaba la excitación de él en su cuerpo. Al estar pegados, Jaime no podía esconder aquello.

Rebeca supo que era ahora o nunca. Se lanzó dispuesta a todo. Mordió el lóbulo de la oreja de Jaime, consciente que era su punto débil. Escuchó un gemido y se mordió el labio inferior para provocarlo mientras levantaba la cabeza para

mirarlo.

En ese mismo instante, la gente volvió a su posición, permitiendo que Jaime dejase de aplastar a Rebeca; aun así, su mirada seguía clavada en los labios de ella. Una sonrisa lobuna por parte de Jaime confirmó que aceptaba el juego. Y cuando estaba dispuesto a atacar sus labios, las manos de una mujer tapándole los ojos a Jaime lo impidieron.

—¿Adivina quién soy? —le susurró a Jaime en el oído.

Rebeca suspiró con frustración, aquella morena era un ligue pasajero de Jaime. Cada vez que se encontraban, se marchaban juntos. Teniendo en cuenta el calentón que llevaba Jaime encima, estaba claro que él jugaría esa noche, aunque no iba a ser con ella.

—¡Tania, qué sorpresa! —Ambos sonrieron, y Tania le dio dos besos, mientras sus manos se quedaban agarradas a las caderas de él.

Rebeca esperó durante diez minutos, al ver que el tonto de los dos iba en aumento, decidió dar

por finalizada la noche. Dio una palmadita en el hombro de Jaime.

—Me marcho, buenas noches. —Sin dar tiempo a responder, se dio la vuelta cuando el chico que hablaba antes con ella se acercó.

Jaime los observó, seguía frustrado, excitado, amargado y, muy a su pesar, encelado hasta las trancas. La sonrisa pícara que le ofreció Rebeca a aquel sujeto lo dejó completamente turbado. Para colmo, ese insensato le susurró algo al oído y ella asintió. Le pareció que aquel le hacía un gesto dando a entender que lo esperase fuera.

Rebeca, aguantando el tipo, porque no quería que nadie descubriera que tenía ganas de llorar, caminaba hacia la salida, y alguien le sujetó la mano con fuerza. La arrastró hasta el baño y, cuando cerró la puerta, la empujó y la dejó atrapada entre esta y su cuerpo.

—¡Juguemos! —Fue la única palabra que dijo Jaime antes de sujetar la cabeza de Rebeca con fuerza y devorar sus labios con ansia. Por fin sus labios... por fin su piel... por fin su boca... por



fin su lengua... por fin su sabor... por fin su Rebeca. Ya no podía aguantar más. La necesitaba, quería hacerla suya, provocarla y penetrarla hasta que ella gritara de placer.

Aquel pequeño habitáculo no era el más romántico del mundo, pero a Rebeca no le importaba. Él estaba allí, había ido por ella. No dejaba de besarla y tocarla. Ambos estaban ardientes, deseosos y desesperados. Se mordían los labios, se retaban con la lengua, y sus manos no cesaban de buscarse el uno al otro.

Tuvieron que separarse para coger aire, sus respiraciones agitadas y sus pulsaciones a mil. Mientras Jaime desabrochaba los mismos botones que esa tarde ella había desabrochado en su taller, con voz entrecortada por el deseo, dijo:

—Nada de ataduras...

—Nada...

—Nada de reproches mañana...

—Te lo prometo...

Y cuando el vestido estaba totalmente abierto, las manos de él fueron directas a sus pechos, los

sacó por encima del sujetador y se quedaron expuestos y a su merced. Gruñó como un lobo salvaje; se lanzó por uno de ellos, necesitaba lamerlos y chuparlos. Llevaba años deseando volver a tenerlos para él. Los pezones duros por la excitación, lo convencieron de que Rebeca estaba más que agitada. Mientras lamía los pechos, alternándolos, con las manos fue acariciando todo el contorno de Rebeca, hasta que llegó a sus caderas, allí jugueteó con la goma del tanga. Una mano pasó a su culo prieto mientras la otra se escabullía con gran maestría dentro del tanga, buscando la parte más deseada. Cuando la alcanzó, volvió a gruñir al saber que Rebeca estaba empapada y receptiva. Eso hizo que él quisiera más, la quería entera.

Rebeca, con un fuego interior abrasador, se dejaba llevar. Al igual que él, ella necesitaba más. Llevó sus manos directas al pantalón de Jaime y desabrochó el botón, bajó la cremallera; notó aquel bulto endurecido y le dio libertad, sacándolo del bóxer que lo oprimía. Jaime dio un respingo,

las manos de Rebeca en su pene era lo que más deseaba. Consciente de la urgencia de ambos, aseguró:

—Esto va a ser demasiado rápido...

—No importa, pero te necesito ¡ya! —exigió porque quería sentirlo dentro sin más demora.

Dicho esto, Jaime, sin contención alguna en su cuerpo, arrancó el tanga. La asió con un brazo rodeando su cuerpo por la cintura, y Rebeca se aferró a sus hombros. Con la otra mano, Jaime agarró su pene y lo ensartó en Beca. Ese contacto dentro de ella, lo enloqueció. La humedad y el calor con que lo acogió le hicieron perder el control a ambos. Con una gran posesividad, la embistió. Rebeca soltó un gemido de placer que retumbó sin importarles el lugar ni quién estuviese alrededor pudiendo escuchar. Ambos encajaban a la perfección, siempre lo habían hecho, y hoy volvían a estar unidos. Con cada embiste jadeaban de placer. La sensualidad y la forma de entregarse que Rebeca demostraba hacía crecer a Jaime, aumentando el ritmo. No podía parar, no podía

pensar, no podía dejar de mirarla. Cuando notó que Beca empezaba a temblar y se acercaba el momento de su orgasmo, conociéndola, acercó su boca para que el gemido quedara atrapado en él. Así fue, y mientras ella se convulsionaba, con dos embistes, él llegó también al clímax.

Dejó caer su cuello en el hombro de Rebeca mientras con fuerza la seguía sujetando para seguir unidos y no caer en aquel pequeño lugar. Sudorosos y con las respiraciones aceleradas permanecieron en silencio durante un rato. Parecía que ninguno quería soltar al otro. Rebeca, con disimulo, se secó una lágrima, no quería que Jaime la viese llorar. Esas lágrimas eran de frustración por no poder estar con él como deseaba. No poder decirle que lo amaba la estaba matando por dentro.

Jaime, todavía con los ojos cerrados, seguía aspirando el olor de Beca. No era un sueño, era ella la que estaba allí, la que lo había hecho enloquecer de lujuria y la que seguía aferrando su pene en su interior. Sin apartarse todavía de ella, susurró:

—Vas a matarme con tus juegos —siseó, le dio un beso en el cuello, al igual que había hecho siempre que terminaban de hacer el amor.

—Tú siempre has sido un gran jugador.

Jaime salió de ella y cogió papel para limpiarse y limpiarla a ella. Se arreglaron la ropa y se miraron a los ojos antes de abrir la puerta y volver a la realidad. Jaime tenía una pregunta y necesitaba la respuesta.

—¿Te estaban esperando?

—No. —Aquella respuesta rápida, sin apartar la mirada de él, fue todo cuanto necesitaba; no mentía. Ella no había quedado con aquel tipo. Una respuesta que, interiormente, alegró a Jaime más de lo que Rebeca pudiese imaginar.

## Capítulo 15

### Siempre hay dos versiones

Lunes treinta de junio, día de exposición en la galería de arte Irwin. Javier, junto a su hermana Rebeca, estaba comprobando los últimos detalles antes de abrir las puertas. Faltaba una hora, y Javier quería que estuviese todo perfecto.

—Está todo preparado, no te agobies.

Rebeca sabía que no era por la exposición, sino por la visita que esa tarde esperaban.

—No me agobio, sólo quiero la perfección.

Rebeca puso los ojos en blanco.

Los hermanos Irwin, como siempre que había algo especial, se unieron. La sorpresa de Javier fue verlos aparecer a todos.

—¿Dónde está Malcolm? —preguntó Neill. Su hermana, con una gran sonrisa, respondió:

—No tardará, ha ido a recoger a Miranda.

Todos la miraron.

—¿En serio nos la quiere presentar? — preguntó Neill muy sorprendido.

—Sí, así que ser buenos y no le hagáis pasar un mal rato.

Se escucharon unas risitas y unos silbidos.

—Vaya, vaya... eso es que la cosa va en serio —sonó la voz burlona de Víctor. Y dicho esto, apareció Malcolm sujetando la mano de Miranda.

Los Irwin no se perdieron ningún detalle, era la primera vez que Malcolm presentaba a una chica y estaba nervioso tanto o más que la doctora que lo acompañaba.

Rebeca, que conocía a sus hermanos, intentó que el encuentro fuese lo más natural y relajado posible. Para romper el hielo, se acercó rápido a ellos, dándoles abrazos y besos de bienvenida.

—Miranda, estás preciosa, me encanta el vestido que llevas.

La chica respiró algo más tranquila, por lo menos el primer contacto con Rebeca le daba la oportunidad de sonreír y relajarse.

—Gracias.

Malcolm le guiñó un ojo a su hermana para agradecerle el detalle. Se dio la vuelta e hizo las presentaciones.

—Tranquila, Miranda, son muchos, pero no muerden —le susurró Rebeca a Miranda, y las dos rieron.

La puerta se abrió, y entraron el artista y la mujer esperada. El que todos los hermanos estuviesen allí reunidos era por ver a Amanda. Desde que rompió, Javier, su relación con ella, todos estaban deseosos de volver a verla.

Se saludaron con cariño y mucha afabilidad. Cuando Amanda y Javier se quedaron cara a cara, la tensión aumentó. Nadie sabía qué podría pasar, ya que nunca contó Javier el motivo de aquella ruptura. Algo les decía que debió ser culpa de Amanda, ya que Javier estaba locamente enamorado de ella.

—Hola, Javier, agradezco mucho lo que has hecho por Ramón —dijo Amanda con una grata sonrisa en los labios.



—No tienes nada que agradecer, es un privilegio tener a un artista como Ramón en nuestra galería.

Rebeca, con los nervios, no se dio cuenta que estaba sujetando el brazo de Jaime con fuerza. Este no dijo nada, conociéndola, sabía que estaba con la cabeza en otra parte. Cuando Amanda y Javier continuaron hablando con tranquilidad, y su camaradería de antaño se hizo vigente, Rebeca tomó aire y soltó a Jaime.

—Nunca entenderé por qué lo dejaron —salió de su boca sin percatarse de que Jaime la estaba escuchando.

—Yo tampoco entenderé por qué dejaste de amarme —dicho esto, se alejó y se situó junto a Miranda y Malcolm.

Rebeca se quedó allí parada, con la boca abierta y mil cosas que decir. Su hermano Rubén la rodeó por la cintura y comentó:

—Ve a abrir, que Javier se ha olvidado por lo que estamos aquí.

Era cierto, Javier y Amanda, algo apartados,

seguían poniéndose al día de sus vidas; él no se acordaba que estaban en la galería, y ella se olvidó por completo que había ido a apoyar a su amigo Ramón.

La galería estaba repleta, la organización y la exposición eran un éxito. Miranda, poco a poco, fue integrándose entre los hermanos. A los Irwin les pareció una buena mujer, más, cuando veían brillar los ojos de Malcolm y la sonrisa plena que tenía al estar con ella.

Tamara, Miranda y Rebeca, con copas en la mano, se apartaron para hablar de cosas de mujeres; David y Malcolm, felices de ver que entre ellas dos parecía que hubiese química. También agradecieron que Alicia no estuviese por allí o la cosa se hubiese puesto fea al momento. Estaban al corriente que Alicia y Beca, desde la noche en cuestión, no habían vuelto a verse.

—¿Una hija? —preguntó Javier.

—Sí, una niña preciosa de tres años y medio —respondió Amanda. Javier hizo una mueca, se

alegraba por ella, aunque su corazón notó un pequeño pinchazo.

—Me alegro por ti. Siempre quisiste ser madre.  
—Fue sincero.

—Sí.

—¿Entonces, te casaste? —preguntó curioso.

—No, soy madre soltera. —Javier levantó las cejas, un gesto muy común entre todos los hermanos Irwin—. No me mires así, ser madre soltera fue una decisión mía. Quería tener hijos, no encontraba un hombre que me llenase... Y tomé la decisión. Así que fui a una clínica y ¡banggg, mamá soltera!

Jaime no daba crédito, Amanda después de tantos años seguía sorprendiéndolo. Nunca imaginó que ella quisiera un hijo sin un padre. Desde luego la vida daba muchas vueltas.

—¿Y tú, tienes hijos? —preguntó Amanda, deseosa que la respuesta fuese negativa. Ella hubiese dado la vida porque su hija fuese de Javier.

—No, no tengo hijos.

La respuesta la recibió con alegría, aunque no hizo ningún gesto por demostrarlo.

—¿Cómo te va la vida de casado?

—No está siendo tan maravillosa como esperaba. —Más franco no podía ser.

—Vaya, lo lamento. —No era totalmente sincera, pero no podía dejar sus sentimientos al descubierto.

—No te preocupes, cosas de pareja, unos días estás bien; otro, mal... digamos que en estos momentos estoy en la fase de *No llegamos a un entendimiento*.

—¿En serio? —Javier asintió—. Me cuesta imaginarte en esa fase, siempre ha sido fácil entenderse contigo.

Javier sonrió amargamente, con Amanda siempre había sido tan fácil, tan maravilloso, tan pasional, tan romántico.

—Pues algo ha debido cambiar en mí para que mi mujer y yo no lleguemos a entendernos.

La puerta se abrió y entró Alicia, la rabia se apoderó de ella, iba a tener unas palabritas con

Javier. Sin pensarlo, sin comprender dónde se encontraba, fue directa por él, con el semblante serio y muy malas pulgas.

—¡Es increíble que no me hayas avisado! Si no llego a pasar por la puerta, no me hubiese enterado de que exponíamos.

Amanda miró Alicia, no la conocía en persona, había oído hablar de ella, pero nunca se habían visto. Una mujer demasiado delgada para su gusto, con los ojos color verde y un pelo rojo natural que demostraba por qué Javier se había enamorado de aquella mujer, ya que ella no se podía considerar una belleza y estaba claro que Alicia sí lo era.

La voz de Alicia se escuchó por encima del bullicio del lugar, Neill se acercó rápido, y Rubén lo paró. Era mejor que le dejase a él tratar el asunto, conociendo a Neill, explotaría en dos segundos y no era ni el momento ni el lugar.

—Alicia, no alces la voz —Javier dijo a su mujer.

—Alzaré lo que tenga que alzar...

Rubén se aproximó a Alicia, llevó su mano al

hombro de ella para que le prestase atención. Esta lo miró con desafío.

—Cuñada, me temo que aquí no vas a alzar la voz. —Javier inspiró hondo—. Si eres tan amable de acompañarme...

Alicia no estaba dispuesta a dar su brazo a torcer; mientras Rubén intentaba sacarla de allí, ella se zafó de su agarre.

—¡Yo no voy a ninguna parte! Tengo todo el derecho de estar aquí. Soy la relaciones públicas...

—Tú ya no eres nada en este lugar —Rubén fue directo y conciso.

—¡Javier, di algo a tu hermano! —Su voz atrajo la atención de todos.

Javier se disculpó ante Amanda y cogió del codo a su esposa para sacarla de allí. Ella no daba su brazo a torcer, volvió a la carga.

—¿Qué estás haciendo?!

—Baja la voz, Alicia, no estamos solos...

—Quiero una explicación.

La gente empezaba a agruparse para ver aquella

escena, Alicia desde luego estaba dando la nota. Rebeca se percató de ello y, al ver a su hermano mayor en un apuro, tomó una decisión.

Se acercó al artista, cogió una copa de cava y empezó a dar unos golpecitos para atraer la atención de todos los presentes. Y lo consiguió, momento que aprovechó Javier para sacar a su mujer de la galería de muy mala gana.

Improvisó sobre la marcha, y a la gente le pareció que todo estaba preparado; las preguntas al artista por parte del público allí presente, hicieron la velada amena.

Neill tenía que marcharse al restaurante y fue a despedirse de su hermana.

—Eres la mejor, Beca —sonrió y continuó—: Cuando necesite tu ayuda para el restaurante, te llamaré.

Le dio un beso en la mejilla y la abrazó con fuerza. Sabía que Beca había salvado aquella exposición con éxito.

—Muy bien, pero te aviso de antemano que no soy barata.

Rieron y se dirigió a la salida.

\*\*\*

Eran las diez de la noche cuando el *maître* del restaurante entró avisar a Neill.

—Neill, tenemos un problema.

Su tono de voz era alarmante, Neill lo miró y se enderezó para escucharlo con atención.

—¿Qué ocurre?

—Tara Campbell está aquí... —Neill levantó las cejas.

—Dile que tiene la entrada prohibida.

Los trabajadores se miraron entre ellos, conocían la historia y continuaron trabajando en silencio, esa noche iba a ser infernal.

—No podemos decirle tal cosa, Neill... —El *maître* estaba nervioso—. Nadie prohíbe la entrada a Tar...

—Nadie no, *El Gran Nido* se la prohíbe, y así se lo vas a decir.

—Neill, negarle la entrada solo traerá problemas, puede hundir tu reputación...

—¡Alfonso, dile a esa maldita mujer que aquí



no es bien recibida! —su voz altiva asustó a todos—. En mi casa mando yo, así que esa mujer ya puede salir por donde ha entrado.

El *maître* salió de la cocina y fue directo a Tara; una vez frente a ella, comentó:

—Señorita Campbell, lamentándolo mucho hoy tenemos reservado al completo...

—¿Seguro que no puede hacerme un hueco? He venido sola, no creo que sea tanta molestia un comensal.

—Lo lamento, pero es imposible.

La mujer había ido con una intención y no pensaba marcharse de allí sin lograrla.

—Está bien, dígame cuándo puedo hacer una reserva, voy a estar unos cuantos días en la ciudad.

Alfonso empezó a temblar, algo que no pasó desapercibido para Tara.

—Comprendo... dígame al chef que no me iré sin una reserva.

—Verá, señorita...

Neill hizo acto de presencia, sabía que aquella mujer no saldría de su restaurante con facilidad,

por ello salió para ver si su *maître* había cumplido.

—Le dejé muy claro al *maître* que en este restaurante tiene... señorita Campbell —pronunció su apellido con tono jocoso—, la entrada prohibida.

Tara se dio la vuelta lentamente, irguió el mentón y se encaró al chef.

—Señor Irwin —utilizó el mismo desdén que él—. Necesito hablar con usted a solas, me lo debe.

—Yo no le debo nada...

—Por supuesto que sí.

Neill, intentando contener su habitual carácter, porque no era un hombre con templanza, decidió que era mejor hablar en su despacho y no perder los papeles delante de su clientela.

Abrió la puerta e hizo una seña con la mano y le indicó que pasara. Una vez dentro, él se sentó ante su escritorio y poder así ganar algo de tiempo para no explotar y gritar ante la mujer que tanto detestaba.

—Usted dirá.

Tara también tomó asiento delante de Neill, los separaba una mesa de roble enorme.

—En primer lugar, sigo esperando una disculpa por su parte. —Neill levantó una ceja—. Por si no se lo han dicho nunca, señor Irwin, siempre hay dos versiones.

Neill movió categóricamente el cuello, era el colmo lo que aquella mujer insinuaba.

—La única versión es que usted se creyó Dios. Estoy cansado de que los críticos se crean con tanto poder; a mi parecer, todos son unos estúpidos elitistas, remilgados y, por supuesto, unos cocineros frustrados: no saben freír un huevo, pero tienen el descaro de criticar la forma de cocinar de otros. ¿Qué les hace creer que tienen mejor papila gustativa que el resto de la gente?

Tara escuchó sin interrumpir, sus palabras intentaban ser dañinas e iba siendo hora de aclarar las cosas.

—Los mismos que le concedieron una estrella *Michelin*.

Neill apretó los labios, meditó bien las

palabras antes de soltar por su boca lo que de verdad le venía a la mente.

—Con o sin estrella, yo sigo cocinando de la misma manera.

—Algo que los estúpidos, remilgados y frustrados le agradecemos... Aunque espero que no pierda esa pasión por la cocina como hizo su amigo Fernando.

Neill se tensó, fue escuchar el nombre de su amigo y dejar de medir las palabras, salió su carácter y su espontaneidad.

—Tiene la poca vergüenza de arruinar la vida de un hombre, de machacarle públicamente, destrozar su negocio y, encima, venir a criticarlo ¡aquí! ¡En mi casa! —Dio un puñetazo a la mesa—. ¡¿Cómo se atreve?!

Tara tragó saliva, se apretó las manos y, mirando fijamente a los ojos de Neill, respondió:

—Yo no arruiné nada. Sólo me limité a contar la verdad. Su amigo, por el motivo que fuese, estaba desmotivado, su comida no estaba a la altura de un chef de prestigio.

Neill se levantó y apoyó las manos en el escritorio, inclinando su cuerpo hacia adelante en plan intimidatorio.

—En mi vida he visto semejante embustera, dé gracias que soy un hombre pacífico porque, de no serlo, le sacaría a rastras de mi despacho. Dicho esto, salga de mi local y no vuelva a poner un pie dentro porque si tengo que dejar de ser civilizado, lo haré.

Tara, que continuaba apretándose las manos, se levantó e imitó la postura de él, sus caras quedaron a un palmo.

—No miento en nada, me reafirmo en mis palabras. Su comida fue nefasta, insípida y sin nada de creatividad. En vez de criticarme a mí, debería preguntarle a su amigo cuándo dejó de sentir pasión por la cocina. No tengo que disculparme por nada, yo hice mi trabajo y está claro que acerté, porque su amigo ya no sigue cocinando.

Ninguno cambió su posición, las voces de ambos eran elevadas y en cada palabra la ira de

los dos se notaba.

—¡Porque una mujer desalmada le destrozó el negocio!

—Una crítica no cierra el negocio a nadie. ¿Es más feliz pensando que los demás son los causantes, que admitir que su amigo dejó de ser un profesional?

Neill apenas parpadeaba, aquella mujer no se amilanaba con nada, y apretó las manos con fuerza en la mesa, incluso se escuchó un crujido.

Tara tenía algo más que decir antes de salir de allí, ella se merecía una disculpa por todo cuanto Neill había escrito sobre ella.

—El artículo que apareció en la revista no fue mío, lo único que yo escribí fue la crítica culinaria, todo lo demás no fue obra mía. Por ello dejé la revista ese mismo día. —Neill agrandó los ojos—. Y por eso fui hablar con su amigo y pedirle disculpas por lo que se había publicado, por todo menos por mi crítica; sigo manteniendo mis palabras.

Tara vio la cara de asombro de Neill, por lo

visto, lo había sorprendido; al parecer, su buen amigo no le había mencionado nada.

—Ya le he dicho, señor Irwin, que siempre hay dos versiones. Y, para su información, por muy dañina que fuese esa publicación, un negocio no cierra de la noche a la mañana. No tenemos ese poder, ni los críticos culinarios más famosos del mundo pueden llegar a hacer tal cosa. Así que, de nuevo vuelvo a decirle que se ha equivocado conmigo: *yo no me creo Dios*, como ha dicho hace un momento.

Neill se sentó de golpe en su asiento. Tara permaneció un rato en la misma posición y decidió hacer lo mismo.

Pasados unos minutos, el silencio se rompió. Neill, con el semblante serio, habló.

—Le agradecería que se marchara.

Su voz, por primera vez, fue con un cariz suave y con deje de derrota.

—Lo haré de muy buena gana. No se crea que me gusta estar en un lugar donde piensan que soy el mismísimo demonio.

Se levantó con pesar, esperaba que ese hombre, después de lo hablado, le hubiese pedido disculpas. Pensó en su amiga Rebeca, sentía mucho aprecio por ella y desde el encontronazo en su casa, le había rechazado todas sus llamadas.

Estaba a punto de abrir la puerta cuando se dio la vuelta y dirigió unas palabras a Irwin.

—De lo único que me lamento —sonaba apenas—, es de no haber sido totalmente sincera con Rebeca cuando descubrí que era su hermano. Lo crea o no, señor Irwin, yo aprecio y siento mucho cariño por su hermana.



# Capítulo 16

## La verdad sale a la luz

Una semana después, en casa de los Irwin, la tranquilidad se respiraba esa tarde.

Rebeca, Rubén, Víctor, Jaime y Dallas estaban mirando una película tumbados en los sofás. En esta ocasión, Rebeca eligió a su hermano Rubén como almohada.

Neill entró y saludó con desgana. Desde hacía una semana, el humor de perros que se gastaba hizo saltar las alarmas en la casa.

Rebeca, que seguía reclinada en el pecho de su hermano, se incorporó y apoyó la cabeza en el hombro de este para comentarle al oído.

—¿Crees que acabará contándonos qué le pasa?

Rubén hizo una mueca, él ya lo había intentado, pero no consiguió nada.

—Lo hará, ya sabes que al final todo se sabe.

Rebeca sonrió, era cierto, en esa familia, antes o después, todos confesaban sus penas. Y mirando con atención a Rubén, soltó una risita cómica.

—¿De qué te ríes? —preguntó sonriente por ver a su hermana reír.

Rebeca levantó su mano y con el dedo índice le tocó la mejilla a su hermano.

—¿Esta barbita que te has dejado es por seguir la moda o por perrería de no afeitarte?

Rubén, sonriente, se llevó la mano a su barbilla y se la frotó con aire seductor.

—¿No te gusta?

—Rubén... Rubén... déjame decirte un par de cositas. —Su hermano escuchó—: Si piensas dejarte barba, más vale que la cuides y que no pase de esta medida. La de dos días incluso puede llegar a ser atractiva. Pero no se te ocurra dejarte más porque, por mucho que ahora haya una estúpida moda de ver a los hombres con barba, puedo asegurarte que a muchas mujeres nos parece asqueroso.

—¿En serio? —preguntó alarmado Rubén.

—Sí, muy en serio, es ver a un tío con una y aggg, ¡qué asco, por favor! Es totalmente antihigiénico. Nos viene a la mente vuestra imagen con esa barba llena de comida...

Rubén se carcajeó, su hermana era única. Dallas los observó y le pareció más interesante la conversación animada que parecían mantener aquellos dos que la película.

—Podías contarnos el chiste.

Jaime y Víctor, al escucharles también, se interesaron, fijaron sus miradas en ellos y esperaron.

—Beca dice que estoy más seductor con barba —respondió Rubén sabiendo que Rebeca saltaría.

Y lo hizo, se incorporó y se quedó totalmente sentada mirando fijamente a su hermano.

—¡Serás mentiroso! Yo no he dicho eso.

Todos rieron, la cara de Beca era todo un poema.

—Entonces, yo también debería dejarme barba, ¿no? —preguntó Víctor con guasa.

Rebeca se levantó y empezó a negar con la

cabeza, sus hermanos estaban locos.

—Vamos a ver... vamos a ver... Estoy diciendo que, si quiere llevar barba, la mantenga como la tiene ahora, pero que bajo ninguna circunstancia se le ocurra dejársela larga.

—¿Por qué? —preguntó Jaime para seguir alterando a Rebeca, les encantaba hacerla rabiar.

—¡Porque da asco! —su conclusión hizo estallar en risas a todos menos a ella—. Muy bien, graciosos, dejaros barba, pero que sepáis que si os la dejáis larga, no podréis ligar con ninguna chica.

—Eso no es verdad... —Víctor interrumpió—. Ahora, muchos chicos llevan barba.

—¡Barbita, no barba!, porque cuando empieza a crecer, durante un tiempo está muy dura, y os aseguro que ninguna chica quiere llegar a casa con la cara destrozada.

Seguían riéndose, y Rebeca se dio cuenta que le tomaban el pelo.

—Vale, pues dejaros barba, pero ya podéis ir despidiéndooos de los ligues de una noche.

¿Querían tomarle el pelo?, pues ella iba a ganar

la partida. ¿Qué se pensaban los listillos?

—¿En serio? —preguntó Dallas con una sonrisa de oreja a oreja.

Rebeca los miró, hizo una mueca mientras pensaba qué rápido iban a dejar de reírse de ella.

—¡Y tan en serio! Si os creéis que las mujeres sufrimos depilándonos con la cera brasileña para que un barbudo nos restriegue su barba, —sus hermanos dejaron de reír— ¡no conocéis a las mujeres, es que no tenéis ni idea!

—¡Rebeca! —exclamaron todos al unísono.

Beca sonrió y se sintió ganadora, no había como hacer comentarios donde sus hermanos la imaginasen a ella como mujer y no como hermana, y dejar de ser los graciosos que se creían que eran.

—A ti, jovencita, más vale que no se te ocurra dejar que un barbudo... ¡Maldita sea, ni barbudo ni nadie!; se te acerque a cierta zona depilada. ¿Me has oído Rebeca? —dijo Víctor con muy poca risa en sus palabras.

—Desde luego, qué poco modernos sois.

Y se marchó en busca de su hermano Neill,

dejando allí a los demás echando humo por insinuar que ella dejaba bajarse al pilón a los tíos que le daba la gana.

Llamó a la puerta y esperó a ser invitada, un detalle que sus hermanos no tenían en cuenta con ella.

—Pasa.

Rebeca cerró la puerta y miró a Neill directamente a los ojos; algo estaba claro, su hermano no tenía alegría en la mirada.

—Neill, ya sé que tienes diez años más que yo, pero déjame decirte que eso no te va a hacer escaquearte para contarme qué te pasa. —Su hermano iba a protestar, y Beca lo interrumpió bruscamente—. ¡Y tanto que me lo vas a decir! A ver si os creéis todos que voy a ser la única en esta familia que tiene siempre la obligación de contar las cosas.

Neill sonrió, cuando su hermana sacaba su carácter, era una fiera peligrosa.

—¿Qué te hace pensar que tengo algo que contar?

Rebeca puso los ojos en blanco y estiró el cuello, sus hermanos podían con ella.

—No me tomes por idiota, Neill.

—No me atrevería a hacer tal cosa.

—Para empezar, de todos nosotros, tú junto a Víctor sois siempre los más alegres de la familia. Sí, tienes tu pronto rápido, pero también eres el menos rencoroso. Y llevo una semana en la que si quiero verte sonreír, tengo que ir a buscarte al álbum de fotos.

Consiguió que Neill sonriera, su hermana siempre tenía ese poder en él. Cierto que se llevaban diez años, tan cierto como que para él, Rebeca era su niña mimada.

—No es nada, Beca.

—Y si no es nada, por qué estás tan triste.

—Porque, a veces, la vida no es una broma — respondió fijando su mirada en la ventana.

Rebeca se sentó en la cama de Víctor, cruzó las piernas y decidió que no saldría de allí sin saber la verdad.

—¿Sabes? Si algo me enorgullece de ser una

Irwin, es porque mis hermanos siempre están a mi lado. Al igual que no damos nunca la espalda a uno de nosotros. Te aseguro, Neill, que tú siempre has sido nuestro gran pilar.

Neill se dio la vuelta y miró a su hermana, con una sonrisa fingida y escueta respondió:

—Eso no es cierto, siempre ha sido Javier.

Rebeca apretó los labios dando a entender su disconformidad, su hermano estaba muy equivocado, y ya iba siendo hora que se diera cuenta quien era él para los demás.

—Te equivocas. Javi es el mayor, al que admiramos por estar siempre pendiente de nosotros e intentar que valoremos el estar juntos. Ese es Javier. Tú eres nuestro pilar, el que nos sostienes y no nos dejas caer. El que nos alimenta y protege. Ese eres tú, Neill.

Su hermano se emocionó, no imaginaba que su hermana pequeña pudiera pensar eso de él, puesto que siempre se había sentido en la sombra, detrás de Javier que era el mayor.

—Por lo tanto, Neill, déjame ayudarte con esa



carga que tienes ahora encima, la que está consiguiendo que mi hermano no sea el hombre de siempre, porque si tú no estás bien, esta familia pronto estará mal. Y como dice mamá: «Somos una familia unida».

Neill sonrió al escuchar a su hermana imitar el deje de su madre. Respiró varias veces, se sentó en su cama y, mirando de frente a su hermana pequeña, se confesó.

Rebeca escuchó con atención sin interrumpir; cuando su hermano terminó de contar lo que le tenía preocupado, ella habló:

—Y tu pesar es por no haberte disculpado.

—Fernando no me dijo que ella lo había hecho. El lunes le pregunté, y se hizo el loco, no quería contármelo.

Rebeca, conociendo el cariño y afecto que sentía su hermano por Fernando, supo que estaba afectado por el engaño de su amigo. Tara había sacado a la luz una verdad que nunca llegó a los oídos de su hermano.

—Lo que voy a decir no te va a gustar, Neill,

—Su hermano la observó—. Fernando ha hecho mal ocultando la verdad. Y tengo algo más que decirte que te va a doler.

Durante unos segundos, Rebeca se quedó en silencio; después de lo ocurrido con Tara en su casa, había investigado por su cuenta.

—Es cierto que Tara abandonó la revista, trabaja para la competencia desde aquel artículo. Y... —Ahora venía la parte amarga—. La revista que publicó la maldita crítica no fue tan decisiva como Fernando te ha hecho creer.

—¿Qué insinúas?

—No insinúo, Neill, Fernando tenía el restaurante lleno de deudas, no iba bien desde hacía mucho tiempo, y, por lo que me han contado, comprendo que la crítica de Tara no fuese descabellada. Por si no lo sabías, hacía medio año que Fernando no tenía cocineros preparados.

—No te entiendo.

«Lógico», pensó Rebeca, porque a ella le costó lo suyo entender lo que había averiguado.

—Fernando es chef y, al igual que tú, se espera

de vosotros mucho más que una simple hamburguesa. Habéis estudiado licenciatura de administración gastronómica y trabajado con grandes maestros. Por ello no sé por qué Fernando despidió a su equipo y contrató gente sin experiencia. Créeme, Neill, sus últimos trabajadores contratados, la única experiencia que tenían era en la construcción.

—Eso no puede ser.

—Lo es, Neill, y por desgracia Tara acudió a su restaurante un día en el que ni siquiera Fernando estaba.

Neill se llevó las manos a la cabeza, si ya se sentía un estúpido por no haber pedido disculpas a aquella mujer, ahora se sentía frustrado y muy decepcionado con su amigo. ¿Por qué no le había dicho nada? ¿Cómo dejó hundir su restaurante?

Se sintió avergonzado por cada palabra que había escrito sobre Tara Campbell.

—Me siento un miserable ahora mismo.

—No deberías, no es culpa tuya.

—¿Tienes idea de todo lo que he dicho de esa

mujer?

Y tanto que la tenía. Asintió con la cabeza y agarró las manos de su hermano.

—Neill, una de tus grandes virtudes es que sabes perdonar. Y, ahora, actúa como el hermano mayor que tanto adoro y demuéstreme una vez más por qué me siento tan orgullosa de ti.

A Neill se le iluminó la mirada, su hermana estaba allí diciéndole que se sentía orgullosa de él cuando él, ahora mismo, lo único que sentía era desprecio por sí mismo.

Mientras Neill pensaba qué hacer, su hermana seguía sujetando sus manos, acariciándolas para tranquilizarlo y demostrarle su cariño y comprensión.

—¿Sabes dónde se hospeda?

Rebeca sonrió encantada, sí señor, ese era su hermano. Podía llamarla y pedir disculpas, pero no, él no, Neill iba a dar la cara, porque esa mujer lo merecía.

\*\*\*

Al llegar al hotel dónde Tara Campbell se

hospedaba, Neill fue directo a recepción. Sus ojos localizaron a la mujer que buscaba, sentada en un butacón de la gran entrada del vestíbulo.

La observó mientras se dirigía hasta ella. Tenía el pelo corto castaño, ojos marrones oscuros, no era una mujer muy delgada; eso le gustó, odiaba las mujeres de poco apetito. Aunque la profesión de ella ya dejaba claro que esa mujer era de buen comer.

Una vez delante de ella, se sintió estúpido, no sabía qué decir, tenía todo el derecho del mundo, esa mujer, a mandarlo a freír espárragos.

Tara levantó la cabeza, se quedó sorprendida, pero en su interior sintió alegría. ¡Estaba allí! ¿Pero lo estaba por ella o por casualidad? Al ver que Neill no decía nada, ella, nerviosa, tomó la iniciativa.

—Que yo sepa, señor Irwin, este hotel no es de su propiedad, ¿verdad?

—Verdad —respondió rápido Neill.

—Bien, no me gustaría tener que abandonar este lugar.

Neill quiso evaporarse, se merecía el sarcasmo de Tara.

—Me gustaría pedirle disculpas.

Tara agrandó los ojos, «¡por fin!», sentenció en su interior. Le hizo un gesto con la mano para que tomase asiento.

—No sé por dónde empezar —dijo Neill sin apartar la mirada.

—Estás aquí, eso ya es un comienzo, ¿no crees? Ya se tuteaban.

Neill hizo una mueca con la boca, la mujer que tenía delante le estaba dando todo tipo de facilidades, otra en su lugar se hubiese puesto a la defensiva y con razón.

—Lamento cada palabra que escribí... no tenía ni idea... yo... Lo siento, de verdad, créeme, lo lamento mucho.

Tara sonrió, una sonrisa que a Neill le llegó al alma, merecía una y mil disculpas por ver aquella sonrisa en sus labios.

—Voy a darte un consejo —dijo con tono amistoso—: antes de tomar partido, recuerda que

siempre hay dos versiones de una historia.

—Lo tendré en cuenta.

De nuevo el silencio se apoderó de ellos. Neill miró a su alrededor y preguntó:

—¿Estás esperando a alguien?

—No —se miraron a los ojos—, llevo doce días en esta ciudad, la habitación es bonita, pero me siento enjaulada.

Neill asintió, era lógico, estar en un hotel era práctico y cómodo, pero para una persona sola al final resultaba solitario.

Sin pensar en qué decir, para sorpresa de ambos, Neill hizo un comentario.

—¿Te gustaría cenar conmigo?

Si Tara se sorprendió, Neill todavía más. ¿Acababa de pedirle una cita a esa mujer?

—¿Quieres invitarme a cenar? —preguntó insegura por si no había escuchado bien.

—Si no estás esperando a nadie, ¿por qué no? No es bueno cenar solo —dijo con naturalidad.

Tara lo pensó y miró en dirección al restaurante del hotel. Ya conocía de sobra la comida del local

y pensó que sería agradable cenar acompañada.

—Tienes razón, no es bueno cenar sin compañía.

Neill sonrió, y Tara se fijó que tenía una sonrisa espectacular. Además de unos ojos castaños muy claros con toques verdes.

—¿Vas a invitarme a *El Gran Nido*? —preguntó muy divertida, ya que la última vez él fue muy tajante con que ella no era bien recibida.

—Te invito a cenar y, ¿quieres que lo haga en mi restaurante?

En ese momento, algo ocurrió entre ellos, una complicidad los embargó como si se conocieran de toda la vida y se entendieran con la mirada.

Tara se encogió de hombros y, con mucha soltura y camaradería, respondió:

—Sí, no todos los días voy a tener el privilegio de que cocines expresamente para mí.

Rieron, y Neill se incorporó, tendió su mano, y ella la aceptó. Sin mirar atrás, salieron del hotel mientras reían por las burlas que Tara le hacía.

Una hora más tarde, en la cocina del prestigioso



restaurante *El Gran Nido*, los trabajadores se miraban sorprendidos. Ver a su jefe en la cocina con una mujer, nunca lo habían visto.

Tara observaba fascinada lo bien que le quedaba el pantalón vaquero a Neill mientras bebía una copa de vino. Al llegar al restaurante, Neill le cogió la mano con fuerza y la llevó dentro; sin mirar ni hablar con nadie, se situó junto a unos pequeños fogones que tenían en un apartado, allí tenían un poco de intimidad.

Neill levantó la cabeza y miró a Tara, sonrió con picardía y le hizo una seña con la cabeza para que se acercase más a él.

—Va siendo hora que te enseñe a manejar un cuchillo.

Tara se carcajeó, le había comentado que sentía admiración por todos los cocineros a la hora de utilizarlos.

—Estás bromeando, ¿verdad? —respondió muerta de risa.

—No, es muy sencillo, y hoy vas a aprender.

Tara negaba con la cabeza, aquel hombre se

había vuelto loco si pensaba que ella podría hacer tal cosa y salir de allí con todos los dedos de la mano.

—Neill... de verdad, aprecio mucho las falanges de mis dedos.

Este sonrió y alargó su brazo para quitarle la copa de vino. Tara puso los ojos en blanco. ¡Estaba hablando en serio!

Cuál su sorpresa cuando Neill, con mucha delicadeza, se situó justo detrás de ella, sujetando sus manos e inclinándose para que su cabeza se quedara apoyada en el hombro de ella.

—No... no... voy a poder —estaba muy nerviosa, más por tener a Neill tan cerca, sintiendo el calor que él desprendía, que por poderse quedar sin dedos.

—Claro que vas a poder, lo vamos a hacer juntos —susurró en su oído—. Relájate y déjate llevar.

¡Relajarse! Eso era imposible para Tara. Se sonrojó al pensar que Neill pudiese darse cuenta de que se estaba excitando.

Él, con mucha paciencia y con demasiada delicadeza, sujetaba la mano de Tara que apretaba el cuchillo. Hizo cortes transversales hasta dejar el tomate perfectamente cortado. Sin soltarla, con la otra mano de ella entre las suyas, cogió otro tomate y repitieron de nuevo.

Algo extraño le estaba sucediendo, se sentía muy a gusto con ella, su risa lo estaba cautivando, y el hecho de poder hablar con ella en gaélico lo hacía sentirse como en casa.

—¿Ves cómo no es tan difícil?

Volvió a susurrarle a Tara, solo que esta vez dejó su cabeza ligeramente ladeada para poder inhalar el perfume que ella llevaba.

—No lo es, porque tú me estás ayudando.

Neill soltó las manos de ella, las bajó a la cintura y, sin soltarla, volvió a pronunciarse.

—Está bien, ahora, tú sola.

Tara sintió un escalofrío cuando las manos de Neill sujetaron su cintura, ese hombre la ponía demasiado nerviosa... muy... muy nerviosa.

# Capítulo 17

## Secretos que matan

Jaime llevaba varios días saliendo en horas de trabajo sin dar explicaciones a su socio. David estaba algo mosqueado, no entendía tanto secretismo. Hoy, su socio se había marchado a las diez de la mañana y entraba por la puerta a las once y media.

—Ya estoy aquí.

—¿Se puede saber dónde has estado? — preguntó David mirando fijamente a su amigo.

—Tenía que hacer unas gestiones en el banco.

—¿Y para unas gestiones has estado tres días saliendo tanto?

Jaime lo miró y se encogió de hombros, quería contarle la verdad, pero había una persona que merecía saberlo antes que el resto.

—Sí, voy a cambiarme.

Se dio la vuelta y se dirigió al despacho antes de pasar por el vestuario. Y como necesitaba hablar con Beca, ya que tenía algo importante que decirle, no dudó en mandarle un mensaje.

*¿Quedamos para comer?*

*¿Invitas tú?*

*¿Acaso no lo hago siempre?*

*Jaime, ¿estás insinuando que yo nunca pago?*

*No lo insinúo, lo estoy afirmando.*

*Grrrr, con amigos cómo tú, no necesito enemigos. Pero te lo paso por alto porque vas a invitarme.*

*¡Qué detalle por tu parte! La verdad, no esperaba menos de ti.*

*Gracias, intento estar siempre a la altura de tus expectativas.*

*¿Siempre... siempre?*

*Mmmm... sí, siempre.*

David, desde el taller, observaba a Jaime, ¿con quién estaría hablando por el móvil? Hacía mucho tiempo que no veía esa sonrisa en los labios de su amigo. Algo estaba claro, era una mujer.

*Bueno es saberlo, Beca. Pasaré a recogerte a la galería, espérame en la puerta.*

*¿Vas a venir en moto?*

*Sí, aparcar en el centro es un coñazo. Con la moto llegaremos antes... ¿Llevas minifalda y por eso lo preguntas?*

*No, es que no me gusta ir en moto.*

*¿Ni siquiera si vas sujeta a mí?*

*¿Eso es una indirecta para que pueda  
sobarte?*

*Puede.*

*Mmmm... en ese caso...*

Jaime soltó una carcajada, David seguía observándolo y negó con la cabeza. Sí, definitivamente hablaba con una mujer, y estaba claro que no era una mujer cualquiera. Conocía demasiado a Jaime, esa risa hacía muchos años que no la escuchaba, al igual que sabía que, hasta hoy, sólo la había conseguido su hermana pequeña.

«¿Habrá conocido a alguien?», se preguntó.

*A las dos, paso a buscarte.*

*No veo el momento de meterte mano.*

Desde la noche que jugaron juntos en el baño de la discoteca, entre Jaime y Rebeca parecía que algo había cambiado. Tonteaban cuando no estaban acompañados, incluso, al salir de la galería el día de la exposición dándose las buenas noches, se besaron.

A las dos en punto, Beca se acercaba a Jaime; este la recibió con una gran sonrisa. Al inclinarse para darle dos besos, Jaime prefirió sentir sus labios, así que, sin avisar, le estampó un beso que dejó descolocada a Rebeca.

Montó en la moto con la mayor de las sonrisas y se puso el casco. Antes de arrancar, Rebeca, con total descaro, se pegó al cuerpo de Jaime y le sobó las piernas para mortificarlo. Cuando una de sus manos se dirigió al punto más peligroso, Jaime le sostuvo la mano, se giró y la reprendió.

—Más vale que no sigas por ese camino o nos estrellaremos.

No mentía, después del beso se sentía



demasiado excitado como para seguir con esos juegos.

Rebeca se encogió de hombros y con risa contestó:

—La culpa es tuya por darme permiso a meterte mano.

Sentados en uno de los restaurantes favoritos de Rebeca, mientras esperaban el primer plato, Jaime se puso nervioso. No sabía qué reacción tendría ella con lo que tenía que decirle.

—Beca... quiero que seas la primera en saberlo. —Se miraron directamente a los ojos—. He comprado la casa que tú querías.

Rebeca se quedó sin aliento. «¿Él?», esa fue la pregunta que le vino a la mente.

Jaime, al ver que ella no decía nada, continuó con la explicación.

—Yo no estoy interesado todavía en irme a vivir a otra parte. Estoy muy a gusto con vosotros...

—¿Y por qué la has comprado? —preguntó con

un hilo de voz.

—Porque dijiste que habían salido otros compradores. Sé que esa casa es muy importante para ti. —Rebeca apenas podía respirar—. Beca, sé que insististe en que no la querías, pero te conozco, siempre has querido esa casa, es la de tus sueños.

Rebeca cogió el vaso de agua que tenía delante y bebió. Se le había reseca la boca.

Jaime, tan observador, seguía estudiando su reacción. Cuando ella dejó el vaso en la mesa, notó un brillo en sus ojos.

«Por favor, no llores, no puedo verte llorar».

Jaime habló rápido para que ella no llorase.

—Puedes vivir en ella, incluso, si en un futuro quieres comprarla, te la venderé.

—Yo... verás... no sé... —no tenía palabras—. Jaime...

—Escúchame —alargó las manos y sujetó las de ella que las tenía encima de la mesa—, puedo ofrecerte un alquiler del que ir descontando las cuotas de pago en caso de que en un futuro la

quieras comprar.

Rebeca no sabía si reír o llorar. ¿De verdad le estaba ofreciendo algo así?

—Jaime, te dije que no era por el dinero.

«Idiota, no ves que sin ti esa casa no significa nada para mí».

—Aun así... —apretó las manos con fuerza—. Eres tú quien más la desea.

—Ya no, ya no tiene ningún sentido para mí.

Jaime sabía que eso no era cierto, sólo había que ver cómo le brillaban los ojos en ese momento.

—De acuerdo, en ese caso espero que no te importe que te pida un gran favor.

—¿Cuál?

—Encárgate tú personalmente de la decoración, no quiero que lo hagan tus empleados.

—¿Quieres contratarnos? —preguntó recelosa.

—No, quiero contratarte a ti.

Rebeca respiró hondo, el camarero les entregó la comida, y Jaime esperó una respuesta por parte de ella.

—Esa casa te ha costado mucho dinero. —Ella lo sabía de sobra—. Ahora, decorarla te saldrá por una cantidad elevada, es muy grande.

—El dinero no importa.

—Jaime... —él la cortó, no pensaba dejar su casa en manos de ninguna otra persona.

—Beca, por desgracia, la vida me arrebató a mis padres. El dinero que me dejaron lo invertí hace muchos años. Mírame, ¿para qué lo quiero? Por mucho que tenga, no va a devolvérmelos. —Rebeca apretó los labios—. La casa y lo que me cueste decorarla no me interesa. Lo único que me importa es que tú te encargues de ello. Por favor.

Fue tan suplicante que Rebeca asintió lentamente.

—Está bien, tendrás que venir a la galería para que digas en qué estás interesado.

—No. —Él lo tenía muy claro—. Tú elegirás todo cuanto necesite esa casa para parecer un hogar. Llevas muchos años pensando cómo la querías, y eso es lo que quiero.

—Jaime, puede que mi gusto no sea el tuyo...

—Beca, no voy a cambiar de opinión. Ya te he dicho que de momento no pienso mudarme y que tú puedes vivir en esa casa cuando quieras.

Rebeca se echó a temblar. Ella, ahora, no podía vivir allí sabiendo que Jaime no la quería a su lado. Aun así, aceptó, y dejaron zanjada la conversación.

Llegaron los cafés, y Jaime se inclinó hacia adelante y apoyó los brazos en la mesa.

—¿Vas a contarme de una vez qué te tiene tan preocupada desde ayer?

Rebeca puso los ojos como platos. ¿Por qué tenía que conocerla tanto? Sí, había un motivo. Un secreto que la estaba matando y, pensándolo bien, igual contarle a alguien le hacía sentirse mejor. No, eso no era cierto, nada lo haría.

—Samuel y Toni. —Al escuchar esos nombres, Jaime la miró con intensidad—. Les pedí que me ayudasen en una cosa...

—¿Y por qué se lo has pedido a ellos y no a mí?

«Maldita sea, estoy celoso».

—Porque ellos... —nunca lo había contado—, bueno... que los necesitaba.

—¿Más que a mí? —preguntó cabreado. Rebeca se asombró.

—Ellos son investigadores privados, por eso los necesitaba.

Jaime se sorprendió, nunca lo había mencionado Rebeca, conocía la amistad que tenían, pero no lo hubiese imaginado.

—Ahora entiendo muchas cosas —dijo sin apartar la mirada de Rebeca.

—¿A qué te refieres?

—Siempre te enteras de las cosas; cuando algo no te cuadra, investigas. —Rebeca se encogió de hombros—. Supongo que tus amigos son los que te ayudaron con las cuentas de Alicia.

Fue nombrar a Alicia, y Rebeca se mordió los labios y suspiró con pesar. Ahora tenía claro que era el secreto que guardaba ella, su cuñada era la protagonista.

—Te preocupa algo relacionado con Alicia, ¿verdad?

Rebeca se removió en su asiento. Sí, era su cuñada la que la estaba matando por dentro.

—Sí, no voy a mentirte... —empezó a negar con la cabeza y apretó los labios con fuerza antes de hablar—. Jaime, es mejor que no sepas nada.

—No confías en mí —respondió con pesar.

—No, no, no... ¡claro que confío en ti!

—Entonces, ¿cuál es el problema?

Rebeca se llevó las manos a la cabeza y se apretó las sienes, le dolían de tanto pensar en lo que había descubierto.

—Porque, por lo que he averiguado, por desgracia, no podemos hacer nada. Es mejor que no lo sepas, con uno que lo esté pasando mal, es más que suficiente.

Jaime no estaba de acuerdo con eso. Él quería compartirlo todo con ella. Siempre lo habían hecho, incluso sin ser pareja, siempre habían estado unidos.

—Beca, cuéntamelo, entre los dos buscaremos una solución a lo que sea. —Volvió a coger las manos de ella—. Por favor, no me lo ocultes... a

mí no.

Rebeca respiró hondo, lo que había descubierto no era plato de buen gusto. No sabía qué hacer, pero Jaime acariciaba las palmas de su mano para brindarle la oportunidad de relajarse y que confiara en él.

Levantó la cabeza, miró directamente a los ojos de Jaime y, con mucho pesar en su voz, habló:

—Todavía no está confirmado, pero... Alicia tiene un amante.

Jaime levantó las cejas sin dejar de acariciar las manos de Rebeca.

—No estarás pensando en contárselo a Javier, ¿verdad? —su voz sonó alarmante.

—¿Y qué se supone que debo hacer?

—Nada...

—¿Qué?! Jaime, no me puedo creer que me digas algo así.

Jaime paró de acariciar las manos de ella, pero no se las soltó.

—Mira, Rebeca, yo hubiese preferido vivir en la inopia. No tienes ni idea de lo que puede



destrozarte enterarte de que la mujer que amas se está acostando con otro.

Rebeca abrió la boca y la cerró, ¿qué podía decir para aclarar aquello después de tantos años?

—Estamos hablando de mi hermano mayor.

—Estamos hablando de que, si Javier se entera, vas a destrozarle la vida.

—¿Y ella puede seguir haciendo lo que le dé la gana? —preguntó muy rabiosa.

—No, sólo te estoy diciendo que no seas tú quien se lo diga. Si tiene que enterarse, que sea por él mismo.

Rebeca se zafó de las manos de Jaime y se tapó la cara para no gritar.

Jaime sabía que, ahora mismo, Rebeca estaba en una situación muy difícil. Así que para relajarla un poco sugirió:

—Haremos una cosa. —Rebeca lo miró—: Has dicho que no está confirmado. —Ella asintió—. En ese caso, hasta que estemos seguros, no pensaremos en nada. Cuando te confirmen si es infiel o no, con mucha calma, veremos los pros y

los contras, ¿te parece?

Rebeca no tenía claro que pudiese olvidarse del asunto sin más. Jaime, al notar su indecisión, insistió.

—Hazme caso, es posible que al final no se confirme, no puedes pasar los días preocupada y angustiada por algo que no sabemos con seguridad.

Su tono de voz y la confianza que demostraba consiguieron relajar a Rebeca.

—Puede que tengas razón, voy a intentar no pensar en ello.

Era la mejor opción. Lo malo era que algo en su interior gritaba que no necesitaba esa confirmación, estaba segura de ello.

—Sí, señor, no esperaba menos de ti.

Veinte minutos después, Jaime paraba delante de la galería donde Rebeca tenía su vehículo.

Ella bajó con cuidado para no quemarse con el tubo de escape y le devolvió el casco. Al hacerlo, sus dedos se tocaron, y Jaime no pudo soportar tanta lejanía entre sus cuerpos, con su mano derecha la sujetó del cuello y la acercó a sus

labios.

No fue un beso rápido ni fogoso ni de pasión. Era un beso cargado de ternura y sentimiento por parte de ambos. Uno de los tantos que estuvieron acostumbrados a darse el uno al otro durante cuatro años.

Al cesar, Jaime apoyó su frente en la de ella y, con los ojos cerrados por la emoción que sentía después de ese beso, con voz emocionada preguntó:

—¿Qué estamos haciendo, Beca?

—Dejarnos llevar... ¿qué podemos perder?

—respondió Rebeca también con los ojos cerrados y mil mariposas en el estómago.

—Todo.

«Beca, no podría perderte otra vez. No soy tan fuerte».

Mientras Jaime, interiormente, contestaba a la mujer que le había roto el corazón hacía años, Rebeca, por su parte, no quiso desaprovechar aquella cercanía y volvió a besarlo.

—Nos vemos esta noche en la clase de baile.

Al escucharlo, Rebeca volvió a la realidad. Otra sesión de esa terapia. Las tres últimas clases habían sido un infierno. Hoy, además, por el avance que la profesora dio, iban a pasar muchas cosas. Una de ellas, confesar lo que más les dolía de sus parejas.

A diferencia de Rebeca, Jaime estaba deseando esa clase, ya tenía ganas de saber por qué Beca fue capaz de liarse con otra persona.

## Capítulo 18

### Hay verdades que duelen más que las mentiras

Rebeca había recibido un mensaje de su amiga Tamara, se encontraba indispuesta. Mientras esperaba, sola, en la puerta a Jaime, uno de los compañeros de la misma clase se acercó a ella.

Llevaba un mono vaquero muy cortito y un top negro que llamaba la atención. Lo había elegido a conciencia, sabedora que a Jaime le encantaba cómo le quedaba ese conjunto. Lo que no sabía era que otros hombres se estaban fijando demasiado en ella.

Empezaba a sentirse incómoda con la conversación, el hombre que tenía delante estaba ligando con ella sin el menor reparo.

—Estamos aquí para recuperar a nuestra pareja

—dijo tajante para conseguir que el sujeto en cuestión dejase de agobiarla.

Jaime entró y se percató al instante de la situación, el lenguaje corporal de Rebeca lo decía todo. Cuando Arturo intentó apartarle un mechón de pelo, Jaime apretó los puños. Los celos regresaron a él, hacía mucho tiempo que esa sensación lo había abandonado, pero últimamente se sentía preso de nuevo. No quería ver a Rebeca con nadie, no soportaba que otro hombre pensara que ella era una mujer libre.

«¡Maldita sea, pero lo es!».

Se acercó raudo y cogió la mano de Rebeca sin mirar al otro individuo; sin darle un segundo a reaccionar, la estaba llevando al final del pasillo. Al llegar, giró a la derecha y, en cuanto una pared los escondió del resto, se giró con tanta rapidez que a Rebeca no le dio tiempo a nada.

Con sus manos ahueco la cara de ella y la besó con tanta intensidad que a Rebeca le temblaron las rodillas. Jaime no podía parar, su boca estaba necesitada de la de ella. Cuando sus lenguas se

encontraron, danzaron al mismo son. Por mucho que lo había intentado con otras mujeres, no conseguía sentir nada, todo era mecánico y sin sentimiento. Nadie se podía comparar a Rebeca, «su Beca», porque, lo quisiera o no, le pertenecía a ella, tanto como Beca a él.

Durante varios minutos permanecieron en la misma tesitura; cuando las manos de él fueron descendiendo por el contorno de ella hasta su cintura, la atrajo con fuerza. Necesitaba sentirla entera. Rebeca se dejaba llevar, y un gemido de placer consiguió que Jaime saliese del letargo en el que se hallaba.

Retiró la cabeza lo mínimo para poder mirarla, sin hablarse, tan solo con la mirada se entendieron a la primera. Ella asintió, y él sonrió mientras seguían jadeantes por la lujuria de aquel beso.

Volvió a besarla con un beso escueto y entrelazó los dedos de su mano con los de Rebeca; iban a marcharse y dejarse llevar por la pasión. Eso fue lo que se dijeron con la mirada. Recorrieron de nuevo la misma distancia que hacía

minutos antes, pero en dirección contraria, cuando la profesora los paró delante de la puerta de la clase de baile.

—Perfecto, justo a tiempo, no se entretengan que hoy tenemos mucho en lo que trabajar.

Ambos se miraron, frustrados por no poder salir de allí como habían deseado. Jaime, al escuchar el gruñido de Rebeca, sonrió y la besó en la frente.

—En cuanto salgamos, voy a llevarte directo a la cama.

Rebeca lo miró y sonrió. Él, al terminar la frase, le entregó otro beso rápido en los labios.

Una vez preparados y con la música de fondo, la profesora, o más bien la terapeuta, habló:

—Hemos avanzado mucho estas semanas, hoy daremos un paso enorme. Van a interiorizar en lo más hondo, escuchen a sus corazones, y ellos les dirán lo que necesitan saber.

Rebeca miraba a la profesora mientras Jaime no apartaba la vista de ella.

—El corazón agrietado necesita cerrarse, no



podemos vivir con el corazón partido toda la vida. Y hoy empezaremos a curarlo. Van a ser sinceros y sacar a la luz todo aquello que les provocó esa grieta. Hay que ser fuertes y sinceros, porque de ese dolor saldrá lo que nos perjudica. Solo hay una manera de curarlo: compartir el sufrimiento para que nuestra pareja acepte el daño causado. No se puede curar un corazón herido si uno no perdona y el otro no aprende del error cometido.

Rebeca tragó saliva. ¿Quién iba a ser el acusador? Cuando miró a los ojos a Jaime, supo la respuesta al instante.

—Comencemos.

Y dicho esto, Jaime agarró a Rebeca y comenzó a balancearse mientras estudiaba su rostro para ver si era capaz de ser la primera en hablar. Al no hacerlo, fue él quien dio el primer paso.

—¿Quieres empezar tú? —preguntó y esperó unos segundos que le parecieron eternos, hasta que escuchó la voz de Rebeca.

—Me dolió tu partida... me sentí tan vacía y desgraciada... No comprendía que tú pudieses

dejarme sola.

Jaime escuchó sin interrumpir, necesitaba reprocharle, pero, antes, debía escucharla.

—Puede que hoy no me lo hubiese tomado tan a la tremenda, supongo que diez años te hacen entender las cosas de otra manera... —su voz demostraba que estaba apenada—. Pero me sentí morir. Pensé que podías haber elegido otra opción, quedarte conmigo y seguir juntos toda la vida.

Se quedó en silencio y miró a los ojos a Jaime. Este no pudo aguantar más, era el momento de sacarse todo lo que llevaba dentro.

—Lo eras todo para mí. Prometí regresar, y tú no esperaste ni una semana para acostarte con otro. —Rebeca bajó la cabeza—. Mírame, Beca, mírame y dime de una vez por todas la maldita verdad.

Rebeca levantó la cabeza y lo miró con los ojos brillantes, la voz áspera y dura de Jaime confirmaba que él estaba muy enfadado y dolido.

—¿Tanto me odiaste por marcharme para arrancarme el corazón sin ningún miramiento?

Sabías que te amaba con toda mi alma, que hubiese dado la vida por ti y... aun así, me engañaste.

Rebeca llevaba mucho tiempo escondiendo una única verdad. Una verdad que no pudo aclarar en su día y que él merecía conocer.

—Te mentí.

Jaime dejó de moverse, atravesó con la mirada a Rebeca y le espetó en la cara:

—¿Qué?! —Debía haber entendido mal.

—Estaba muy enfadada, quería que tú sintieras el dolor que yo sentía tras tu partida...

—¿Me mentiste?! —gritó sin control alguno. Su voz retumbó por toda la sala.

—Lo siento... me arrepentí nada más mandar la carta, y al recibir la tuya...

Jaime estaba fuera de sí, diez años destrozado por una mentira. ¿Qué clase de mujer hacía algo así?

—Intenté contarte la verdad, pero ocurrió algo...

—¡Para, maldita sea, para! —De nuevo su voz alteró al personal. La profesora se acercó y puso

la mano en el hombro de Jaime, pero este se zafó de malos modos.

—Jaime...

—¡Me mentiste! Me jodiste la vida y pretendes que... que... —No podía ni hablar—. ¿¡Cómo pudiste!? ¡Maldita seas, Beca!

Salió de allí como alma que lleva el diablo. Rebeca se quedó paralizada, con el corazón a mil por hora y con la sensación de haber perdido la última esperanza de poder recuperar a Jaime.

Bajó la cabeza y se marchó sin poder mirar a nadie a la cara, daba igual, la única persona que le importaba ya no estaba.

Al llegar a la casa, sus hermanos Dallas y Rubén estaban en la cocina. Se sorprendieron al verla llegar tan pronto.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Rubén.

—Hoy se ha acabado antes la clase.

La voz de Rebeca sonó tranquila y segura. Intentó salir del paso para no sentirse acorralada por sus hermanos o acabaría confesando.

—¿Y Jaime? —preguntó Dallas.

«Eso mismo me pregunto yo».

—No lo sé, creo que ha quedado con alguien —sonrió costándole la vida—. Voy a ducharme, estoy agotada, no creo que cene, he merendado mucho esta tarde.

Dicho esto, subió las escaleras, entró en el baño y se metió en la ducha, giró el grifo y, cuando el agua salió a presión, se arrodilló y lloró sin consuelo.

\*\*\*

Jaime llegaba a la una de la madrugada. Cuanto más intentaba olvidar lo ocurrido, más rabia sentía por dentro. Se había burlado de él sin compasión. Ella era consciente del daño que había provocado su mentira y, aun así, la mantuvo en secreto diez malditos años. ¿Cómo había podido pensar que podría tener de nuevo una relación con ella? Hoy estuvo a punto de dar ese paso. De haber salido de allí juntos, no la habría dejado escapar nunca más. Y ahora estaba tumbado en la cama, dolido, enfadado, asqueado y roto. ¿Cuántas veces pensaba joderle la vida?

Dos horas más tarde seguía igual, incluso peor, porque ahora era mucho más angustioso, después de esto ya no la quería ni como amiga. Se había reído de él todos esos años, y él, tan idiota perdonándola siempre. A punto de amanecer se quedó dormido—

Al sonar el despertador, quiso morirse, no tenía fuerzas para nada. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, se levantó. Al salir de su dormitorio, se encontró con Rebeca en el pasillo, se miraron y fue ella quien habló.

—Jaime...

—Ni me hables, has sabido guardar tus mentiras durante mucho tiempo, también podrás guardar silencio.

Rebeca cerró los ojos, dolida, y Jaime bajó las escaleras con rapidez. Ni siquiera desayunó, tenía prisa por alejarse de Beca.

Neill y Víctor se miraron, no era habitual en Jaime salir de esa manera sin apenas dar los buenos días.

Rebeca cogió su café con leche y comió su

bollo diario, regresó a su dormitorio y, con su mp3 conectado, se sentó en el alfeizar de la ventana y escuchó su canción habitual.

Al repetirla por cuarta vez, se dio cuenta de una cosa: esa canción ya no le pertenecía. Jaime ahora sí la odiaba y no la perdonaría.

Bajó y se despidió de sus hermanos fingiendo una gran sonrisa en los labios.

# Capítulo 19

## La venganza

Tres semanas sin dirigirse la palabra. David no conseguía sonsacar una palabra a ninguno de los dos. Tamara tampoco había conseguido mucho. Pero esa tarde descubrieron el motivo.

—Perdona, tú eres muy amiga de Rebeca, ¿verdad? —preguntó Arturo en la puerta de la clase de baile.

—Sí.

—Me preguntaba si podrías darme su teléfono, supongo que, después de la bronca de hace unas semanas, ya no van a volver.

Tamara abrió los ojos como platos. ¿Bronca? No comprendía nada.

—No te entiendo.

—Hace tres semanas que no vienen a clase, su pareja salió de aquí muy cabreado gritando:



«¡Maldita seas!», no es de extrañar que hayan dado por zanjada la reconciliación.

Tamara tragó con dificultad, lo que estaba escuchando no lo había imaginado ni en mil años, eso quería decir que sus amigos habían dado un paso definitivo.

La voz de Arturo la trajo de nuevo al presente. Le molestó su comentario y se lo hizo saber de inmediato.

—Entonces, me das el teléfono, ¿no?, ahora es una mujer sin pareja, y yo puedo darle lo que necesita.

—Tú estás aquí con tu pareja...

—Estamos separados...

—¡Estás en *dance therapy*! Eso quiere decir que estás intentando arreglar tu relación. Lo que mi amiga necesita ya se lo da el hombre que está a su lado.

Al escuchar el tono de voz de Tamara, supo que era mejor retirarse a tiempo. Suerte que lo hizo porque llegó David y rodeó a Tamy con sus brazos por detrás mientras le daba un beso en la cabeza.

—Preciosa, ya estoy aquí.

Tamara se dio la vuelta lentamente y lo besó con cariño. Al separarse, le cogió las manos y, con lástima, habló:

—Acabo de enterarme por qué Beca y Jaime están así.

Le comentó lo que había narrado Arturo, y David se tapó la cara con las manos. Los dos llegaron a la misma conclusión; Rebeca y Jaime, en la terapia, debieron sacar su pasado y ninguno lo había superado.

\*\*\*

El viernes por la tarde, Rebeca estaba en la peluquería de Tamy. Una clienta habitual estaba muy quisquillosa.

—Tamara, cielo, hoy me tienes que dejar impecable, tengo una cita especial.

—Yo siempre te dejo divina —respondió sonriente.

—Sí, eso es cierto... además, mi cita es amigo tuyo.

—¿En serio, quién? —preguntó curiosa.

—Jaime, lo conocí aquí, ¿no lo recuerdas?

Al escuchar ese nombre, Rebeca dejó la revista que sostenía y prestó atención. Tamara no quería continuar con aquella conversación estando Rebeca presente, pero Cintia tenía muchas ganas de hablar del tema.

—Cuando lo vi, dije: «¡Este hombretón es para mí!».

—Jaime es muy promiscuo —dijo Tamara para zanjar el tema.

—Mejor, no me gustan los hombres difíciles, eso de perder el tiempo no me gusta. De un hombre quiero lo que quiero.

Rebeca, que estaba atenta a la conversación, no pudo estar callada y preguntó rápida.

—¿Y qué buscas?

Cintia, sin mirarla siquiera, observando su propio rostro en el espejo, respondió:

—Sexo. Ese chico tiene pinta de ser un buen semental. —Se echó a reír, y su amiga, que estaba sentada al lado de ella, le dio una palmadita en el hombro.

—Nunca cambiarás, eres insaciable.

—Ellos buscan lo mismo... —Hizo una pequeña pausa—. Aunque, si os soy sincera, este chico me gustó mucho. Igual lo quiero para algo más que llevármelo a la cama.

Tamara miró a Rebeca, esta ni se percató, estaba muy pendiente de Cintia.

—Jaime no es de los que se atan a nadie —las palabras de Tamara consiguieron una sonrisa maliciosa de Cintia.

—Eso dependerá de si yo estoy dispuesta a atarlo o no. Nunca se me ha resistido ningún hombre. Si me lo propongo, caerá en mi red. —Su confianza en sí misma era aplastante—. De momento, veremos qué tal se porta el bomboncito esta noche y luego ya se verá.

Rebeca se levantó de su asiento, se despidió de su amiga Tamara y se marchó a casa totalmente desmotivada.

A las ocho en punto, sentada en su habitación, pensaba sin parar. Sus hermanos habían salido, y la única persona que se encontraba en la casa era

Jaime en la ducha. Necesitaba aclarar lo que sucedió y esta vez tenía la posibilidad de hacerlo; no podía salir de la ducha sin escucharla.

Entró con celeridad y, sin descorrer las puertas de la mampara, habló, sorprendiendo a Jaime.

—¡Te marchaste sin dejar que acabara de explicarme!

—¿Te has vuelto loca?! ¡Sal de aquí!

—No pienso salir de esta habitación hasta que me hayas escuchado. —No pensaba ir a ninguna parte sin soltar toda la maldita verdad, por muy dolorosa que fuera.

Jaime, enfurecido, cerró el grifo del agua y, sin saber por qué, esperó a que ella hablara.

—Pues hazlo rápido, ¡tengo prisa!

Rebeca sintió que el corazón se le aceleraba y dio gracias de que él no abriese la mampara.

—Cometí un error, el error más grande de mi vida... te juro, Jaime, que intenté explicártelo, pero sucedió algo.

Se le quebró la voz. No había hablado de ello con nadie. Habían pasado diez años y todavía se

echaba a temblar al recordarlo.

Jaime cerró los ojos, esa mujer podía con él. No estaba dispuesto a seguir escuchando, la rabia se apoderó de su ser, y abrió la puerta. A Rebeca se le reseco la garganta, Jaime, completamente desnudo ante ella, era una visión extraordinaria. Sin previo aviso, se acercó a ella y, antes de devorarle la boca con ansia, dijo:

—¡Cállate!, no quiero saber más.

Y dicho esto, se fundieron en un beso demoledor. Rebeca temblaba, estaba nerviosa, y él, poco a poco, consiguió que se relajara. Parecía estar viviendo un *dejavu*, porque las caricias de Jaime pasaron a ser lentas, pausadas, con mucho cariño. Como si estuviesen de nuevo hacía diez años atrás, como la última vez que hicieron el amor con sentimiento puro.

Con el cuerpo empapado, y sin importarle mojar la ropa de Rebeca, se pegó a ella cuanto pudo. Que Beca lo sintiera era primordial. Y así fue, ella se dejó llevar por el momento y se entregó sin reparo. Jaime la alzó en brazos y se

dirigió al dormitorio de Rebeca, iban a saltarse de nuevo las normas. No importaba, ya no importaba nada excepto hacerle el amor a Beca.

Mientras sus labios seguían pegados, las manos de Jaime, poco a poco, iban despojando la ropa que los separaba. Quería sentir piel con piel. Lamer y explorar el cuerpo que tanto había añorado. Sin prisas, hoy necesitaba hacerlo a su manera, que Rebeca sintiera que lo necesitaba, que lo ansiaba, que sin él, nada tendría sentido. La conocía a la perfección, sus puntos más sensibles, sus zonas erógenas, lo que le gustaba recibir y, por supuesto, lo que él estaba deseando darle.

Mientras los labios de Jaime vagaban por el cuerpo de Rebeca, esta soltó varios gemidos de excitación. Por fin volvían a estar juntos, por fin las caricias del único hombre que la hacía sentir viva. Por fin su alma parecía llenarse nuevamente de algo que había perdido. Y sin poder remediarlo, de su boca salieron dos palabras que no pudo retener, llevaba diez años guardándolas, y solo el hombre que tenía encima las merecía.

—Te... quiero...

Jaime, al escucharla, levantó la cabeza y la miró con brillo en los ojos, se acercó a sus labios y los saboreó con tal deleite, que Rebeca sintió que él quería dejar constancia de que le pertenecían. Y así era, para Rebeca no había ningún otro hombre a quien pertenecer.

Las caricias entre ambos los llevaba a mayor excitación, ninguno de los dos podía cesar aquello y, cuando se miraron a los ojos, tenían muy en claro que los dos querían culminar. Y sin más, Jaime penetró a Rebeca con tanta sensualidad y cariño que ella, al cerrar los ojos, se imaginó con diez años menos, cuando se despidieron profesándose amor sincero y eterno.

Los envistes, lentos y pausados, eran necesarios, Jaime quería disfrutar lo máximo posible, necesitaba estar dentro de Rebeca el mayor tiempo. Al verla con los ojos cerrados, se mordió los labios, era una visión que hacía diez años tenía memorizada en su cabeza. Hoy la tenía delante y quería que ella no lo olvidara.



—Mírame... mírame... Beca.

Y lo hizo, ella abrió los ojos, y sus miradas conectaron; sin apartarla ninguno, llegaron hasta el clímax, juntos.

Jaime se dejó caer encima de Rebeca, ella lo abrazó con sentimiento auténtico, y él le besó el cuello y se echó a un lado llevándosela junto a él. Permanecieron un buen rato en silencio, acompasando sus respiraciones. Beca no quería separarse, pero un movimiento de Jaime consiguió que ella, con desgana, se hiciese a un lado.

Jaime se incorporó y, sentado en el borde de la cama, dándole la espalda a Rebeca, utilizó un tono de voz cínico que sorprendió a la muchacha.

—A diferencia de tus mentiras, Beca... —Se puso en pie y la miró de frente—. Esta noche, yo sí voy a follarme a otra.

Rebeca sintió un dolor fuerte en el corazón, aquellas palabras tan llenas de rencor después de haber hecho el amor, no era lo que esperaba. Se incorporó y se cubrió con la sábana para encararse a Jaime.

—¿Esto lo has hecho por venganza? ¿¡Es eso!?

—gritó fuera de sí.

—Así sufrirás en tus propias carnes lo que me hiciste a mí hace diez años.

—No me lo puedo creer... —se quedó sin palabras.

—Pues créetelo, ahora sí tendremos la verdadera despedida, y el motivo por el que nos separamos y me rompiste el corazón. Solo que, en esta ocasión, no hay mentiras, hay otra mujer esperándome.

Rebeca respiraba con dificultad, aquello era demasiado. Jamás imaginó que Jaime pudiese sentir tanto rencor hacia ella.

Con la poca dignidad que le quedaba en su ser, después de haberse entregado a él sin reparos, incluso después de haberle confesado que lo quería, lo miró con rabia.

—La diferencia entre tú y yo es que yo lo hice por dolor. Sí, me equivoqué y lo pagué muy caro... —las lágrimas se le agolparon en los ojos—. Y tú lo has hecho por rencor. Soy idiota... estaba

dispuesta a confesarte toda la verdad, el verdadero motivo por el que no pude pedirte perdón...

«No se te ocurra contárselo, no lo merece. Te odia tanto como para hacerte el amor y luego humillarte».

Jaime notó algo extraño en ella. «¿Qué motivo era el que le impidió confesar la verdad?».

—¿Cuál? —preguntó escrutándola con la mirada.

Rebeca explotó, no podía soportar un segundo más a su lado.

—¡Fuera! —bramó—. ¡Largo!

Jaime se dio la vuelta y se dirigió a la puerta, cuando estaba a punto de salir, Rebeca dijo algo que dejaba constancia de lo que sentía.

—Acabas de destrozar los cuatro mejores años de mi vida. Aunque algo voy a tener que agradecerte, —Jaime ladeó la cabeza para mirarla—: No voy a desperdiciar ni un solo minuto más de mi vida por ti. Ya he perdido diez años en el camino esperando tu perdón. Conseguiste tú solito lo que tantos intentaron en un año: poder

olvidarme de ti. Y, ahora, sin esos cuatro años en mi mente, ya no me une nada a ti.

Jaime se alejó y, al entrar en su dormitorio, cerró de un portazo. Se tumbó en la cama y maldijo en silencio. La venganza no le había dejado un buen sabor de boca, todo lo contrario. Se sentía roto y un auténtico desgraciado por haberla tratado así.

Durante un buen rato estuvo analizando las palabras de Rebeca, algo le carcomía por dentro: ¿Qué había callado ella? ¿Qué era lo que hoy quería confesarle? ¿Quiénes habían intentado que ella se olvidara de él? Sus hermanos, por lo que sabía, no estaban al tanto de por qué rompieron y tampoco parecía que se hubiesen confabulado para que Rebeca no tuviese trato con él.

Rebeca, después de una ducha necesaria, entró en su dormitorio acelerada. Agarró las sábanas de un tirón y, con ellas en los brazos, bajó corriendo a la parte trasera de la casa. Se dirigió a un bidón metálico, que usaban para quemar rastrojos del jardín, y les prendió fuego. No quería volver a ver

esas sábanas, no había mentido; ya no iba a desperdiciar ni un solo segundo de su vida pensando en Jaime.

Subió de nuevo las escaleras y, al llegar a su habitación, algo en su interior se removió. Se dio la vuelta lentamente y miró al final del pasillo justo cuando Jaime salía de su dormitorio, acicalado y con ganas de encontrarse con su cita de esa tarde.

Pasó rozando a Rebeca, y ninguno de los dos fue capaz de mirarse a la cara directamente. Indiferencia por parte de ambos.

Una vez Rebeca escuchó cómo se cerraba la puerta de la entrada, dio dos pasos hacia adelante. Miró el acceso a la buhardilla y se acercó lentamente.

Con una mano en la barandilla, y los ojos clavados en el último tramo de escalera, respiró fuerte. Tragó saliva con dificultad y cerró los ojos. Al volverlos a abrir, supo que había llegado el momento de entrar donde nadie más lo tenía permitido.

Con temblor en las manos, haciendo un esfuerzo, bajó la manilla de la puerta y esta se abrió.

El corazón de Rebeca se aceleró, llevaba una década sin poner un pie en esa estancia de la casa. Diez años que la recibían interiormente, pues al abrir la puerta, se encontró con el gran ventanal que iluminaba el que, hasta ese día fatídico, había sido su lugar de trabajo. Los recuerdos se agolparon en su mente sin previo aviso. ¡La de horas que había estado allí metida sin descansar! ¡Los días de euforia y alegría al ver sus nuevas creaciones terminadas...!

Entró y cerró sin mirar, dejando su cuerpo apoyado en la puerta, mirándolo todo como si fuese la primera vez que lo hacía. Así permaneció durante varios minutos, paralizada, intentando mentalizarse de que podía controlar sus pensamientos, pues el pasado, en ese mismo momento, estaba de nuevo en su interior.

Todo estaba tal cual lo había dejado. Se notaba que la mujer del servicio doméstico era la única

que pasaba por allí, ya que todo estaba impoluto.

Por fin su cuerpo reaccionó y se puso en movimiento, dio dos pasos y miró las fotografías colgadas. Sonrió al recordar aquel día, el primer desfile; los nervios, la locura, la alegría, la sensación de sentirse plena...

Continuó avanzando hasta llegar a uno de los maniqués que portaba su última creación sin terminar. Una falda larga con un poco de cola, de color fresa chicle, y el corpiño que todavía no estaba cosido. Apoyó la cabeza en este, cerró los ojos y lloró.

En cuanto se recuperó, se dirigió a su mesa, alargó la mano y con el dedo índice rozó los lápices de colores. Con movimiento lento y pausado, sin percatarse de lo que estaba haciendo, mientras continuaba tocando cada objeto que había encima de su mesa, acabó sentada frente a ellos. Miró con detenimiento exhaustivo su último boceto. Respiró con fuerza y alargó el brazo para coger el lápiz de color rojo y, sin pensarlo ni un segundo, su mano tomó el control de su organismo

y continuó con lo que hacía diez años había dejado por terminar.

Pasada una hora, acababa su última creación. La miró y sonrió. Puede que llevase muchos años sin haber pensado en ello, pero estaba claro que todavía podía retomar parte de sus sueños. Uno era Jaime; otro, la casa de enfrente para vivir con él, y por último, su trabajo como diseñadora de moda.

Se levantó de su asiento, miró de nuevo todo el lugar y suspiró. Estaba claro que a Jaime ya lo había perdido para siempre, y con él la casa que tanto deseaba. Ahora tenía que averiguar si sería capaz de recuperar la pasión y el amor que sentía al crear. Porque no podía seguir viviendo sintiéndose totalmente vacía.



# Capítulo 20

## Decisiones que tomar

A la mañana siguiente, Rebeca estaba en la cocina con la fregona en la mano, limpiando el rastro de agua que dejó un vaso que se le había caído. Al estar la casa vacía, había puesto música y bailaba como había aprendido en las clases de Dance therapy, por lo que no se percató, de que acababan de entrar cuatro de sus hermanos, un amigo de Víctor y Jaime.

Dallas iba a interrumpir el numerito de su hermana, sabía que se moriría de vergüenza cuando los descubriera, pero el amigo de Víctor, Áxel, le hizo un gesto para que se detuviese. El espectáculo era digno de admirar, Rebeca en biquini haciendo movimientos sexis estaba espectacular. Sin poder contenerse, Áxel susurró para sí mismo, pero todos los presentes lo

escucharon.

—Acabo de encontrar una diosa.

Dallas clavó su mirada en él, y Rubén se carcajeó. Estaba anonadado total, era incapaz, ese hombre, de apartar la vista de su hermana.

Jaime, por el contrario, lo atravesó con la mirada. David le dio un codazo a Víctor para que mirase a su amigo. Este lo hizo y sonrió, Rebeca tenía hipnotizado a su compañero por completo. Llevaban cinco años trabajando juntos, su amistad era fuerte y, aun así, nunca había conocido a su familia hasta hoy.

Al terminar la canción, los aplausos sobresaltaron a Rebeca, soltó la fregona, dio un traspies y por poco acaba en el suelo. Se recompuso con las mejillas ardiendo y, sujetándose a la encimera, habló:

—¡Me habéis asustado!

Todos rieron, y Víctor hizo las presentaciones. Cuando Áxel se acercó para darle dos besos, lo hizo encantado y, además, le sujetó las manos, alzándolas y besando sus nudillos como un

auténtico caballero de antaño.

—Si Víctor me hubiese dicho que tenía una hermana tan guapa, me habría arreglado para no presentarme con estas fachas...

Rebeca lo miró y sonrió, llevaba unas bermudas y una camiseta vieja.

—Venimos a pasar el día en la piscina — interrumpió Víctor para que Áxel soltara las manos de Rebeca, parecía que su amigo no se había olvidado que las tenía sujetas.

—No me puedo creer que mi hermano no te hablara de mí. ¡Y mucho menos que no dijese que soy guapa! —protestó Rebeca haciéndose la ofendida, consiguiendo que sus hermanos rieran.

Pasaron la mañana en la piscina con bromas y risas. Áxel era un hombre divertido, además de tener un cuerpo atlético que demostraba que, al igual que su hermano Víctor, se cuidaba mucho, su profesión así lo requería: monitor de deportes de riesgo.

Tumbados en el césped, continuaron su charla; la química entre Áxel y Rebeca se notaba. Algo

que no pasó desapercibido para sus hermanos.

—Así que eres puertorriqueño.

—Ajá, muy latino como habrás comprobado. —  
Le guiñó un ojo con complicidad—. Eso me hace  
más interesante, ¿a que sí?

Rebeca rió con gusto, aquel hombre de treinta y cuatro años era fantástico y divertido, incluso su acento era dulce y sensual. Y, desde luego, su físico podía ser envidiado por muchos modelos masculinos. Casi metro noventa, color de ojos negros a juego con su cabello azabache. Todo en él era puro fuego. Ese hombre debía ser una bomba sexual.

—No estarás intentando ligar con mi hermana, ¿verdad? —preguntó Víctor muy cómico.

—Amigo, de poder hacerlo, te aseguro que no te pediría consentimiento. La dama merece cualquier sacrificio.

Los tres rieron mientras Dallas observaba a todos como era habitual en él: Rubén sonreía cada dos por tres por las ocurrencias de Áxel; David parecía molesto con ciertos comentarios, y Jaime,

por su parte, no se acercaba a su hermana. Algo que ya había observado desde hacía semanas. Pero, hoy, algo se le escapaba. En todo ese tiempo, Rebeca intentaba siempre un acercamiento; hoy, parecía que Jaime no existía, ni una sola mirada ni un saludo, nada excepto indiferencia. Jaime, sin embargo, no dejaba de mirarla, y su expresión era de frustración y algo más que no sabía descifrar.

Habían convencido a Rebeca entre todos sus hermanos para salir de fiesta. Ella se había mostrado muy reticente, pero lo consiguieron.

Áxel estuvo toda la tarde de confesiones con Rebeca, algo que mosqueó al resto, ya que no les dejaron meter baza en la conversación.

Víctor se había marchado con Áxel, quedaron en un local de moda y allí pasarían la noche todos juntos.

Dallas se sentó en el sofá, al lado de su hermana. La miró y, con tono tranquilo, habló:

—Llevas casi un mes desaparecida, sabes que me tienes para lo que sea, ¿verdad?

—Sí, lo sé. —A Beca le hubiera gustado

sincerarse, pero era mejor no inmiscuir a nadie—. Estoy liada con un trabajo que me tiene muy ocupada.

No mentía, por las tardes se quedaba en la oficina a solas. El encargo que le había hecho Jaime lo llevaba en secreto. Ni siquiera estaba segura que siguiese en pie; aun así, lo estaba haciendo.

—Beca, ahora no trabajas por las tardes, además, dentro de una semana estarás de vacaciones.

Dallas dudaba que su hermana estuviese trabajando por las tardes cuando todos sabían que, en verano, la galería se cerraba.

—Por eso estoy tan liada con ese pedido. Quiero dejarlo terminado antes de las vacaciones...

—¿Por qué? —El tono de voz de su hermana disparó su alarma.

—Porque, cuando regrese de las vacaciones, no quiero seguir con ese encargo —sentenció. Y no mentía, quería empezar una nueva vida sin pensar

más en su pasado—. Lo tendré terminado en un par de días, y eso es lo que me tiene ocupada. No tienes que preocuparte por mí.

—Sabes, pequeña, que eso no ocurrirá nunca.

Rebeca sonrió, su hermano Dallas siempre estaba pendiente de ella. El resto de hermanos también, pero Dallas, por alguna razón, siempre estudiaba su estado de ánimo. De hecho, era consciente que fue Dallas quien peor lo había pasado cuando la ingresaron. No entendía cómo, entre siete hermanos a su lado, ninguno fue capaz de ayudarla para no llegar a esa situación. No se lo había perdonado, sentía que le había fallado.

Le dio un beso en la mejilla, muestra de gratitud por su preocupación.

—De verdad, estoy bien y en cuanto lleguen mis vacaciones, te aseguro que estaré mucho mejor todavía.

Dallas estudió su rostro, podía ser que ella sonriera, pero sus ojos decían todo lo contrario.

—Estoy seguro que no me estás mintiendo, pero tu mirada está apagada, ¿estás así por Jaime? —

Rebeca agrandó los ojos— Lleváis días sin hablaros, no soy ciego, Beca.

¿Qué contestar a esa pregunta? No podía contar la verdad, pero tampoco estaba dispuesta a mentir a su hermano.

—Estamos peleados, tampoco es la primera vez.

—Lo sé, pero sí es la primera vez que dejáis de hablaros.

Desde luego a su hermano no se le escapaba nada. Ciertamente habían discutido muchas veces, aunque en esta ocasión ya no iba a ser como siempre. El tiempo conseguiría que volviesen a tener trato —ya que convivían en la misma casa—, pero la amistad y el cariño no entrarían en este.

—Se nos pasará, estate tranquilo que no es nada grave.

Rebeca volvió a sonreír para que Dallas se quedase tranquilo, no era solo lo de Jaime, en su interior guardaba otra carga más pesada, una que ya le estaba quitando el sueño.

—Bien, bueno es saberlo, no me gustaría tener



que matarlo... en el fondo, ya lo considero un hermano.

Rebeca asintió y se levantó del sofá, no podía seguir con aquella conversación, su hermano Dallas siempre acababa consiguiendo sonsacarle todo lo que necesitaba saber.

—Voy a por agua.

No había dado ni cinco pasos cuando Rubén la interceptó y se paró frente a ella.

—¿Algo que debas contarnos, hermanita? —Su tono de voz y su sonrisa traviesa consiguieron que Rebeca pusiese los ojos en blanco.

—De verdad os lo digo, ¡sois muy cotillas! —Tenía claro que Rubén estaba interesado en saber si había algo entre Áxel y ella.

Dallas y David se rieron, para ser sinceros, cuando se trataba de algo relacionado con Rebeca, ella tenía razón, lo eran y mucho.

—Somos todo lo que tú quieras, pero responde a mi pregunta.

Rebeca alzó los brazos al aire en señal de protesta, hizo a un lado a su hermano y continuó su

camino hasta la cocina para beber agua. Mientras se alejaba, se expresó en voz alta.

—¡No puedo con vosotros, me tenéis harta!

Más risas por parte de todos. Al llegar a la cocina, Jaime estaba allí, sentado en un taburete alto, apoyado en la parte central de la isla de la encimera, leyendo una revista de autos.

Pasó por su lado sin dirigirle siquiera la mirada. Cogió un vaso y lo llenó. Jaime, por el contrario, sí la miró, quería acercarse a ella y disculparse. Se sentía roto y vacío. Y, además, también había mentido, porque le fue imposible acostarse con otra mujer después de haber estado con ella. Estaba a punto de decir algo cuando Tamara entró y fue directa a abrazarla.

—Me ha contado David que has conocido a un... —Se percató en ese momento que Jaime estaba allí sentado—. Hola, guapo.

Se acercó y le dio sus dos besos habituales entre ellos de saludo. Al ver que la situación entre Beca y Jaime parecía no haber cambiado, decidió que echar un poquito de leña podía incluso ayudar

a que Jaime reaccionara, los celos en cierta medida siempre eran buenos. Por lo tanto, se dio la vuelta y continuó su conversación.

—¡Dice que has conocido a un Adonis!

Rebeca se sorprendió de la efusividad empleada por Tamara, aun así, respondió:

—Sí, pero mi hermano me parece que ha sacado las cosas de contexto.

Jaime disimuló, intentó parecer ajeno a aquella conversación centrándose en la revista. Aunque sus oídos estaban muy atentos.

—¿Fuera de contexto? Nena, por favor, dos horas has estado hablando con ese hombre sin permitir que tus hermanos escucharan nada de lo que decíais.

—David es un bocas...

Tamara sonrió y la interrumpió como si no hubiese escuchado la queja de su amiga.

—¿Y bien, cómo es, qué tiene de especial?

Rebeca negaba con la cabeza.

—Es muy guapo... *sexy*. Pero eso no quiere decir nada, creo que David se ha hecho una idea

equivocada. —Lo pensó mejor y continuó—: En realidad, todos lo han hecho. Por hablar con un hombre, no quiere decir nada.

—Vamos, Beca, no es por hablar, me ha contado que entre vosotros saltaban chispas.

—¿Qué?! —exclamó muy enérgica.

Tamara, consciente que Jaime era incapaz de salir de la cocina, añadió:

—Sí, chica, sí, que saltaban chispas, que la química entre vosotros era palpable.

Jaime tragó saliva costándole la vida, él también lo había notado, y por eso estaba que se lo llevaban los demonios. Dallas llegó hasta ellos y avisó que era hora de ponerse en marcha.

Una hora más tarde, en el local donde habían quedado con Áxel y Víctor, el ambiente era bueno. Comenzó a sonar una canción muy latina de Huey Dunbar, *Puedo morir de amor*. Áxel, sin pensarlo, agarró a Rebeca y se pusieron a bailar. Tamara tampoco lo hizo, esa canción, además, la habían bailado en las clases de dance therapy; ellos, al no tener que centrarse en la terapia, podían avanzar

mucho más en el baile. Y así era, cuando sus hermanos vieron a David y Tamara moviéndose con tanta gracia y tan compenetrados, los invadió, en cierta medida la envidia.

—Si no lo veo, no lo creo —dijo Rubén sin apartar la vista de sus hermanos.

David había sido un pato mareado siempre, Rebeca tampoco es que fuese muy dada a bailar bien. Ahora, observándolos, nadie lo diría.

—Ya te digo, mira que soltura tiene David, lleva a Tamara por donde quiere.

—Voy a negar absolutamente esta conversación en cuanto diga lo siguiente: una parte de mí se arrepiente de no haber ido a esas clases con Rebeca —reveló Rubén, encantado de ver a sus hermanos bailar con tanta gracia.

—Yo también negaré esta conversación: fui un idiota al negarme.

Rubén y Dallas se miraron y rieron, desde luego no había sido porque su hermana pequeña no insistió en ello.

Jaime, por el contrario, estaba apoyado en la

barra, ver bailar a Rebeca con Áxel lo estaba carcomiendo. Esa canción les pertenecía a ellos, con ella habían practicado los pasos de salsa. Observar la sonrisa de Beca en brazos de otro lo estaba matando.

Acabó la canción, y Áxel se quedó inmóvil. Rebeca se sorprendió, miró en dirección a dónde los ojos de él estaban clavados y vio a una mujer morena.

—¿Es ella?

—Sí.

Rebeca la observó con detenimiento desde la distancia. Habían hablado de esa mujer por la tarde, y entonces su vena casamentera le hizo brotar una sonrisa en los labios.

—¿Y a qué estás esperando para ir por ella?

Áxel miró a Rebeca desconcertado. Pensó en qué decir y por fin se decidió.

—Ella no me quiere a su lado.

—Eso no es cierto, tú me has dicho que ella te dejó porque piensa que no la quieres.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer si no

me cree?

Rebeca hizo un gesto cómico, todos los hombres eran iguales, no se enteraban de nada.

—Escúchame, esa mujer está deseando que se lo demuestres, que le digas que la amas. ¡Por todos los santos! ¿Es que no te das cuenta?

Si incluso ella notaba cómo la muchacha la estaba acribillando con la mirada. Deseaba matarla por estar bailando con Áxel.

—Ya le dije que la quería, ¿qué más quiere?

Dallas estaba escuchándolos, su hermana, como siempre, haciendo de casamentera. Se había equivocado cuando pensó que Rebeca y Áxel iban a tener algo.

—Verás, a pesar de que mis hermanos piensan que debería dejar de ver telenovelas y olvidarme de las novelas románticas, voy a decirte que esa mujer, que está allí desesperada por verte con otra, —Áxel echó una ojeada y parecía cierto— está deseando su momento mágico. Haz algo de película y romántico para demostrarle que se equivoca y que solo ella es la dueña de tu corazón.

—¿Y eso cómo se hace? —preguntó con la esperanza de que Rebeca estuviese en lo cierto.

—¡Ay, todo hay que decíroslo! —exclamó alucinada porque los hombres no tuviesen imaginación—. Ve por ella, cárgatela al hombro y sácala de aquí, llévatela para demostrarle que es la única que te interesa de verdad en tu vida.

Áxel sonrió, lo que Rebeca le decía parecía sacado de una novela, claro que, mirando de nuevo a la mujer que lo tenía loco, ver que su rostro estaba desencajado, le dio fuerzas y ánimos para hacer tal locura.

Le dio un beso en la mejilla a Rebeca con gratitud.

—Igual, estoy perdiendo la oportunidad de conocer a una mujer maravillosa.

Rebeca se encogió de hombros y respondió:

—Cuando el corazón palpita por una persona, da igual conocer a cientos de otras. Todos tenemos decisiones que tomar en la vida; creo que hoy, y en este mismo momento, ha llegado la hora de que tú tomes la decisión que tu corazón dicta.



Áxel asintió, ella tenía toda la razón, daba igual conocer a fondo a Rebeca, su corazón seguía palpitando por otra.

Con valentía, se dirigió hacia Verónica, apartó a todos los que le obstaculizaban el camino y, al llegar junto a ella, sin previo aviso y sin miramiento alguno, rodeó su cuello y la atrajo hasta él, la besó con desesperación y, cuando notó que ella estaba descolocada y a la vez receptiva, cesó aquel beso de película y se la cargó al hombro, llevándosela para demostrarle que era la única mujer de su vida.

Mientras se escuchaban aplausos y vítores de la gente por la escena montada, Rebeca sonreía.

—Pequeñaja, eres única —dijo Dallas mientras miraba la escena sin perderse ningún detalle.

—¿Acaso lo dudabas?

# Capítulo 21

## Encuentro accidental

Dos horas más tarde, Dallas rodeaba a su hermana por los hombros con su brazo. Cuando una mujer se chocó contra él y derramó su bebida en la camisa de éste.

—¡Perdón, perdón, perdón!

Al mirar a la mujer, negó con la cabeza y dijo incrédulo:

—Veo que siempre van a ser, nuestros encuentros, accidentados.

La joven, que no se había dado cuenta quién era él, agrandó los ojos y respondió:

—Por lo que veo, además de abogaducho, rencoroso.

Rebeca sonrió al ver el gesto estupefacto de su hermano. No necesitaba que le dijera quién era esa mujer rubia, sin duda, cuando la describió, lo hizo

a la perfección. Se fijó en la ropa que llevaba y casi se le para el corazón.

«¡Lleva uno de mis diseños!».

—Vaya, tú siempre con tan buena opinión sobre mí.

Le molestó que Estrella tuviese siempre mal concepto de él. No entendía por qué le molestaba, pero así era.

Estrella se mordió el labio, un gesto que a Dallas le fascinó, algo tan sencillo se acababa de convertir en toda una obsesión, le encantaría probarlos, ser él quien mordiera aquellos carnosos labios.

Estrella, nerviosa por tener a Dallas delante, no sabía cómo reaccionar. Por desgracia, sus nervios le pasaron una mala pasada al hablar.

—Igual estás maquinando para demandarme por manchar, seguramente, una de tus camisas más caras.

Dallas suspiró resignado, ¿demandarla? Lo único que quería en ese momento era probar sus labios. A Rebeca, no le pasó desapercibido y

decidió tomar partido.

—No lo creo, Dallas no es, precisamente, un hombre de gustos caros.

Estrella se avergonzó, primero, por haber hecho aquel comentario sin pensarlo; segundo, porque no se había dado cuenta que Dallas estaba acompañado por una mujer. Y, para colmo, eso le hizo sentir una punzada en el estómago.

«Estrella, eres idiota, ¡pues claro que tiene novia! Un hombre tan guapo no podía estar soltero», se dijo a sí misma, enfadada por haber estado soñando despierta con él desde que se conocieron.

Rebeca, al ver la reacción de ella, se alegró interiormente, mucho más cuando veía a su hermano tan callado. No se había equivocado el otro día al pensar que por fin una mujer había llamado a la puerta del corazoncito de Dallas.

—Tú debes ser Estrella. —La joven la miró sorprendida—. Debo reconocer que impactaste mucho a mi hermano.

Dallas cerró los ojos, ¿qué estaba haciendo su

hermana?

—¡Y tanto, a sesenta kilómetros por hora de impacto! —dijo Dallas rápido para que Rebeca no dijese más tonterías por su boca.

—¿Ves? Rencoroso total.

—De mis siete hermanos, te aseguro que Dallas es el menos rencoroso.

«¡Son hermanos, son hermanos, son hermanossssss!», gritó Estrella en su interior, y Rebeca notó su cambio al descubrir que eran hermanos.

Estrella miró a Rebeca con detenimiento, ahora que ya no era una rival, podía relajarse al hacerlo. Y, de pronto, sobresaltando tanto a Dallas como a Rebeca, bramó:

—¡Eres tú, joder, eres tú!

Dallas miró a su hermana, y ésta subió los hombros para decirle a su hermano que no entendía nada.

—Perdona —se disculpó Estrella para aclarar su reacción—. Tú eres Beca, ¡Beca Irwin, la diseñadora!

Rebeca sonrió plena, que alguien la reconociera después de tantos años le parecía extraordinario.

—Sí —respondió risueña.

—Este modelo que llevo es tuyo, ¡ay, Dios mío, no me lo puedo creer!

Y sin más, le dio dos besos muy eufórica. Sacó de su bolso su móvil y se lo entregó a Dallas como si él ahora ya no importase. Algo que molestó todavía más a éste.

—Haznos una foto, esto es lo mejor que me ha pasado en años.

Rebeca se reía a mandíbula abierta. Ver la cara de cabreo de su hermano y la energía contagiosa de Estrella le estaba alegrando la noche. Después de unas cuantas fotografías, y de haber presentado a sus tres amigas, las muchachas se quedaron con ellos.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —indagó tímida por si su curiosidad molestaba a Rebeca.

—Por supuesto.

—¿Por qué dejaste de diseñar? Ganaste el

premio nacional de moda a la mejor diseñadora revelación del año.

No había mentido, era fan de Rebeca, conocía su corta trayectoria al dedillo. La respuesta era difícil, pero algo en Rebeca se removió y, por alguna extraña razón, quiso ser sincera con Estrella.

—Tuve un problema personal... la presión a la que estuve sometida justo en el peor momento emocional pudo conmigo.

Estrella notó dolor en sus palabras y se sintió mal por haber hecho la pregunta.

—Lo lamento. No debí...

—No, no pasa nada. —Quería cambiar de tema—. Además, eres mi mayor fan.

Las dos sonrieron, y Rebeca se fijó que Estrella miraba de reojo a su hermano Dallas.

—Es un buen chico, y no lo digo porque sea mi hermano.

Estrella se sintió pillada y, sin comprender el motivo, pues no conocía a Rebeca, supo que se podía sincerar con ella.

—Lo sé, se portó maravillosamente el día que tuvimos el accidente. —Se acercó más para bajar la voz y que Dallas no las escuchara—. No sé qué me pasa cuando estoy cerca de él, me pone tan nerviosa que consigue sacar lo peor de mí. Debe pensar que estoy loca.

Rebeca se carcajeó y, mirando a su hermano, que tampoco les quitaba ojo, se sinceró también.

—Lo dudo, porque eres la única mujer que ha conseguido que mi hermano esté deseando recibir una llamada.

Estrella la miró con los ojos agrandados, ¿podía ser que Dallas también pensara en ella?

Rubén, que tampoco era tonto y le encantaba pinchar a sus hermanos, se acercó a ellas, ganándose una mirada furibunda por parte de Dallas.

—Y una chica tan guapa como tú, dime, ¿hay algún hombre esperándote en casa?

Rebeca aguantó la risa, ¡pero qué puñetero era Rubén! Lo hacía para que Dallas se mosqueara.

—No, no hay ningún hombre esperándome en



casa.

A Dallas, la contestación, le alegró, lo que no lo hizo tanto fue ver a su hermano tan pegado a ella.

—Bueno es saberlo, algunos todavía tenemos esperanzas en poder ligar con una chica tan guapa.

Dallas gruñó y, a pesar de que había bastante bullicio, todos lo escucharon.

—¿Estás intentando ligar conmigo? —preguntó Estrella, risueña por haber escuchado aquel gruñido de Dallas.

—¿Tengo alguna posibilidad?

Dallas, totalmente molesto por aquel tonto, se interpuso entre Estrella y su hermano.

—Una mujer con dos dedos de frente no le daría una oportunidad a mi hermano.

Rubén sonrió, ya no había dudas, esa chica le gustaba más de lo que imaginaba a su hermano. Teniendo en cuenta que Dallas no era un hombre de pareja estable, le hubiese dado lo mismo que él intentara ligar con Estrella.

«Vaya, vaya, puede que te hayan cazado,

hermano»).

—¿Y, entonces, a quién se la tengo que dar? — preguntó Estrella con la esperanza de que Dallas por fin diera un paso para demostrarle que ella le importaba algo.

La respuesta de Dallas la tenía muy clara en su mente: «A alguien como yo», «dámela a mí», y cuando estaba dispuesto a decírla, sintió pánico.

—No lo sé, pero, desde luego, no a mi hermano.

Y se marchó, dejándolos a todos descolocados. Rebeca, incrédula por aquella reacción, lo siguió con la mirada y le susurró en el oído a Estrella.

—Créeme, le has calado tanto que está asustado.

Estrella, por un lado, se sintió satisfecha; por otro, que no tenía nada que hacer con el hombre que se había marchado escopetado.

Jaime y David conversaban, no dejaba de buscar a Áxel por todos lados. Estaba por preguntarle a su amigo cuando Cintia lo rodeó por detrás, totalmente por la cintura, y, poniéndose de

puntillas para llegar a su oído, con voz sensual, dijo:

—Me encanta que el destino nos haya puesto en el mismo camino. Esta noche presiento que tu cuerpo y el mío van a acabar sudando.

Al darse la vuelta, sonrió, aquella mujer iba directa al grano. Buscó con la mirada a Rebeca y, al notar que ella los estaba mirando, quiso darle de su propia medicina. Al fin y al cabo, él había estado todo el día viéndola a ella con otro hombre sin hacerle caso.

—No había creído en los presentimientos hasta hoy.

Cintia, ni corta ni perezosa, besó a Jaime para dejar constancia de que ella tenía intención de acabar la noche muy, pero que muy sudados.

Rebeca sintió que necesitaba aire, le costaba respirar. Jaime había estado con mujeres durante todos esos años. Ella también con Felipe para olvidarlo. Pero él nunca repetía con ninguna mujer. Eso significaba que Cintia no había mentido en la peluquería. Intentó hacerse la fuerte, pero no pudo,

por mucho que se había mentalizado la noche anterior, estaba claro que Jaime no estaba olvidado.

Se despidió de Estrella y sus amigas, no podía permanecer un segundo más allí o acabaría llorando delante de todos, y eso era algo que no estaba dispuesta a hacer.

Su hermano Rubén se despidió también de las muchachas y regresó a casa con su hermana.

Durante el trayecto, Rebeca iba callada. Rubén rompió el silencio.

—Vaya mosqueo que ha pillado Dallas.

—Desde luego, Rubén, cuando quieres, eres muy malo.

Sonrieron recordando la cara de cabreo de su hermano.

—Me da, hermanita, que nuestro Dallas ya está cazado.

—Eso significa que igual el siguiente eres tú —comentó sin quitar ojo a su hermano.

—No, no, no... ¡De eso nada! Yo no soy de los que se enamoran. El amor no es para mí.

—Eso también lo dice Dallas, y estoy segura que acabará aceptando que está enamorado.

Rubén rió con ganas y negó con la cabeza.

—Una cosa es que lo esté; otra, que quiera admitirlo y arriesgarse.

Rebeca frunció el ceño, ¿qué demonios les pasaba a sus hermanos?

—¿Me estás diciendo que Dallas no querrá intentar estar con Estrella?

—Eso es algo que sólo él responderá con sus actos. —Miró por un segundo a Rebeca antes de volver a centrar la vista en la carretera—. Pero no te hagas ilusiones, Beca, Dallas es como yo, puede que esa chica le haya calado y mucho, pero otra cosa muy distinta es que él quiera llegar a más.

—¿Por qué?

—Porque, para algunos, el amor puede llegar a ser dañino.

Rebeca sopesó la respuesta y, mirando al frente, comentó, dejando a Rubén pensativo.

—Sí, puede llegar a serlo, como también puede llegar a llevarte al borde de la locura. Pero ¿sabes

qué? Merece la pena cualquier sufrimiento cuando has amado de verdad, eso significa que no has vivido a medias.

Mientras Rebeca y Rubén llegaban a casa, Jaime de nuevo se disculpaba ante Cintia con otra absurda excusa. Ni él mismo se entendía. Quería pedir perdón a Rebeca, lo malo era que, cuando la tenía cerca, seguía cabreado con ella, pero cuando desaparecía el cabreo, se transformaba en frustración y dolor. ¿Acaso se estaba volviendo loco? Porque no entendía su comportamiento. Lo peor de todo era que no podía controlarlo.

# Capítulo 22

## Lío embarazoso

Estaba a dos días de empezar sus vacaciones, sentada con los planos y los bocetos entre las manos de la que había sido la casa de sus sueños. Acababa de terminar el encargo de Jaime, tal y como él le había pedido, y ella había prometido hacer.

Se limpió las lágrimas, era una despedida a tantos años deseando e imaginando aquel lugar, justo como iba a entregárselo a Jaime. Esa casa ya no le pertenecía, como tampoco el corazón del único hombre al que había amado.

Hacía dos días, había tomado una decisión con la esperanza de retomar un nuevo rumbo en su vida. Lo había meditado durante dos semanas y llegó a la misma conclusión. De hecho, ya no había vuelta atrás, incluso sus padres la habían apoyado.

De todos sus hermanos, el único al corriente de su decisión era Javier que, junto a sus padres, dio su palabra de no comentar nada a nadie.

Sonó su móvil y, al coger la llamada, su rostro cambió por completo. Se quedó blanca como la cal y, tras colgar, se tapó la cara con las dos manos. Respiró casi cien veces para tranquilizarse y se mentalizó para ir a recoger las pruebas que sus amigos le estaban guardando.

\*\*\*

Uno de agosto, primer día de vacaciones de Rebeca. Llevaba dos noches sin pegar ojo. Bajó a desayunar, y su hermano Neill la miró preocupado, las ojeras plasmadas en su rostro no anunciaban nada bueno.

—Beca, vas a contarnos de una vez qué te está pasando —aseveró Neill.

El resto de hermanos la miraron rápido. Rebeca deseó no haber bajado a desayunar; sus hermanos, como siempre, negándose a ponerle las cosas fáciles.

—No me pasa nada.



—¡Y una mierda! —Neill estaba cansado de las excusas que su hermana se inventaba desde hacía semanas.

—No me grites, ¿ehh...?

Neill no quería hacerlo, pero a Rebeca había que hacerla saltar para que explotara de una maldita vez.

—No te gritaría si tú me contestaras.

Dallas se sentó justo al lado de Rebeca, llevo su mano a la barbilla de ésta y le hizo girar la cara; cuando vio aquellos dos surcos bastante marcados, se le revolvió el estómago. Hacía años su hermana había empezado igual: el cansancio, la falta de sueño, la presión y su distanciamiento con Jaime comenzaron con ojeras marcadas que ninguno de ellos dio importancia, porque ella alegaba que era el agotamiento.

—Pequeñaja, Neill tiene razón, esta vez, vas a decirnos qué demonios pasa.

—Dallas... —su tono suplicante le caló, pero no podía pasar otra vez por ello.

—Por favor, por favor, Beca, déjanos ayudarte,

sea lo que sea.

Rebeca tenía ganas de llorar, ¿cómo decirles lo que sabía de su cuñada?

La noche anterior llamó a Javier, que estaba en Madrid de viaje de negocios, para que pasara a hablar con ella en cuanto regresase. Y su hermano prometió que sería lo primero en hacer en cuanto llegase esa misma noche a Valencia. Así que, teniendo en cuenta que la única persona a la que debía contar aquello no estaba presente, decidió intentar tranquilizar a sus hermanos.

—Os prometo que mañana se me habrá pasado todo.

Sus hermanos no estaban conformes.

—¿Qué tiene de especial mañana? —preguntó Malcolm.

—Que mañana todo estará bien...

—Esa respuesta no es convincente. —Malcolm habló, pero sin lugar a dudas, todos pensaban lo mismo.

—Pues es la que hay, así que dejadme en paz.

Se levantó, y Dallas la sujetó de la muñeca.

Ellos no habían terminado.

—Siéntate, no hemos acabado.

Rebeca, que no estaba pasando por su mejor momento, se sintió agobiada. Ladeó la cabeza, y Dallas supo que estaba a la defensiva.

—Estamos preocupados por ti... —A pesar de que usó un tono de voz apaciguador, Rebeca saltó.

—¡Pues dejad de estarlo, maldita sea! He dicho que mañana estaré mejor. Por una maldita vez, ¿no podéis dejarme en paz un día?

Sus hermanos, sorprendidos por aquel arrebato, prefirieron darle un margen de tiempo. Un día no era tanto, aunque pobre de Rebeca si mañana no daba las explicaciones necesarias, no saldría de esa casa hasta confesar lo que le estaba preocupando.

Una hora después, Rebeca no podía soportar estar en la casa encerrada y salió a correr. Sus hermanos, en el salón conversando, no paraban de pensar y hacer cábalas entre todos de qué podía estar pasando.

Malcolm entró en el dormitorio de Rebeca,

necesitaba una aguja e hilo y, al coger el costurero de su hermana, sin querer, tiró al suelo su joyero. Cuál su sorpresa al encontrar allí la respuesta que ellos necesitaban.

Bajó con prisas para hablar con sus hermanos. David se tapó la cara, y Neill maldijo en voz alta. Faltaban Víctor y Javier, así que los llamaron. Javier informó que esa misma tarde llegaría a casa para la reunión secreta que habían acordado, y así hablar del problema de su hermana.

Con un plan en mente, David le pidió a Tamara que mantuviese a Rebeca ocupada, y así lo hizo.

A las seis y media de la tarde, Rebeca estaba en casa de Tamara, y los hermanos Irwin, reunidos, todos sentados alrededor de la mesa del comedor, con la prueba del delito en la mano.

Estaban enfadados, se sentían estúpidos y, sobre todo, dolidos porque ella no hubiese tenido la confianza de contárselo. Todavía no había llegado Javier, pero no podían seguir esperando. Jaime se sorprendió al verlos allí reunidos, y le

hicieron partícipe, podía ser que él estuviese al tanto teniendo en cuenta que Rebeca y Jaime siempre habían sido uña y carne.

—¿Lo sabías? —preguntó David directo.

—¡No! —respondió sincero. Unos le creyeron, otros pensaban que por eso no se hablaban entre ellos.

Estaban discutiendo cuando Rebeca entró en la casa, Tamara no pudo retenerla y acabó pillándolos a todos ellos.

—¿Qué pasa aquí?

Al escuchar la voz de Rebeca, todos callaron; el silencio se apoderó de la casa. Neill fue el encargado de romperlo.

—Eso queremos saber nosotros —utilizó una voz fuerte y enfadada—. ¿Cuándo pensabas contarlo?

Rebeca se llevó las manos a la cabeza, ¡no se lo podía creer!

—¡Increíble, mamá me prometió que no diría nada!

—¡¿Mamá?! —gritaron al unísono.

—Sí, mamá o... ¿ha sido Javier?, ¿os lo ha contado él!

Eso hizo estallar a sus hermanos, ¿Javier lo sabía? David se levantó y la acusó con el dedo.

—¡Increíble, Rebeca! Has sido capaz de contárselo a mamá y a Javier y pasar de nosotros. ¡De mí!

Rebeca tragó saliva, ella quería sincerarse con sus hermanos, le hubiese encantado que las cosas fuesen de otra manera, pero llegados a ese punto...

—¿Y qué le ha parecido a mamá la noticia? — Malcolm estaba curioso.

—¿Qué le va a parecer? Está encantada.

—¡No me lo puedo creer! ¿Mamá encantada? Ésta sí que es gorda —bramó Víctor.

—Tampoco es para tanto, es mi vida...

Su hermano Neill, fuera de sí, dejó a Rebeca helada.

—¿¡Y quién es el padre, Rebeca!? Porque te juro que si me dices que es Felipe, no sé qué soy capaz de hacer.

—¿¡Qué estás diciendo!?

—Maldita sea, estás embarazada, y espero, por lo que más quieras, que sepas quién coño es el padre.

Rebeca vio el predictor encima de la mesa. Cerró los ojos y se quiso morir.

—¿Y bien, quién es el padre? —preguntó Rubén con más calma que sus otros hermanos.

La puerta se abrió y entró Javier. Rebeca se sentía en una noria, todo le daba vueltas. ¿Cómo habían encontrado la prueba de embarazo? Aun así, intentando mantener la calma, respondió:

—Javier, necesito hablar contigo...

—¡De eso nada, bastante que Javier nos ha ocultado esto!

La voz de Neill, nuevamente elevada, consiguió que Rebeca, totalmente desencajada, respondiera dejando muy claro que, allí, la única que tenía la última palabra, era ella.

—¡He dicho que voy a hablar con Javier y punto en boca! Bastante ofendida estoy que hayáis violado mi intimidad, entrando en mi dormitorio y registrando mis cosas. ¿¡Os ha quedado claro!? —

Y se inclinó y, de un manotazo, agarró el predictor con todas sus fuerzas.

Sus hermanos callaron porque Rebeca, en parte, tenía razón, y también porque notaron que estaba demasiado molesta. Incluso estando enfadados, era la niña de sus ojos, felices a su manera porque, fuese quién fuese el padre, su hermana iba a darles un sobrino que ellos recibirían con los brazos abiertos. Lo que les carcomía era que no hubiese sido capaz de confiar en ellos, eso los hacía sospechar que Felipe, por desgracia, sería el padre del bebé que su hermana estaba gestando.

Javier, incrédulo a todo, subió detrás de su hermana pequeña hasta su dormitorio. Al entrar, cerró la puerta y se sentó en la cama esperando que ella dijera algo.

—Javier... no sé cómo decirte esto. Daría la vida por no tener que hacerlo.

Escuchar aquellas palabras con tanto dolor asustó a su hermano mayor. Él no estaba al tanto de lo del embarazo. Había sido informado que tenía que acudir a una reunión para hablar de su



hermana.

—¿Qué ocurre?

—Te pedí que vinieses a verme con urgencia, porque no quería que llegases a tu casa y te encontrases con la sorpresa.

Javier no entendía nada.

—¿De qué estás hablando?

Rebeca tragó saliva, con un nudo en el estómago y ganas de vomitar por la situación del momento, hizo lo que una hermana tenía que hacer para proteger a su hermano.

—Ya sé dónde iba a parar el dinero que tu mujer extraía... —Javier se puso tenso—. Por favor, Javier, no me interrumpas, esto no es fácil para mí, pero, como hermana tuya que soy, prefiero que te enteres por mi boca.

Javier asintió despacio, mejor no interrumpirla. Además, él también necesitaba saber dónde iba a parar y para qué aquel dinero.

—Alicia tiene un amante.

—¿Qué? —preguntó apenas sin voz.

—Javier, no te contaría esto si tuviese otro

remedio. Pero tu mujer está embarazada. —Javier se quedó pálido—. Por eso no puedo ocultártelo, prefiero darte yo la mala noticia, a que ella lo haga y tú te sientas todavía más engañado.

—Rebeca... ¿cómo...? ¿No estarás equivocada?

Rebeca abrió su armario y sacó del cajón un sobre que entregó a su hermano. Este, con las manos temblorosas, lo abrió, y allí encontró las pruebas que ella tenía.

Si eso no fuese suficiente, el hombre que aparecía en las fotografías lo conocía. ¡Ya lo creía que lo conocía!

Rebeca intentaba ocultar su llanto, sabía que acababa de romper en mil pedazos el corazón de su hermano. Cuando este levantó la mirada y la vio tan desconsolada, se incorporó y se abrazaron.

—¿Lo saben? —preguntó con la voz temblorosa.

—No. Al igual que no quería que Alicia te hiciese más daño, tampoco he querido inmiscuir a nadie.

Javier agradeció aquel detalle, sabía que un secreto así debía haberle costado mucho sufrimiento a su hermana, pero se lo agradecía de manera infinita.

—Gracias. Gracias por quererme tanto.

Javier se marchó sin despedirse de nadie, y Rebeca quiso aclarar muchas cosas a sus hermanos.

Mientras esperaban todos sentados en el comedor, Jaime sentía que su corazón seguía acelerado.

«¿Y si soy yo el padre?». Pregunta que no cesaba en su cabeza. Cabía la posibilidad, hacía casi dos meses que Rebeca y él se lo habían montado en un cuarto de baño. Y por extraño que pareciese, la idea no le desagradaba, más bien, todo lo contrario.

Rebeca se acercó a ellos, y todos comprobaron los ojos rojizos. No sabían qué había pasado con Javier, era raro que él se hubiese marchado sin decir nada.

—Tengo que contaros algo.

Sus hermanos y Jaime permanecieron en silencio. Bastante compungida se la veía.

—Beca —habló Dallas—, sea lo que sea, estate tranquila.

Rebeca apretó los labios e hizo un gesto para agradecerle el detalle.

—Les pedí a papá, mamá y a Javier que no os contaran nada, quería hacerlo yo en persona y espero que me entendáis. Lo primero, y antes de que siga, tenéis que saber que esa prueba de embarazo no es mía.

Sus hermanos se sorprendieron. Aun así, vieron tanta sinceridad y honestidad en sus palabras que no lo dudaron.

—Una vez aclarado que no estoy embarazada, lo que quería contaros es que he decidido dejar la galería. Hablé con Javier antes que con vosotros, porque necesitará buscar una persona que ocupe mi puesto cuando llegue septiembre.

Todos lo entendieron, era comprensible, aunque no estaban preparados para la siguiente noticia.

—He pensado en mi futuro y me he planteado

abrir mi propio negocio: seguramente, y aunque todavía no lo tengo decidido del todo, estará vinculado a la moda... —Se quedó callada, ahora venía la parte más difícil—. Pero voy a hacerlo en Portree.

Sus hermanos se quedaron de piedra. ¿Qué estaba diciendo su hermana? Portree era el pueblo donde vivían sus padres en Escocia, en la Isla de Skye.

—¿Quieres decir que te vas a Escocia? —preguntó, incrédulo, Malcolm.

—Sí.

—Rebeca, no puedes hablar en serio, ¿qué vas a hacer tú en Portree? —No llegaba a comprender, Víctor, aquella decisión.

Ellos adoraban aquel lugar, su paisaje natural salvaje, sus acantilados, las casitas cerca del puerto tan hermosas pintadas de colores vivos... Pero vivir allí era distinto. Sus padres tenían una casona a las afueras, en pleno pulmón de la montaña. Les apasionaba la vida campestre, por eso se jubilaron jóvenes para disfrutar de la vida

que realmente les llenaba. Los animales de la granja eran la única compañía que tenían. La más cercana a la de sus padres estaba a dos kilómetros de distancia.

—Vivir mi vida, ¿te parece poco?

—Vamos a ver... —interrumpió Dallas para ver si se había enterado bien—. Quieres marcharte a Portree, ¿cierto?

—Sí.

—Y por lo que has dicho, quieres montar tu propio negocio. —Beca asintió—. ¿Y crees que es el mejor lugar para hacer tal cosa?

—Sé que no es una ciudad grande...

—No, no lo es, y, además, no vivirás exactamente en el mismo pueblo, ¿o piensas alquilar una casa allí?

—No, de momento viviré en la granja con los papás...

—¿De momento?

—Sí, Dallas, de momento. El dinero que invierta será en el negocio y, si todo va bien, con el tiempo ya me mudaré al pueblo para no estar tan

alejada.

—No lo entiendo, aquí puedes montar el negocio que quieras...

—Pero yo quiero hacerlo en Escocia. Y no voy a cambiar de opinión. Lo he meditado mucho, esto no ha sido una decisión de la noche a la mañana.

—A mi parecer, no es una decisión acertada. Deberías pensarlo con más detenimiento antes de embarcarte en nada.

Todos pensaban lo mismo. Y Jaime, aturdido, había pasado de pensar que podía ser padre a enterarse que Rebeca se marchaba.

—Es la decisión que he tomado y no pienso cambiarla —sentenció dejando a sus hermanos sin habla.

Rubén había permanecido en silencio y haciendo sus cábalas, pero él necesitaba una respuesta más.

—¿Por qué, Rebeca? ¿Por qué quieres marcharte lejos y alejarte de todos los que te rodean?

—Lo he dicho al empezar, porque he pensado

en mi futuro y ese es el camino que he elegido.

—Esa razón la entiendo, pero para elegir ese camino estás dispuesta a dejar atrás todo cuanto te rodea, y quiero el verdadero motivo.

Por primera vez no podía ser sincera con ellos. No en todo, aunque una parte sí podía contarla y así lo hizo.

—Porque quiero centrarme de nuevo en lo único que me apasionaba. Aquí no puedo hacerlo. No podría volver a seguir el ritmo y en Portree estoy convencida de que podré lograrlo. Allí no sentiré presión, no voy a lanzarme a lo grande... Lo haré a mi ritmo y sé que es allí el único lugar donde podré conseguirlo.

¿Qué podían decir después de esa declaración teniendo en cuenta que habían pasado diez años y su hermana no había subido a su estudio, lugar de trabajo que tenía instalado en la buhardilla de la casa? Todo estaba según lo dejó, nadie había entrado de nuevo a aquel sitio excepto la mujer de la limpieza que era la encargada de mantenerlo intacto.



Observando los rostros de todos ellos, Rebeca se sintió decaída, estaba claro que aquellos metomentodo la querían.

—Eso es todo cuanto tenía que contaros. Por eso os dije esta mañana que me dieseis un día.

Y sin más, se retiró a su dormitorio dejando allí a todos ellos pensativos y algo apenados.

## Capítulo 23

### Sorpresa, sorpresa

Javier, sumido en sus pensamientos, sentado frente a la mesa del despacho que tenía en su casa, con un vaso de whisky en la mano, esperaba a que Alicia regresara.

Alicia entró y se sorprendió al ver luz en el despacho, se suponía que Javier regresaría dos horas más tarde. Se ahuecó el cabello, fingió su mejor sonrisa y dio varios pasos dispuesta a darle una sorpresa a su marido.

—Mi amor, qué alegría verte. Ya te echaba de menos.

Javier levantó la cabeza y la miró, tenía delante a su infiel esposa y no fue capaz de decir una sola palabra, todavía no encontraba las adecuadas.

—Me alegra que hayas regresado antes... tengo una gran noticia; en realidad, es una gran sorpresa.

Su alegría fingida consiguió toda la atención de Javier, llegados a ese punto iba siendo hora de acabar con la farsa.

—¿Una sorpresa?

—Sí, lo es.

—¿Y bien? —preguntó Javier con ganas de llegar al final.

—Mi amor, ¡estoy embarazada!... ¡sorpresa! —gesticuló esperando la reacción de Javi.

Javier, con una tranquilidad aplastante, se irguió en su asiento, miró fríamente a su esposa y, con voz áspera, respondió:

—Alicia, si piensas que voy a manteneros a ti y a tu bastardo, es que todavía no me has conocido lo suficiente en todos estos años.

Alicia, que aguantaba la sonrisa, se desencajó.

—¿Qué estás diciendo? ¡Cómo te atreves a insultarme!

—Ya puedes llamar a tu *querido* Alejandro y decirle que del idiota de tu marido ya no vas a sacar un céntimo más. —Se puso en pie—. Y pena que no veré su reacción, porque te aseguro, Alicia,

que tu bastardo no es el único que hay en el mundo.

Alicia se sentó, no comprendía nada. ¿Javier se había enterado de su infidelidad? Eso trastocaba todo.

—No sé de qué me estás hablando.

—Pues mira esto, a ver si así te refresca la memoria. —Extendió las fotografías en la mesa—. ¿Quieres saber qué es lo más patético de todo esto? Alejandro ha sido un vividor toda su vida. Lleva años engañando a mujeres casadas porque son las que se lo pagan todo. —Alicia lo miró con desprecio—. Sí, Alicia, conozco a tu amante, ya en la universidad se jactaba de sus conquistas. Como no valía para nada, decidió vivir haciendo lo único que sabía: ¡follar a mujeres casadas!

—¡Eso no es verdad! —Ya no había manera de seguir mintiendo, las fotografías hablaban por sí mismas, pero todavía le quedaba la esperanza de que Javier se hiciese cargo del bebé. Era lo único a lo que podía aferrarse.

—Deja ya de mentir, Alicia.

—El bebé es tuyo.

—¿Mío? Te estás follando a otro, ¿y dices que el bebé es mío?

—Sí, ¡tuyo! —gritó colérica—. Con Alejandro siempre he usado preservativo.

La risa cínica de Javier no la esperaba Alicia, éste volvió a tomar asiento y, negando con la cabeza, sujetó unos papeles y los puso delante de ella.

—Gracias a que Dallas fue más listo que yo, tienes exactamente media hora, ni un minuto más, para coger tus pertenencias y salir de esta casa.

Alicia maldijo aquel contrato prematrimonial que firmó en su día. Una cláusula obligaba al cónyuge que fuese infiel a abandonar el domicilio familiar y no percibir cuantía alguna por la infidelidad.

—No puedes obligarme, porque voy a tener un hijo tuyo.

—¡Sorpresa, Alicia! —bramó asustando a la susodicha—. Me casé contigo porque tú no querías tener hijos. Fuiste tú quien obligó a añadir a este

contrato —señaló los papeles—, que la maternidad no formaría parte del matrimonio. Exigiendo que yo no pudiera recriminarte, en un futuro, nada.

Era cierto, ella obligó a Dallas a incluir esa cláusula. No quería ser madre, pero ahora sentía que ese bebé le pertenecía, lo único que le unía de por vida a Alejandro. Ella estaba enamorada de él, por desgracia no podía darle la vida acomodada que Javier, hasta hoy, le había dado.

—No me vengas con que ese hijo es mío, porque la sorpresa, *querida mía* —dijo con desprecio—, es que soy estéril. De pequeño tuve una enfermedad... y, ahora, dime, ¿qué parte de tu gran mentira quieres que crea?

Alicia se quedó atónita. ¿Estéril? Su mundo empezaba a tambalearse, Alejandro no podía mantenerla. Era ella la que pagaba todos sus gastos. ¿Quién se iba hacer cargo ahora?

Javier intuyó lo que estaba pensando. Así que, con mucho cinismo, acabó aquella conversación.

—Media hora, y ya puedes dar gracias que soy

un hombre civilizado. No sé si me das más pena o asco. Aunque una cosa tengo clara... Alejandro no volverá a tu lado. Ya no tienes un pagano, así que otro bastardo de ese mal nacido vivirá sin un padre a su lado.

Conocía tres ex amantes de Alejandro. Dos de ellas tuvieron un hijo. Cuando ellas querían dejar la relación, él las amenazaba con contárselo a sus maridos. De ahí que ellas siguieran pagando. Y una de ellas, que dejó a su marido para vivir junto a Alejandro, fue abandonada a su suerte por ese maldito. Él buscaba mujeres casadas, porque eran las únicas de las que podía seguir viviendo a su ritmo sin tener que trabajar en nada. ¿Cómo se le había ocurrido a aquella inconsciente dejar a su marido? Sin ellos, Alejandro no recibía dinero.

Alicia estaba a punto de salir por la puerta cuando Javier le dejó clara una cosa más.

—Por cierto, pasado mañana a las nueve en punto te espero en el despacho de mi hermano. Tú ya no perteneces a mi vida, cuánto antes lo zanjemos, antes podré vivir feliz y tranquilo,

buscando la mujer que de verdad merezco a mi lado.

\*\*\*

Al día siguiente, Javier se reunió con sus hermanos. No comentó lo del embarazo, bastante humillante era que su hermana pequeña ya estuviese al tanto. Dijo que su mujer y él habían acabado. Le pidió a Dallas discreción, lo único que fue capaz de comentarle fue que ella había tenido un desliz y él no iba a perdonarlo. Dallas, por su parte, con el contrato prematrimonial en la mano, tranquilizó a Javier, ella no podría reclamar nada.

Esa misma tarde, por casualidad de la vida, Amanda se había acercado a visitar a los Irwin. No esperaba encontrar allí a Javier, pero se alegró al verlo. Javier le pidió hablar en privado y fueron a dar un paseo los dos solos, dejando a sus hermanos al cargo de la pequeña.

La situación los superaba, la niña estaba allí de pie rodeada de siete hombres que no tenían ni idea de cómo actuar delante de ella. No se sabía quién



estaba más nervioso, si la pequeña o ellos.

Rebeca entró y, al ver la situación, se rió por dentro. ¿Acaso esos brutos no veían que la niña se sentía diminuta en medio de esos gigantones? Después de lo mal que se lo hicieron pasar con lo del predictor, iba siendo hora de burlarse de ellos. Fue directa y se hizo cargo de la situación.

—¡Pero bueno! ¿Quién es está princesita tan bonita? —dijo con voz jovial y se arrodilló junto a la pequeña para estar a la misma altura.

—Soy Nerea —respondió algo tímida y a la vez aliviada.

Parecía mentira que sus hermanos, tan listos, tan guapos, tan adultos, estuviesen petrificados ante una niña de tres años y medio.

—Hola, Nerea, tienes un nombre muy bonito. —La pequeña sonrió—. Yo soy Beca, ¿me das un besito?

Nerea dio encantada el beso y, de forma instintiva, se aferró al cuello de Rebeca. Esta se levantó tomándola en brazos y se dirigió a sus hermanos.

—Os presento a la princesa Nerea.

Sus hermanos suspiraron porque Rebeca hubiese salvado la situación, ¿qué iban a hacer ellos con una renacuaja?

—Estos grandulones son mis hermanos. Y van a jugar con nosotras a las comiditas.

Ellos abrieron los ojos e intentaron escaquearse, pero Rebeca no se lo permitió a ninguno. Los hizo sentarse a todos, y la niña, poco a poco, fue sintiéndose más cómoda.

Aquello era digno de ser grabado: los hermanos enfadados por tener que estar allí sosteniendo tazas de café imaginarias, fingiendo ser príncipes y, para más recochineo de Rebeca, a Rubén y Malcolm les había puesto dos diademas de princesa que Nerea llevaba en su mochila. Se lo estaba pasando a lo grande, en la vida se había divertido tanto.

Jaime, molesto tanto por la situación como por ver a Rebeca disfrutando cuando él lo único que le apetecía era darle una buena azotaina, se estaba poniendo malo. No había pegado ojo en toda la

noche. Rebeca se marcharía sin importarle dejarlo allí tirado. Estaba enfadado consigo mismo por permitir que Rebeca tuviese tanto poder sobre él. No se lo merecía.

Una hora y media más tarde, Amanda y Javier regresaron. Su conversación fue beneficiosa para ellos. Javier le había confesado que rompió su relación con ella porque él nunca podría haberle dado los hijos que ella tanto ansiaba.

Al ver la guisa de todos aquellos, ambos se carcajearon, motivo de más cabreo para el resto de hermanos, quienes se levantaron y desaparecieron rápido. Ya estaba allí la madre de la niña. No necesitaban seguir siendo los payasos de turno.

Rebeca se despidió de Nerea con un fuerte abrazo y un gran beso en la mejilla.

\*\*\*

Esa misma noche, Dallas estaba postrado en una de las tumbonas del jardín, pensando y pensando. Rebeca lo vio y se acercó. En vez de sentarse en otra lo hizo en que la que estaba su

hermano, se reclinó junto a él y, cuando su hermano la rodeó con su brazo, sonrió.

—Pequeñaja, no me puedo quitar de la cabeza que quieras dejarnos.

—No seas tan dramático, Dally, no os voy a dejar.

—¿No? Pues ya me dirás qué es lo que vas a hacer.

—Voy a trasladarme, eso es todo. Seguiremos en contacto, voy a llamaros a diario.

Dallas suspiró con resignación, no estaba preparado. Su hermana pequeña no podía marcharse lejos, eso no podía soportarlo.

—Necesito que me prometas una cosa. —Rebeca levantó una ceja—. No tomes ninguna decisión hasta Navidad.

—¿Qué...?

—No me interrumpas. En Navidad siempre vamos a Escocia. —Era cierto, todos los años se reunían allí—. No hay necesidad de que hagas las cosas con prisas. Piensa y tantea el terreno, pero no tomes ninguna decisión hasta esa fecha.

—Son cuatro meses...

—¡Cómo si fueran cincuenta! Hazlo por mí. Prométeme que lo harás por mí.

Rebeca pensó en ello. Pero si su hermano se lo pedía con tanto sentimiento, ella no iba a negarse a hacerlo.

—Está bien, te lo prometo.

Dallas besó la cabeza de su hermana y la estrechó con fuerza en un abrazo. Tenía cuatro meses por delante para estudiar la forma de convencer a su hermana de que regresara a Valencia.

Rebeca quería cambiar de tema, necesitaba un respiro. Sus hermanos estaban demostrando que no la querían lejos, se habían pasado la mañana, todos ellos, intentando convencerla.

—¿Vas a llamar a Estrella algún día para quedar con ella?

Dallas soltó una carcajada, su pequeña siempre tan casamentera.

—Pequeña, te lo tengo dicho, deja de ver romance en todas partes.

—A mí me pareció una chica encantadora. —  
Dallas miraba las estrellas—. Además, muy  
bonita.

«Ya lo creo que es bonita, la más bonita de  
todas», dijo, para sí mismo, Dallas.

—No debería decirte esto, es como romper una  
norma sagrada de mujeres. —Dallas prestó mucha  
atención—. Tú le gustas, y mucho.

Dallas, sin poderlo evitar, sonrió, algo que su  
hermana, que sí estaba pendiente de él, observó.

—No lo creo, tiene muy mal concepto de mí.

—No es verdad, el problema es que le pones  
tan nerviosa que, cuando está delante de ti, se  
bloquea.

—¡Ja! ¿Bloquearse? Pero si sale, por su boca,  
de todo...

—Dally, a mí no me engañas; ella se bloquea, y  
tú te asustas cuando notas que sientes mucho más  
de lo que tú quisieras.

«¡Joder, pequeñaja! Sí que me conoces bien».

—Preferiría no seguir hablando de Estrella.

Rebeca se encogió de hombros y, antes de

levantarse, dijo:

—Por muchas estrellas que mires en el cielo, ninguna brillará tanto para ti como Estrella. —Y se marchó dejando a su hermano sumido en sus propios pensamientos.

Una cosa era cierta; ninguna brillaba para él como esa muchachita alocada llamada Estrella.

## Capítulo 24

### Necesitamos un novio para Rebeca

Jaime sostenía un botellín de cerveza sin alcohol, sentado en el sofá, con la esperanza de que Rebeca bajase de su dormitorio. Necesitaba hablar con ella e intentar que perdonase su comportamiento. Echaba de menos sus charlas, sus risas, su complicidad. En definitiva: la echaba de menos a ella.

Llevaba varias semanas sin pegar ojo. Su conciencia no lo dejaba descansar. Le gustase o no, Rebeca tenía acaparada su mente las veinticuatro horas del día, tanto despierto como dormido.

Dos semanas habían pasado desde que Rebeca había anunciado sus planes de trasladarse a Escocia. Las mismas semanas que Jaime era incapaz de acercarse a ella. Hoy quería



solucionarlo y estaba dispuesto a conseguirlo.

Ya no podía esperar más, se levantó y fue a buscarla, llamó a la puerta y, cuando lo invitaron a entrar, suspiró con fuerza. Rebeca, al verlo, se levantó de la silla donde estaba sentada.

Jaime se aproximó a ella, no podía tocarla y odiaba tanta separación entre sus cuerpos. Una vez frente a ella, con el corazón a mil por hora, habló.

—Necesito pedirte disculpas... —Rebeca lo interrumpió.

—No es necesario.

—¡Sí que lo es! Lo es, Beca. Tú no te merecías que te tratase de forma tan rastrera. No sé qué me pasó... —Rebeca lo miraba directamente a los ojos—. Bueno... sí lo sé, me volví loco al descubrir que me engañaste hace años.

—Déjalo, Jaime...

—No puedo, Beca, necesito que me perdones, que volvamos a ser los de antes...

—No tengo nada que perdonarte, yo actué mal hace diez años, y tú lo hiciste hace unas semanas, ya estamos empatados.

Jaime se odió a sí mismo por ver en ella un cambio tan radical. Lo miraba con indiferencia, como si de verdad la hubiese perdido en todos los sentidos. Y la culpa era suya y de nadie más por haberse comportado como un auténtico déspota.

—Lo creas o no, estoy muy arrepentido.

—Te creo, de los dos, tú siempre has sido el sincero.

—¿Por qué, Beca? ¿Por qué no me aclaraste a su debido tiempo?

Rebeca se encogió de hombros. Ella quiso confesárselo hace unas semanas, él no le dio la oportunidad, y, ahora, ya no tenía ningún sentido. Además, su decisión de partir a Portree era una forma de evadirse de tener que responder a eso.

—Te lo dije, sucedió algo que me lo impidió.

—¿El qué?

—Ahora ya no tiene ningún sentido, da igual el motivo, la cuestión es que no lo hice y tú me castigaste por ello. Sinceramente, Jaime, ya no quiero volver a hablar de esto. Lo pasado, pasado está. Dejémoslo así. Ahora, tú puedes hacer con tu

vida lo que te plazca, y yo continuar con la mía sin deudas pendientes entre nosotros.

—Beca... —Ella le puso un dedo en la boca para que no continuara.

—Por favor, agradezco que hayas venido a disculparte. De ahora en adelante, nunca más volveremos hablar de lo nuestro. Creo que va siendo hora de dejar el pasado, los dos, a nuestra manera, lo merecemos.

Ella se sentía culpable por el pasado; él, por el presente, y para vivir un futuro, ambos debían darlo por zanjado.

Retiró la mano de su boca, y Jaime sintió que, al hacerlo, le estaban arrancando parte de su alma. La necesidad de sentir la piel de Beca era primordial, necesitaba su tacto tanto como respirar.

Mientras tanto, en la parte baja de la casa, el interfono interno sonó. Rubén, que estaba junto a Dallas y Víctor, contestó.

—Rubén Irwin.

—Señor Irwin, aquí hay un joven que dice que viene a recoger a la señorita Rebeca. ¿Lo hago pasar?

Era el hombre de seguridad de la urbanización, los hermanos se extrañaron de que Beca no hubiese dado un aviso si venían a recogerla, aun así, la curiosidad pudo con ellos.

—Sí, hágalo pasar.

Un coche se detuvo justo delante de la casa, y un hombre bajó de este para llamar a la puerta. Antes de que sonara el timbre, Víctor abrió.

—Hola, buenas tardes, estoy buscando a Rebeca.

—¿De parte de quién? —preguntó con voz grave para amilanar a aquel sujeto que todavía no se había identificado.

—De Jorge Miralles, ella me está esperando.

Dallas le hizo una seña a Víctor para que lo hiciese pasar mientras subía a la habitación de su hermana para averiguarlo.

Al llegar, interrumpió la conversación que mantenían su hermana y Jaime.

—Beca, un tal Jorge Miralles ha venido a buscarte.

Rebeca se llevó las manos a la cabeza. ¡Se había olvidado!

—¡Ay, Dios! Dallas, por favor, entreténlo, todavía no me he arreglado.

Jaime sintió de nuevo que los celos llamaban a su puerta. ¿Quién coño era ese tal Jorge? ¿Y por qué tenía que arreglarse si estaba ya preciosa?

—¿Vas a contarme quién es y de qué lo conoces? —preguntó Dallas.

—Es alguien a quien conocí hace una semana, es un buen amigo de Samuel, él nos presentó.

¿Y por qué tenía que dar ella tantas explicaciones?

—Venga, dejadme sola, tengo que ponerme guapa.

A Jaime le faltó un pelo para gruñir, ¿ponerse guapa? Eso significaba que tenía una cita en toda regla.

Dallas, por el contrario, sonrió, hacía exactamente media hora que, hablando con sus

hermanos, habían llegado a la conclusión que necesitaban encontrar un novio para Rebeca. Era la única forma de conseguir que ella abandonara la idea de marcharse a Escocia.

Llevaba días organizando su partida, pudieron convencerla de que al menos pasara las vacaciones en Valencia y así disfrutar del descanso merecido junto a su familia.

Quince minutos tardó en arreglarse, se dio mucha prisa, conociendo a sus hermanos, estarían haciéndole un interrogatorio a Jorge, y tampoco lo conocía tanto como para saber si eso lo molestaría. Menos mal que le había avisado cuando Samuel los presentó y le pidieron ayuda. Jorge tenía una cena importante de negocios y no tenía acompañante, le pidieron el favor, y ella aceptó.

Al bajar, sus hermanos se sorprendieron al verla tan elegante. Desde luego, Rebeca tenía un gusto exquisito cuando se lo proponía. Con un vestido precioso de color manzana roja, bajó y saludó a Jorge con dos besos cordiales. Este la

piropeó, y Jaime sintió que lo atravesaban cien mil puñales. El enfado que sentía por no recibir la sonrisa que ella había dedicado a Jorge, lo consumió. Se levantó y salió como alma que lleva el diablo. Si se quedaba, y a ese idiota se le ocurriese tocarla o rodearla por la cintura, sería capaz de darle un puñetazo.

La noche pasó sin apenas darse cuenta, la cena fue un éxito y, al terminar, llamaron a Samuel y Toni para tomar unas copas. Rebeca no estaba acostumbrada a beber, pero esa noche sentía la necesidad de hacerlo. Dos horas más tarde, a las tres de la madrugada, Toni, el único que no había ingerido alcohol, estacionaba el coche delante de la casa de Rebeca.

Jaime, con la ventana abierta y sin poder pegar ojo, «una noche más», escuchó las risas de los ocupantes del vehículo y se asomó. Al ver a Rebeca totalmente borracha, casi sin tenerse en pie, se le encendió la sangre. Bajó como un galgo a por ella.

Toni le hizo un gesto con la cabeza. Jaime, por el contrario, lo acribilló con la mirada. Sin pensarlo dos veces, y con un cabreo enorme, cogió a Rebeca en brazos, ya que esta llevaba los zapatos en la mano y se tambaleaba. Toni aceleró y salió chirriando ruedas.

Rebeca, muerta de risa, se aferró a Jaime para sostenerse, todo le daba vueltas. Al apoyar la cabeza en el hombro de él suspiró.

—Mmm... ¡Qué bien hueles siempre!

—Beca, baja la voz, no querrás despertar a tus hermanos.

Ella hizo un gesto cómico tapándose la boca, y Jaime en aquel momento notó que el cabreo desaparecía totalmente de su ser. Y mucho más cuando ella, al volver a apoyar la cabeza en su hombro, dejó su nariz pegada a su cuello y ronroneó.

—¡Ay, Dios! ¿Nos hemos casado? —preguntó alarmada.

—No, no nos hemos casado.

—¿Y por qué cruzamos el umbral llevándome



en brazos?

Jaime la miró y negó con la cabeza.

—Porque estás borracha.

—¿Sabes? He soñado tantas veces con este momento... —suspiró nostálgica, y Jaime se detuvo—. Claro que... yo no iba borracha y tú no estabas enfadado.

Jaime acercó su frente a la de ella. Cerró los ojos cuando notó que Beca le acariciaba las mejillas con sus manos.

—No estoy enfadado —dijo con un hilo de voz.

—No sabes cuánto odio haber ido a *dance therapy*. Ya nunca volverás a mirarme igual.

Ella seguía acariciándole el rostro, y sus bocas estaban muy próximas. Jaime no quería llevarla a su dormitorio, al hacerlo tendría que soltarla y regresar al suyo, y eso era dejar de tenerla entre sus brazos. Así que continuó allí de pie, con ella en brazos y totalmente inmóvil.

—No digas eso, Beca...

—No importa, ya no importa, yo me voy a marchar... —Jaime notó que se asfixiaba al

escucharla—. Y tú, además, ya has encontrado a otra mujer.

—Rebeca... —Le tapó la boca con la mano.

—Es mejor así, lo nuestro sólo fue un amor de juventud. Mereces encontrar una mujer que te ame y no te decepcione. Yo lo hice y ya no lo puedo borrar.

Jaime iba a aclarar que Cintia no era lo que ella pensaba, pero no pudo hacerlo porque la puerta se abrió y David entró.

—¿Qué demonios...? —No necesitó preguntar más cuando Rebeca, al verlo aparecer, lo llamó con la voz pastosa.

—Shhhhhh... No grites que vas a despertar a todos —dijo ella haciendo aspavientos con las manos.

—Mañana, tú y yo hablaremos, ¡ahora, a la cama!

Jaime subió delante de David todavía con Rebeca en los brazos. Cuando la tumbó, esta lo agarró del cuello y le dio un beso rápido en los labios y, antes de soltarlo, le susurró al oído.

—Espero que seas feliz, yo intentaré encontrar a alguien que llene el vacío que tú dejaste.

Y dicho esto, cerró los ojos y se quedó dormida. David miró a Jaime y negó con la cabeza. Su hermana podía con él cuando se lo proponía.

\*\*\*

Al despertar, maldijo todos los tequilas de la noche anterior. Le dolía la cabeza horrores. En un vano esfuerzo por levantarse se dio cuenta que ni siquiera se había cambiado de ropa. Y por desgracia llegó un recuerdo a su mente.

«¡No puede ser! ¿Jaime?».

Ya era mala suerte llegar bebida, mucho más que Jaime tuviera que ayudarla y, para mal de males, su hermano David. ¿No podía quedarse sin memoria como otra mucha gente?

Cerró los ojos y se cubrió la cara con el antebrazo justo en el instante que su hermano David hacía acto de presencia en su dormitorio.

—¡Rebeca, levanta el culo y dúchate! Queda menos de una hora para comer.

—No grites —fue todo cuánto pudo decir, su boca estaba pastosa.

—Vaya, vaya, la señorita se levanta con resaca. —Se acercó y le lanzó un cojín—. ¡Esto es lo que pasa por beber!

—Bien.

—¿Pero en qué coño pensabas para emborracharte?! —le dijo fuera de sí.

—Por favor, David, no me grites.

Se incorporó y se quedó sentada, apoyada en el cabecero de la cama. David mirándola fijamente.

—Tú nunca bebes, ¿por qué lo hiciste anoche? —le preguntó con un tono de voz neutro.

—Porque estaba de fiesta, me apetecía, y tú lo has dicho, nunca bebo, así que no bebí tanto.

—¡Te juro, Beca, que te mataría! —No mentía, estaba muy cabreado—. Justo la noche que ninguno de nosotros va contigo... ¡Vas tú y bebes!

Rebeca puso los ojos en blanco. Sus hermanos siempre controlando su vida.

—Vale, David, deja de gritarme. Además, ya soy mayorcita para beber cuando me dé la real

gana.

—Tú no tendrás nunca... —se puso serio—. Nunca, escúchame bien, pero que nunca ¡edad suficiente para hacer lo que te dé la gana! —Rebeca lo miró desafiante—. ¿Lo has entendido bien?

—¿Sabes, David? Igual es ese uno de los motivos por los que quiero marcharme de aquí. Puede que esté cansada de que mis hermanos se piensen que siempre tengo que estar bajo su mando.

David no quería dar su brazo a torcer. La sola idea de que a su hermana le hubiese pasado algo, sin estar ellos delante, le encendía la sangre.

—¡No volverás a beber sin estar nosotros!

Rebeca, cansada de discutir y con ganas de arrancarse la cabeza por el dolor que sentía, prefirió salir del paso.

—Vale, ahora, por favor, si eres tan amable, me gustaría ir a ducharme.

—Sí, ve, que como te vea Neill con estas pintas, no quiero ni pensarlo.

David bajó para unirse a sus hermanos que estaban trasteando en la cocina. Rebeca, de mala gana, se levantó y se dirigió al aseo. Estaba a punto de entrar cuando vio a Jaime apoyado en la puerta de su dormitorio, con los brazos y piernas cruzados, mirándola con una sonrisa cómplice. Un gesto tan de ellos que, por mucho que intentó disimular, no pudo más que responder con la misma sonrisa.

Esa sonrisa, al igual que muchos otros gestos entre ellos, formaba parte de un pasado que los seguía uniendo. Con esa sonrisa acababa de decirle: «menuda pillada anoche», a la que ella en respuesta con su gesto sonriente quiso decir: «menos mal que no me pillaron todos».

Jaime negó con la cabeza, y ella se encogió de hombros y se metió en el baño.

El estómago de Rebeca no estaba asentado, comió lo justo para que sus hermanos no dijeran nada y se felicitó a sí misma por actuar delante de ellos. Claro que, mientras recogían la mesa, sus hermanos tenían ganas de averiguarlo todo.

—¿Qué tal anoche? —preguntó Rubén curioso.

—Bien.

Una respuesta demasiado escueta para todos ellos.

—Rebeca, podrías dar más detalles —comentó Dallas justo detrás de ella.

—Por favor, ¿acaso yo os pregunto a vosotros? —respondió mientras cerraba la puerta del lavavajillas.

—La cuestión es que nosotros sí lo estamos haciendo, y por supuesto queremos una respuesta mucho más detallada que un simple «bien».

Rebeca se irguió frente a su hermano Dallas, estaba a punto de decirles a todos ellos tres cositas, para dejar claras las cosas, cuando sonó de nuevo el interfono interno de seguridad.

Jaime, sentado en uno de los taburetes, encantado de ver a Rebeca intentando torear a sus hermanos, seguía sonriente; Sonrisa que se le evaporó cuando Rubén informó que Jorge estaba en la entrada.

Rebeca fue corriendo a su dormitorio, no quería

que la viese con ropa que usaba para ir por casa. Se puso un vestido corto veraniego y salió corriendo a recibir a Jorge.

—Hola.

—Hola, ¿qué haces aquí? —preguntó Rebeca mientras él salía del coche y le daba dos besos.

—Quería ver que estabas bien... —Los dos se miraron—. Anoche no debí beber tanto.

Rebeca se rió, parecía avergonzado.

—No fuiste el único, no tienes por qué sentirte responsable.

—Sí, ya lo creo que sí. Mi obligación era traerte a tu casa... —Rebeca lo interrumpió.

—Jorge, por favor, no tenías obligación de nada. ¡No seas tan carca como mis hermanos!

Los dos rieron y estuvieron un rato hablando en la entrada de casa. Rubén y Neill los vigilaban desde la ventana del salón. Jaime prefirió no mirar, la sola idea de que aquel idiota estuviese allí le había amargado el día.

Malcolm, que tenía que marcharse porque había quedado con Miranda, fue hasta ellos antes de



pasar por el garaje.

—Así que tú eres Jorge, ¿no?

Rebeca lo miró de soslayo, como se le ocurriese hacer de casamentero, iba a arder Troya.

—Sí, ese soy yo.

Estrecharon las manos y hablaron unos cinco minutos.

—No os quedéis aquí en la entrada, pasad y poneos cómodos. Además, están preparando las cartas para jugar al póquer.

Rebeca fulminó con la mirada a Malcolm, quien sonrió al percatarse de ello. Esta vez se habían vuelto las tornas, era ella la que recibía de su propia medicina.

—¿En serio, póquer? —preguntó Jorge alegre.

—Sí, es un juego que nos encanta jugar en familia, ¿verdad, hermanita? —Malcom le dio un beso en la mejilla y se alejó con una sonrisa triunfal.

Rebeca suspiró derrotada y le hizo una seña para que la siguiera.

Rubén y Neill se alejaron y disimularon, no les

apetecía que su hermana supiese que la estaban espiando.

Diez minutos más tarde, Tamara llegó y se sumó a la partida. Al cabo de un rato, habían dos cosas que la tenían mosqueada. Una: David llevaba varios días muy extraño con ella. Dos: Jaime no quitaba ojo a Jorge, y mucho menos cuando este soltaba indirectas halagadoras a Rebeca. Si seguían así, de un momento a otro, Jaime le saltaría al cuello a Jorge. Eso la hizo sonreír, ya era hora que por fin Jaime espabilara; si no hacía pronto algo, perdería a Rebeca.

Hicieron un descanso, y Rebeca fue a por más bebida para todos, Jorge la siguió con el pretexto de ayudarla.

—Tu familia es fantástica.

—No te dejes engañar —comentó sarcástica—, porque no has ganado ni una sola partida. En cuanto lo hagas, ya verás cómo no dices lo mismo de ellos.

—En realidad sí lo he hecho.

—¡Pero si no has ganado ni una! —dijo

risueña.

—Llevo dos horas contigo, y tus hermanos todavía no me han pegado. —Rebeca se puso nerviosa—. Teniendo en cuenta el gran interrogatorio al que me sometieron ayer y que no me hayan matado por dejar que regresases a casa ebria...

—Shhh, no lo digas muy alto. Sólo David me vio llegar en ese estado.

Jorge se acercó más a ella y, cuando sus caras estaban a un palmo, con voz sensual, dijo:

—Me gustaría tener otra cita contigo. Prometo no beber tanto, porque quiero que acabemos la noche recordándola.

Rebeca tragó saliva. Jorge no era feo, para nada, además, tenía un gran sentido del humor, algo que la noche anterior comprobó de primera mano. Pero no podía empezar algo que de sobra sabía de antemano que acabaría fracasando.

—No hubiese estado de más —los interrumpió Jaime—, que ayer cuidaras mejor de Rebeca.

La voz de enfado de Jaime consiguió que Jorge

se apartara un poco de Beca.

—Eso es algo por lo que ya me he disculpado...

—¡A mí no me valen las disculpas! —dijo ya con tono cabreado.

Rebeca se sorprendió y le pidió a Jorge que los dejase a solas, le tendió las bebidas, y este se alejó mirando con desafío a Jaime.

Al quedarse a solas, Jaime no esperó ni un segundo para expresarse alterado.

—¿Vas a aceptar una cita con ese idiota?

—No hay necesidad de insultar a nadie....

—¡Por supuesto que la hay! Permitted que llegases casi sin conocimiento, y, encima, él iba peor que tú.

—Jaime, él puede ir como le dé la gana...

—¡Podrá hacer lo que le dé la puta gana cuando esté con otra! Te fuiste con él y era su responsabilidad traerte sana y salva.

Rebeca se rió, aquello era surrealista total.

—¿Te estás escuchando? Pareces sacado de otro siglo.

Enervado porque Rebeca se riera, la agarró por la cintura, la atrajo hacia él y, totalmente pegado a su cara, siseó:

—Podía haberte pasado cualquier cosa y te juro, Beca, que ese idiota llevaría horas enterrado.

Rebeca se tensó, tener a Jaime tan cerca le provocaba una excitación que no podía controlar.

Jaime miraba sus labios, eran una tentación, necesitaba saborearlos de nuevo. A punto estuvo de hacerlo cuando la voz de Tamara detrás de ellos los interrumpió.

—Beca...

Al ver los semblantes de ambos, supo que había interrumpido algo. Interiormente lamentó la intromisión.

Jaime, de mala gana, se apartó y se alejó.

—¿He interrumpido algo? —preguntó Tamara.  
Rebeca se dio la vuelta y negó con la cabeza.

# Capítulo 25

## Pelea de enamorados

David entró en la cocina y, al ver a Tamara con una cerveza en la mano, se acercó y se la arrebató de malos modos.

Rebeca y Tamara se miraron, no era normal que David actuase así, pero esta vez Beca prefirió alejarse, estaba claro que en cosas de pareja no debía entrometerse... de momento.

—¿Qué demonios te pasa? —preguntó Tamara incrédula.

—Tamara, estoy cabreado, no, miento, estoy mucho más que eso. Llevo días esperando que tengas el valor de confesarme tu secreto, jamás hubiese imaginado ¡que tú! —dijo con fuerza—, pudieses ocultarme algo así.

Tamara no entendía nada, ¿qué se suponía que estaba ocultando?

David parecía tener muy claras las cosas, si el predictor que el otro día su hermana aseguró no era de ella, blanco y en botella: Tamara.

—David, me estás asustando, no entiendo...

—¿¡No entiendes!?! —bramó a un palmo de su cara.

—No, no entiendo... y por favor, no me grites.

David se echó atrás y empezó a dar vueltas por la cocina llevándose las manos a la cabeza. Paro en seco y se giró para mirar a Tamara.

—¡Del bebé que estás esperando! De eso estoy hablando —espetó sin más.

Tamara agrandó los ojos, desde luego David se había vuelto loco de remate.

—¿Qué dices?...

—Tamara, no juegues con esto, he aguantado varios días esperando que tuvieses la decencia de confesármelo.

La muchacha estaba alucinada, es que no entendía nada.

—David, por lo que más quieras, céntrate, porque no sé de qué estás hablando.

—Estoy hablando de que estás embarazada, que mi hermana te ha guardado el secreto muy bien, y de que estoy encolerizado de que tanto tú como ella me hayáis ocultado algo tan importante.

—Yo no estoy embarazada —dijo sin entender muy bien de dónde había sacado esa idea.

—¿Acaso lo has perdido sin preguntarme? —preguntó rabioso.

—No he perdido nada, no sé por qué piensas que estoy embarazada, pero te aseguro que...

—Tamara, maldita sea, ¡confiesa!

El grito que dio fue tan fuerte que incluso sus hermanos en el jardín lo escucharon.

Rubén se puso en pie, no era propio de David dar esas voces; de Neill lo entendería, pero de él no. Estaba dispuesto a entrar en la casa para averiguar qué ocurría cuando Víctor lo detuvo.

—Es una conversación que no nos concierne.

Rebeca observó a sus hermanos, Víctor tenía razón, pero la palabra que habían escuchado, «confiesa», dejaba claro que David y Tamara estaban teniendo una bronca y, por lo visto, por



algún motivo muy delicado.

En la cocina, Tamara permanecía totalmente paralizada por el arrebató de David.

—No sé qué mosca te ha picado, pero más vale que no vuelvas a gritarme, porque si lo haces, no volverás a verme.

Ahora la enfadada era ella, ¿quién se había creído que era para gritarle así? Además, sin razón.

David respiró hondo, tenía razón, se le había ido de las manos, pero era que llevaba días angustiado y esperando que Tamara confesara su embarazo.

—Está bien, tienes razón, lamento haberte gritado... Pero, por favor, di de una maldita vez por qué me estás ocultando tu embarazo.

—Te he dicho que no estoy embarazada, no sé cómo has llegado a pensar algo semejante, pero no lo estoy.

David no le creía, era imposible, su hermana tenía una prueba de embarazo y esas cosas no eran de cualquiera.

—Tamara, encontré el predictor que guardaba Rebeca, sé que no es de ella, así que admite de una vez que vamos a ser padres y dejemos este puto tema zanjado.

Tamara se llevó las manos a la cara, intentó serenarse porque acababa de entenderlo todo y, desde luego, se sentía muy ofendida.

—¿Has sido capaz de pensar que yo he perdido un bebé sin consultártelo? —preguntó casi en un hilo de voz.

David la miró fijamente.

—No sé qué pensar, porque estás asegurando que no hay bebé, entonces...

—¡Cállate! —bramó y se sentó en un taburete—. No me puedo creer que hayas siquiera sugerido tal cosa.

David vio decepción y tristeza en su rostro.

—Tamy...

—¡Ni Tamy ni leches! —espetó muy cabreada—. David, acabas de insultarme como no lo había hecho nadie en toda mi vida —se le quebró la voz—. No lo esperaba de ti, jamás

hubiese pensado que tú me creyeses capaz de algo así.

David se sintió estúpido, cerró los ojos por no ver el rostro demudado de Tamara, una cara que no olvidaría jamás.

Ambos permanecieron en silencio un buen rato, a veces era mejor no decir nada. Hasta que Tamara tomó aire con fuerza, se levantó del taburete y, mirando fijamente a los ojos de David, dijo:

—Una cosa está clara, tú y yo no volveremos a tener esta discusión.

David la miró extrañado.

—¿Qué quieres decir?

—Que nunca más volverás a pensar que te he ocultado un embarazo, porque no vamos a volvernos a acostar juntos.

David levantó las cejas.

—¿Qué insinúas?

—No insinúo, estoy afirmando que aquí acaba nuestra relación.

Y sin más, se marchó, dejando a David descolocado y hundido.

Mientras Tamara salía, Malcom se cruzó con ella con cara de pocos amigos también. Fue directo a donde estaban sus hermanos y, sin apenas saludar, soltó:

—¡La mujeres están locas!

Rebeca lo miró rápido, el resto de hermanos iban a bromear, pero al ver el talante serio, prefirieron guardar silencio.

—Algo me dice que has discutido con tu chica —comentó Víctor.

—No, no he discutido, y se acabó, está claro que no estoy hecho para mantener una relación —aseveró mientras se sentaba junto a sus hermanos.

—Parece que ya somos dos —interrumpió la voz de David por detrás de ellos.

Rebeca cerró los ojos, esto debía ser un mal sueño.

Miró a Jorge y, tan sincera como siempre, dijo:

—Creo que ha llegado el momento de despedirnos.

Jorge asintió con la cabeza, no tenía tanta

confianza con los miembros de esa familia como para quedarse a escuchar.

Rebeca se levantó y lo acompañó a la entrada. Jaime, sin saber por qué, sintió un gran alivio.

—Oye, Rebeca, me gustaría que pensases en mi propuesta de quedar otro día y tener una cita.

Ella se mordió el labio, lo miró fijamente a los ojos y negó con la cabeza.

—Verás, es mejor dejar las cosas como están, dentro de poco me marcharé a vivir a Escocia.

Jorge agrandó los ojos.

—¿Por qué?

—Porque así lo he decidido.

No quería ser descortés, al fin y al cabo, Jorge le caía bien, pero tampoco se sentía con obligación de tener que dar más explicaciones. Ya estaba cansada de darlas a sus hermanos como para que otros quisieran también.

—¿Y eso será dentro de mucho? —preguntó esperanzado.

—No, por eso prefiero no aceptar tu proposición, es mejor no complicar las cosas...

—Rebeca, no sería complicar nada.

«¡Dios, dame paciencia!».

Desde luego los hombres tenían muy poco sentido común.

—Claro que lo complica, porque si entre nosotros surgiese algo más que una amistad, sería bastante doloroso tener que marcharme, ¿no crees?

—Todo depende, si de verdad entre nosotros surgiese algo más, si es amor verdadero, podríamos buscar alternativas.

Rebeca pensó en esas palabras: «amor verdadero». Ella lo había encontrado una vez y se le escapó.

—No, créeme, ya pasé por eso y no estoy dispuesta a vivirlo de nuevo.

Lo dijo con tanto pesar que Jorge asintió. Por lo visto, la mujer que tenía delante ya había sufrido por amor y, además, por uno a distancia.

—Es una lástima, creo que tú y yo podríamos haber llegado a algo.

Se acercó y le dio un ligero beso en los labios justo cuando Jaime se asomaba por la ventana.

Jaime sintió tanta rabia interior que estuvo a punto de salir y partirle la cara a Jorge. ¿Por qué Rebeca permitía que aquel idiota la besara? ¿Por qué siempre Rebeca tenía el poder de amargarle la vida? ¿Por qué no podía perdonarla? ¿Por qué no era capaz de ser feliz sin ella?... Eran tantos porqués que se estaba volviendo loco.

Necesitaba tomar el aire e intentar sacar a Rebeca de una maldita vez de su cabeza. Así que se dirigió al garaje, se montó en su moto y se marchó.

## Capítulo 26

### Los hombres son de otro planeta

Rebeca vio pasar por delante a Jaime, por mucho que intentaba disimular, cada día le dolía más que su relación con él hubiese llegado al total distanciamiento. Siempre había sido su gran apoyo, su amigo, y, ahora, casi no podían ni mirarse a la cara. Necesitaba alejarse cuanto antes, la distancia conseguiría esta vez que ella pudiese olvidarlo para siempre. Bueno, eso sería imposible, pero sí le ayudaría a sacarlo totalmente de su corazón.

Jorge se despidió y, cuando Rebeca estaba a punto de entrar de nuevo en la casa, su hermano Javier estacionaba en la puerta.

—Hola, pequeña, ¿hay partida hoy? —preguntó contento.

—Había, pero Malcom y David parece que han



tenido problemas amorosos.

Javier levantó una ceja, torció el labio y rodeó a su hermana por el hombro para entrar juntos.

Una vez todos reunidos en el jardín, sentados alrededor de la mesa, en el gran nido, como en otras muchas ocasiones, demostraron ser una familia unida.

Escucharon atentamente las dos versiones, tanto la de David como la de Malcom.

Rebeca pasó por todos los colores, del blanco al rojo, del carmesí al morado y, ahora, estaba negra. ¿En qué pensaban los hombres?, se preguntaba una y otra vez.

Cuando Malcom terminó, todos permanecieron en silencio, Rebeca, que ya de por sí tenía dolor de cabeza por su resaca, ahora parecía que le iba a estallar el cerebro.

Se levantó como un resorte dejando a sus hermanos sorprendidos. Empezó a andar de un lado a otro de la mesa, hablaba para ella misma a una velocidad de vértigo, no la entendían, pero prefirieron callar y esperar, pues, conociendo a su

hermana pequeña, daría su opinión en cuanto se tranquilizase.

Y así lo hizo, paró en seco y señaló a David con un dedo acusador a la vez que bramó:

—¡Tú! ¿Cómo... cómo... —repitió sin encontrar las palabras, por lo alterada que estaba—, cómo se te ocurre insultar y acusar a Tamara de esa manera?

Los siete hermanos permanecieron callados, no entendían muy bien la reacción de Rebeca, ellos, en realidad. comprendían tanto a David como a Malcom.

Rebeca gruñó y negó con la cabeza.

—No me puedo creer que tenga unos hermanos tan idiotas.

—Rebeca... —interrumpió Javier, y Rebeca alzó la mano para callarlo.

—¡Ni Rebeca ni Rebeco! ¿Pero de dónde sois vosotros? Porque de este planeta está claro que no.

Vaya, ahora la bronca ya era para todos, mejor no decir nada, porque, sin comerlo ni beberlo, su hermana ya los había metido a todos en el saco.

—Pensé... —dijo David, y nuevamente su hermana interrumpió.

—Ahhh... ¿pero tú piensas? —comentó con cinismo—. Acabas de joder la mejor relación que podías tener en tu vida.

David agrandó los ojos, él pensaba que Tamara se había marchado enfadada, pero que no llegaría tan lejos su amenaza.

—¡Maldita sea, David! Has acusado a Tamara de haber abortado a tus espaldas, de haberte mentido, y eso significa desconfianza. ¡DESCONFIANZA!

Los siete hombretones tragaron saliva, su hermana estaba muy, pero que muy cabreada.

—Se supone que, cuando uno está enamorado e intenta tener una relación, hay tres cosas que no pueden fallar: la sinceridad, el respeto y la confianza —dijo mirando fijamente a los ojos de su hermano—. Y tú, de un plumazo, te los has cargado todos.

—Oye, yo pensé que ese predictor....

—¡Cállate! —gimió encolerizada—. Cállate,

porque si vuelves a nombrar ese maldito trasto, voy a perder totalmente la poca paciencia que tengo.

—Beca... —la nombró, con voz tranquila, Javier.

—No, no me pidas que me calme, porque lo de estos dos no tiene nombre. —Se sentó en la silla de nuevo—. ¿Quieres saber por qué pasan estas malditas cosas? —preguntó con la voz más tranquila.

—Por qué —respondió David.

—Por vuestra manía de intentar controlar mi vida. Si no hubieseis espiado...

—No hicimos eso exactamente —interrumpió Víctor. Rebeca lo fulminó con la mirada.

—¡Y tanto que sí! Si no os metieseis en la vida de los demás, ahora no estaríamos aquí sentados escuchando que David ha cometido la mayor estupidez de su vida.

—¿Y qué tiene que hacer ahora? —preguntó Rubén con la esperanza de que su hermana tuviese la respuesta.

—Ahora tiene que disculparse y aceptar lo que Tamara decida.

—Vale, la he jodido, pero yo pensaba...

—Lo que tú pensaras, David, ahora mismo no importa nada. Tu obligación era hablar con ella desde el principio, haber expuesto con tranquilidad lo que te preocupaba, ella te hubiese aclarado las cosas. Podría haberte dicho que no era de ella el predictor y santa pascuas. Pero no, no, tú vas, te lo callas y vas haciéndote una idea en tu cabeza totalmente desproporcionada. Y si eso no era suficiente, vas y la acusas sin pruebas, sin motivos y dejándola destrozada.

David se apretó la cabeza, a él también le iba a estallar, lo empezaba a ver todo muy negro.

A Rebeca le dolió ver a su hermano tan desesperado, ella ya le había dicho cuanto merecía, ahora tocaba darle algo de esperanza.

—Por suerte para ti —dijo con voz neutra—, Tamy te ama. No será fácil, pero acabará perdonándote si de verdad le demuestras que mereces su perdón.

David tragó saliva y asintió despacio con la cabeza. Entendió las palabras de su hermana, ahora tocaba demostrar que él también la amaba.

Rebeca pensó en su amiga, lo que debía estar pasando por culpa de las palabras de David, mucho más cuando Tamara por David se desvivía.

—¿Sabes, David? En parte me alegro de que esto haya pasado.

Todos los hermanos se miraron, no entendían aquellas palabras.

—¿Por qué? —preguntó, temeroso, David.

—Porque Tamara te tenía subido a un pedestal demasiado alto, no es bueno que te idolatrara, solo eres un hombre; no, un todopoderoso. —Cruzó los brazos y los apoyó en la mesa—. Le has fallado como dios, intenta a partir de ahora no hacerlo como hombre.

En parte tenía toda la razón, Tamara llevaba tantos años adorando a David que cualquier cosa que este hiciese, para ella, siempre estaba bien vista. Era bueno que a partir de ahora vivieran una relación donde los dos podían jugar las mismas

cartas.

David volvió a asentir y se mordió un labio, se inclinó hacia delante y le dio un beso en la frente a su hermana. A pesar de todo lo que le había echado en cara, estaba claro que tenía toda la razón, y era la única que tras sus palabras le había dicho la manera de recuperarla.

Javier le dio un toque en la rodilla a Rebeca, estaba orgulloso de ella.

—¿Y qué pasa conmigo? Yo no la he insultado —comentó Malcom.

Rebeca cerró los ojos por no gritar. Ella tenía razón, los hombres eran de otro planeta.

—Mira, Malcom, ahora mismo, lo que más me apetece es abrir la mano y darte en toda la cara. No se puede ser más majadero que tú.

Esta respuesta sorprendió a los siete hermanos.

—Te recuerdo que es ella la que me ha insultado... —dijo Malcom muy molesto, porque parecía que su hermana no había entendido bien la historia.

Rebeca se llevó las manos a la cara y negó sin

parar. Se puso en pie de nuevo, como así también empezó a ir de un lado a otro.

—Tiene narices la cosa —hablaba para ella misma—. El tío se burla de su novia, y resulta que la que insulta es ella.

Los hermanos no se perdían detalle ni de cómo hablaba ni cómo se empezaba a retorcer las manos.

Dallas miró a Víctor, y este último asintió; en cuanto su hermana parase en seco, era posible que a Malcom le cayese una buena bronca.

Y, expectantes, su hermana no defraudó, paró de nuevo en seco, justo en frente de Malcom. Eso sí, esta vez no gritó, más bien usó un todo irónico que dejaba constancia de lo cabreada que estaba.

—Vamos a ver, Malcom, es que todavía no entiendo, y te juro que me estoy esforzando mucho, pero mucho, para comprender, ¿Cómo es posible que un hombre que se ha tirado tantos años estudiando, pueda a llegar a ser tan lerdo?

—¿Miranda me insulta a grito pelado, y el lerdo soy yo?



Rebeca, que estaba por dentro hecha una furia, se acercó a la mesa, hizo a un lado a su hermano Javier con un empujón de cadera, sin apenas percatarse, apoyó las palmas de las manos e inclinó el cuerpo para acercarse a Malcom, quería que lo escuchase a la perfección.

—Eres cirujano... Estás en un hospital... —comentaba con cinismo, dando espacio a cada frase para dar más constancia de su sarcasmo—. Donde hay medicamentos y profesionales... —y ya no pudo más, explotó—. ¡Y resulta que te hace un masaje la celadora! Que lo único que debe tocar esa mujer es un ordenador y el teléfono... ¿¡Cómo se te ocurre montártelo a dos metros de la consulta de tu novia!? —bramó fuera de sí, es que sus hermanos no era que pareciesen de otro planeta, es que eran marcianos.

—Yo no me he montado nada con nadie —respondió poniéndose en la misma posición que su hermana, donde sus caras quedaron a un palmo escaso. Estaba ofendido porque ella insinuara algo semejante.

—¿En serio?

—¡Sí, muy en serio!

—Muy bien, entonces dime, ¿qué grado de fisioterapia tiene la celadora para darte un masaje?

—Me dolía la espalda y el cuello, la chica me dijo que me extendía la pomada...

—¡La chica, la chica!

Era un toma y daca mientras el resto de hermanos permanecían expectantes.

—Sí, Beca, la chica estaba allí y se ofreció...

—¡No eres más tonto porque no te entrenas! —escupió las palabras con rabia—. Estás en la sala de descanso, con la celadora, la misma que, hasta que empezaste a salir con Miranda, si no recuerdo mal, era una chica con la que te gustaba de vez en cuando compartir la cama.

—Tú lo has dicho, antes de estar con Miranda.

—Sí, pero resulta, hermanito —dijo con mofa—, que una celadora no es precisamente la más acertada para extender una pomada, mucho menos en un hospital, y más aún cuando tu novia

tiene la consulta al lado, y, ya puestos, menos todavía cuando es una mujer a la que te follabas, y que ella, está claro, quiere seguir metiéndose en tu cama. ¿De quién fue la idea de poner la pomada? ¡¿Dime?! ¿Tuya o de ella?

—De ella —respondió rápido y gritando, ya que otra vez la voz de su hermana empezaba a elevarse.

—Y claro, tú, angelito —se mofó—, que no sabes decir que no a una mujer, te quitas la camisa, te tumbas y dejas que ella te extienda la pomada, eso sí, sentada a horcajadas en tu trasero, porque parece que es la posición más correcta para que alguien te extienda una crema... —y sorprendió a todos, dando grandes voces—. No es que tenga un hermano lerdo, es que eres un auténtico ¡GILIPOLLAS!

Y sin más, se echó atrás y salió de allí, porque era mejor alejarse o le daría una buena leche para que espabilara.

## Capítulo 27

### No siempre hay un perdón

David se encontraba ante la puerta de Tamara, nervioso y un tanto angustiado.

Tamara abrió la puerta y, con una mirada gélida, lo recibió.

—¿Qué quieres?

Si sus ojos eran fríos, su tono de voz fue hielo puro.

—Necesito hablar contigo...

—Creo que todo lo que tenías que decir ya lo dijiste en tu casa.

—Estás muy equivocada —balbuceó con un nudo en la garganta—. Lo más importante no lo dije.

Tamara, sin cambiar el semblante, preguntó:

—¿El qué?

—Perdón —respondió totalmente sincero.

Tamara se sorprendió, pero no lo demostró. Allí estaba el hombre que tanto adoraba, delante de ella, pidiendo perdón.

David tragó saliva, su hermana tenía razón, unas simples palabras no bastaban. Y se tenía que andar con mucho tiento, porque si algo tenía claro, era que no podía vivir sin Tamara.

—Tamy, sé que me he comportado como un auténtico gilipollas, créeme que me ha quedado muy claro después de que mi hermana... —Se avergonzó. A Tamara le gustó ver ese detalle—. Bueno, que está claro que lo he hecho todo mal. Que tenía que haber confiado en ti...

—Sí, debiste hacerlo. Has roto lo más sagrado de una relación.

David sintió mil puñales en el pecho. Bajó la cabeza y buscó las palabras apropiadas, una cosa sí sabía, con Tamara no valían las medias tintas, por lo tanto: la sinceridad era su única esperanza.

No soportaba ver los ojos fríos de Tamara, además, lo que iba a confesar también lo avergonzaba. No se esperaba de un hombre lo que

iba a decir.

—Tuve miedo —sentenció—. Pensé que, si tú estabas embarazada y me lo ocultabas, era por un único motivo.

Tamara frunció el ceño, alargó el brazo para llevar su mano a la barbilla de David. Lo que tuviese que decir, que lo hiciese mirándola directamente a la cara.

—¿Qué motivo?

—Que no me creyeses estar a la altura de ser el padre de tu hijo.

Fue tal la honestidad en sus palabras, que a Tamara por poco le fallan las rodillas. ¿Qué estaba diciendo?

—¿Y por qué iba yo a pensar tal cosa? —preguntó emocionada, pues David tenía lágrimas en los ojos.

—Porque, para mí, tú estás muy por encima de cualquiera. Porque tienes el alma más pura que jamás he conocido, porque eres una gran persona. Porque nadie puede estar a tu altura... Cada mañana me levanto con temor de que te des cuenta

que soy un hombre muy normal, con muchos defectos...

—David...

La interrumpió poniéndole la mano en la boca. Tenía que sincerarse al cien por cien. Necesitaba que ella lo entendiera, que no iba a volver a cometer más errores, que, después de su confesión, decidiera si realmente merecía estar con ella.

—Tamy, desde que encontramos el predictor, lo único que he hecho es pensar una y otra vez que tú te habías dado cuenta que no estoy a tu altura —adujo sin dejar de mirarla—. Cuando te pedí que pensaras bien la respuesta, no mentí. Dejé mi corazón en tus manos. No quiero a ninguna otra mujer en mi vida, porque tú eres la única que me llena. Sé que no soy perfecto, sé que cometeré mil errores, sé que lo he estropeado todo, sé que ahora me odias... pero sé que sin ti, ya no puedo vivir.

Un par de lágrimas rodaron por su mejilla. Tamara, con rapidez, se las limpió, no podía soportar verlo así.

—No te odio, sólo estoy dolida.

David ni se percató de que ella le estaba acariciando el rostro, estaba tan aterrado porque ella no lo perdonara, que parecía que su alma estuviese vagando. La necesitaba, sin ella, su alma estaba vacía.

—Necesito que me perdones. Te juro, Tamy, que lo lamento, no puedes hacerte a una idea de cuánto me duele que estés dolida. Mi única misión es hacerte feliz, y saber que yo soy el causante de tu dolor, me está matando. No puedo verte así, no puedo verte afligida, no puedo fingir ante ti...

Se dio la vuelta, empezó a llorar y no quería que ella lo viera.

—David, mírame.

Él negaba con la cabeza, era vergonzoso llorar, nunca lo había hecho, y justo ahora tenía que hacerlo delante de ella.

—David, si me amas, mírame.

Con pesar porque ella lo considerase un blandengue, «otro defecto más que sumar», pensó, se dio la vuelta.

Se encontró a Tamara con la mirada dulce de



siempre, sin la frialdad con la que lo había recibido. Ahí estaba su Tamy, con esa carita preciosa llena de lágrimas también.

Ella no pudo soportarlo más, era adoración por David. Esa tarde, él había echado por tierra toda la ilusión puesta en su relación, pero ahora, ahí, delante de ella con el corazón en la mano, con las palabras honestas y demostrando que la amaba, no lo pensó más. Se acercó y lo besó, entregando un beso cargado de esperanza, con la ilusión de una mujer enamorada por seguir con el hombre que estaba demostrando más de lo que ella esperaba. Siempre pensó que era ella de los dos, la que sentía más por el otro, ahora no era así, eran dos enamorados a partes iguales.

David se aferró a Tamara, ¡no la había perdido! Estaba junto a él, besándolo, sintiendo que después de esto, nada podría separarlos; ya se encargaría él de que eso fuese así.

Todos habían dado por hecho que era Tamara quien lo tenía en un pedestal, puede que él no hubiese actuado para demostrar que era al

contrario, que durante muchos años se había sentido inferior ante ella. Suerte que haberse sincerado le había hecho recuperar a la única mujer que amaba, porque no sabría vivir sin ella.

Cuando sus bocas se separaron y sus ojos se encontraron, ambos lo supieron: no había vuelta atrás, sus corazones estaban unidos a cal y canto.

\*\*\*

Malcom también intentó solucionar las cosas con Miranda, pero no le fue tan bien como a su hermano. Ella se había negado a hablar con él y se sintió un estúpido.

Durante el trayecto a su casa, pensó en las palabras de su hermana. Visto de esa manera sí parecía que se había burlado de Miranda. Volvió a repasar mentalmente todo lo que había pasado, gruñó porque ahora sí confirmaba las palabras de Rebeca, «soy un auténtico gilipollas».

Había tenido unos cuantos encuentros sexuales con la celadora, por ello no pensó mal cuando se despojó de la camiseta y ella lo hizo tumbarse. Claro que tampoco había pensado que Marga se

fuese a sentar a horcajadas sobre él. Y, por desgracia, justo cuando entró Miranda.

Suspiró fuerte y resignado, había metido la pata hasta el fondo, sí, muy al fondo, pero algo tenía claro, no pensaba cesar en su empeño de recuperar la confianza de Miranda, pues él no había pensado en la otra mujer, lo único que hizo fue cometer el error de permitir que Marga lo convenciese para hacerle un masaje.

## Capítulo 28

### Una despedida amarga

Habían pasado dos semanas desde la última reunión de todos los hermanos. No habían cambiado mucho las cosas; Malcom continuaba en su empeño, con un pequeño matiz, por fin el día anterior Miranda le dirigió la palabra.

—¿Y qué se supone que puedo hacer? Ya lo he intentado todo, Beca —dijo Malcom mirando a su hermana.

Estaban tomando el sol en el jardín de su casa.

—Lo sé, pero dale un poco de tiempo, eso es lo que te pidió, ¿no?

Mantuvieron una corta conversación, y Miranda le rogó tiempo, le había hecho daño verlo con otra mujer.

—Beca, seamos sinceros, si una mujer te pide tiempo, te está mandando...

—Si una mujer te pide tiempo, está pidiendo tiempo —interrumpió utilizando un tono de voz serio—. Malcom, ponte en su lugar: Te pillas con otra mujer, además, una con la que tú has pasado buenos ratos. —Su hermano negó con la cabeza—. Sí, ya lo sé, tu no ibas con malas intenciones, pero Miranda vio lo que vio y se sintió traicionada. Es comprensible que te pida tiempo, tiene que estar segura de que, si te perdona, sea con todas las consecuencias...

—¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir, que ahora no puede volver contigo porque no se fía de ti. En el momento que esté segura de que te cree, que puede estar contigo sin echarte en cara lo de Marga, entonces te lo hará saber. Pero, Malcom, para ello necesita tiempo, porque si te perdona hoy sin estar convencida, vuestra relación estará destinada al fracaso. No se puede estar con alguien en quien no confías.

Malcom suspiró.

—¿Y si no lo hace? ¿Y si no confía en mí?

—preguntó con tristeza.

—Entonces, querido hermano, tendrás que seguir buscando otra mujer que te llene y lo haga.

—No quiero otra mujer —sentenció.

Rebeca lo miró con lástima y orgullo a la vez. Le acarició la cabeza.

—En ese caso, dale el tiempo que necesita, y veremos si realmente es el amor de tu vida.

Malcom en otro momento se hubiese sentido avergonzado por hablar con esos términos, pero ya no iba a negar lo evidente, para él, Miranda sí era la mujer de su vida.

Sonó el teléfono, y Rebeca entró en la casa a cogerlo.

—¿Diga?

—Hola, cariño, soy papá.

—Holaaa —dijo animada.

—¿Están tus hermanos ahí?

—No todos, ¿ocurre algo?

—Verás, tu madre se ha caído, se ha roto una pierna y se ha hecho un esguince en el brazo.

—¡Ay, Dios! ¿Dónde está?, ¿cómo está?

—preguntó nerviosa.

—Tranquila, cariño, está bien, aparte de eso, está bien. En cuanto le terminen de poner la escayola, nos vamos a casa.

—¿Qué brazo y qué pierna?

—El brazo derecho y la pierna derecha también.

Rebeca tragó saliva, su madre era diestra, con el brazo lesionado no se podría manejar bien.

—Escucha, papá, voy a buscar vuelos, en cuanto tenga uno, te aviso y voy para allá.

—Rebeca...

—No, no digas nada, además, dentro de poco tenía que mudarme, así que tranquilo, hablaré con mis hermanos y lo prepararemos todo.

Su padre, conociendo a su hija, sabía que no iba a poder impedirlo y, para ser sincero, le vendría bien la ayuda de Rebeca, pues su mujer era muy testaruda, se negaría a que él la ayudara en casi nada.

Rebeca colgó y avisó a sus hermanos; los que estaban en casa se sorprendieron, y los que no,

confirmaron que acudirían en seguida.

El único miembro de la casa que no se encontraba era Jaime, que, al igual que el resto de hermanos, estaba de vacaciones ya, pero justo hoy, para hacer un favor a un buen cliente, se comprometió en arreglar su vehículo.

Estaban todos los hermanos Irwin en la cocina. Hoy podía ser su última comida juntos, y se notaba tristeza en el ambiente.

Javier observó a todos sus hermanos detenidamente mientras preparaban la mesa.

Rebeca había conseguido un vuelo esa misma tarde, a las siete saldría con destino a Edimburgo haciendo escala en Madrid. En cuanto confirmó el billete, la esperanza del resto de hermanos a que ella cambiara de opinión con respecto a marcharse a vivir a Portree, se evaporó.

Cuando todo estaba listo y preparado para comer, los hermanos con menos apetito del habitual se sentaron alrededor de la mesa.

—Beca, no es necesario que te traslades, puedes ir unos días para ayudar a mamá



—comentó Javier para romper el silencio—, buscas una persona en Portree para que la cuide y regresas.

Sus hermanos miraron a Rebeca fijamente. Javier tenía razón, podían contratar a alguien hasta que su madre se recuperase.

Rebeca tragó la comida que estaba masticando y respondió:

—Javi, estaba todo planeado para marcharme dentro de tres semanas, esto no es más que adelantar mi viaje.

—Mira, sé que crees tener todo claro, pero nosotros —habló por boca de todos, el hermano mayor—, no lo tenemos tanto como tú. Igual no es una buena elección, en Portree no tienes a nadie...

—Están los papás —zanjó para que la dejaran tranquila. Pero sus hermanos no estaban dispuestos, por lo que Javier continuó asumiendo el cargo y hablando por boca de todos.

—Tu decisión no es acertada. —Beca lo atravesó con la mirada—. Allí no podrás ser feliz.

—¿Y tú qué sabrás? —comentó con enfado.

—Lo sé, todos lo sabemos. Siempre has estado rodeada de gente, allí vas a estar sola...

—Te lo vuelvo a repetir, allí tengo a los papás.

—Los papás no son suficientes —aseveró en voz alta.

—Pues a mí me bastan.

La obstinación de Rebeca podía con sus hermanos.

Dallas, viendo el matiz que estaba tomando la conversación, y que su hermana se estaba enfadando, intervino.

—Ella se dará cuenta de eso antes de dar el paso, hasta Navidad no se meterá en ningún proyecto.

Víctor miró a Dallas y se quedó pensativo, pero quiso averiguarlo.

—¿Y eso por qué?

—Porque me lo ha prometido.

Rebeca suspiró frustrada, otra vez sus hermanos se inmiscuían en su vida.

—Ah, si te lo ha prometido, nos quedamos más tranquilos.

Y así era, su hermana era una mujer de palabra, las promesas entre hermanos siempre habían sido sagradas desde pequeños.

—No sé qué os hace pensar que no puedo tomar las riendas de mi vida.

—Nadie piensa que no puedas, lo que no queremos es que las tomes lejos de nosotros —respondió Neill, dejando bien claro que todos querían a su hermana cerca.

La comida, más bien la conversación, porque comer no comió nadie, fue extensa.

Rebeca adoraba a cada uno de sus siete hermanos, estaban demostrando que la querían con locura. Lo sabía, siempre lo había sabido, pero no estaba de más que se lo demostraran, cada uno a su manera. Nunca habían sido hombres de palabras bonitas ni de muestras de cariño, pero con sus actos siempre lo demostraban, y así es como ella los quería siempre, pues una demostración era mucho mejor que una palabra, porque las palabras se las llevaba el viento en muchas ocasiones.

Lo tenía todo preparado, sus hermanos estaban

en el salón, y ella en su dormitorio, comprobando si lo llevaba todo. Se sentó en su cama y respiró hondo. Iba a dar el paso. ¿Se estaría equivocando cómo decían sus hermanos? Pensó en la persona por la que había tomado la decisión, cerró los ojos y la abordó la pena.

Desde hacía tres semanas, Jaime estaba más esquivo que nunca. Incluso parecía enfadado, y ahora sí que no entendía el motivo. Él mismo se había disculpado por lo que hizo, pero desde aquella tarde que jugaron a las cartas, parecía que Jaime quería mantener las distancias.

Analizó cada palabra que sus hermanos le habían dicho hacía un rato, sospesó bien lo que sentía por Jaime y abrió los ojos.

Puede que fuese una locura lo que iba a hacer, pero tampoco perdía nada intentándolo. Si se marchaba para siempre, más valía saber que había quemado todos sus cartuchos.

Se apresuró a la puerta, iba a lanzar su última carta.

Avisó a sus hermanos que tenía que despedirse

urgentemente de alguien, y todos pensaron que sería Jaime. Y no se equivocaban.

Mientras los hermanos y Tamara se quedaban en casa, Rebeca cogió su automóvil y fue a buscar al hombre por el que estaba dispuesta a cambiar su vida.

Cuando llegó al taller, mientras ella cruzaba la entrada, el cliente salía.

Jaime se sorprendió al verla.

—Hola, necesito hablar contigo de algo importante —dijo con toda la calma que pudo reunir, pues estaba muy nerviosa.

—¿Qué ocurre?

—¡Jaime, cariño!, ¿estás ahí? —preguntó Cintia en voz alta.

«Cariño», primer golpe para Rebeca al escuchar esa palabra, un buen rechazazo.

—Sí, estoy aquí, ya salgo —respondió también con voz elevada, pero sin apartar los ojos de Rebeca.

Beca apretó los labios, ahora, decirle lo que llevaba todo el camino dándole vueltas era un

poco complicado.

Jaime de pronto se sintió molesto, más que eso, cabreado, pues le vino a la mente la imagen de Jorge besando a Rebeca.

—Date prisa o no llegaremos a la sesión de las siete —informó de nuevo Cintia desde la entrada.

—¡Un segundo! Ya he terminado, no tengo ya nada más importante que hacer.

Segundo golpe, que pareció un buen gancho de izquierda para Rebeca, pues hablar con ella no era importante, lo acaba de dejar claro al responder a Cintia.

Tragó saliva, ella necesitaba más de un segundo; dependiendo de la respuesta de Jaime, tomaría una decisión u otra con respecto a su futuro.

El problema era que Jaime no era consciente de las elucubraciones de Rebeca; él aprovechó tenerla delante para sacar su enfado. Pues desde que vio a Jorge rozando sus labios, le era imposible mirar a Rebeca, no era justo que otro la besara cuando él quería ser el dueño de esos

labios.

—Como verás, *mi novia* —matizó la palabra—, me está esperando.

«Su novia», eso fue el golpe directo que la dejó K.O.

—A ver, ¿qué es eso tan importante? —preguntó con desgana.

Rebeca aguantando el tipo, reunió valor para responder sin parecer más estúpida de lo que pensaba que ya era.

—Nada, no es nada... vete, ya cierro yo, no hagas esperar a *tu novia* —dijo esas dos palabras quemándole en la garganta.

Jaime notó algo raro, ¿esa mirada era de pena?, aun así, prefirió marcharse.

Cuando estaba casi en la puerta, Rebeca gritó su nombre.

—¡Jaime!

Se dio la vuelta y la miró.

—¿Sí?

Rebeca sintió que el corazón se le aceleraba, iba a ser la última vez que lo mirase a la cara.

Negó con la cabeza y pronunció una palabra casi en un hilo de voz. Aunque Jaime la escuchó.

—Adiós.

Jaime juntó el ceño, Rebeca estaba muy rara, estuvo tentado de acercarse de nuevo a ella y preguntarle, pero la mano de Cintia en su hombro, para llamar su atención, le hizo cambiar de idea.

—Hasta luego.

Salió y bajó la persiana, Rebeca saldría por la otra puerta.

Ella se dirigió a la oficina, se sentó frente al tablón donde estaban las fotografías colgadas y se puso a llorar.

¡Qué ingenua había sido! ¿Cómo había podido llegar a pensar que Jaime la retendría a su lado? No debieron darle el alta de aquel psiquiátrico, pues estaba realmente loca. Eso pensaba sin parar.

Intentó serenarse, su familia estaba en casa esperándola, no merecían verla así. Le gustase o no, ahora sí sabía que no debía esperar a Navidad, pues con Jaime ya no había esperanzas.

Echó un vistazo por última vez y salió de allí



dispuesta a empezar su nueva vida lejos de todos, lejos de Jaime.

Llegó la hora de embarcar, sus hermanos se despidieron con pesar, cada uno le dijo algo en el oído.

Cuando se abrazó a Tamara, su amiga lloró, era una despedida triste, Rebeca siempre había estado con ella, ahora ya nada sería igual.

—Cuida de David y de todos los demás —dijo con un nudo en la garganta, no quería llorar delante de sus hermanos.

—Llámame todas las noches, y cuando bajes al pueblo, allí tienes cobertura para mandarme *whatsapp*.

Ese era otro gran inconveniente para los hermanos. En casa de sus padres solo había línea de teléfono, pero sin internet ni cobertura para móvil. A no ser que Rebeca bajase al pueblo, no podrían estar al tanto como ellos querían.

—Lo haré —respondió y beso fuerte en la mejilla a su amiga.

Una vez en el avión, no pudo evitar soltar alguna que otra lágrima. La despedida, aunque emotiva por parte de sus hermanos, había sido muy amarga, pues, a pesar de todo lo que había pasado entre Jaime y ella, le hubiese gustado que él la hubiese despedido, aunque solo fuese por la amistad que habían mantenido todos esos años.

# Capítulo 29

## Corazón roto

Jaime y Cintia tomaron asiento en la sala del cine; mientras ella se lanzaba a sus labios, él tenía la mente en otra parte.

¿Qué le pasaba a Rebeca? ¿Por qué lo había mirado con tanta pena? ¿Qué sería eso tan importante? ¿Por qué tuvo que decir que Cintia era su novia? ¿Cuándo dejaría Rebeca de ocupar a todas horas su mente?

—¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó Cintia molesta, porque estaba claro que Jaime no ponía ningún interés al besarla.

—Nada, estaba pensando.

Cintia estaba cansada de tanta tontería, ella era una mujer con las ideas muy claras, no quería a Jaime para pelar la pava, lo quería para satisfacer sus necesidades sexuales, y cada vez que habían

quedado, él no había cumplido como ella esperaba. Parecía que ese hombre era alérgico a la cama. En dos ocasiones estuvo a punto, pero en el último momento Jaime se marchaba.

—Vamos a dejar las cosas claras —dijo rotunda—. No estoy aquí contigo por ver solo una película. Cuando acabe, quiero llevarte a mi casa. No estoy buscando una relación a la antigua usanza, ¿no sé si me estás entendiendo?

—Sí, te entiendo.

Pero él seguía con la mente en otra parte, se dio cuenta de que estaba haciendo el idiota, por lo tanto, no quiso mentir a Cintia, esa mujer no merecía ser engañada.

—Lamento haberte hecho perder el tiempo, pero no voy a poder darte lo que estás buscando.

Cintia lo miró y asintió con la cabeza, por fin, por lo menos, ya sabía que no iba a perder más el tiempo con Jaime, una pena, pues a ella le hubiera encantado ver qué tal era ese hombre en la cama.

—Bien, me alegra saberlo, así ninguno de los dos perderá más el tiempo... pero dime, ¿quién es

ella?

Jaime levantó las cejas.

—No te hagas el loco, si no te acuestas conmigo es porque una mujer te ronda la cabeza, bueno, la cabeza y algo más, pues un tío no rechaza el sexo si no es porque tiene clavada a una mujer en el corazón.

Jaime analizó lo que acababa de decir Cintia. ¡Y tanto que la tenía clavada! Pensar que podría olvidarse de Rebeca era la majadería más grande del planeta. Ella lo era todo para él. Siempre lo había sido; sin Rebeca, nada tenía sentido. Por eso había regresado de Chicago, para estar cerca de Beca.

—La mujer que me destrozó la vida hace años, la que me tiene absorbido el pensamiento y la que no sé qué hacer sin ella.

La honestidad en su respuesta conmovió a Cintia.

—Vaya, pues es una mujer afortunada, aunque no sé qué estás haciendo aquí conmigo en vez de estar con ella.

—Es difícil de explicar, cuando estoy con ella, quiero matarla; cuando no lo estoy, quiero morirme.

Cintia rió, y él la miró sorprendido.

—A eso, cariño, se le llama *amor*.

Se apagaron las luces y ambos miraron la pantalla. Pero Jaime, que no paraba de darle vueltas a la cabeza, en un momento dado sonrió, sí, estaba claro que era «amor».

Aunque su sonrisa se esfumó al segundo, ¿adiós?, ¿Rebeca había dicho «adiós»? Esa palabra no la pronunciaba nunca. Jamás había salido de sus labios. Sin saber por qué, se inquietó.

La película se le hizo eterna, deseaba llegar a casa y hablar con ella por unos cuantos motivos: primero y principal, ver qué le tenía tan preocupada, qué era eso tan importante que tenía que decirle. Segundo, ya no iba a negar más lo evidente, no podía vivir sin ella, se lo había confesado a Cintia en voz alta, algo que no había hecho desde que regresó de Chicago a nadie. Iba

siendo hora que la única que merecía saberlo lo supiera.

Cuando llegó al gran nido, la casa que lo había acogido con los brazos abiertos, estaba en total silencio.

Le pareció raro que todos estuviesen en sus habitaciones, no era tan tarde, pero se dirigió a su dormitorio, quería cambiarse de ropa antes de hablar con Rebeca. Echó una ojeada y la puerta del dormitorio de ella estaba cerrada, ahora tocaba saber si estaba dentro.

Al entrar y quitarse la camiseta, se fijó que en su cama había un tubo cilíndrico, lo cogió, abrió la tapa y sacó unos planos.

Los extendió para observarlos con detenimiento, y también encontró una nota.

*Aquí te dejo los planos de tu casa y el presupuesto.*

*Lo he hecho en mi tiempo libre, ni siquiera Javier tiene conocimiento de esto, por lo tanto, si no te gusta, no hay problema, avisa a mi hermano*

*y te harán uno nuevo.*

*Beca.*

¿Qué coño quería decir eso? ¿Por qué se lo había dejado en la cama en vez de dárselo en persona?

Salió en dirección al dormitorio de Rebeca, dio unos golpes y esperó respuesta; como no escuchó una invitación, abrió con cuidado, pero la vio vacía.

—¿Qué haces? —preguntó David a su espalda, que acababa de llegar.

—Estoy buscando a Beca.

David levantó una ceja, ¿su hermana se había marchado sin despedirse de Jaime?

—Pues no está.

—Eso ya lo veo, luego hablaré con ella...

—¿Luego?, Beca se ha marchado a Portree.

Jaime sintió un escalofrío, no era posible lo que había entendido.

—¿Qué has dicho? —preguntó con la esperanza de haber escuchado mal.



David lo miró fijamente, no podía creer que Jaime no estuviese al tanto, aunque sí era cierto que todos se sorprendieron en el aeropuerto al no verle allí.

—Que Beca ha adelantado su mudanza.

—¿Por qué?! —expresó demasiado alterado, algo que a David no le pasó desapercibido.

—Porque mi madre tuvo un percance, y decidió adelantar su viaje.

A Jaime se le demudó el semblante, ¿Beca se había marchado sin despedirse de él?

La rabia, la impotencia, la desesperación se apoderó de él. Pasó por delante de David haciéndolo a un lado; sin decir una sola palabra más, se metió en el baño a darse una ducha, pues necesitaba enfriar su mente y, a ser posible, su alma.

Otra vez, otra maldita vez le había roto el corazón, así, sin el menor miramiento por parte de ella. Como si él no hubiese significado nada para Rebeca, dejándolo solo.

# Capítulo 30

## Canciones que llegan al alma

Malcom, gracias a una enfermera que lo puso al corriente de que Miranda iba a salir con unas amigas, tuvo una idea.

Conociendo a Miranda, sabía que irían a un local de moda, por lo que les pidió a sus hermanos que lo acompañaran. Y, excepto Javier, todos se apuntaron a salir de fiesta.

Últimamente se les caía la casa encima, sabían que extrañarían a su hermana, pero tampoco imaginaron tanto.

Un mes llevaba Rebeca en Portree, todos los días a las diez, hora española, llamaba su hermana para hablar con ellos y, como siempre, ponían el altavoz para hablar en familia.

Y esa noche los hermanos salieron a divertirse. Cuando Malcom vio a Miranda se hizo el

encontradizo, ella lo saludó y lo dejó plantado para seguir de fiesta con sus amigas.

David y Tamara aprovecharon para bailar, ellos continuaban en las clases de Dance Therapy, la semana siguiente se acababan. Aunque habían decidido apuntarse a otra academia y continuar, pues ambos disfrutaban.

Jaime estaba apoyado en la barra con una cerveza sin alcohol, había ido en moto, estaba convencido que se marcharía a casa pronto, llevaba un mes sin motivación alguna. Se levantaba desganado, le daba igual ir a trabajar que quedarse en la cama. Esto último era lo que hacía los fines de semana, se quedaba tirado en la cama hasta la hora de la comida, luego se echaba una siesta que duraba casi hasta la hora de la cena.

La verdad, no era vida.

Malcom estaba con la moral un poco tocada, pues esperaba que Miranda, después de haberle pedido tiempo, y él habérselo concedido, a su parecer, ya debía haberlo perdonado.

Su hermano Dallas, observador como siempre,

se acercó a él, le apretó el hombro y le comentó:

—Ya sabes cómo son las mujeres, se hacen de rogar.

Malcom esbozó una sonrisa triste, algo le decía que Miranda no se hacía rogar, más bien, ya lo había olvidado.

Una mujer muy guapa se acercó a ellos para presentarse, se saludaron y esta hizo una seña a un par de amigas más.

Miranda desde lejos, observaba. Cuando una de esas mujeres tuvo el descaro de rodear con su brazo a Malcom por la espalda, cerró las manos con tanta fuerza, que notó que se lo clavaban las uñas. Pero cuando este se separó y se alejó del grupo, se relajó y sonrió.

¡Dios, cuánto lo echaba de menos!

Lo malo era el orgullo herido. Había confiado en él y, cuando lo encontró con Marga, se sintió ridícula, estafada, dolida, apenada, rabiosa... Ahora estaban en el mismo local, podía acercarse y decirle muchas cosas, pero su orgullo se lo impedía. Y no sólo eso, tenía tanto miedo de que

en un futuro Malcom la dejase tirada, que se le paralizaba el corazón. Era pavor.

Se quedó en un lateral, pensativa, sin ser consciente que unos ojos la miraban no muy lejos de ella.

Comenzó a sonar una canción y levantó la cabeza, su mirada se encontró con la de Malcom, que estaba justo a unos cinco metros de ella, con el hombro apoyado en la pared, los brazos y las piernas cruzadas.

Sus miradas conectaron, y la canción les llegó al alma a ambos. Porque él estaba loco por besar sus labios y no sabía qué hacer para que lo perdonara. Y ella tenía miedo; miedo a que él jugara con su corazón y la abandonara, no podría soportarlo.

Y esa canción a dúo entre India Martínez y Enrique Iglesias, *Loco*, los embargó hasta tal punto que no necesitaban palabras.

Y entonces Malcom tarareó una parte de la canción para decirle que eso era lo que sentía.

*¡Loco, por besar tus labios!  
Sin que quede nada dentro de mí  
Diciéndotelo todo.*

Miranda sintió que iba a desfallecer, ahí estaba él, diciéndole eso, a metros de ella, y casi podía sentir sus labios.

Tragó saliva y tarareó la parte que ella necesitaba que él entendiese, porque no mentía.

*Yo no te perdonaré,  
Si me dejas por dentro con este dolor  
No te perdonaré...*

Malcom notó que el corazón se le aceleraba, ¿era eso?, ¿ella tenía miedo de que él le hiciese daño en un futuro?, ¿acaso ella no entendía que él ya estaba loco por ella?

No necesitó más, había llegado el momento de demostrarle que no mentía, que lo tenía loco hasta tal extremo que ya ninguna mujer le podía hacer sombra a ella.

Descruzó los brazos y las piernas, se dirigió hacia ella, haciendo a un lado a un par de personas que se interponían en su camino, sin apartar la mirada de Miranda, la que estaba iluminada, brillante porque estaba a punto de llorar.

Cuando llegó a su altura, sus manos fueron directas a sus mejillas, la sujetó y acercó sus labios a los de ella. Le entregó, como decía la canción: «sin que quede nada dentro de él, diciéndoselo todo». En ese todo estaba claro que lo primero era pedirle su perdón, su afecto, su cariño, su amor.

Jaime dio un trago a su bebida y miró a su alrededor, cuando vio a Malcom con Miranda, sintió alegría, sabía que su amigo lo estaba pasando mal desde que rompieron.

Luego vio a David y Tamara riéndose, bailando sin parar. Una parte de él sintió envidia. ¿Por qué no podía él reír? La respuesta era muy sencilla, la única persona que podía conseguir que él hiciese tal cosa, estaba en Escocia.

Dejó el botellín en la barra y se dio la vuelta

para marcharse justo cuando la mano de Dallas lo retuvo.

—¿Te vas? —preguntó estudiando el semblante de Jaime.

—Sí, no hay nada que me interese en este local. Dallas asintió con la cabeza, pero hizo un comentario.

—¿Y en casa a solas crees que habrá algo más interesante?

Jaime hizo una mueca. ¡Claro que no! Pero necesitaba estar solo.

—No, pero a veces la soledad es la mejor compañía.

Y dicho esto, dejó a Dallas atrás, se marchó sin despedirse de nadie.

Rubén, que también había visto a Jaime alejarse, se acercó a Dallas.

—Jaime empieza a preocuparme.

—Sí, a mí también.

\*\*\*

Jaime, al llegar a la casa, fue directo a su dormitorio, se quitó la ropa, como solía hacer,



quedándose solo con el bóxer, pues solía dormir siempre así.

Se metió en la cama y cogió su móvil. Durante un buen rato, simplemente, lo sostuvo en sus manos. Dio un par de golpecitos con él en su barbilla y se decidió: desde que Rebeca se había marchado no colocó una foto más. Ni siquiera miraba las que tenía en la oficina, se negaba a hacerlo.

Primero buscó una emisora de radio y la conectó, el silencio lo estaba matando, y lo siguiente fue buscar las fotografías que tenía de Rebeca guardadas en su teléfono.

La primera que miró, le sacó una sonrisa; ella reía y estaba detrás de él haciéndole burla. Pasó con el dedo, arrastrándola, y salió la siguiente, ahí se detuvo a observarla con detenimiento, Rebeca estaba leyendo muy concentrada, le gustaba esa arruguita diminuta que le salía en la frente cuando lo hacía. La pasó, y su corazón dio un vuelco, ahí estaban ellos dos, con las cabezas apoyadas de forma ladeada, mirando al objetivo: sonrientes,

felices y juntos.

Suspiró y prefirió pasarla justo cuando una canción en la radio empezaba a sonar en el mismo momento que Rebeca aparecía sola en su móvil, con la mirada clavada en él, dedicándole una ligera sonrisa.

La canción junto a esa fotografía consiguieron que Jaime, después de muchos años, llorara.

La voz de Cristina Aguilera, cantando *Pero me acuerdo de ti*, fue un golpe mortal.

*Ahora que con el tiempo llegué a superar  
Aquel amor que por poco me llega a matar...*

Justo lo que él pensaba, después de tantos años, cuando pensaba que lo había superado, que aquella traición de Rebeca casi acababa con él, porque ella lo era todo... Ahora ella volvía a desaparecer.

*Pero me acuerdo de ti y otra vez pierdo la  
calma.*

*Pero me acuerdo de ti y se me desgarró el alma.*

Por más que intentaba olvidarse de ella, por más que deseaba apartarla de su mente, no podía; ahí estaba él, un sábado por la noche, en la cama, mirando sus fotografías y llorando porque se le había desgarrado el alma.

## Capítulo 31

### Las esperanzas Se desvanecen

El lunes a las diez de la noche, como todos los días, estaban reunidos para escuchar a Rebeca.

En esta ocasión, y por primera vez desde que se marchó, Jaime también estaba en el salón junto a todos los Irwin que se encontraban en casa y Tamara.

Neill, Javier y Víctor hoy no estaban.

—¡Voy a matar a mamá! —sentenció Rebeca sin más.

Todos rieron, ni un hola ni un saludo normal, directa al grano. Y eso les hizo gracia, más, cuando esas discusiones con su madre podrían ayudar a que Rebeca se cansara de estar en Portree.

—¿Por qué? —preguntó, divertido, Rubén.

Jaime escuchaba atento, no imaginó que

escuchar su voz le pudiese calmar el desasosiego que sentía por dentro.

—¡Me ha preparado una cita a ciegas!

Dallas, Rubén, Malcom y David se carcajearon, Tamara y Jaime, por el contrario, no lo hicieron.

—No sé de qué os reís, yo no le veo la maldita gracia —protestó bastante enfadada.

—Beca, seguro que el chico merece la pena —guaseó Rubén, conociendo los gustos de su madre, sería un hombre para nada al gusto de su hermana.

—Rubén, ya puedes dar gracias que estoy lejos, porque la colleja que te iba a dar te iba a doler toda la semana.

En esta ocasión, rieron todos, porque Beca estaba que echaba humo.

—Bueno, pequeñaja, ¿y quién es el afortunado? —preguntó Dallas.

—El veterinario —respondió concisa.

—¿El señor Dugal Anderson? —se apresuró a preguntar David.

—¡David! —bramó furiosa—. ¡¿Cómo va a ser

el señor Anderson?!

No podían parar de reír, imaginaban a Beca echando chispas, su forma de responder lo demostraba.

—¿Entonces, quién? Has dicho el veterinario.

—Sí, el nuevo veterinario, porque el señor Anderson se jubiló el año pasado.

A Jaime ya no le hizo gracia, la risa se le cortó.

—¿Y no lo conoces? Porque has dicho: una cita a ciegas —preguntó Dallas.

—Bueno, lo conozco, pero no lo conozco...

—Beca, ¿o lo conoces o no? —insistió Dallas.

—A ver, sé quién es, porque fue amigo de Neill hace años, pero yo era muy pequeña y no lo he visto desde entonces.

Jaime tragó saliva costándole la vida.

—¿Quién? —preguntó David.

—Scott Ross.

—¿Scott gafotas? —preguntó Rubén muerto de risa.

—No tiene gracia, Rubén, no te rías porque yo no le veo la maldita gracia.

Lo habían apodado así porque siempre llevaba unas gafas de pasta que prácticamente le cubrían toda la cara.

No podían parar de reír, y Rebeca de despotricar, así estuvieron casi media hora.

—Os tengo que dejar.

—Beca, mañana pásanos una fotografía.

—Mañana no voy al pueblo.

—¿Pero no has dicho que tienes la cita mañana? —volvió a preguntar Rubén.

—Sí, pero cenamos en su casa.

Jaime cerró los ojos.

Sus hermanos, esta vez, no se rieron, ¿en casa del veterinario?

—¿Mamá sabe que vais a cenar en su casa?

—se apresuró Dallas a preguntar.

Rebeca soltó una carcajada, por fin le tocaba a ella reír.

Parecía mentira, tenía veintiocho años, y sus hermanos ponían el grito en el cielo porque tuviese una cita con un hombre en su casa.

—Sí, y para vuestra información, fue mamá la

que le propuso hacerlo allí.

—No me lo puede creer, ¿en qué estaba pensando esa mujer? —protestó Rubén.

—Cuando regreses de la cita, llama.

—Rubén, ¿tú estás tonto? No pienso llamarte...

—Beca, ¡llamarás! Porque no pienso acostarme hasta que lo hagas.

Rebeca resopló, ni en la distancia la dejaban tranquila.

—Hasta luego.

Y nada más colgar, Jaime se sintió desfallecer. Él no había pronunciado ni una sola palabra, sólo se había limitado a escuchar.

Se puso en pie y se dirigió a su dormitorio.

\*\*\*

A pesar que no esperaban llamada de Rebeca, estaban todos reunidos en el comedor.

De pronto, Tamara recibió un *whatsapp*, se sorprendió al ver que se lo mandaba Rebeca.

Cuando dio un grito ahogado e informó que Beca había mandado foto, todos se interesaron, se acercaron raudos a mirar.



—¡Me cago en todo! ¿Qué hace ese idiota sin camiseta?

Rebeca había mandado una fotografía de Scott, el veterinario. Estaba con un pantalón vaquero de talle bajo y el torso desnudo.

Para más inri, el silbido halagador de Tamara los cabreó más. Pero no era para menos, el veterinario tenía un cuerpo escultural.

—¿Y dónde coño ha dejado la gafas?  
—pronunció, muy cabreado, Víctor, que esa noche sí estaba en casa.

De hecho hoy estaban todos excepto Neill, que se encontraba en su restaurante.

Javier le quitó el móvil de las manos a Tamara y marcó el número de su hermana.

—¡Ay, Tamy! —expresó llena de júbilo Rebeca.

Javier había conectado el manos libres y todos la escuchaban.

—Déjate de Tamy, ¿qué hace ese hombre casi desnudo? —preguntó muy cabreado Javier.

—¿Desnudo? Javier, por favor, no lleva

camisa, pero va vestido... —Sonríó Rebeca imaginando a sus hermanos—. Pero no me importaría verle totalmente desnudo, la verdad. —Ironizó aguantando la risa.

—¡Beca! —griterío general, pues todos los hermanos protestaron al unísono.

—¿No os parece perfecto? Ese cuerpo, ese pelo rubio tan brillante, ese...

—No digas tonterías, ¿dónde estás ahora?

—En el baño, Scott tiene *wifi* y por eso he podido mandar la fotografía.

—Pues ya estás tardando en decirle que tienes que irte a casa.

Rebeca aguantaba la risa, se tapaba la boca y miraba a Scott que estaba justo a su lado. No estaba en el baño, más bien en la cocina, mirándose y aguantando las risas, porque ella también había puesto el manos libres.

—Tamy, te juro que estoy... uff...

—Lo imagino, es que no es para menos —intervino Tamara.

David le dirigió una mirada asesina.

—Por cierto, ya no lleva gafas, se operó hace años y no las necesita.

—Pues podían haberle operado también el cerebro, porque me parece que le falta...

—pronunció David mucho más que mosqueado, porque su chica se había babeado al ver la foto del veterinario.

—David, no digas bobadas...

—¿Qué hombre, en su primera cita, te recibe sin estar del todo vestido? —preguntó David con un tono de voz elevado.

—Madre mía, sois más anticuados que mamá. Ella sí sabe —dijo con tono burlón para recalcar que su madre tenía buen gusto eligiendo hombres.

—Con mamá hablaré mañana —intervino Javier—. Pero ahora responde a mi pregunta de por qué va sin camisa.

—Porque es un amor. —Soltó un suspiro para cabrear más a sus hermanos—. Estaba cocinando para mí, se manchó y se la quitó. ¿A qué es un amor? Un hombre cocinando para mí.

Scott se tuvo que alejar porque se moría de risa

y los iban a descubrir.

—Neill también cocina para ti todos los días  
—sentenció Malcom.

—Pero es distinto...

—Beca, cuando llegues a casa, llámame.

—Rubén, no voy a llamar, porque no sé si dormiré en casa.

Jaime hubiese preferido no escuchar la conversación, porque acababa de matarlo.

Se puso en pie y se marchó, no podía soportarlo más.

—Claro que irás, y llamarás, puedes dar fe de ello o mañana me presento allí.

—Está bien, pesado, luego te llamo.

Colgó, y los hermanos se miraron unos a otros. Se acababa de desvanecer toda esperanza, su hermana parecía muy eufórica. Si ese hombre le gustaba, no querría regresar a casar.

\*\*\*

Rebeca miró a Scott, y los dos estallaron, no podían parar de reír.

—Menos mal que están en España o esta noche

dormía con un ojo morado.

—¿Ves cómo no exageraba?

Scott asintió, rieron durante la cena recordando la conversación.

Rebeca y Scott, a los diez minutos, habían congeniado a la perfección, ambos se sinceraron. Ella hubiese matado a su madre por la encerrona; él, tanto de lo mismo a la suya. Y mucho más cuando él tenía otras preferencias sexuales.

Rebeca, cuando Scott le confesó que era homosexual, se echó a reír, ¿qué cara pondría su madre al saberlo? Pero le prometió guardarle el secreto. Lo comprendía, a pesar de vivir en el año 2015, en una zona rural, donde, además, los hombres se sentían tan machitos por las tradiciones y la gran fama de sus antepasados los highlanders, no era fácil reconocerlo públicamente.

Scott no era que lo llevase en secreto absoluto, pero en esas tierras en concreto sí, aunque le prometió a Rebeca ir juntos un fin de semana a Edimburgo y presentarle al hombre que lo tenía

enamorado.

## Capítulo 32

### Hay que dar esperanzas

Tamara estaba esperando a Jaime para cortarle el pelo, además, quería contarle algo en privado, porque esa misma mañana, su amiga Beca la había llamado para confesarle que ayer se rio mucho a costa de sus hermanos.

A ella también le dio la risa cuando lo entendió todo, pero tenía que contárselo a Jaime, porque, anoche, lo observó mientras hablaban por teléfono y pudo comprobar, con sus propios ojos, el dolor que sintió Jaime al creer que Rebeca pasaría la noche con el veterinario.

Mientras lo esperaba, se sentó y pensó en el pasado, cuando Jaime y Rebeca comenzaron a salir., el enfado de todos los hermanos porque Rebeca tan solo tenía catorce años. Pero a ellos les dio igual; con tal de estar juntos, se enfrentaron

a diestro y siniestro.

Nunca había conocido una pareja tan enamorada, estaban unidos de tal manera que con solo mirarse, se hablaban. También recordó las lágrimas de Rebeca cuando él se marchó a Chicago, fue un golpe muy duro para ambos.

Tamara cerró los ojos, si las cosas hubiesen sido diferentes, Jaime y Rebeca seguirían juntos.

¿Qué ocurrió para que ellos terminaran? ¿Quién de los dos fue el causante de aquella ruptura? Esas preguntas, por más que todos los hermanos e incluso ella la habían expuesto, nunca obtuvieron respuesta ni por parte de Jaime ni de Rebeca.

Sonó el timbre, y Tamara fue a abrir. Estaban solos en la peluquería.

Mientras cogía las tijeras, miró a Jaime a través del espejo que tenía frente a ella.

—Tengo que contarte un secreto.

Jaime prestó atención. Le parecía raro que Tamara quisiera compartir un secreto con él y no con David.

—¿Cuál?



—Es sobre Beca.

Escuchar el nombre de Beca ya le hizo palpar el corazón.

—¿Te acuerdas que anoche mandó la foto del veterinario?

—Sí, ¿qué pasa con él? —preguntó directo y muy seco.

Se temía lo peor, y como a Tamy se le ocurriese confesarle que Rebeca se había enamorado, no estaba muy seguro de si podría permanecer un segundo más respirando.

—Es gay.

—¿¿Qué?!

Tamara le contó toda la historia, le pidió total discreción, porque Rebeca se enfadaría si sus hermanos lo supieran.

Jaime estaba tan pletórico con la historia que bien valía guardar el secreto y dejar que sus amigos siguiesen mosqueados.

Había pasado la noche dándole vueltas, se había imaginado a Beca con el veterinario una y mil veces.

—Madre mía, Beca cada día está peor —reconoció con cariño y sonriente.

—Es única, pero hizo bien, que sus hermanos la tienen demasiado controlada.

—No voy a culparlos por ello.

—Pero tampoco deberías defenderlos, Rebeca tiene ya veintiocho años.

Jaime torció el labio y habló con nostalgia y cariño.

—Eso no importa, ella siempre va a necesitar que sus hermanos estén pendientes de ella, vete a saber qué haría sin estar controlada, es una auténtica loca.

Los dos rieron, porque esa locura de su amiga era lo que los tenía a todos encandilados.

Tamara, observando a su amigo, preguntó:

—¿La echas de menos?

—Mucho, no te imaginas cuánto —respondió con el corazón en la mano.

—Lo imagino, yo también la echo muchísimo de menos, pero vosotros siempre habéis estado muy unidos, mucho más que con el resto.

Jaime hizo una mueca, era cierto, a pesar de todo, siempre lo habían estado.

—Ya, pero parece que ella sí se ha olvidado de mí —comentó con tanta lástima que a Tamara se le partió el corazón.

—Eso es imposible, y ambos lo sabemos.

—Ni siquiera se despidió de mí, ¿cómo pudo marcharse sin decírmelo? —comentó entre desesperado y enfadado.

Tamara buscó una respuesta en su cabeza, debía elegir bien las palabras, porque Jaime sí estaba sufriendo. Había pensado estos días en ello, David y ella lo habían hablado unas cuantas veces, pero, ahora, al ver a su amigo tan decaído, estaba obligada a levantarle el ánimo.

—Igual se asustó.

Jaime levantó las cejas.

—¿Asustarse, de qué?

—Ella dijo que tenía que despedirse de una persona muy importante, que no se podía marchar sin hacerlo... no sé, igual a mitad de camino se asustó y cambió de parecer. Igual le dio tanta pena

tener que hacerlo, que prefirió regresar a la casa sin hacerlo.

Jaime se dio cuenta de un detalle en ese mismo momento, ella sí fue dispuesta a despedirse, fue él quien no la dejó hacerlo.

Cerró los ojos y maldijo, consiguiendo que Tamara se preocupase.

—¿Qué ocurre?

Jaime se llevó las manos a la cabeza, se echó el pelo mojado hacia atrás y dijo:

—¡Fue por mi culpa!

Tamara cada vez entendía menos.

—¿De qué estás hablando?

—¡Joder! —blasfemó un par de veces y continuó—: Ella vino al taller a buscarme, pero yo... yo... —Se quedó en silencio.

—¿Tú qué? —insistió Tamara con la intención de saber toda la verdad.

—Yo estaba enfadado con ella, me comporté como un auténtico imbécil, ignorándola como si no me importara nada de lo que tuviese que contarme.

Tamara tragó saliva, conociendo a Rebeca, se

habría marchado con un gran pesar.

—Aproveché que estaba allí Cintia. —Tamara agrandó los ojos—. Y bueno, más o menos le di a entender que mi novia era más importante que tener que perder el tiempo escuchándola.

Tamara se sentó en un taburete cercano.

—¿*Tu novia?* —preguntó muy descolocada.

—¡Joder! —exclamó Jaime, sin poder decir nada más, pues si se sentía roto todo este tiempo, ahora, además, se sentía un desgraciado por haber tratado así a Rebeca.

Tamara, estudiando el semblante de Jaime, por fin se le quitó la venda de los ojos, su amigo seguía enamorado de Rebeca.

—Deberías llamarla.

Jaime negó con la cabeza y, con un hilo de voz, respondió:

—Ya es tarde, además, ella ya me ha olvidado, así que es mejor dejar las cosas como están, porque dudo que ella me haya perdonado...

—Volvió a quedarse callado.

Aunque él le había pedido perdón, y ella le

había dicho que estaba perdonado, algo dentro de él sabía que no era cierto. Desde que se acostó con ella para vengarse, Rebeca no había vuelto a mirarlo como solía hacerlo. Y lo entendía, porque no era para menos.

—¿Qué tiene que perdonarte?

—Nada, cosas entre Beca y yo.

Tamara no insistió, comprendía que ciertas cosas solo pertenecían a dos.

## Capítulo 33

### La verdad duele

Rebeca estaba sentada leyendo un libro, su madre la miraba, dentro de cinco días le quitaban la escayola. Del brazo ya se había recuperado.

—¿Qué tal con Scott?

Rebeca levantó la cabeza y apoyó el libro en su regazo, ya había tardado mucho, en intentar averiguarlo todo.

—Bien.

—Es guapo, ¿verdad? —insistió su madre para ver si así su hija hablaba del tema.

—Sí, muy guapo.

—¿Y bien?

Rebeca suspiró, había que cortar por lo sano la esperanza de su progenitora a juntarla con Scott o su vida se convertiría en un infierno.

—Mamá, a pesar de que es muy guapo, muy

culto y el mejor partido por todos estos lares, debes saber que entre Scott y yo solo habrá una buena amistad.

La madre lo imaginaba, tonta no era. No había parido ocho hijos sin más, conocía a cada uno perfectamente, casi podía leer sus mentes. Ahora faltaba que Rebeca por fin tuviese la valentía de admitir la verdad. Aunque para ello tenía que continuar haciéndose la tonta.

—¿Y eso por qué?

En ese mismo momento entró su padre, se sirvió un café y se sentó un rato para hacer compañía a su mujer e hija.

—Porque Scott está enamorado de otra persona.

La madre levantó una ceja, ese gesto tan cotidiano entre los Irwin.

—Pues su madre no me dijo nada...

—Igual es que su madre no es tan cotilla como la mía —sentenció, irónica, Rebeca, haciendo reír a su padre.

La madre atravesó con la mirada a su esposo, y



éste prefirió marcharse, era mejor no meterse.

Rebeca continuó leyendo, y entonces su madre, cansada de esperar la confesión de su hija., habló:

—Bueno, entonces tanto Scott como tú estáis igual, él enamorado de otra mujer, y tú enamorada de otro hombre.

Rebeca se irguió en el sofá y miró a su madre como si se tratase de un extraterrestre.

—Mamá, deja de divagar.

—¿Sabes, hija? Te creía más valiente. Tú nunca habías tirado la toalla; de todos mis hijos, siempre has sido la más persistente —comentó mirándola a los ojos—. No sé por qué ahora lo abandonas todo para esconderte.

—Yo no me estoy escondiendo de nada —respondió con un tono seco.

Su madre sabía que Rebeca ya estaba a la defensiva, porque, además del tono de voz empleado, ladeó la cabeza a un lado.

—¿No? ¿Entonces qué haces aquí?

Rebeca resopló, otra vez tenía que contar sus planes de futuro.

—No sé cuántas veces voy a tener que repetirlo...

Su madre la interrumpió.

—Puedes hacerlo tanto como quieras, pero por mucho que lo repitas no cambiará el hecho de que te estás ocultando de Jaime.

A Rebeca se le escurrió el libro de las manos. Se quedó paralizada total, su madre la observaba y ya era hora de que su hija fuese la de siempre, porque estaba cansada de verla llorar a escondidas. Quería a su hija guerrera, la que no se achantaba ante nadie.

—Beca, cariño, soy tu madre, a mí no puedes esconderme nada —comentó afable, no tenía por qué considerarla una enemiga ni estar a la defensiva, tan solo quería que la viese como lo que era: su madre.

Rebeca tardó una eternidad en asimilar las palabras, había subestimado a su progenitora, pero, ahora, se le abría una ventana a la que quería aferrarse y que entrara aire, porque llevaba mucho tiempo ahogándose.

Se puso en pie y se acercó, se sentó en la silla que había utilizado su padre para tenerla justo al lado.

—No me estoy escondiendo, simplemente estoy huyendo del pasado.

La madre asintió lentamente, por fin iban a tener la conversación que tanto tiempo llevaba esperando.

—¿Y por qué huyes del pasado?

—Porque si no lo hago, estoy segura que volveré a ese maldito psiquiátrico.

La madre tragó saliva, aquel año había sido el más doloroso de su vida.

—Han pasado mucho años, superaste aquello...  
Rebeca la interrumpió.

—No, no lo superé, pude superar la ansiedad, el estrés, todo lo que los médicos se empeñaron en hacerme olvidar. —Cogió la mano de su madre—. Lo pude superar todo, excepto a él.

Y junto a esa confesión le brotó una lágrima, la misma que su madre paró con su mano.

—Cariño, han pasado diez años, y lleváis

viviendo juntos ocho, ¿por qué ahora?

—Porque él... él... —Le costaba contar el gran secreto de su vida—. Porque hice algo que Jaime no me podrá perdonar.

—Lo dudo hija, él siempre ha estado por y para ti.

Rebeca hizo una mueca de dolor, lo había estado a pesar de todo, y justo cuando pensaba que podría recuperarlo, al sincerarse en esa maldita clase de dance therapy, lo perdió para siempre.

—Esta vez no, créeme, mamá, esta vez lo he perdido para siempre. Ya no me mira igual, y yo no puedo vivir a su lado soportando esa mirada de rencor y asco.

Y se echó a llorar. Ahí estaba la auténtica verdad: aquella tarde, cuando él le hizo el amor, al terminar, no fueron sus palabras las que le dolieron, fueron sus ojos los que la mataron.

La madre la abrazó. Recordó el pasado mientras rodeaba y consolaba a su pequeña. Cuando toda la familia pensó en el bienestar de Rebeca, tener a Jaime cerca era su mejor

medicina, por mucho que los médicos desaconsejaban que eso ocurriera. La familia la conocía mejor que todos los que durante un año la habían tratado, Rebeca no sonrió ni volvió a ser la misma hasta que la presencia de Jaime la hizo sentir viva de nuevo.

Ahora, escuchar esa confesión, la descolocaba totalmente. Pues, al igual que Rebeca necesitaba a Jaime, el joven siempre había necesitado a su hija también. Llegó a rechazar un futuro prometedor en el mundo de la Fórmula 1 por estar cerca de ella. Por lo tanto, estaba convencida de que su hija se equivocaba.

—Cariño, aunque no lo creas, estoy segura que Jaime te necesita mucho más a ti que tú a él.

Rebeca pensó en Jaime y su último recuerdo en el taller, donde otra mujer lo esperaba y él había reconocido que ya tenía novia.

—Créeme, mamá, ya no.

## Capítulo 34

### A veces es mejor explotar

Un mes más y todo parecía ir de mal en peor en el caso de Jaime. Los Irwin estaban preocupados, por ello habían convocado una reunión, para tratar el tema, en la oficina de Javier.

—Está ojeroso, ha perdido algún kilo y no le motiva nada —informó Dallas.

—Debería explotar de una vez, contarnos qué cojones le pasa —dijo Víctor.

Jaime era un hombre que se guardaba las cosas dentro, la única persona capaz de conseguir que se abriera y confesara estaba lejos.

—Yo lo he intentado todo, pero no quiere salir, se dedica a trabajar y dormir, así no puede seguir —aseveró David, que era el único capaz de sonsacarle más información.

—Pues algo tendremos que hacer, porque no

estoy dispuesto a pasar de nuevo lo que vivimos con Beca —comentó Dallas que todavía se sentía culpable por no haber ayudado a su hermana antes de que ella perdiera totalmente la cabeza.

—Beca... ese es el problema —afirmó Neill.

Todos asintieron, desde que Rebeca se marchó, Jaime no había levantado cabeza.

—Sí, pero ahí no podemos hacer nada, Beca está en Escocia intentando tomar los mandos de su nueva vida —dijo Javier.

—¿Y para qué tiene que intentar tomar los mandos de una nueva vida si está claro que se ha marchado para olvidar a Jaime? Estos dos tienen mucho que contar, no sé qué pasó entre ellos hace unos meses para que Rebeca tomase esa decisión. Pero lo que está claro es que él no puede vivir sin Beca, y nuestra hermana se ha marchado porque no soporta estar cerca de Jaime y no ser nada para él —alegó Dallas, porque todos conocían a la perfección a su hermana y a Jaime.

Todos miraron a David, pues si alguien podía estar al tanto de algo más, ese era él, pero este

comentó rápido.

—No lo sé, como tampoco sé qué fue lo que les hizo romper hace diez años... Lo único de lo que me he podido enterar, es que Beca está convencida de que Jaime tiene novia.

Les explicó lo que Tamara le había sonsacado a Jaime. No se podían creer que tanto su hermana como Jaime fuesen tan idiotas. ¿Acaso no estaba claro que el uno sin el otro no podían vivir?

—Mañana me voy a Escocia —anunció Javier. Quería hablar con su hermana en persona, porque él también guardaba un secreto a sus hermanos para no preocuparlos más. Su madre y él habían hablado, su hermana tampoco levantaba cabeza, al contrario, a medida que pasaban los días, su estado de ánimo iba a peor. Estaba perdiendo la alegría y chispa que la caracterizaba.

—Bien, tráela a la fuerza si es preciso —adujo Víctor, porque esto estaba yendo demasiado lejos y no era beneficioso para nadie.

—No te preocupes que la traeré, en cuanto le diga que la necesitamos porque Jaime está mal,



estoy seguro que no tardará ni dos minutos en hacer la maleta.

Bien la conocían todos ellos para saber que su hermana pequeña, enfadada, dolida, cabreada... por ayudar a Jaime, haría lo que hiciese falta.

Así acabó la reunión, cuando acordaron que le pedirían ayuda a Rebeca para ayudar a Jaime. Igual ella pensaría que estaba mal por haber roto con esa supuesta novia que Jaime se inventó. Para el caso era lo mismo, la cuestión era que Beca regresaría.

\*\*\*

Esa misma noche, cuando todos los Irwin se preparaban para irse a dormir, Jaime preguntaba a David:

—¿Dónde están los sacos de dormir?

David lo miró extrañado, hacía más de cuatro años que no los habían utilizado. Rebeca era la única que adoraba ir de acampada, por eso los sacos estaban guardados.

—En el altillo del armario de Beca, ¿por qué?

—Porque mañana voy a usarlos —respondió

sin dar más explicaciones y se dirigió al dormitorio de Rebeca.

Cuando abrió la puerta, se quedó paralizado al ver la habitación vacía: porque si ella no estaba, para él, no había nada dentro.

David, desde su dormitorio, que era justo el que encaraba al de su hermana al otro lado del pasillo, se inquietó. La reacción de Jaime no presagiaba nada bueno. Por lo tanto, se acercó hasta él, le tocó el hombro y preguntó:

—¿Qué ocurre?

Jaime no pudo más, explotó sin control alguno en su persona.

—¡¿Qué ocurre?! —bramó, alzó la mano y señaló el dormitorio—. ¡Eso ocurre! ¿No lo ves? ¡Vacío! Sin ruido, sin risas, sin gritos... ¡Sin vida!

David permaneció en silencio, Víctor tenía razón, ese hombre merecía explotar, a veces era lo mejor sacar la rabia, la frustración, todo lo que tuviese dentro para poder respirar.

—No me puedo creer que se marchara sin importarle dejarme aquí —dijo dando un paso al

frente y sin parar de moverse por toda la habitación—. ¿Crees que en algún momento ha pensado en mí desde que se marchó? No, no, ella no. Rebeca no ha pensado en mí, porque, de haberlo hecho, estaría aquí a mi lado. Si pensara en mí, no me hubiese dejado tirado. Si pensara en mí, regresaría para que yo pudiese vivir tranquilo. Si pensara en mí, me abrazaría y me perdonaría... —Se quedó callado, aunque continuaba dando vueltas por toda la estancia, parecía un lobo enjaulado.

David estaba quieto, expectante, preparado para consolar a su amigo, pues cuando ese momento de excitación y cólera terminara, daría paso a un hombre abatido.

Dallas, Rubén, Víctor, Neill y Malcom escucharon las voces de Jaime y permanecieron en las puertas de sus habitaciones, sin acercarse, para que ese hombre estallara del todo. Y como David, pensaban lo mismo, iban a tener a un hombre desencajado de un momento a otro.

—¿Tanto me odia? ¿Es que nunca podrá

perdonarme? ¿No podré ser feliz el resto de mi vida? ¿Alguna vez dejaré de amarla? ¿Podré perdonarme por haberle hecho daño? ¿Acaso no tuvo suficiente con destrozarme la vida una vez?

David no entendía nada, ya no sabía si era él o, por el contrario, su hermana la causante de aquella ruptura, porque las preguntas eran muy confusas. Por un lado, parecía que fue Beca quien acabó la relación en el pasado, pero, por otra, si fuese así ¿por qué pensaba que le había hecho daño a Rebeca?

Jaime se llevó las manos a la cabeza, le dolía tanto de pasarse los días pensando en ella, que no lo soportaba más. Le iba a estallar, al igual que estaba él ahora, fuera de sí.

Abrió la puerta del armario con tanto brío que por poco la arranca y buscó los sacos de dormir.

—¡Se acabó! Todo me da igual. Si ella puede vivir sin mí, va siendo hora de que yo lo pueda hacer sin ella, ¿no?! —preguntó con ira y gritando.

David tragó saliva, sabía que estaba pasándolo

mal, por ello habían hecho una reunión esa misma tarde, pero escuchar todo eso solo confirmaba una cosa: estaba tan enamorado de Rebeca como ella de él. El amor que sentían el uno por el otro rozaba lo enfermizo.

—Hubiese dado la vida por ella, hubiese sido capaz de vender mi alma al diablo para que ella me quisiera... ¡Y lo único que ha hecho ella es dejarme tirado! Abandonado sin el menor miramiento, y si encima no fuese suficiente, ¡incluso me ha olvidado!

Y tiró del saco, pero, al hacerlo, una caja fue a dar al suelo y todo su contenido se esparció.

—¡Joder! —exclamó.

Se arrodilló, y David se acercó, también se agachó y empezaron a recoger todos aquellos objetos.

David sostuvo entre sus manos un lápiz roto, casi todo lo que había en el suelo eran cosas viejas y sin ningún valor.

—¿Para qué coño guarda esto? —preguntó mirando el lapicero.

Jaime. que hasta ese momento no se había ni percatado de que estaban recogiendo objetos que Rebeca guardaba como oro en paño, se lo arrebató de la mano y lo miró con detenimiento.

—¿Qué...? —No podía ni hablar, la sorpresa fue tal que se quedó conmocionado—. ¿Cómo es posible que todavía conserve esto?

Utilizó un tono de voz tan raro, que David lo miró rápido.

—¿El lápiz? —preguntó por si no hablaban de lo mismo.

Jaime asintió y se lo acercó a un palmo de la cara, le señaló con el dedo unas palabras que habían talladas en ese objeto.

—Le dejé este mensaje en él —dijo con la voz apagada porque todavía no daba crédito.

David leyó dos palabras: Te quiero.

Levantó la vista y vio cómo su amigo se afanaba en recoger rápido todo lo que había esparcido por el suelo.

—Esta pulsera de plástico se la regalé un día que fuimos a la feria —comentó con nostalgia—,

ella quería un osito pequeño, de esos que hay en las máquinas de atrapar el regalo... Y, en vez del osito, atrapé una bola que llevaba esto dentro.

No podía creer que Rebeca todavía lo guardase, eran tonterías.

David se sentó en la cama, mirando a su amigo cómo iba comentando cada objeto que encontraba.

De pronto vio una carta cerrada que estaba dirigida a él.

La miró y leyó que la dirección que indicaba era de cuando él vivía en Chicago.

David, al notar el desconcierto y lo nervioso que se puso al leerlo, le apoyó la mano en el hombro.

—Si lleva tu nombre, es tuya —dijo con tranquilidad para que Jaime abriera la carta.

El resto de hermanos seguía esperando en el pasillo, a ver cómo terminaba hoy la noche.

Jaime se sentó en la cama, rasgó el sobre y extrajo la carta.

*5 de septiembre de 2005*

*Querido Jaime:*

*Perdóname, sé que estás muy enfadado conmigo, pero me volví loca de dolor.*

*Por favor, rompe la carta que te envié, pues nada de lo que escribí en ella es cierto.*

*Me hubiese gustado explicarte mis motivos, pero no me coges el teléfono. Lo entiendo, de veras que lo entiendo, pero dame la oportunidad de explicártelo.*

*Cuando te marchaste, sentí que algo se desgarraba dentro de mí. No sé explicarlo con palabras, pero estoy segura que fue mi alma, como si se quemara y quisiera salir por cada poro de mi piel. No miento, te juro que fue un dolor tan intenso que creí morir.*

*Me enfadé porque tú eras el causante, me sentí vacía y rota. Y por eso quise que sintieses lo mismo que yo había sentido. Por eso me inventé que te había olvidado, que ya no te necesitaba y que otro había ocupado tu lugar.*

*No es verdad, no podría hacerlo, porque tú eres el único que ocupará mi corazón el resto de*



*mi vida. Sin ti, no quiero seguir viviendo.*

*Me estoy volviendo loca, todo se me hace grande, tú eres el único que me entiende, me apoya, me da luz y me guía.*

*Por favor, Jaime, perdóname, porque te necesito.*

*Me prometiste regresar por mí; ahora, yo te prometo que te estaré esperando con los brazos abiertos. No me importa si es un mes, un año, cinco o toda una vida, pues eres al único al que podré amar mientras viva. Lo sé porque, como te he dicho, sin ti, me siento vacía.*

*Te juro que nadie ocupará jamás tu puesto. Y espero que me perdones para poder seguir viviendo plena. Aunque estés lejos y me duela, he aprendido que no importa mientras sepa que seguimos juntos. Pero si no me perdonas, ten por seguro que jamás volveré a sentirme plena.*

*Te amo.*

*Pd: Ahora sé lo que es perder el alma, por eso necesito que me la devuelvas.*

David comprendió en ese instante qué había ocurrido entre su hermana y Jaime en el pasado.

Jaime permanecía callado, con un nudo en la garganta y el estómago.

Releyó la carta, necesitaba memorizarla.

David supo que debía decir algo.

—No mintió, sigue sintiéndose vacía.

Jaime tragó saliva.

—¿Por qué no me la envió? —preguntó en un hilo de voz mientras una lágrima le salía.

David que había mirado la fecha de la carta, por fin habló de algo que en la familia había estado prohibido.

—No pudo.

—¿Por qué? —preguntó de nuevo casi sin voz y sin apartar la mirada de la carta que mantenía entre sus manos temblorosas.

—Porque perdió la cabeza. Esa carta que tienes en tus manos no llegó a su destino porque Rebeca se trastornó.

Jaime ladeó la cabeza para mirar a su amigo.

—Sufrió un ataque nervioso, fue... —Pensar en

ello dolía—. La sedaron ese mismo día, y, cuando despertó, mis padres se la llevaron a Escocia, la ingresaron en un centro psiquiátrico.

Jaime cerró los ojos.

—¿Por mi culpa? —esta vez preguntó con unas cuantas lágrimas en la cara.

—No, fue un cúmulo de todo: tu partida la sintió como un abandono. Su premio en el mundo de la moda fue un tormento de auto superación, no quería defraudar y se exigió más de lo que debía. Los desfiles y el ritmo frenético de esos días pudieron totalmente con su autocontrol... Nadie pudo hacer nada hasta que ocurrió.

Jaime se limpió las lágrimas con el dorso de la mano. Respiró hondo, dobló la carta con cuidado y la volvió a meter en el sobre. Mientras lo hacía, vio en el suelo un montón de fotografías de ellos dos, la carta que él le envió y el cd que añadió al envío.

—No puedo vivir sin ella —afirmó con aplomo, para qué negar lo que era evidente.

—Y ella, sin ti, tampoco.

Jaime se dio la vuelta y vio que estaban todos los hermanos Irwin dentro de la habitación. Había estado tan pendiente de las palabras de David, que ninguno de los dos se había percatado que había entrado el resto de hermanos.

—Pero está en Escocia... —pronunció derrotado, y Dallas lo interrumpió.

—Intentando olvidarte.

Jaime asimiló las palabras.

—Pues no voy a permitir que eso suceda —afirmó convencido.

—Mejor, porque va siendo hora que mi hermana deje de sentirse vacía —se pronunció David.

—Ella, vacía, y yo, muerto.

Rubén sonrió, Jaime por fin iba a traer a su hermana, ya era hora que esos dos locos enamorados disfrutaran de la vida que merecían.

Jaime apretó la carta para sentirla, llegaba diez años tarde, pero no importaba, recuperar a Rebeca sabiendo que ella lo amaba tanto como antes le era más que suficiente.

—Tengo que irme, necesito hablar con Javier urgentemente —dijo sorprendiendo a todos los hermanos.

Salió del dormitorio de Rebeca y se dirigió al suyo, cogió el tubo cilíndrico y su chaqueta con premura.

Montó en su moto y se dirigió a casa de Javier.

Los hermanos llamaron para avisarle de lo que había sucedido.

Cuando llegó a casa de Javier, este lo hizo pasar al salón, se sentaron alrededor de la mesa, y Jaime, sin tiempo que perder, pues había ido por un único motivo, habló:

—Mi padre decía que a un hombre se le mide por las promesas que es capaz de cumplir. — Javier escuchaba atento—. Creo que hoy se sentirá decepcionado conmigo, pero por Rebeca rompería una y mil promesas.

Javier cruzó los brazos y se echó hacia atrás, apoyándose en el respaldo de la silla.

—No creo que tu padre se vaya a sentir decepcionado, pues, si no recuerdo mal, le

prometiste a mi hermana amarla toda la vida.

Jaime esbozó una medio sonrisa.

—Sí, se lo prometí.

—Jaime, cuando te pedí que me prometieras no mantener de nuevo una relación sentimental con mi hermana, no fue por alejaros, más bien porque ella no estaba preparada, o eso fue lo que sus psiquiatras nos dijeron.

Jaime asintió con la cabeza.

—Para serte sincero, tampoco esperaba que la fueses a cumplir tanto tiempo, pues vosotros dos siempre os habéis saltado las normas.

Jaime por fin pudo esbozar una sonrisa plena, era cierto, cada vez que Rebeca quería algo, él la había ayudado, saltándose las normas de los Irwin, y si Javier supiese que la más sagrada lo habían hecho no una, sino dos veces, pondría el grito en el cielo.

—Pues una vez informado, me veo en la obligación de decirte que me voy por ella, voy a buscar el primer vuelo que salga...

—Yo tengo ya tu billete.

Jaime levantó las dos cejas.

—Pensaba ir por Rebeca mañana para traerla a casa, nos tenías muy preocupado, y la única que podía ayudarte es ella.

Jaime se sintió pleno, la familia Irwin era su familia. Lo había sido siempre, desde niños. De hecho, él pidió estudiar gaélico desde bien pequeño para poder sentirse uno más.

Javier se levantó, le acercó la reserva del vuelo que ya había cambiado a nombre de Jaime y se la entregó.

Jaime se puso en pie y, antes de marcharse, también le entregó algo.

—¿Qué es esto? —preguntó Javier al ver los planos de una casa y un proyecto completo para decorar ese lugar.

—Un sueño hecho realidad.

Javier levantó una ceja y lo miró rápido.

—¿Pero ese no es el sueño de Beca?

—Sí, pero el mío es vivir donde esté ella, así que dos sueños por el precio de uno.

El mayor de los Irwin sintió un pinchazo en el

pecho, pero de orgullo y satisfacción, el hombre que tenía delante amaba a su hermana por encima de todo.

Y como si de uno de sus hermanos se tratara, le dio un abrazo para demostrarle que estaba orgulloso.

—Ve por ella y tráela de vuelta a casa.

—Te lo prometo, esta vez no voy a faltar a mi promesa.



## Capítulo 35

### Pasado, presente y futuro

Rebeca, como cada tarde, se dirigió a los acantilados, le encantaba ver el ocaso del sol.

Mientras ella se dirigía a su lugar favorito, Jaime entraba por la puerta de la casa.

Los padres se sorprendieron y lo abrazaron, ese muchacho ya era para ellos un hijo más.

—¡Muchacho, qué alegría! —expresó Corey con gran júbilo.

Jaime, que estaba nervioso por ver a Rebeca, miraba en todas direcciones.

Amparo, que tenía el corazón acelerado por la felicidad de ver a Jaime allí, no pensaba perder más tiempo, su hija y ese muchacho llevaban mucho tiempo separados.

—Si estás buscando a Beca, está en los acantilados.

Jaime asintió, miró fijamente a Amparo y dijo lo que esa mujer necesitaba escuchar para saber que la felicidad podía llegarle a su pequeña.

—Entonces no voy a perder un segundo más, diez años de espera son más que suficientes.

Corey miró a Jaime, ¿diez años? Había venido por su pequeña.

—Sí, ya es hora que los dos recuperéis esos años perdidos —aseveró Amparo con el corazón en la mano.

Y Jaime salió como había dicho, sin perder un segundo más.

Rebeca estaba de pie, sintiendo la brisa que ya era bastante fresca, por suerte hoy no había llovido, pero las tardes en noviembre eran mucho más frías que en Valencia. Se abrochó la chaqueta y se abrazó para intentar sentirse más caliente.

Jaime se acercó a ella sin que se percatase de su presencia, durante unos segundos la miró y sintió celos de sus brazos, daría cualquier cosa por ser él quien la abrazara y le diera calor.

Respiró, porque estaba nervioso, y habló:

—Este siempre ha sido tu lugar favorito.

Rebeca por un momento pensó que de nuevo se había vuelto loca, porque ya escuchaba voces, y no una cualquiera, sino la voz de Jaime.

Se dio la vuelta despacio, y allí estaba él.

—Sí, lo es —respondió sin mostrar ninguna emoción.

Jaime se puso más nervioso, no era ese el recibimiento que esperaba, claro que lo que él no sabía era que Beca estaba tan conmocionada de verlo allí que le era imposible reaccionar.

Se miraron a los ojos.

—¿Qué... qué haces aquí? —titubeó.

—He venido porque me debes la última clase de *dance therapy*.

Rebeca agrandó los ojos, ¿había ido hasta allí para echarle en cara lo que no pudo hacer en aquella clase?, ¿tanto la odiaba?

—¿Cómo has dicho? —preguntó para asegurarse, porque aquello era demasiado surrealista como para ser cierto.

—Lo que has escuchado, nunca has estado mal del oído.

Rebeca permaneció en silencio durante unos segundos, que a Jaime se le antojaron horas.

—Por si no te has dado cuenta —comentó molesta e inclinó la cabeza a un lado—, aquí no hay una profesora... digo psicóloga, ni música y mucho menos el suelo está preparado para hacer tal cosa.

Jaime intentó mantener la calma, ese gesto de inclinación de cabeza de Rebeca le avisaba que estaba a la defensiva.

—Tengo todo lo necesario para dar la clase: música y tú. No necesito nada más.

Sacó su móvil que lo tenía preparado con una canción para dar esa última clase de baile con ella.

Rebeca seguía perpleja, ¿había preparado hasta la música para echarle en cara el pasado?

Respiró con fuerza, iba a protestar, pero se quedó callada cuando Jaime se pegó a ella a una velocidad de vértigo y juntó su frente con la suya.

Rebeca se rindió, tener a Jaime rozándola era más que suficiente para perder el control. Así que llevó una de sus manos al hombro de él, y la otra esperó a que Jaime se la sujetara. Y eso fue lo que hizo en cuanto le dio al play.

Y allí, en su lugar favorito, junto al hombre que amaba por encima de todo, comenzó a balancearse, como otras veces lo había hecho en las clases de *dance therapy*, para que él le echara en cara todo cuanto guardaba en su interior.

Pero la sorpresa fue que Jaime solo dijo unas palabras.

—Escucha atentamente la letra de la canción, porque es todo cuanto quiero decirte.

Rebeca cerró los ojos para concentrarse bien en esta, aunque era muy difícil, porque Jaime rozaba su nariz una y otra vez con tanta delicadeza que se sentía desfallecer. Pero prestó toda la atención que pudo, cuando las voces del grupo Il Divo cantaban la canción *No sé vivir si no es contigo*.

Rebeca tembló y no precisamente por el frío,

¿de verdad había dicho que la letra de esa canción era todo cuánto quería decirle?

Jaime eligió esa canción porque era todo, exactamente todo cuanto quería decirle. Esa letra relataba su relación desde el último día que se vieron en el taller; la última palabra que ella le dijo fue «adiós», sin embargo, a pesar de que esbozó una sonrisa al pronunciarla, sus ojos hablaron con tristeza.

Y cuando el estribillo llegó, notó a Rebeca estremecerse, algo que a él le alegró, le palpitaba el corazón, la tenía cerca, la estaba tocando, no podía dejar de ronronear con su nariz junto a la de ella, era algo que siempre le había gustado compartir con la mujer que amaba, unas caricias que les pertenecían a ambos desde que eran jóvenes.

*Desde el día que te fuiste  
Tengo el alma más que triste  
Y mañana, sé muy bien, va a ser peor.*

Eso era algo que ambos sentían, estaban unificados, pues tanto él como ella sentían lo mismo.

Rebeca, que estaba aguantando la respiración, tuvo que soltar el aire; Jaime, al notarlo, sonrió, sí, eso era buena señal.

Y cuando se acercaba el final de la canción, cuando las voces de los tenores se elevaban para gritar a los cuatro vientos que no podía vivir si no era con ella, soltó su mano para rodearla al completo por la cintura.

Rebeca, con los ojos cerrados, se aferró al cuello de él, porque con la emoción del momento Jaime la elevó y comenzó a girar con ella entre sus brazos. No podía soltarla, no podía parar, no podía dejar de pensar que por fin iba a ser un hombre feliz de nuevo.

*No sé vivir si no es contigo  
No sé, no tengo valor  
No sé vivir si no es contigo  
No sé... no sé ni quién soy...*

Rebeca por fin sonrió con la cara llena de lágrimas, pero feliz, pues Jaime había ido por ella, estaban juntos y, además, le estaba regalando un momento romántico digno de cualquier película.

Cuando la canción terminó, Jaime echó la cabeza un poco atrás para mirarla a la cara, pero fue incapaz de soltarla, y, cuando ella abrió los ojos, supo que cumpliría la promesa de llevarla a casa junto a él.

Y sin más, la besó, fundiendo de nuevo sus almas, pues estaba claro que separados no eran nadie ninguno de los dos. Que cuando se juraron amor eterno en la adolescencia, no mintieron: el pasado los unió de por vida, el presente lo hacía de nuevo, y el futuro, estaba más que claro, lo estarían para siempre. Y era tan grande el amor de ambos que, sin palabras, a través de ese beso, se estaban prometiendo de nuevo que si existía la eternidad, ellos la vivirían juntos.



# Capítulo 36

## Confesiones necesarias

Cuando sus bosas se separaron, Rebeca acarició el rostro de Jaime, necesitaba confesar para empezar desde cero.

—Tenemos que hablar —dijo mientras le cogía una mano y lo llevaba hasta unas rocas donde poder sentarse y estar algo más resguardados del viento.

—Beca... —él pronunció su nombre con temor. Rebeca le puso un dedo en los labios para hacerlo callar.

—Estoy obligada a contarte la verdad, no quiero seguir arrastrando esta carga. —Jaime la miró y asintió—. Quise hacerlo, pero me volví loca —dijo con pena—. Y no lo digo en sentido figurado, literalmente loca, hasta tal punto que me ingresaron en un psiquiátrico. —Le brillaron los

ojos, primero por el recuerdo amargo; la segunda, porque confesar algo así podía hacer que Jaime la tomase por una loca de remate y volviese a mirarla con otros ojos.

Jaime, consciente de la historia, le acarició las manos.

—Esta vez estaré a tu lado, ya no volverás a enloquecer —comentó con cariño.

Rebeca sonrió con tanta ternura que Jaime se volvió loco de amor por ella.

—Beca, encontré tu carta —confesó.

Ella agrandó los ojos y tembló.

—Y he de ser sincero, de no haberlo hecho, es posible que tuvieseis que ingresarme a mí —afirmó con total sinceridad—. Me estaba volviendo loco, me faltaba incluso el aire... —Levantó una mano para acariciar la mejilla de ella—. No vuelvas a abandonarme, por favor, Beca, no me dejes muerto en vida.

Rebeca lo besó con tanto amor que ambos se sintieron desfallecer.

—¿Qué pasó con Cintia? —preguntó Rebeca

porque necesitaba saber la verdad.

—No pasó nada. Te mentí, estaba enfadado y dije aquella estupidez para hacerte daño.

Rebeca sintió un gran alivio.

—¿Por qué estabas tan enfadado?

—Porque vi a aquel idiota besándote.

—Rebeca juntó el cejo—. Sí, no me mires así, vi a Jorge besarte y quise matarlo por besar lo que para mí siempre me ha pertenecido.

—Pero si apenas me rozó...

—Eso no importa, tus labios, para mí, son míos. El que otro los toque me mata.

Y entonces metió la mano en el bolsillo y sacó un objeto que pertenecía a Rebeca, un colgante con forma de labio en oro blanco, que le regaló en su tercer aniversario, y que ella le devolvió en la carta que a él le destrozó el corazón.

Al verlo, a ella le brillaron los ojos, ¿lo había guardado todos estos años?

—Beca, cuando te lo regalé, me prometiste que, mientras lo llevases colgado en tu cuello, significaría que tus labios me pertenecen. —La

rodeó y se lo abrochó—. Espero que lo lleves colgado eternamente, porque mis labios también te pertenecen, siempre han sido tuyos.

No mentía, a pesar de haber mantenido relaciones sexuales con otras mujeres, para él, no significaron nada, sólo sexo. Sus labios, su corazón y su alma le pertenecían por completo a Rebeca. Nunca hubo sentimientos por ninguna otra mujer.

Permanecieron abrazados durante un buen rato, en silencio, asimilando cada uno de ellos la verdad, la auténtica verdad: se amaban.

—Ahora tienes que tomar la decisión más importante —dijo mirando fijamente a los ojos de Rebeca—. Nuestro futuro depende de tu elección.

—¿Qué decisión? —preguntó asustada.

—Decide dónde quieres comenzar nuestra nueva vida juntos. Regresé de Chicago por ti. He comprado una casa que, si no estás tú en ella, no me interesa. Tú estás viviendo ahora en Portree, y quiero saber si voy a tener que mudarme o, por el contrario, vamos a regresar para vivir en la casa

de tus sueños.

A Rebeca se le revolucionó el corazón, Jaime era capaz de dejarlo todo por ella.

—¿Tú no quieres esa casa?

—Yo solo quiero la casa en la que tú estés —respondió conciso, directo y sincero.

—Jaime... —pronunció con un nudo en la garganta y se quedó sin habla.

—¿Sí?

Levantó sus manos y acunó el rostro de él, adoración era poco.

—Te amo.

Jaime sonrió emocionado.

—Bien, porque yo, a ti, también.

Y se besaron de nuevo.

—La casa de mis sueños, tengo que decirte, que yo tampoco la quiero —dijo con una sonrisa en los labios—, a no ser que tú también estés en ella.

—En ese caso Beca, haz las maletas porque nos vamos.

## Epílogo

Javier estaba junto a Rebeca en la oficina de la galería, había pasado un mes desde que su hermana regresó de Portree junto a Jaime.

—¿Qué quiere decir que no vas a contarme los cambios que has hecho? —preguntó Rebeca muy molesta.

Jaime había hablado con Javier, el proyecto estaba aprobado pero pidió una modificación, era una sorpresa que quería darle a la mujer que lo tenía loco. La mujer que pronto viviría con él «a solas».

—Beca, puedes ponerte hecha una fiera, pero te aseguro que no saldrá de mis labios una sola palabra —respondió sonriente, le encantaba ver a su hermana tan mosqueada, además, esa sorpresa, ella no la esperaba, y él sabía que para Jaime era muy importante.

—Muy bien, ya veremos si a partir de ahora yo

te cuento las cosas —amenazó, pero no le sirvió de nada.

—Me contarás lo que tengas que contarme, eso es algo, hermanita —bromeó—, que, por muchos años que pasen, harás hasta el resto de mi vida.

—¡No me lo puedo creer! ¿Quieres decir que no voy a deshacerme de vosotros nunca? —pronunció haciéndose la desesperada, aunque interiormente le encantaba que los pesados de sus hermanos siempre estuviesen para ella.

—Nunca, eso es un hecho.

Llamaron a la puerta, y entró Amanda.

—¿Se puede?

A Javier se le iluminó la mirada, hacía exactamente dos semanas que habían retomado su relación.

—Tú siempre puedes —afirmó con una sonrisa bobalicona.

Rebeca lo observó y también sonrió, le encantaba ver a su hermano ilusionado de nuevo.

—Estamos mirando currículos, vamos a ampliar nuestros servicios y estamos buscando

buenos interioristas.

—Si queréis, vuelvo más tarde.

Rebeca se puso en pie.

—No, no, pasa, quédate, yo me voy ya porque si no, cometeré un asesinato.

Amanda se carcajeó, conociendo a Javier y lo meticuloso que era para el trabajo, llevarían horas discutiendo para elegir un candidato. Siempre había admirado el tesón y la profesionalidad de Javier.

Rebeca le dio un beso en la mejilla y se marchó dejándolos a solas. Fue al taller a buscar a Jaime. Desde su regreso, todo funcionaba de maravilla, los dos estaban viviendo una segunda oportunidad y no pensaban desaprovecharla.

—Hola —saludó a su hermano David—, ¿y Jaime?

—Está cambiándose —informó mientras pasaba por su lado y le daba un beso en la mejilla—. Me marcho, Tamy me está esperando y no quiero llegar tarde.

—Muy bien, nos vemos luego.



Al quedarse a solas, miró el tablón de las fotografías, Jaime había añadido unas cuantas nuevas. Se acercó a mirar una y sonrió, justo cuando la voz de Jaime en su oído la hizo temblar. Estaba detrás de ella rodeándola con sus brazos.

—Aunque ahí estás preciosa, me quedo con la que guardo para mí.

Se dio la vuelta muy despacio, sonrió coqueta y seductora, pues las fotografías de las que hablaba eran muy íntimas.

—¿Ah, sí?, ¿y por qué no las cuelgas?

Jaime ronroneó con su nariz en la de ella.

—Porque si alguien, a parte de mí, te ve desnuda, voy a tener que matarlo.

Rebeca se carcajeó y llevó sus manos a la camisa de él. Y, mientras hablaba, iba desabrochando los botones poco a poco.

—Pues creo que yo también quiero unas fotos como las mías, así que ve preparándote porque no me voy a conformar con una.

—¿Sabes? Algo me dice que yo hoy tampoco me voy a conformar con una.

Y aunque ambos hablaban de distintas cosas, los dos estaban en lo cierto; Rebeca le sacó unas cuantas fotografías totalmente desnudo, y él le hizo el amor tres veces seguidas.

## **Avance de la segunda parte de la saga**

Mediados de diciembre. Rebeca, la hermana pequeña de la familia Irwin, se encontraba en la habitación de un hotel con Jaime.

Era miércoles, y habían preferido saltarse la comida para verse a solas. Las normas del gran nido, la casa familiar, impedía que ellos consumaran su amor.

Sonó el teléfono móvil de Rebeca.

—¡Cómo se te ocurra cogerlo, te vas a enterar! —amenazó Jaime con voz excitada, porque tenía a Rebeca totalmente desnuda ante él.

—¿Y si es importante? —preguntó solo por tocar un poco la moral a Jaime, pues ella estaba mucho más excitada que él.

—Esto es mucho más importante —dijo él señalando con un dedo su erección.

Rebeca se mordió el labio y dijo:

—Tienes razón, pero vas a tener que compensarme.

Jaime sonrió, y tanto que la iba a recompensar, de momento, y para que supiese que iba a dejarla muy contenta, le lamió un pezón, pasó al otro y le dio un pequeño mordisco con la fuerza justa para no hacerle daño y la necesaria para que ella soltara un gemido de excitación plena.

Y así lo hizo ella, consiguiendo que Jaime se entregara al cien por cien, olvidando por completo que alguien estaba llamando a Rebeca.

\*\*\*

En el gran nido sólo se encontraba Dallas, que atendió una llamada.

—Dallas, tengo que pedirte un favor, es urgente —dijo Javier, el hermano mayor de los Irwin, con premura.

—¿Qué ocurre?

—Amanda ha perdido el tren, no llegará a Valencia hasta las siete y media de la tarde. Yo estoy en Madrid, y vas a tener que ir a recoger a Nerea a la guardería.

Dallas agrandó los ojos. Los hermanos Irwin no eran precisamente muy dados a cuidar niños.

—¿Yo?! Llama a Rebeca.

—Ya lo he hecho y no doy con ella, así que, por favor, ve a recoger a la niña, no puedo acudir a nadie más.

Dallas respiró con fuerza.

—Está bien, pero me debes una muy gorda.

—Sí, muy gorda, pero no tardes.

Le dio la dirección de la guardería para ir a por ella. Amanda informaría que Dallas recogería a su hija para que no tuviese problemas.

Veinte minutos más tarde, Dallas se encontraba en la puerta de la guardería, rodeado de un montón de madres que no dejaban de mirarlo. Se sintió incómodo.

Fueron sacando a todos los niños, y él se quedó el último. Al ver que la niña no salía, le preguntó a la encargada de la puerta.

—Disculpa, he venido a recoger a Nerea.

La chica lo miró y preguntó:

—¿Es usted un familiar? Porque, según mis

datos, a Nerea solo la puede recoger su madre.

Dallas comprendía las normas, hasta le pareció perfecto que tuviesen tanto cuidado a la hora de entregar a un niño al ir a recogerlo.

—Lo sé, pero me han comentado que su madre había llamado para dar parte.

—Ah, un momento, entonces hablaré con la profesora de Nerea, será ella quien estará al tanto.

—De acuerdo.

Dos minutos tardaron en salir Nerea y la muchacha con la que había hablado.

Cuando la niña lo miró, se quedó quieta, aunque lo conocía de haberlo visto unas cuantas veces, como era lógico en una niña tan pequeña, se sentía asustada, pues Dallas no le había dado confianzas.

Ahora que, si la niña se sintió paralizada, Dallas todavía más, ¿qué se suponía que tenía que hacer ahora?

—Hola —fue lo único que acertó a decir.

La niña ni respondió, miró a su alrededor buscando a su madre.

—Tu mamá no ha podido venir —dijo con voz

tranquila y cariñosa.

No se había dado cuenta de un detalle, estaba tan nervioso de cómo actuar ante la pequeña, que le pasó desapercibido que un par de ojos lo observaban: la profesora de Nerea.

La mujer tomó la iniciativa por el bien de su alumna.

—Vaya, Nerea, ha venido Dallas a buscarte, estoy segura que lo pasarás muy bien con él.

Dallas miró a la mujer y se le agrandaron los ojos.

«¡Estrella!», bramó interiormente.

Una joven rubia que conoció en verano, bueno, conocer no era exactamente el término adecuado. Esa mujer arrolló su vehículo y luego tuvieron un rifirrafe tanto en su despacho como en una discoteca.

La niña, por instinto, buscó la mano de su profesora.

Dallas hizo algo parecido, solo que no buscó su mano, sino su mirada pidiendo auxilio.

Estrella lo entendió y, apiadándose de la

pequeña, y para qué mentir, para estar cerca de Dallas que, desde que lo conoció, no se lo había sacado de la cabeza, sonrió. Se agachó y habló mirando directamente a la pequeña.

—Vamos a hacer una cosa, nos vamos las dos con Dallas, y él nos invita a merendar, ¿de acuerdo?

La niña miró a Dallas, luego a la profesora y asintió sin decir una sola palabra.

Estrella se puso en pie, y él le dio las gracias con un gesto de cabeza.

—Y, ¿dónde queréis que os invite? —preguntó Dallas mientras sostenía la puerta para hacerlas pasar delante.

En esta ocasión, la niña sí habló.

—En el restaurante de las bolas.

Dallas levantó una ceja, y Estrella se carcajeó al ver su expresión.

—Es un local para niños donde pueden pasar la tarde jugando.

Dallas hizo una mueca, se sentía estúpido por no saber esas cosas, mucho más delante de



Estrella.

La chica le informó que no era necesario coger el coche, el local estaba muy cerca; además, él no llevaba la silla reglamentaria.

Una vez la niña merendó, se metió en el interior a jugar. Dallas y Estrella se quedaron sentados en una mesa.

—Así que trabajas en una guardería, ¿eh?  
—preguntó estudiándola con la mirada.

Estaba preciosa, en las otras ocasiones, ella llevaba ropa muy retro y, hoy, con esos vaqueros y una camiseta roja con el muñeco de Mickey Mouse junto al logo de la guardería, se le antojaba perfecta. Y si a eso le sumaba que en vez de llevar el pelo cardado, tenerlo recogido en una coleta lo estaba excitando, era que debía ir a mirárselo a un psicoanalista.

—Pues sí —acertó a decir.

La presencia de Dallas siempre la ponía nerviosa, acababa diciendo cosas que no sentía y se ponía a la defensiva. Intentaba por todos los medios permanecer callada, porque no quería que

él siguiera teniendo una mala impresión de ella.

Por asombroso que pareciese, pasó la tarde volando. Cuando Amanda lo llamó para ir a por su hija, hasta se sintió apenado.

La conversación con Estrella había sido divertida, esa mujer era una caja de sorpresas, y lo más alucinante, no habían discutido en tres horas.

En un acto de galantería, la acercó con su vehículo hasta su casa; una vez frente a su portal, mientras se despedían, Dallas se quedó mirando sus labios. Ella lo notó y sonrió.

—¿Vas a besarme? —preguntó, consiguiendo que Dallas se sorprendiera.

«Me encantaría».

—No —respondió sin embargo.

—Pero te gustaría hacerlo, ¿verdad?

«No te imaginas cuánto».

—No.

Estrella se sintió defraudada, había sido una idiota al asegurar que él quería hacerlo. ¿Cómo había entendido mal las señales? Se suponía que, si un hombre te miraba los labios, era que deseaba

besarlos, ¿no? Se sintió tan avergonzada y ridícula que no dijo nada más, se limitó a abrir la puerta y salir del coche sin mirar atrás ni decir una sola palabra.

Mientras estaba en el portal intentando atinar con la llave, Dallas la miraba desde dentro de su Audi y le vino una pregunta:

«¿Vas a dejar que se marche sin besarla?...».

# BIBLIOGRAFÍA

**Noa Pascual** nació en Valencia en 1973 y es Mirandesa por amor, donde vive en la actualidad, aunque sigue enamorada de su tierra natal y sus fiestas.

Desde su adolescencia ya le gustaba inventar historias divertidas y que estas transmitieran algunos valores humanos que la sociedad actual deja al margen.

Su alegría y ganas de vivir son contagiosas, por eso es que le encanta leer *Chick Lit* y romántica, género que escribe de manera divertida y jovial.

En 2.012 ve publicada su primera novela, *Desconocidos en un andén*, y con ello comprueba que los sueños pueden cumplirse con tesón y esfuerzo. Le sigue *Amigos enredados* (2.013), una divertida ficción que pone en la palestra el verdadero sentido de la amistad. *Una chica sin*

*igual* (2.014) ha conseguido unir a infinidad de personas que forman parte de su grupo *Novelas Románticas de Noa Pascual* en Facebook. Y colaboradora con un relato, en la antología, *El trabajo de cupido* (2.014)

Su pasión por la escritura va más allá, y su mente es una continua máquina de concebir historias maravillosas que llegan a todo tipo de público.

*Los Irwing* (2.015) abre otra fase de la creativa autora que no dejará de sorprender a sus seguidor@s.